

**CUADERNO DE FORMACIÓN POLÍTICA BÁSICA**  
**PARA EL MILITANTE SOCIALISTA**

Desafío Socialista

Instituto Igualdad



## **INDICE**

<b>Presentación</b>	5
<b>CAPITULO I Principios del socialismo</b>	
1 -El Manifiesto Comunista – Karl Marx	9
-Comentario	41
2 – El trabajo enajenado – Karl Marx	45
-Comentario	57
3 - Salario, Precio y Ganancia – Karl Marx	62
-Comentario	76
<b>CAPITULO II Principios para la acción política</b>	
1 - ¿Qué hacer? – Lenin	80
-Comentario	97
2 - Estrategia y táctica – Marta Harnecker	99
-Comentario	116
3 -Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerza – Antonio Gramsci	120
-Comentario	129
<b>CAPITULO III Historia del Partido Socialista de Chile</b>	
-Breve historia del Partido Socialista de Chile: la primera época (1930-1970) – Francisco Melo Contreras	123
-Comentario	184
<b>CAPITULO IV Pensamiento socialista chileno y latinoamericano</b>	
1- Fundamentación teórica del programa del Partido Socialista – Eugenio González Rojas	189
-Comentario	198
2- Reflexiones sobre la revolución y el socialismo	204
-Comentario	210

3-Democracias posibles – Álvaro García Linera	212
-Comentario	217
<b>CAPITULO V Debates actualmente vigentes en el socialismo chileno</b>	
1 - Sin democracia no hay socialismo – Camilo Escalona Medina	220
-Comentario	232
2 – Extractos de la Mala Educación – Fernando Atria Lemaitre	236
-Comentario	242
3- Cuarta tensión: el socialismo comunitario del vivir bien–	
Álvaro García Linera	245
-Comentario	249

## **Presentación**

Los desafíos que presenta el Chile actual y del futuro son muchos. A través de largos y complejos procesos vividos por nuestra sociedad, hemos adquirido vastos aprendizajes y hemos abierto una gama de oportunidades para el porvenir de nuestro país.

Los socialistas hemos sido actores de especial relevancia en gran parte de las transformaciones vividas por nuestra patria; transformaciones que han ocurrido, en gran medida, gracias a la notable creatividad y consistencia que el pensamiento socialista ha brindado a la realidad chilena.

Afrontar el Chile del futuro con una mirada crítica y constructiva, que permita profundizar en los cambios a los que aspiramos, es una tarea fundamental a la que todos estamos llamados a participar desde nuestras distintas realidades. Resulta clave para esto el conocimiento y comprensión de distintos conceptos, ideas, fenómenos, análisis y acontecimientos que fundan y han inspirado el pensamiento y la acción socialista a través de su historia.

Tener a mano las claves teóricas que nos permiten realizar un análisis concreto de la realidad es sin duda un requisito esencial para proyectar un Partido Socialista que cumpla el rol transformador que la sociedad demanda hoy.

Debemos ser conscientes de que, por diferentes motivos –incluso por cuestiones de tradición dentro de nuestro partido- lamentablemente en esto los jóvenes socialistas nos hemos quedamos rezagados. Esto ha perjudicado la acción de nuestra juventud, viéndonos menoscabados en discusiones a nivel teórico con otras fuerzas políticas – principalmente dentro de la izquierda- de las cuáles nos hemos restado o nos hemos visto derrotados, más por desconocimiento y falta de preparación que por otra cosa, ya que nuestro pensamiento es rico en conceptos para una fundamentación profunda de nuestro actuar, además de contar con la venia de un gran arraigo social e histórico.

Es por este motivo, y ante la gran dispersión que se produce dentro de nuestra militancia en lo referido al ámbito de la formación política, que nace nuestra inquietud de poder sintetizar en un cuaderno básico de formación política, aquellos textos que entregan elementos teóricos esenciales para comprender la propuesta socialista.

Esto, además, siguiendo una línea argumental que permita ir avanzado en los fundamentos teóricos y otorgándoles una sistematicidad a los elementos propios del pensamiento socialista chileno y latinoamericano, tanto en aquellos que han trascendido hasta nuestros días como en aquellos que se encuentran en eclosión.

Consideramos que cada uno de los textos incorporados aporta en ideas que trascienden el paso del tiempo y que deben ser conocidas y comprendidas para aportar tanto a la construcción teórica del socialismo como a la defensa de nuestro proyecto de sociedad.

Además de recopilar textos fundamentales para desarrollar este trabajo, hemos querido agregar un comentario a cada uno de ellos, a modo de aportar a la discusión teórica con análisis actuales, a la vez de lograr una mejor comprensión de las ideas esenciales de cada texto. Los comentarios permitirán que este cuaderno sea por sí mismo una guía útil para la formación individual de cada uno de los compañeros y compañeras socialistas, así como también abre la posibilidad de desarrollar jornadas de formación por grupos de compañeros en cada uno de sus espacios, sin tener la necesidad de buscar un apoyo externo para poder realizar discusiones críticas en sus núcleos.

Consideramos que las aspiraciones aquí contenidas son grandes y requerirán del trabajo de muchos compañeros y compañeras para poder concretarse. Pero, sin duda, el primer paso es tomar conciencia. Esperamos ser un humilde aporte para ese objetivo.

Área de Formación Política

Desafío Socialista

## **La Marsellesa Socialista – Himno del Partido Socialista de Chile**

Contra el presente vergonzante, el socialismo surge ya.  
Salvación realidad liberante, que ha fundido en Crisol la verdad  
que ha fundido en crisol la verdad.  
Sellaremos con sangre en la historia nuestra huella pujante y triunfal.  
El Partido dará a los que luchan, digno ejemplo de acción contra el mal.

Socialistas a luchar, resueltos a vencer,  
fervor, acción hasta triunfar, nuestra revolución.

Arriba el Socialismo obrero, que es nuestra Liberación.  
Militantes puros y sinceros prometamos jamás desertar.  
Prometamos jamás desertar.  
Reafirmemos la fe socialista, que es deber sin descanso luchar,  
contra el pulpo del imperialismo que a los pueblos desea atrapar.

Socialistas a luchar, resueltos a vencer,  
fervor, acción, hasta triunfar, nuestra revolución.

Socialistas a luchar, resueltos a vencer,  
fervor, acción, hasta triunfar, nuestra revolución.

## **CAPITULO I PRINCIPIOS DEL SOCIALISMO**

## ***1. EL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA***

Karl Marx y Friedrich Engels

Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo. Contra este fantasma se han coaligado en santa jauría todos los poderes de la vieja Europa, el Papa y el Zar. Metternich y Guizot, los radicales franceses y los policías alemanes<sup>(1)</sup>

. ¿Dónde hay hoy un partido de la oposición a quien sus adversarios en el gobierno no le lancen la infamante acusación de comunista?

Y ¿dónde hay un partido de oposición que no fulmine con este reproche oprobioso tanto a los oponentes más avanzados como a sus adversarios de la reacción?

De este hecho se desprenden dos consecuencias:

Que el comunismo es ya reconocido como un poder por todos los poderes europeos.

Que ya ha llegado el momento de que los comunistas expongan públicamente y ante el mundo entero sus concepciones, objetivos y tendencias y salgan al paso de las fábulas en torno al fantasma del comunismo con un manifiesto de su propio partido.

Con este propósito se han reunido en Londres comunistas de las más diversas nacionalidades y han redactado este manifiesto que se publicará en las lenguas inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

### Capítulo I

#### BURGUESES Y PROLETARIOS

La historia de todas las sociedades humanas habidas hasta hoy ha sido la historia de la lucha de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, barón y siervo de la gleba, maestro y oficial del gremio, en una palabra, opresores y oprimidos se enfrentaron en perpetuo antagonismo, librando una lucha incesante, a veces encubierta y a veces franca, lucha que se saldó en cada caso con una transformación revolucionaria de toda la sociedad o bien con el hundimiento conjunto de las clases enfrentadas<sup>(2)</sup>.

En épocas anteriores de la historia hallamos en casi todas partes una completa articulación orgánica de la sociedad en diversos estamentos, una variada gradación jerárquica de las posiciones sociales. En la antigua Roma hallamos a los patricios, los caballeros, los plebeyos y los esclavos. En la Edad Media a los señores feudales, a los vasallos, a los maestros y oficiales gremiales y a los siervos de la gleba, aparte de que casi todas estas clases tienen su propia jerarquía interna.

La moderna sociedad burguesa, surgida de las ruinas de la sociedad feudal, no ha suprimido los antagonismos de clase. Lo único que ha hecho es establecer nuevas clases, nuevas condiciones de opresión y nuevas formas de lucha en substitución de las anteriores.

Nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza, sin embargo, por el hecho de haber simplificado estos antagonismos de clase. Paso a paso, el conjunto de la sociedad se va escindiendo en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente enfrentadas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la gleba medievales fueron surgiendo los pecheros de las primeras villas. A partir de éstos, fueron desarrollándose los primeros elementos de la burguesía<sup>(3)</sup>.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África abrieron nuevos caminos a la burguesía en ascenso. El mercado de las Indias Orientales y de la China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el aumento de los medios de cambio y de las mercancías en general dieron al comercio, a la navegación y a la industria un auge nunca visto y, con ello, un rápido desarrollo al elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La hasta entonces imperante explotación feudal o gremial de la industria no podía ya satisfacer las necesidades que crecían con los nuevos mercados y hubo de ceder el puesto a la manufactura. Los maestros gremiales fueron desplazados por la clase media industrial. La división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció dando paso a la división del trabajo dentro mismo de cada taller. Pero los mercados continuaron expandiéndose y las necesidades creciendo. La misma manufactura resultó ya insuficiente. El vapor y la maquinaria vinieron entonces a revolucionar la producción industrial y la manufactura tuvo que ceder el puesto a la gran industria moderna. El lugar de la clase media industrial lo ocuparon los millonarios de la industria, jefes de auténticos ejércitos fabriles, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial previamente preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial ha permitido un ingente desarrollo del comercio, la navegación y las comunicaciones por tierra. Este desarrollo ha repercutido, a su vez, en la ampliación de la industria. Y en la misma medida en que se ampliaban la industria y el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba también la burguesía, aumentando sus capitales y desplazando a un segundo plano a todas las clases originarias de la Edad Media.

Vemos, pues, cómo también la burguesía moderna es el producto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de transformaciones radicales de los modos de producción e intercambio. Cada una de estas fases de desarrollo de la burguesía iba de la mano del correspondiente progreso político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales, asociada después en comunas armadas y con administración autónoma, república ciudadana independiente en unos sitios, tercer estado tributario de la monarquía en otros, fue más tarde, en la época de la manufactura, contrapeso frente a la nobleza en el seno de la monarquía estamentaria o absoluta; en todo caso, fundamento social de las grandes monarquías hasta que, finalmente, consiguió con su lucha establecer su dominación política

exclusiva en el moderno estado representativo sobre las dos premisas de la gran industria y del mercado mundial.

El poder estatal moderno equivale al Consejo de Administración de los intereses generales del conjunto de la burguesía.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel eminentemente revolucionario.

Donde quiera que haya llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Desgarró inexorablemente los abigarrados vínculos feudales que ataban al hombre a sus superiores naturales sin dejar entre los hombres otro vínculo que el del desnudo interés, el del implacable «pago en dinero contante». Ahogó en el agua helada de su cálculo egoísta los piadosos estremecimientos de la exaltación religiosa, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del burgués filisteo. Ha disuelto la dignidad personal en el valor de cambio y en el lugar de todas las innumerables libertades, bien adquiridas y escrituradas, ha establecido como única libertad la del libre comercio sin escrúpulo. En una palabra, la burguesía ha substituido la explotación envuelta en ilusiones religiosas y políticas por la explotación franca, descarada, directa y adusta<sup>(4)</sup>.

La burguesía despojó de su halo de santidad a todas las actividades contempladas hasta entonces con piadoso temor como venerables, convirtiendo en sus sirvientes a sueldo al médico, al jurista, al cura, al poeta y al hombre de ciencia.

La burguesía arrancó el velo patético-sentimental que encubría las relaciones familiares reduciéndolas a una mera relación de dinero. La burguesía puso al descubierto que los alardes de fuerza bruta que la reacción tanto admira en la Edad Media, hallaban su adecuado complemento en la más indolente haraganería<sup>(5)</sup>.

Ella ha sido la primera en demostrar lo que la actividad humana es capaz de realizar, consumando obras prodigiosas totalmente distintas a las de las pirámides de Egipto, los acueductos romanos o las catedrales góticas y llevando a cabo expediciones muy distintas a la invasión de los bárbaros o las Cruzadas,

La burguesía no puede existir si no es revolucionando de continuo los instrumentos de producción, las relaciones de producción y, consiguientemente, la totalidad de relaciones sociales. Las clases productivas anteriores tenían, por el contrario, como primera condición de su existencia el mantenimiento, sin variaciones, del viejo sistema de producción. La incesante transformación a fondo de la producción, la ininterrumpida conmoción de todo el sistema social, la inseguridad y el movimiento perpetuos son precisamente los rasgos característicos de la época de la burguesía respecto a las demás. Todas las relaciones rígidas y enmohecidas, con su acompañamiento de ideas y concepciones de venerable tradición, quedaron disueltas y las recién constituidas envejecen antes de adquirir consistencia. Todo cuanto era estamental y estable se esfuma; todo lo santo es profanado y los hombres se ven finalmente forzados a contemplar con prosaica frialdad su posición en la vida y sus relaciones interpersonales<sup>(6)</sup>.

La necesidad de colocar sus productos en mercados cada vez más amplios empuja a la burguesía a los más apartados rincones del planeta. En todas partes tiene que afincarse, echar raíces y establecer relaciones.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha imprimido un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Muy a pesar de los reaccionarios, ha privado a la industria de su base nacional. Antiguísimas industrias nacionales han sido ya arrasadas y otras lo son diariamente al verse desplazadas por otras nuevas cuya instalación resulta vital para todas las naciones civilizadas. Industrias éstas que no elaboran materias primas del país, sino originarias de las más lejanas zonas planetarias y cuyos productos no se consumen tan sólo en el propio país, sino en todos los continentes al mismo tiempo. En lugar de las viejas necesidades para cuya satisfacción bastaban los productos del país, surgen otras nuevas que exigen para su satisfacción los productos de los países y climas más exóticos. La vieja autarquía local y nacional y el aislamiento económico dejan paso a un comercio universal y a una universal interdependencia de las naciones. Y cuanto acontece en el plano de la producción material, resulta también aplicable a la cultural. Los productos culturales de las diferentes naciones se convierten en bien común. La estrechez y cortedad de miras nacionales se van haciendo imposibles con el tiempo y, a partir de las diferentes literaturas nacionales y locales, se va configurando una literatura universal,

Con el rápido perfeccionamiento de todo el utillaje productivo y la ilimitada mejora de las comunicaciones, la burguesía arrastra a la civilización a todas las naciones, incluidas las más bárbaras. La baratura de sus mercancías constituye la artillería pesada con la que arrasa todas las murallas chinas e impone la capitulación a los bárbaros de más obstinada xenofobia. Fuerza a todas las naciones a hacer suyo el sistema de producción burgués, salvo que prefieran su propia ruina. Las obliga a adoptar para sí mismas la llamada civilización, es decir, a convertirse en burguesas. En una palabra, la burguesía se crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido al campo a la dominación de la ciudad. Ha creado ciudades enormes aumentando la población urbana en una proporción muy elevada respecto a la rural y con ello ha arrancado a una parte considerable de la población al idiotismo de la vida del campo. Del mismo modo que ha hecho al campo dependiente de la ciudad, también ha hecho a las naciones bárbaras o semibárbaras dependientes de las civilizadas, a los pueblos de agricultores dependientes de los pueblos de predominio urbano y al Oriente dependiente del Occidente.

La burguesía supera progresivamente la dispersión de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en pocas manos. La consecuencia necesaria de todo ello fue la centralización política. Regiones independientes, apenas aliadas entre sí, con intereses diversos y leyes, gobiernos y aduanas distintos, fueron integrados en una única nación, en un único gobierno, bajo una única ley y con una única frontera aduanera<sup>(7)</sup>.

En su dominación de apenas un siglo de duración, la burguesía ha creado fuerzas de dimensiones más colosales que las creadas por todas las generaciones anteriores

conjuntamente. ¿Qué siglo del pasado podía ni siquiera soñar que en el seno del trabajo social dormitasen energías productivas tales como para sojuzgar a las fuerzas de la naturaleza, producir la maquinaria, poner la química al servicio de la industria y los cultivos, crear la navegación a vapor, los ferrocarriles, el telégrafo eléctrico, roturar continentes enteros, hacer navegables los ríos y hacer que ciudades enteras brotasen del suelo como por encanto?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y transporte que sirvieron de base para la constitución de la burguesía se generaron en la sociedad feudal. Alcanzada una cierta fase de desarrollo de estos medios de producción y transporte, las relaciones según las cuales producía e intercambiaba la sociedad feudal, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen feudal de la propiedad, dejó de corresponder ya al grado de desarrollo de las fuerzas productivas. En lugar de propiciarla, frenaban la producción. Se convirtieron así en otras tantas trabas para la misma. Había que hacerlas saltar y saltaron. Vino en su lugar la libre concurrencia con la constitución social y política a ella adecuada, es decir, con la dominación económica y política de la burguesía<sup>(8)</sup>.

Ante nuestros ojos se desarrolla ahora un proceso similar. Las relaciones burguesas de producción e intercambio, el régimen burgués de propiedad, la moderna sociedad burguesa que ha sido capaz de crear como por encanto tan colosales medios de producción y transporte, se asemeja al encantador incapaz de dominar los poderes infernales por él conjurados. Ya desde hace decenios, la historia de la industria y del comercio no es sino la historia de la rebelión de las modernas fuerzas productivas contra las modernas relaciones de producción, contra el régimen de propiedad, condición de vida de la burguesía y de su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales cuya periódica repetición cuestiona con peligros cada vez más amenazadores la existencia misma de toda la sociedad burguesa. Las crisis económicas se saldan con la destrucción de una buena parte no ya de los productos elaborados, sino de las mismas fuerzas productivas ya creadas. En las crisis se desata una epidemia social que, a los ojos de las épocas anteriores, habría aparecido como un contrasentido, la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve súbitamente retrotraída a una situación de barbarie momentánea. Podría pensarse que una plaga de hambre o una guerra de destrucción total la hubiese privado de todos sus recursos alimenticios. La industria y el comercio parecen arrasados. Y todo ello ¿por qué? Porque la sociedad posee un exceso de civilización, de víveres, de comercio. Las fuerzas productivas con que cuenta no parecen servir ya para propiciar el régimen social de propiedad burgués. Son ya, por el contrario, excesivamente poderosas respecto a ese régimen y frenadas por él. Apenas superan ese freno, siembran el desorden en el conjunto de la sociedad burguesa y ponen en peligro la existencia de la propiedad privada. El marco de relaciones burguesas se ha hecho demasiado estrecho para abarcar la riqueza que en él se genera, ¿Por qué medio supera las crisis la burguesía? Por una parte, mediante la destrucción forzosa de una masa de fuerzas productivas. Por otra, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más a fondo de los existentes. Bien mirados, estos medios equivalen a la preparación de crisis más amplias y violentas y a la reducción de los medios para prevenirlas<sup>(9)</sup>.

Las armas con que la burguesía abatió al feudalismo se vuelven ahora contra ella misma. Pero la burguesía no sólo ha forjado las armas que le acarrearán la muerte, sino también a los hombres que han de manejarlas, los obreros modernos, los proletarios,

En la misma medida en que se desarrollaba la burguesía, es decir, el capital, se desarrollaba asimismo el proletariado, la clase de los obreros modernos, que tan sólo puede vivir a condición de hallar trabajo y tan sólo pueden hallar trabajo a condición de que éste acreciente el capital. Estos obreros, obligados a venderse uno a uno como piezas, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio y, como tal, expuestos a los altibajos de la competencia, a las oscilaciones del mercado.

La expansión de la maquinaria y la división del trabajo han hecho que la faena de los proletarios pierda toda autonomía y cualquier clase de estímulo. Se convierten en meros apéndices de la máquina y tan sólo se exige de ellos las manipulaciones más simples, monótonas y fáciles de aprender. Los costos que el proletario origina se reducen a poco más del monto de los víveres necesarios para su subsistencia y la reproducción de su especie. El precio de una mercancía y, por tanto, también el del trabajo mismo, es igual a los costos de su producción. En la misma medida en que aumenta el carácter odioso del trabajo, disminuye, consecuentemente, el salario. Más aún: en la misma medida en que van aumentando las máquinas y progresando la división del trabajo, aumenta también la masa de trabajo o bien mediante el aumento del número de horas de trabajo o bien mediante el aumento del trabajo exigido en cada unidad de tiempo determinado por el funcionamiento más rápido de las máquinas, etc<sup>(10)</sup>.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Las masas obreras aglomeradas en la fábrica son organizadas a manera de un ejército. En cuanto que simples soldados rasos de la industria, los obreros se ven sometidos al mando de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. No tan sólo son los siervos de la clase burguesa, del estado burgués, sino que diariamente y hora tras hora se ven sujetos a la servidumbre respecto a la máquina, al capataz y, sobre todo, respecto al correspondiente burgués. Este despotismo resulta tanto más mezquino, odioso y exacerbado cuanto mayor es la franqueza con que proclama que su único interés es el lucro. A medida que el trabajo manual exige una habilidad y una fuerza cada vez menores, es decir, a medida que se va desarrollando la industria moderna, el trabajo de los hombres se va viendo desplazado por el de las mujeres y los niños. Las diferencias de edad y sexo carecen ya de cualquier reconocimiento en lo que respecta a la clase obrera. Se trata de meros instrumentos de trabajo que originan diversos costos según su edad y sexo<sup>(11)</sup>.

Apenas acababa la explotación del obrero por el capitalista, de modo que aquél pueda percibir su salario en mano, los otros representantes de la burguesía caen inmediatamente sobre él en forma de propietario de la vivienda, de tendero, de prestamista, etc.

Las capas sociales medias hasta ahora existentes, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, los artesanos y los campesinos, descienden socialmente hasta integrarse en el proletariado. Ello sucede en parte por el hecho de que su pequeño capital resulta insuficiente para la explotación de la gran industria y cae, así, víctima de la competencia con los capitalistas más poderosos; en parte, porque su habilidad productiva queda desvalorizada por los modernos procesos de producción. De esta forma, el proletariado se recluta a partir de todas las clases de la población.

El proletariado recorre varias etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía se inicia con su propia existencia. Al principio lucha el obrero aislado. Después, los obreros de una fábrica. Seguidamente, los obreros de todo un ramo productivo local contra el burgués individual que los explota directamente. Lanzan sus ataques no sólo contra las condiciones burguesas de producción, sino contra los mismos instrumentos de trabajo. Destruyendo las mercancías de la competencia, destrozando las máquinas e incendiando las fábricas, tratan de recuperar la situación, definitivamente desaparecida, del obrero medieval.

Durante esta fase de desarrollo, los obreros constituyen una masa extendida ya por todo el país y desunida por la competencia. La cohesión de las masas obreras no resulta todavía de su propia unión, sino que es consecuencia de la unión de la burguesía, la cual, para conquistar sus propios objetivos políticos, se ve obligada a movilizar el conjunto del proletariado, cosa que consigue de momento. En esta fase, pues, los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, los restos de la monarquía absoluta, los latifundistas, la burguesía no industrial, la pequeña burguesía. De esta forma, toda la iniciativa histórica se concentra en manos de la burguesía; toda victoria así obtenida es una victoria para la burguesía.

Con el desarrollo de la industria, sin embargo, no solamente aumenta el número de proletarios, sino que se aglomeran en masas mayores, creciendo su fuerza y la conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de vida se igualan paulatinamente en el seno de la clase proletaria a medida que la maquinaria va borrando las diferencias entre un trabajo y otro y rebajando el salario al mismo nivel en casi todas partes. La creciente competencia de los burgueses entre sí y las crisis comerciales que de ello resultan someten el salario del obrero a fluctuaciones cada vez mayores. La incontenible y progresiva mejora de la maquinaria hace cada vez más inseguras sus condiciones de vida, de modo que los enfrentamientos entre cada obrero y cada capitalista por separado van adoptando cada vez más el carácter de colisión entre dos clases. Los obreros comienzan a formar coaliciones contra los capitalistas agrupándose en defensa del salario de su trabajo. Llegan incluso a crear asociaciones de carácter permanente al objeto de acumular reservas en prevención de futuras rebeliones. En algunos sitios, la lucha desemboca en auténticos motines.

De vez en cuando, los obreros consiguen la victoria, pero tan sólo transitoriamente. El resultado más genuino de su lucha estriba en el éxito inmediato sino en la ampliación, siempre creciente, de la unión entre los obreros. Esa unión se ve propiciada por los crecientes medios de comunicación producidos por la gran industria, que permiten establecer contacto entre los obreros de las diversas poblaciones. Basta precisamente este contacto para que las diversas luchas locales, que en todas partes poseen la misma naturaleza, se puedan centralizar en una lucha nacional, de clase. Toda lucha de clase es, sin embargo, una lucha política. Gracias al ferrocarril, los modernos proletarios están en situación de conseguir su unión en unos cuantos años, mientras que los burgueses de la Edad Media, con sus caminos vecinales, requerían siglos para llegar a ella,

La organización de los proletarios como clase y, por tanto, como partido político, salta a cada momento en pedazos a causa de la competencia existente entre los obreros mismos. Pero resurge una y otra vez con más fuerza, más firme y poderosa, obligando al reconocimiento en forma de ley de algunos de sus intereses, aprovechando las escisiones en

el seno de la burguesía. Un ejemplo de ello es la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra<sup>(12)</sup>.

Las colisiones que se dan en la vieja sociedad favorecen por distintos caminos el desarrollo del proletariado. La burguesía se halla empeñada en una lucha constante: al principio, contra la aristocracia; más tarde, contra otros sectores de la misma burguesía cuyos intereses están en contradicción con el progreso de la industria. Lucha de modo permanente contra la burguesía de los demás países. En todas estas luchas se ve obligada a recurrir al proletariado, exigiendo su ayuda y comprometiéndolo consecuentemente en el movimiento político. De este modo, proporciona al proletariado los elementos de su propia cultura y, con ello, las armas que se volverán contra ella.

Además, como ya hemos visto, el progreso de la industria arroja al seno del proletariado a sectores enteros de la clase dominante o, cuando menos, pone en peligro sus condiciones de vida. También estos sectores aportan al proletariado todo un acervo de elementos culturales.

Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases se aproxima al momento decisivo, el proceso de descomposición de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, se hace tan acusado y tan estridente que una pequeña parte de esta misma clase dominante se escinde de ella y se incorpora a la clase revolucionaria, en cuyas manos está el porvenir. Así como en el pasado una parte de la nobleza se pasó al campo de la burguesía, también en la actualidad, una parte de la burguesía se pasa al proletariado y, de modo especial, una parte de los ideólogos burgueses que han sido capaces de elevar su esfuerzo intelectual hasta la comprensión teórica de la totalidad del movimiento de la historia<sup>(13)</sup>.

De todas las clases que hoy se enfrentan a la burguesía, tan sólo el proletariado constituye una clase auténticamente revolucionaria. Las otras clases se atrofian y desaparecen con la gran industria mientras que el proletariado es precisamente el producto más genuino de la misma. Las capas medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante y el campesino combaten, todos ellos, a la burguesía para asegurar su existencia como tales capas medias y salvarse de su hundimiento. No son, pues, revolucionarias sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias en cuanto tratan de hacer girar hacia atrás la rueda de la historia. Y cuando son revolucionarias, lo son con vistas a su inminente transición hacia el proletariado, de modo que no defienden sus intereses actuales sino los de su futuro. De esta manera, abandonan sus propios puntos de vista y adoptan los del proletariado.

El proletariado «lumpen», producto de la putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado al movimiento acá y allá, si bien --en consonancia con el conjunto de condiciones de su vida--, estará predispuesto a dejarse comprar en apoyo de maquinaciones reaccionarias<sup>(14)</sup>.

Las condiciones de vida del proletariado equivalen ya hoy a la destrucción de las condiciones de vida de la vieja sociedad. El proletariado carece de propiedad. Su relación respecto a la mujer y los niños nada tiene ya en común con la situación familiar burguesa. El trabajo en la moderna servidumbre bajo el capital, que viene a ser la misma tanto en Inglaterra como en Francia, en América como en Alemania, le ha privado de todo carácter

nacional. Las leyes, la moral y la religión significan para él otros tantos prejuicios burgueses, tras los cuales se ocultan los correspondientes intereses de la burguesía<sup>(15)</sup>.

Todas las clases que conquistaron el poder trataron de asegurar la posición social así adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones que les permitieran a ellas la obtención de su ganancia. Los proletarios sólo pueden conquistar las fuerzas productivas sociales a cambio de abolir su propio modo de apropiación anterior y con ello, cualquier modo de apropiación existente hasta, hoy. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino que destruirán, antes bien, todo género de garantías y seguridades privadas precedentes. Todos los movimientos anteriores han sido movimientos de minorías en interés de minorías. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría. El proletariado, la capa más baja de la actual sociedad, no puede levantarse ni sacudir su yugo sin hacer saltar en pedazos toda la superestructura de las capas que componen la sociedad oficial.

La lucha del proletariado contra la burguesía es, por de pronto, una lucha nacional, aunque lo sea por su forma y no por su contenido. El proletariado de cada país tiene que ajustarle las cuentas, lógicamente, a su propia burguesía.

Al describir con trazos muy generales las fases de desarrollo del proletariado, hemos seguido las huellas de la guerra civil más o menos encubierta que se da en la sociedad vigente hasta el momento mismo en que desemboca en revolución abierta y el proletariado fundamenta su poder mediante el derrocamiento violento de la burguesía.

Todos los tipos de sociedad anteriores se basaban, como hemos visto, en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Pero para poder oprimir a una clase es preciso asegurarle las condiciones mínimas que le permitan arrastrar su vida de servidumbre. El siervo de la gleba fue capaz, merced al trabajo de su servidumbre, de elevarse a miembro de la comuna y el pequeño burgués, por su parte, se elevó a burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, en vez de elevarse socialmente a medida que progresa la industria, se hunde más y más por debajo de la condición de su propia clase. El obrero se depaupera y el pauperismo se extiende con más rapidez aún que la población y la riqueza. Se hace así patente que la burguesía es incapaz de permanecer por más tiempo como clase dominante de la sociedad y seguir imponiendo como tal clase sus condiciones de vida como ley reguladora para toda la sociedad. Es incapaz de dominar puesto que es incapaz de asegurar a sus esclavos la existencia, aunque sea dentro de su esclavitud, y los arrastra a una situación de tal indigencia que le resulta forzoso alimentarlos en vez de hacerse alimentar por ellos. La sociedad no puede vivir ya bajo su dominio o, lo que es igual, su existencia como clase se ha hecho incompatible con la de la sociedad<sup>(16)</sup>

La condición esencial para la existencia y la dominación de la burguesía es la acumulación de riqueza en manos privadas, la formación y ampliación de capital. La condición básica del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado se basa exclusivamente en la concurrencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria cuyo agente involuntario y

pasivo es la burguesía, substituye el aislamiento de los obreros, resultado de la concurrencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Con el desarrollo de la industria, pues, la burguesía ve desaparecer bajo sus pies la base misma que le permite producir y apropiarse la producción. Antes que nada, produce sus propios sepultureros. Su hundimiento y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

## Capítulo II

### PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no son un partido especial frente a los otros partidos obreros. No tienen intereses propios, separados de los intereses del conjunto del proletariado. No establecen principios especiales a los que pretendan amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas se diferencian de los restantes partidos proletarios por el hecho de que, por una parte, en las diversas luchas nacionales de los proletarios, resaltan y hacen valer de modo especial los intereses comunes a todo el proletariado, independientes de su nacionalidad y, por la otra, porque en cada una de las fases de desarrollo que recorre la lucha entre proletariado y burguesía, defienden siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente entre todos los partidos obreros del mundo el sector que con mayor denuedo y mayor dinamismo empuja hacia adelante el movimiento. Aventajan a la restante masa del proletariado por su comprensión teórica de las condiciones, del derrotero y los resultados generales del movimiento proletario. El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de los restantes partidos proletarios: constitución del proletariado como clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por parte del proletariado.

Los postulados teóricos de los comunistas no se basan, en modo alguno, en principios descubiertos o ideados por cualquier redentor visionario. Son formulaciones generales de situaciones reales que se dan en una lucha de clases real, en el movimiento histórico que se desarrolla a la vista de todos. La supresión del régimen de propiedad preexistente no es la característica específica del comunismo. Todos los sistemas de propiedad históricos estuvieron sujetos a continuos cambios, a la continua modificación de la historia. La Revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en favor de la propiedad burguesa. Lo que caracteriza específicamente al comunismo no es la supresión de la propiedad en general, sino la supresión de la propiedad burguesa. Sólo que la moderna propiedad privada burguesa es la expresión última y más acabada de la producción y apropiación de productos basadas en los antagonismos de clase, en la explotación de unos hombres por otros. En este sentido, los comunistas sí que podrían resumir sus teorías en esta sola fórmula: supresión de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas que pretendemos suprimir la propiedad personal adquirida mediante el trabajo propio; la propiedad que constituye el fundamento de toda

libertad, la actividad y la autonomía personales. ¡La propiedad bien adquirida como fruto del trabajo y del esfuerzo propios! ¿Os referís a la propiedad del pequeño burgués, del pequeño campesino que precedieron a la propiedad burguesa? No necesitamos suprimirla. El desarrollo de la industria la ha suprimido y la sigue suprimiendo día tras día. ¿O bien os referís a la propiedad burguesa moderna? ¿Acaso el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, le procura propiedad? En modo alguno. Lo que hace es crear capital, es decir, la propiedad que explota el trabajo asalariado y que sólo puede acrecentarse a condición de generar nuevo trabajo asalariado al que explotar de nuevo. La propiedad en su actual configuración se mueve en la antítesis entre capital y trabajo asalariado. Vamos a examinar los dos términos de esta antítesis.

Ser capitalista significa ocupar una posición no meramente personal sino social en la producción. El capital es un producto social y únicamente puede ponerse en movimiento mediante la actividad común de muchos o, en última instancia, de todos los miembros de la sociedad. El capital no es, pues, un poder personal, sino social. Así pues, el que el capital pase en su día a ser propiedad colectiva, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no significa que la propiedad personal se transforme en colectiva: sólo queda transformado el carácter social de la propiedad al perder el carácter de clase<sup>(17)</sup>.

Centrémonos ahora en el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los bienes de subsistencia que resultan necesarios para mantener en vida al obrero como tal obrero. Lo que el obrero asalariado se apropia mediante su actividad es el mínimo imprescindible para mantener escuetamente su vida. En modo alguno queremos suprimir esta apropiación personal de productos, necesaria para la continua reproducción de la vida, una apropiación que no deja ningún rédito neto que pudiera dar poder sobre el trabajo ajeno. Lo que queremos es destruir el carácter miserable de esta apropiación en que el obrero vive únicamente para acrecentar el capital y ello mientras los intereses de la clase dominante así lo exijan.

En la sociedad burguesa, el trabajo vivo del hombre es meramente un medio para acrecentar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado es tan sólo un medio para ensanchar, enriquecer y fomentar el régimen de vida de los obreros. En la sociedad burguesa, el pasado domina sobre el presente. En la comunista, el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa, el capital goza de autonomía y personalidad mientras que el individuo activo vive en la coerción y la impersonalidad.

¡Y la supresión de esta situación es calificada por la burguesía de supresión de la personalidad y la libertad! Y con toda razón. Se trata, eso sí, de la supresión de la personalidad, la autonomía y la libertad burguesas.

Por libertad se entiende, en el marco de las relaciones de producción burguesas, el libre comercio, la libertad de comprar y vender. Pero, desaparecido el tráfico logrero, desaparece asimismo la libertad de traficar. La fraseología acerca de la libertad de tráfico, así como las restantes loas retóricas de nuestra burguesía, tan sólo tienen sentido respecto al tráfico sujeto a trabas y al burgués sojuzgado, propios de la Edad Media, pero no respecto a la

supresión comunista de este tráfico logrero, de las relaciones de producción burguesas y de la burguesía misma.

Os aterráis de que queramos suprimir la propiedad privada como si no fuese una realidad que en la sociedad actual, la vuestra, se ha suprimido la propiedad privada para el noventa por ciento de sus miembros. La propiedad que existe se basa precisamente en su no existencia para ese noventa por ciento. Lo que nos reprocháis, pues, es querer suprimir una propiedad que tiene como condición necesaria la carencia de propiedad de la aplastante mayoría de la sociedad. Nos reprocháis, en una palabra, el querer suprimir vuestra propiedad. Ciertamente, es eso lo que pretendemos.

Desde el momento en que el trabajo no pueda ya convertirse en capital, dinero y renta del suelo, resumiendo, en poder social monopolizable o, para decirlo de otro modo, desde el momento en que la propiedad personal no puede transformarse en propiedad burguesa, vosotros proclamáis que con ello queda abolida la persona como tal. De este modo, reconocéis que vosotros únicamente entendéis por persona al burgués, al propietario de la burguesía. Y es cierto que esta persona como tal debe ser abolida.

El comunismo no priva a nadie del poder de apropiarse productos sociales. El único poder que suprime es el de hacer de esta apropiación el yugo que permita sojuzgar el trabajo ajeno<sup>(18)</sup>.

Se ha objetado que con la supresión de la propiedad privada se paralizaría toda actividad y reinaría la indolencia general. Según esto, la sociedad burguesa se habría hundido ya víctima de la haraganería, pues los que en ella trabajan nada adquieren y los que en ella adquieren no trabajan. Esta objeción se reduce íntegramente a la tautología de que, una vez desaparecido el capital, desaparece, por consiguiente, el trabajo asalariado.

Todas las objeciones lanzadas contra la forma comunista de apropiación y producción de bienes materiales se han hecho extensivas a la apropiación y producción de bienes culturales. Del mismo modo que el burgués piensa que el cese de la propiedad clasista equivale al cese de la misma producción, piensa asimismo que la supresión de la educación clasista equivale prácticamente a la supresión de la educación sin más.

La educación, cuya pérdida lamenta el burgués, no es otra cosa, para la aplastante mayoría de la población, que el adiestramiento para el manejo de la máquina.

Pero ¿por qué discutís con nosotros acerca de la supresión de la propiedad burguesa aplicando criterios basados en vuestras ideas burguesas acerca de la libertad, la educación, el derecho, etc..? Vuestras mismas ideas son producto de las relaciones burguesas de producción y propiedad del mismo modo que vuestro derecho no es otra cosa que la voluntad de vuestra clase elevada a ley, una voluntad cuyo contenido se deduce de las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Esa idea interesada que os hace convertir vuestro régimen social de producción y propiedad --régimen transitorio en cuanto que resultado de la historia-- en una ley eterna de la naturaleza y la razón, la tenéis en común con todas las clases dominantes ya periclitadas.

Lo que os parece comprensible respecto a la propiedad en la Antigüedad y os parece asimismo comprensible respecto a la propiedad feudal, no sois capaces de comprenderlo en el caso de la propiedad burguesa.

¡Supresión de la familia! Hasta los más radicales se exaltan escandalizados ante este propósito execrable de los comunistas. Pero ¿en qué se basa la familia actual, la burguesa? Se basa en el capital, en el lucro privado. Sólo para la burguesía se da una familia en sentido pleno, cuya contrapartida está en la forzosa carencia de familia de los proletarios y en la prostitución pública. Este tipo de familia burguesa desaparecerá, naturalmente, con la desaparición de su contrapartida y ambas desaparecerán con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer suprimir la explotación de los niños por parte de sus padres? Sí, nos declaramos reos de ese crimen. Pero afirmáis que al substituir la educación doméstica por la social eliminamos la más pura intimidad familiar. Pero ¿acaso vuestra educación no está determinada por la sociedad, por las relaciones sociales que sirven de marco a la educación, por injerencia más o menos directa de la sociedad a través de la escuela? Los comunistas no han inventado la influencia de la sociedad en la escuela. Lo único que pretenden es modificar su carácter sustrayéndola al influjo de la clase dominante.

La retórica burguesa acerca de la familia y la educación, acerca de la intimidad familiar entre padres e hijos, resulta tanto más repugnante cuanto que con la extensión de la gran industria se van desgarrando todos los lazos de las familias proletarias y los niños se van transformando en meros artículos de comercio e instrumentos de trabajo<sup>(19)</sup>.

¡Pero vosotros los comunistas, nos grita a coro toda la burguesía, queréis implantar la comunidad de mujeres! El burgués ve en su mujer un simple instrumento de producción y como ha oído que los instrumentos de trabajo deben ser explotados en común, no puede menos de pensar que también a las mujeres les aguarda el destino de la colectivización. No puede ni imaginarse que de lo que se trata precisamente es de suprimir la situación de la mujer como mero instrumento de producción. Por lo demás ¿hay algo más ridículo que ese espanto de nuestros burgueses, con estridencias de alta moral, ante la pretendida colectivización oficial de las mujeres por parte de los comunistas? Los comunistas no necesitan implantar la comunidad de mujeres ya que ésta se ha dado casi siempre. Nuestros burgueses no se contentan con el hecho de tener a su disposición las mujeres e hijas de sus proletarios --dejando aparte la prostitución oficial-- sino que hallan el mayor de los placeres en la recíproca seducción de sus propias mujeres.

En realidad, el matrimonio burgués equivale ya a la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría reprochar a los comunistas el querer implantar una comunidad de mujeres oficial y sin tapujos en lugar de la que ahora se da con velada hipocresía. Ni que decir tiene, por lo demás, que con la supresión de las relaciones de producción ahora vigentes, ha de desaparecer también la comunidad de mujeres que de ella deriva, es decir, tanto la prostitución oficial como la inoficial.

También se ha reprochado a los comunistas el querer suprimir la patria, la nacionalidad. Los obreros no tienen patria. No es posible quitarles lo que no tienen. En cuanto que el proletariado tiene por objetivo inmediato la conquista del poder político para constituirse en

clase nacional, en nación, el proletariado es nacional, aunque en un sentido muy diferente al de la burguesía.

Ya el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, el mercado mundial y la uniformización de la producción industrial y de las correspondientes formas de vida, va haciendo que se esfumen paulatinamente los aislamientos y antagonismos nacionales. El dominio del proletariado acelerará esa extinción. Su acción conjunta, por lo menos la del proletariado de las naciones más civilizadas; es una de las primeras condiciones de su liberación<sup>(20)</sup>.

A medida que se vaya eliminando la explotación de unos individuos por otros; se irá eliminando paralelamente la explotación de unas naciones por otras. Desaparecido el antagonismo de clases en el interior de una nación, desaparecerá la actitud hostil de unas naciones para con otras.

Las acusaciones lanzadas contra el comunismo desde el plano religioso; filosófico, o ideológico en general, no merecen mayores comentarios. No hace falta una agudeza especial para comprender que, al cambiar las condiciones de vida de los hombres, sus relaciones sociales y su existencia social; se modificarán y asimismo sus ideas; sus concepciones; en una palabra, su misma conciencia. ¿Qué otra cosa demuestra la historia de las ideas sino que las producciones del espíritu se transforman con la producción material? Las ideas dominantes en cada época fueron las ideas de la clase dominante. Cuando se habla de ideas capaces de revolucionar toda una sociedad, se está expresando únicamente el hecho de que, en el seno de la vieja sociedad, se han constituido los elementos de la nueva y que la extinción de las nuevas ideas va de la mano de la descomposición de las viejas condiciones de vida.

Cuando el mundo estaba al borde de su desaparición, las religiones de la Antigüedad fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando en el siglo XVIII; las concepciones cristianas cayeron abatidas por las ideas de la Ilustración, la sociedad feudal estaba librando una lucha a vida o muerte con la entonces revolucionaria burguesía. Las ideas de libertad de pensamiento y confesión eran la expresión de la libre concurrencia en el campo del saber.

Se nos dirá, sin embargo, que las ideas religiosas, morales, filosóficas y jurídicas se modificaron, ciertamente, en el curso del desarrollo histórico; pero la religión, la moral, la filosofía, la política y el derecho siempre prevalecieron en este cambio. Se añadirá, incluso, que hay verdades eternas tales como la de libertad y justicia y otras muchas; comunes a todos los sistemas sociales y que, a pesar de ello, el comunismo suprime esas verdades eternas, la religión y la moral, en lugar de transformarlas situándose así en contradicción con todo desarrollo social anterior.

¿A qué se reduce esta acusación?? La historia de todas las sociedades anteriores se movía en el marco de los antagonismos sociales que en cada época adoptaban distinta naturaleza. Cualquiera que sea la forma adoptada en cada caso, el hecho de la explotación de una parte de la sociedad por la otra es algo común a todas las épocas pasadas. Nada tiene de admirable, por consiguiente, que la conciencia social, producto de muchos siglos, a despecho de su diversidad y multiformidad en el tiempo, se mueva dentro de ciertos

esquemas comunes, en formas de conciencia que tan sólo se extinguirán plenamente con la completa desaparición del antagonismo de clases.

La revolución comunista significa la ruptura más radical con las relaciones de producción tradicionales. No nos ha de sorprender, por lo tanto, que rompa en el curso de su desarrollo del modo más radical con todas las ideas tradicionales<sup>(21)</sup>. Pero dejemos ahora de lado las objeciones burguesas contra el comunismo. Ya vimos más arriba que el primer paso de la revolución proletaria consiste en la elevación del proletariado a clase dominante en la conquista de la democracia.

El proletariado usará de su poder político para arrancar paso a paso a la burguesía todo su capital, centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y acrecentar con la mayor rapidez posible el cúmulo de fuerzas productivas. En un principio, todo ello sólo es posible, naturalmente, mediante intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción, es decir, mediante medidas que pueden parecer económicamente insuficientes e insostenibles en sí mismas pero que, en el transcurso de todo este movimiento, van, en su alcance, más allá de sí mismas y resultan imprescindibles para la transformación radical de todo el sistema de producción.

Estas medidas habrán de ser, como es natural, diversas de conformidad con la diversidad de los países.

En el caso de los países más avanzados, las siguientes medidas tendrán, sin embargo, una aplicación más o menos general:

- 1 . Expropiación de la propiedad territorial y dedicación para gastos del Estado de la renta del suelo.
2. Impuesto fuertemente progresivo.
3. Supresión del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados políticos y rebeldes.
5. Centralización del crédito en manos del Estado.
6. Centralización de la red de transportes en manos del Estado.
7. Ampliación del número de fábricas nacionales, instrumentos de producción, rotulación y mejora de terrenos de acuerdo con un plan general.
8. Imposición a todos de la obligación de trabajar; organización de ejércitos industriales, especialmente para la agricultura.

9. Explotación combinada de la agricultura y la industria. Intervención encaminada a la eliminación gradual de diferencias entre la ciudad y el campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Eliminación del trabajo fabril de los niños en su forma actual. Interacción coordinada entre la educación y la producción material<sup>(22)</sup>.

Cuando, en el transcurso de este proceso, vayan desapareciendo las diferencias de clase y la totalidad de la producción se halle en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político en su sentido más genuino no es sino el poder organizado de una clase para la opresión de las otras. Cuando el proletariado se una forzosamente como clase en su lucha contra la burguesía, se constituya en clase dominante mediante la revolución y como tal clase dominante suprima por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprimirá con ellas la condición misma de los antagonismos de clase, las clases como tales y su propia dominación de clase.

En lugar de la vieja sociedad burguesa, con sus clases y antagonismos de clases, surgirá una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno será la condición para el libre desarrollo de los demás.

### Capítulo III

#### LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

##### 1. EL SOCIALISMO REACCIONARIO

###### a) *El socialismo feudal*

Las aristocracias inglesa y francesa estaban llamadas, por su posición social, a escribir panfletos contra la moderna sociedad burguesa. En la Revolución francesa de julio de 1830 y en el movimiento reformista inglés, hubo de sucumbir una vez más ante el odiado advenedizo. A partir de ahí, toda lucha política sería quedaba muy fuera de sus posibilidades. No le quedaba otro recurso que el de la lucha con la pluma. Pero la vieja retórica de la época de la restauración había perdido toda vigencia, incluso en el campo de la literatura. Para despertar simpatías tuvo que olvidar, al menos en apariencia, sus intereses y formular su acta de acusación contra la burguesía únicamente en interés de la clase obrera explotada. De este modo, se daba la satisfacción de entonar coplas libeláticas contra su nuevo dominador y susurrarle al oído profecías más o menos funestas. Así surgió el socialismo feudal, mitad lamento fúnebre, mitad pasquín; mitad resonancia del pasado y

mitad amenaza del futuro, capaz a veces de herir en lo más vivo a la burguesía con juicios cáusticos y cortantes por su agudeza, pero dando siempre una imagen ridícula por su incapacidad total para comprender la marcha de la historia moderna. Para atraer al pueblo y ponerse a su cabeza, agitaba como bandera el saco de mendigo del proletariado, pero cada vez que el pueblo le seguía acababa por ver en su trasero los viejos blasones feudales y se dispersaba entre carcajadas tan sonoras como irreverentes. Una parte de los legitimistas franceses y la *Joven Inglaterra* han desempeñado este papel como autores consumados<sup>(23)</sup>. En su afán de demostrar que su modo de explotación era de otra naturaleza que el de la burguesa, estos señores feudales olvidan que ellos explotaban en circunstancias y bajo condiciones totalmente diferentes, hoy ya caducadas. Y, al poner de manifiesto que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es precisamente el vástago que su régimen feudal había de engendrar necesariamente. Por lo demás, la ocultación de su carácter reaccionario es mínima ya que su acusación fundamental contra la burguesía consiste en reprocharle que, bajo su régimen, se desarrolla una clase que hará saltar en pedazos toda la vieja sociedad. Lo que le reprochan no es tanto el engendrar un proletariado como el engendrar un proletariado revolucionario. De aquí que en su praxis política compartan todas las medidas de fuerza contra la clase obrera y en la vida cotidiana, pese a toda su ampulosa retórica, se avengan a recolectar las manzanas de oro y a trocar la fidelidad, el amor y el honor por el sucio tráfico en lana de oveja, remolacha y aguardiente.

Al igual que el cura de misa y olla iba siempre del bracete del señor feudal, el socialismo clerical va también de la mano del socialismo feudal. Nada resulta más fácil que dar un barniz socialista al ascetismo cristiano. ¿No lanzó el cristianismo sus invectivas airadas contra la propiedad privada el matrimonio y el Estado? ¿Acaso no predicó en substitución de todo ello la caridad, la limosna, el celibato y la mortificación de la carne, el monacato y la iglesia? El socialismo cristiano no es otra cosa que el agua bendita con que la clerigalla bendice el enojo de la aristocracia.

#### b) *El socialismo pequeño-burgués*

La aristocracia feudal no es la única clase derrocada por la burguesía ni la única que hubo de ver cómo sus condiciones de vida se consumían y extinguían en la moderna sociedad burguesa.

Los villanos medievales y la clase de los pequeños campesinos fueron los precursores de la moderna burguesía. En aquellos países de menor desarrollo industrial y comercial, estas clases siguen vegetando al lado de la ascendente burguesía. En los países con una civilización moderna desarrollada, se ha ido constituyendo una nueva capa pequeño-burguesa que flota entre la burguesía y el proletariado y que se recompone una y otra vez como grupo complementario de la sociedad burguesa, pero cuyos miembros se ven arrojados continuamente a las filas del proletariado por la competencia económica. Esta pequeña burguesía ve incluso cómo, con el desarrollo de la gran industria, se aproxima el momento en que desaparecerá como sector independiente de la sociedad moderna al ser

substituida en el comercio la producción manufacturera y la agricultura por capataces y domésticos.

En países como Francia, en los que la clase campesina constituye más de la mitad de la población, nada tiene de extraño que algunos escritores, al sostener la causa del proletariado contra la burguesía p tomasen como base de su crítica del régimen burgués criterios pequeño-burgueses o propios del pequeño campesinado. Tomaron partido en favor del proletariado, pero con un enfoque pequeño-burgués. Fue así como surgió el socialismo pequeño-burgués. El representante más relevante de su literatura es Sismondi y ello tanto para Francia como para Inglaterra<sup>(24)</sup>. Este socialismo analiza con extrema agudeza las contradicciones de las modernas relaciones de producción quitándoles la máscara de retoques cosméticos con que los economistas las disimulaban. Puso al descubierto de forma irrefutable la acción destructora de la maquinaria y la división del trabajo, la concentración de capitales y tierras, la superproducción y las crisis, el forzoso hundimiento de la pequeña burguesía y el campesinado, la miseria del proletariado, las clamorosas desigualdades en la distribución de la riqueza, la aniquiladora guerra industrial entre las diferentes naciones, la disolución de las viejas costumbres, de las viejas relaciones familiares y de las viejas nacionalidades.

Pero en cuanto a su contenido concreto, lo que este socialismo propone es volver a reconstruir los medios de producción y cambio anteriores y, con ello, las viejas relaciones de propiedad y la vieja sociedad o bien ensamblar de nuevo, por la fuerza, los modernos medios de producción y cambio en el marco de las viejas relaciones de producción, marco que aquéllos habían hecho saltar como forzosamente debía ocurrir. Tanto en un caso como en otro, su carácter es reaccionario y utópico al mismo tiempo. Organización gremial de las manufacturas y economía patriarcal en la agricultura. Eso es lo que proclaman en última instancia. En su desarrollo ulterior, esta tendencia se ha refugiado cobardemente en un estado de modorra quejumbrosa,

c) *El socialismo alemán o verdadero:*

La literatura socialista y comunista francesa, surgida bajo la presión de la burguesía dominante y expresión literaria de la lucha contra esa dominación, penetró en Alemania en una época en que la burguesía acababa de iniciar su lucha contra el absolutismo feudal. Filósofos, semifilósofos y espíritus estetizantes de Alemania se lanzaron con avidez sobre esta literatura olvidándose tan sólo de que, si bien aquellos escritos cruzaban las fronteras alemanas provenientes de Francia, ello no significaba que también las cruzasen simultáneamente las condiciones de vida de este país. Frente a las condiciones dadas en Alemania, esta literatura perdía toda significación práctica inmediata, adoptando un aspecto meramente literario. Tenían que aparecer forzosamente como especulaciones ociosas acerca de la realización de la esencia humana. El sentido que las exigencias de la primera revolución francesa podían tener para los filósofos alemanes del siglo XVIII era el de ser exigencias de la «Razón Práctica» en general, y las decisiones revolucionarias de la burguesía francesa representaban a sus ojos las leyes de la voluntad pura, de la voluntad ideal, de la voluntad auténticamente humana. El trabajo de los escritores alemanes se redujo exclusivamente a armonizar las nuevas ideas francesas con su anticuada conciencia filosófica o, mejor dicho, a asimilar esas ideas francesas desde el punto de vista filosófico.

Esa asimilación se efectuó del mismo modo como se efectúa el aprendizaje de una lengua extranjera, mediante la traducción. Es bien sabido que los monjes recubrieron muchos manuscritos, plasmación de las obras clásicas del paganismo, con insípidas vidas de santos de la Iglesia Católica. Los literatos alemanes procedieron a la inversa respecto a la literatura profana francesa. Lo que hicieron fue escribir, tras el texto original francés, sus absurdos filosóficos. Así por ejemplo, tras la crítica francesa a las relaciones dinerarias, ellos escribieron: «Alienación de la esencia del ser humano». Tras la crítica francesa al Estado burgués escribieron: «Supresión de la dominación de la universalidad abstracta», etc.<sup>(25)</sup>.

A la intromisión chapucera de esa retórica filosófica tras las evoluciones del pensamiento francés se la bautizó con el nombre de «Filosofía de la acción», «Socialismo verdadero», «Ciencia alemana del Socialismo» o «Fundamentación filosófica del Socialismo». La literatura social-comunista francesa quedó así literalmente castrada. Y como quiera que en las manos de los alemanes dejó de ser la expresión de la lucha de una clase contra las otras, el alemán adquirió conciencia de haber superado la «unilateralidad francesa» y de defender, en lugar de necesidades reales, la necesidad de la verdad y, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses del ser humano, del hombre en sí, del hombre que no pertenece a una clase ni pertenece en absoluto a la realidad, sino tan sólo al cielo nebuloso de la fantasía filosófica. Este socialismo alemán, que tan en serio y con tal solemnidad tomaba sus torpes ejercicios escolares hasta el punto de propalarlos a los cuatro vientos al toque de trompetas, fue perdiendo, no obstante, su ingenua pedantería. La lucha de la burguesía alemana, en concreto de la burguesía prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, es decir el movimiento liberal, tomó un cariz más serio. Al socialismo «verdadero» se le presentó así la deseada ocasión para contraponer a este movimiento político sus exigencias socialistas, fulminar los consabidos anatemas contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la libre competencia burguesa, contra la libertad de prensa burguesa y contra el derecho, la libertad y la igualdad burguesas, predicando a las masas populares que con este movimiento burgués nada podía ganar y sí, más bien, perderlo todo. El socialismo alemán olvidaba oportunamente que la crítica francesa, de la que él no era más que un eco sin vida, presuponía la sociedad burguesa moderna con sus correspondientes condiciones materiales de vida y la constitución política a ellas adecuada, presupuestos que en Alemania estaban aún por conquistar.

A los gobiernos absolutistas alemanes con todo su cortejo de curas, maestros de escuela, aristócratas del terruño y burócratas, les sirvió como el espantapájaros que necesitaban para atemorizar a una burguesía que avanzaba amenazadora. Constituía el trago reconfortante que esos mismos gobiernos daban a los obreros después de la implacable ración de latigazos y descargas de fusil como pago por sus revueltas.

Si bien el socialismo verdadero constituía, bajo este aspecto, un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, al mismo tiempo representaba de modo inmediato intereses reaccionarios, los intereses de la baja burguesía. Proveniente del siglo XVI y resurgida una y otra vez bajo formas muy diversas, esta pequeña burguesía constituye la auténtica base social del orden vigente. Mantenerla equivale a mantener el estado de cosas actual en Alemania. La dominación industrial y política de la burguesía le inspira el temor de su segura desaparición, debida por una parte a la concentración del capital y, por otra, al surgimiento de un proletariado revolucionario. El socialismo verdadero le pareció el modo

de matar los dos pájaros de un tiro y se extendió entre ella como una epidemia. El ropaje tejido con las telarañas de la especulación, bordado con exquisitas flores retóricas y empapado del sentimentalismo de la embriaguez amorosa, ropaje ampuloso en que los socialistas alemanes envolvían sus escuálidas verdades eternas, contribuyó a aumentar entre ese público la venta de su mercancía. El socialismo alemán, por su parte, se identificó crecientemente con este papel de fatuo representante de esta burguesía filistea. Proclamó que la nación alemana era la nación modélica y el pequeño burgués filisteo alemán, el hombre ejemplar. Detrás de cada una de las bajezas de este tipo humano venía a descubrir un sentido socialista oculto y sublime que le hacía significar lo contrario. Consecuente hasta el final, se alzó para enfrentarse a la tendencia «burdamente destructiva» del comunismo y anunció su egregia imparcialidad por encima de toda lucha de clases. Salvo muy raras excepciones, todo cuanto en Alemania circula en calidad de publicaciones pretendidamente socialistas o comunistas pertenece a este tipo de literatura vil y enervante.

## 2. EL SOCIALISMO BURGUÉS O CONSERVADOR

Una parte de la burguesía desea mitigar los males sociales al objeto de asegurar la permanencia de la sociedad burguesa. Cabe contar aquí a los economistas, a los filántropos, a los humanitarios, a los promotores de la mejora de la situación de las clases trabajadoras, a los organizadores de la beneficencia, a los miembros de la sociedad protectora de animales, fundadores de asociaciones en pro de la frugalidad y a los más pintorescos reformadores de vía estrecha. También este socialismo burgués ha sido objeto de grandes elaboraciones sistemáticas. Vamos a aducir como ejemplo la «*Filosofía de la Miseria*», de Proudhon<sup>(26)</sup>.

Los socialistas burgueses quisieran tener las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas ni peligros que necesariamente conllevan. Quisieran la sociedad vigente, previa supresión de todos los elementos que la revolucionan y descomponen. Quisieran la burguesía sin el proletariado. La burguesía concibe, naturalmente, el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués elabora un sistema parcial o total partiendo de esa concepción consoladora. Cuando exhorta al proletariado a hacer realidad sus sistemas y entrar en la nueva Jerusalén, lo único que está exigiendo, en último término es que permanezca en el actual sistema social, pero alejando de su mente las odiosas ideas que se ha formado de él.

Una segunda modalidad menos sistemática, pero tanto más práctica de socialismo trata de enfriar cualquier iniciativa revolucionaria de la clase obrera haciéndole ver que no es tal o cual reforma política lo que le reportará ventajas, sino tan sólo la modificación de sus condiciones materiales de vida, de su situación económica. Por modificación de las condiciones materiales de vida no entiende este socialismo, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas --cosa que sólo se puede obtener por el camino de la revolución--, sino las mejoras administrativas que se efectúan en el marco de esas relaciones de producción y que en nada modifican, por tanto, la relación entre el capital y el trabajo asalariado. En el mejor de los casos, esas mejoras reducen los costos de la dominación burguesa y simplifican el presupuesto de su Estado. Este socialismo burgués encuentra su expresión más acabada allí donde se convierte en mera figura retórica. ¡Librecambio! En interés de la clase trabajadora. ¡Protección aduanera! En interés de la

clase trabajadora. ¡Prisiones celulares! En interés de la clase trabajadora, esta es la consigna definitiva, la única que el socialismo burgués toma realmente en serio. El socialismo de la burguesía consiste precisamente en la afirmación de que el burgués es burgués en interés de la clase trabajadora.

### 3. EL SOCIALISMO Y COMUNISMO CRÍTICO-UTÓPICOS

No hablamos aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones sirvió de expresión a las exigencias del proletariado (escritos de Baboeuf, etc.)<sup>(27)</sup>. Los primeros intentos del proletariado en una época de agitación general, el período de derrocamiento de la sociedad feudal, de hacer valer directamente su propio interés de clase, tenían que fracasar forzosamente debido al desarrollo, todavía insuficiente, de su propia constitución así como a la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación. Éstas resultan precisamente de la maduración de la época burguesa. La literatura revolucionaria surgida de estos primeros movimientos del proletariado tiene necesariamente, por lo que respecta a su contenido, un carácter reaccionario. Preconiza un ascetismo universal y un burdo igualitarismo. Los sistemas auténticamente socialistas y comunistas, los de Saint Simon, Fourier, Owen, etc. emergen en la primera fase, poco desarrollada, de la lucha entre el proletariado y la burguesía tal y como ya expusimos más arriba (véase el capítulo «Burgueses y Proletarios»)<sup>(28)</sup>

Los creadores de estos sistemas se apercibieron ciertamente del antagonismo entre clases y de la eficacia de los elementos de disolución actuantes en el seno de la misma sociedad vigente. Lo que sin embargo no alcanzaron a ver es la actividad histórica autónoma del proletariado ni el movimiento político que le es propio. Como quiera que el desarrollo de los antagonismos de clase discurre paralelamente al desarrollo de la industria, se mostraron asimismo incapaces de descubrir las condiciones materiales de la emancipación del proletariado y fueron en busca de la ciencia social, de las leyes sociales que las creasen. En lugar de la actividad social había de intervenir su actividad inventiva personal; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización paulatina del proletariado como clase, la organización de la sociedad que sus propias mentes urdían. La historia universal venidera se reduce, para ellos, a la propaganda y puesta en práctica de sus proyectos sociales. Abrigan, de seguro, la conciencia de que con sus proyectos defienden los intereses de la clase obrera como clase más mortificada, pues el proletariado existe para ellos, tan sólo bajo ese aspecto de clase más mortificada.

La forma todavía poco desarrollada de la lucha de clases y la posición social propia les hacen creerse muy por encima de los antagonismos de clase. Pretenden mejorar las condiciones de vida de todos los hombres de la sociedad, incluidos los más acomodados. Por lo tanto, apelan a toda la sociedad sin hacer distinciones e incluso con preferencia a la clase dominante. Pues basta conocer su sistema, piensan, para reconocer en él el mejor plan para la mejor de las sociedades posibles. Por ello repudian toda acción política y de modo explícito la revolucionaria y quieren alcanzar su meta por la vía pacífica, intentando abrir camino al nuevo evangelio social con el poder del ejemplo, mediante pequeños experimentos que acaban, como es natural, en el fracaso.

Sus descripciones fantásticas de la sociedad del futuro nacen en una época en que el proletariado está aún en desarrollo incipiente y en consecuencia apenas tiene, él mismo, una idea fantástica de su propia situación y responden a su impulso primario, intuitivo, de transformación general de la sociedad.

Pero estos escritos socialistas y comunistas constan también de elementos críticos. Atacan todos los fundamentos de la sociedad vigente y han suministrado por ello materiales valiosísimos para la ilustración de los obreros.

Sus tesis positivas sobre la sociedad futura, por ejemplo la supresión de la oposición entre la ciudad y el campo, de la familia, de la ganancia privada, del trabajo o asalariado, la proclamación de la armonía social, la conversión del Estado en mera administración de la producción, todas esas tesis expresan únicamente el escamoteo del antagonismo de clases, antagonismo que tan sólo conocen en su primera indeterminación amorfa, precisamente porque apenas ha iniciado su desarrollo. Por ello, esas tesis, en sí mismas, tienen todavía un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y comunismo crítico utópicos está en proporción inversa al desarrollo histórico. En la misma medida en que la lucha de clases se desarrolla y se vertebra, esta ilusión de flotar por encima de la misma o de combatirla con quimeras pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. Por ello, aun cuando los autores de estos sistemas fuesen revolucionarios en más de un aspecto, sus discípulos fundan en todos los casos sectas reaccionarias. Frente al avance histórico del proletariado, ellos se mantienen aferrados a las viejas concepciones de sus maestros. Consecuentemente tratan de quitar virulencia a la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Sueñan todavía con la realización experimental de sus utopías sociales, con la fundación de falansterios aislados, la creación de Home-Colonies (colonias de metrópoli) y la instauración de una pequeña Icaria --edición en miniatura de la Nueva Jerusalén--. Y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven obligados a apelar a la filantropía cordial y a la bolsa del burgués. Poco a poco se van integrando en la categoría de los socialistas conservadores o reaccionarios y lo único que los distingue de ellos es su pedantería más sistemática; la fanática superstición con que confían en los milagrosos efectos de su ciencia social.

Se oponen por ello encarnizadamente a todo movimiento político de los obreros que, a su juicio, sólo puede provenir de la ciega incredulidad en el nuevo evangelio. Los owenistas ingleses y los fourieristas franceses reaccionan respectivamente contra cartistas y reformistas<sup>(29)</sup>.

#### 4. POSICIÓN DE LOS COMUNISTAS RESPECTO A LOS DIFERENTES PARTIDOS DE LA OPOSICIÓN

Después de lo dicho en el capítulo II, resulta obvia la relación que los comunistas guardan respecto a los partidos obreros ya constituidos, es decir, respecto a los cartistas y los reformadores agrarios en Norteamérica<sup>(30)</sup>.

Los comunistas luchan por la consecución de los objetivos e intereses inmediatos, pero en el movimiento actual representan al mismo tiempo el futuro de ese movimiento. En

Francia, los comunistas se unen al partido social-democrático en su lucha contra la burguesía radical y conservadora, sin renunciar por ello al derecho de mantener una actitud crítica frente a la fraseología hueca y las ilusiones provenientes de la tradición revolucionaria.

En Suiza, dan soporte a los radicales sin perder de vista que este partido se compone de elementos contradictorios, de demócratas socialistas en sentido francés, por una parte, y de burgueses radicales por otra.

En Polonia, los comunistas apoyan al partido que hace de la revolución agraria la condición para la liberación nacional, el mismo partido que dio vida a la insurrección de Cracovia de 1846<sup>(31)</sup>. En Alemania, mientras la burguesía desempeña un papel revolucionario, el partido comunista luchará junto a ella contra la monarquía absolutista, la propiedad feudal de la tierra y la pequeña burguesía. Pero no desaprovechará ningún momento para ir forjando entre los obreros una conciencia lo más clara posible acerca de la oposición hostil entre burguesía y proletariado, al objeto de que los obreros alemanes hagan de las condiciones sociales y políticas que la burguesía implantará con su dominación otras tantas armas que dirigirán de inmediato contra esa misma burguesía. Tras el derrocamiento de las clases reaccionarias, dará así comienzo en Alemania la lucha contra la burguesía misma. Los comunistas concentran especialmente su interés en Alemania por estar ésta en vísperas de una revolución burguesa y porque esta convulsión social se da en una situación más avanzada de la civilización europea y con un proletariado bastante más desarrollado que el existente en la situación de Inglaterra en el siglo XVII o en Francia en el siglo XVIII. De este modo, la revolución burguesa alemana no puede ser sino el prelude inmediato de una revolución proletaria<sup>(32)</sup>.

En una palabra, los comunistas apoyan en todas partes cualquier movimiento revolucionario que vaya contra el orden social y político vigente. En todos los movimientos destacan la cuestión de la propiedad, cualesquiera que sea la forma más o menos desarrollada que haya revestido ésta, como la cuestión fundamental de los mismos. Finalmente los comunistas se esfuerzan por doquier en favor de la unión y el entendimiento entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran despreciable el ocultar sus opiniones e intenciones. Proclaman abiertamente que sus objetivos tan sólo se pueden alcanzar mediante el derrocamiento violento de todo el orden social preexistente, que las clases dominantes tiemblen ante una revolución comunista. Los proletarios nada tienen que perder en ella, salvo sus cadenas. Y tienen un mundo que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

1. El Papa, el Zar y Metternich representan las concepciones prerevolucionarias (anteriores a la Revolución Francesa del 89) y defendidas por los aristócratas, terratenientes y reyes absolutos en general, Guizot representa a la burguesía adinerada, capitalista, que en Francia, afianzó su poder contra aquellos grupos prerrevolucionarios en la Revolución Francesa de julio de 1830 y marcó el camino a la inglesa que lo hizo el 32. Los radicales franceses representan a los sectores de la pequeña burguesía que reaccionan en Francia contra el monopolio político de la burguesía acaudalada y exige mayores libertades y ampliación del sufragio. Se denominan así porque demandan una comprensión y una aplicación más radical de principios democráticos de la Gran revolución del 89. Todos estos grupos presienten ya que se despierta una nueva clase social, el proletariado y frente a él todos adoptan actitudes reaccionarias.

2. La división entre hombres libres y esclavos es la esencial en la Antigüedad. El sistema de producción y acumulación de riqueza (más bien riqueza de consumo: villas, telas, perfumes, joyas, etc., que de medios de producción: máquinas, aperos, etc.) tenía su base esencial en la esclavitud. Especialmente dura era la esclavitud en minas, plantaciones y naves de comercio (remeros).

Entre los hombres libres, el patriciado era la nobleza de la Antigüedad. Poseía la riqueza en forma de tierras y edificios y, o bien monopolizaba las instituciones del poder o tenía en ellas el peso determinante. En todo caso, solía tener acceso privilegiado a las más altas magistraturas (arcontado, senado, consulado, etc, según épocas y países). Con el tiempo, hubieron de ceder parte de su poder ante el empuje de la plebe. Los plebeyos -hombres libres no nobles- consiguieron algunas ventajas económicas tales como distribución de tierras en la Roma Imperial e incluso antes. Poco a poco, consiguieron magistraturas propias: los tribunos y algunos ediles. Después pudieron elegir a uno de los dos cónsules y acceder, aunque en exigua minoría, al Senado. Su lucha contra la nobleza fue una de las claves de la transformación institucional de Grecia y Roma y también del desarrollo económico de una y otra. Al conseguir que la ley prohibiese convertir a un libre en esclavo por impago de deudas, trazó una frontera clara respecto a los esclavos.

3. Bastantes siervos franqueados (hechos libres), otros huidos y otros caídos en la indigencia fueron hallando refugio en las villas medievales. Marx usa para ellos la denominación, usual en la historiografía alemana, de *Pfahlbürger* o burgués de las empalizadas. En efecto, muchos de ellos se acogían a los barrios de villas más pobladas, barrios separados y protegidos por empalizadas. Según los casos, gozaban de la protección de una corporación comunal o de la de otro noble al que habían de pagar tributo. Poco a poco, fueron adquiriendo la plenitud de derechos y entraron en el comercio y la artesanía. De ellos, una minoría acabó enriqueciéndose de modo que, poco a poco, se fueron constituyendo las ciudades de la baja Edad Media que plantaban ya cara a la nobleza o eran más poderosas que ella.

4. En *El Capital* observará, sin embargo, que aunque el rendimiento de la empresa capitalista prescinde de justificaciones morales o religiosas, ello no quiere decir que prescinda de enmascaramientos. Al contrario, los burgueses tratan de explicar las cosas a través de un sistema conceptual que oculta el hecho de la explotación. Afirman que pagan al obrero su trabajo y que en las horas de trabajo consiste el valor de la mercancía. El pago

es, pues, un equivalente justo. De hecho, lo que el capitalista paga no es el trabajo, sino la fuerza de trabajo, una mercancía que vale lo que valen los medios necesarios para su regeneración diaria: el valor de los alimentos y vestidos imprescindibles para seguir viviendo y trabajando. Si el capitalista pagase al obrero su trabajo, la riqueza se acumularía entonces en manos de todos y no en manos de los propietarios de medios de producción. Aunque la situación ha cambiado y el salario mínimo no se ciñe a lo estrictamente necesario o es tan sólo un componente del salario total, el análisis de Marx no ha perdido toda su actualidad

5. Ya Erasmo y Thomas Moro denunciaron esa moral de ostentación y gaudería de las viejas clases feudales y de la Iglesia. A la moral del ocio siguió la moral de la actividad y el trabajo

(todos los grupos burgueses y los movimientos morales del protestantismo van por esa nueva vía moral) y después la moral del negocio con más o menos escrúpulos. La Edad Media dejaba dormir muchas energías individuales y colectivas,

6. Marx analiza aquí con profundidad fenómenos que enlazan los cambios de la infraestructura económica con los de la superestructura: sistema de valores, ideas de los estamentos acerca de sí mismos y de otros grupos sociales, etc. A la larga el individualismo más estricto y el cálculo económico más exacto acaba por imponerse en todas partes. Hasta las instituciones surgidas en la Antigüedad o en la Edad Media, la Iglesia y la Nobleza se ven forzadas a calcular con cuidado sus diezmos y rentas y a integrarse en el marco de relaciones productivas y dinerarias de la nueva sociedad. Con mordiente ironía Marx dirá después que la Iglesia Anglicana estará más dispuesta a admitir el incumplimiento de 49 de sus 50 preceptos que a tolerar el impago de un cincuentaavo de las rentas que le pertenezcan.

7. La burguesía ha generado los movimientos nacionales modernos previa unificación del mercado Y establecimiento de tupidas redes económicas que superan los pontazgos Y portazgos medievales. Así ocurrió después en Alemania e Italia en la segunda mitad del XIX. Donde la burguesía mayoritaria no tuvo esa fuerza económica: en el Imperio Austro-Húngaro o España surgieron naciones por fragmentación o quedaron problemas nacionales no resueltos: Cataluña y el País Vasco.

En el caso español se da la circunstancia de que las antiguas nacionalidades que debían ser integradas (desde el punto de vista del Estado Central) tenían burguesías más desarrolladas que ese Estado.

8. En Inglaterra ese proceso institucional que va abriendo paso a la dominación burguesa se acelera en el siglo XVIII Y culmina con la Reforma del Parlamento de 1832. En Francia desemboca en la Revolución de 1789 y retrocede por algunos años ante los ataques de la reacción europea, pero vuelve a ganar mucho terreno en 1814 y culmina en la Revolución de julio de 1830.

9. Sin conocer aún en detalle los mecanismos internos de funcionamiento del sistema capitalista. Marx ha llegado ya a la conclusión --tras sus primeras lecturas de los

economistas ingleses y de Sismondi-- de que las crisis tienen su génesis en la esfera de la producción y se descargan o materializan en la esfera del consumo. La capacidad global de consumo depende del volumen global de salarios. El volumen total a consumir se expresa en la suma total de los precios de las mercancías que acceden al mercado. Los capitalistas como clase social aumentan cuanto pueden el volumen de mercancías expresadas, en cuanto a su valor, en los precios y restringen cuanto pueden el salario.

En el mercado surgen así desajustes que se van acrecentando hasta que llega el momento en que no hay más remedio que destruir mercancías e incluso fuerza productiva: cierre de fábricas, supresión de fábricas y despido de obreros. El otro camino está en hallar nuevos mercados o explotar más a fondo el mercado habitual. Así se consigue retrasar el estallido de la crisis, pero cuando ésta llega resulta más violenta porque hay menos escapes: el mercado habitual ya no se puede explotar más y los desajustes se dan a un nivel superior de potencia productiva y de amplitud del mercado. En las condiciones de producción actuales las cosas se han complicado extraordinariamente por la intervención del Estado y la influencia de los sindicatos.

10. Este párrafo indica el primer paso claro para la formulación posterior (en *Salarios, Precios y Ganancias* y con más exactitud en *El Capital*) de la teoría de la plusvalía. Marx no divide aún el trabajo en «trabajo necesario» y «trabajo excedente» (*Mehrarbeit*) siendo el primero la parte que el trabajador percibe en forma de salario para reproducir su existencia material con víveres, vestidos, etc. y el segundo el que se apropia el capitalista para amortizar las máquinas, ampliarlas con otras nuevas y permitirse un consumo mucho más elevado que el de sus asalariados. Lo que Marx indica aquí con claridad es la tendencia de los capitalistas a intensificar la jornada simplificando los trabajos del obrero e intensificando su rendimiento gracias a esa simplificación. La intensificación de la competencia aparejada con el dominio casi total del poder político por parte de la burguesía, llevó a que, en las primeras fases de desarrollo capitalista, esa tendencia se convirtiese en realidad, es decir, se materializase empíricamente al no encontrar tendencias contrarias (la lucha obrera, por ejemplo).

11. No es difícil comprender esto a la vista de la nota anterior. En una fase en que el capitalismo tiene que acumular reservas de infraestructura productiva: ferrocarriles, edificios, maquinaria, etc., y apenas halla resistencias por el grado de desorganización de la clase obrera y por su nula fuerza política la tendencia a la reducción del salario llega a materializarse y ello acarrea la depauperación social y física del proletariado que se ve forzado a ayudarse con el salario de niños y mujeres. Respecto a los primeros, los relatos de los inspectores del trabajo de aquel entonces muestran un cuadro de explotación horrorosa. Las casas de huérfanos vendían masivamente sus pupilos a las fábricas para quitarse la carga de encima. El sistema de cálculo y la creciente racionalización del sistema de trabajo impuesta por el mercado optimiza la acumulación de capital. Para ese sistema, mujeres y niños existen como fuerzas de trabajo que dan un determinado rendimiento medio y suponen unos costos medios de manutención a través de los salarios,

12. En el año 1847 y sólo para obreras y adolescentes. Los obreros hubieron de esperar todavía unos años y en otros países décadas.

13. En pocas líneas se explica cuál es el caso de los teóricos que como Marx, Engels y Moses Hess, cuyo origen social no los empujaba a unirse al proletariado, han acabado luchando a su lado, no por identificación moral con su causa, sino por entender que es la clase que puede instaurar por su crecimiento orgánico y sus condiciones de vida la sociedad sin clases ni explotación.

14. Todas las clases anteriores que conquistaron el poder. El proletariado «Lumpen» (*Lumpenproletariat*) o subproletariado (la traducción literal sería «proletariado andrajoso») abarca al sector más depauperado y de condiciones de vida más irregulares y a los sectores hampones que se constituyen a partir de él. Carece de conciencia de clase y es incapaz de resolver los problemas de modo colectivo. Modernamente algunos teóricos revolucionarios le han concedido un papel más positivo en cuanto que vendrían a relevar a la clase obrera tradicional, más o menos integrada en el sistema social vigente. En Marcuse hay también algunos puntos de vista en este sentido.

15. El hecho de que el proletariado vaya perdiendo todas las vinculaciones ideológicas con la sociedad burguesa es una ventaja para admitir las nuevas concepciones revolucionarias en su conciencia y lo será a la hora de construir una nueva sociedad, piensa Marx implícitamente.

16. Se señala aquí a nivel social y político, lo que Marx expondrá en *El Capital* tras un detallado análisis económico: la tendencia a la depauperación (*Verelendungstheorie*) del proletariado. Con una diferencia sin embargo: aquí Marx parece considerarla no ya como tendencia, sino como tendencia que se materializa en términos absolutos: el salario real disminuye paulatinamente. En *El Capital* se estudia como tendencia que se ve contrarrestada por la lucha obrera y la mayor productividad del sistema de producción, gracias a las máquinas. Lo único que se cumple en estas condiciones es una disminución relativa del salario: un porcentaje cada vez más elevado del trabajo total prestado por el obrero queda para amortizaciones y acumulación de capital, sin que el salario real baje en términos absolutos: si en un momento determinado el obrero produce un valor 100 y sólo obtiene en forma de salario 50 y 10 años más tarde produce 180 de lo que obtiene 60 en forma de salario, está claro que éste ha aumentado en términos absolutos, si bien ha disminuido en términos relativos (del 50 por 100 al 33 por 100 del valor producido). El grado de explotación ha aumentado, aunque al obrero le vaya mejor. La tendencia a la disminución absoluta del salario se ha materializado, no obstante, en toda Europa a partir del año 73, 74 ó 75 debido a la crisis actual.

17. La propiedad en medios de capital no es, pues, personal, ya que resulta de las relaciones activas de cientos o miles de personas que trabajan en común. Es el sistema de poder, respaldado por el jurídico, el que hace que sólo determinadas personas puedan disponer de ese capital: las pertenecientes a la burguesía. Con la revolución socialista lo que es de por sí social en su origen y acumulación pasa también a ser de disposición social. (Al menos es lo que se pretende).

18. Marx habla de que las fuentes de la riqueza manarán abundantemente en el comunismo. Se permitirá. por lo tanto, el aumento en bienes de consumo. Lo que no se permitirá es

acumular excedentes para hacer de ellos capital con que explotar a los demás. Por lo demás está claro que el aumento del consumo dependerá del aumento de la productividad general.

19. Dialécticamente y con un contenido empírico claro, expone Marx cómo el mantenimiento de la familia (burguesa) y el aumento de su poder y riqueza exige la negación de la familia (proletaria) que se va descomponiendo y empobreciendo (Véase nota 11).

20. El problema del nacionalismo ha sido estudiado por los marxistas de un modo más sistemático a principios del siglo XX (Kautsky, Stalin, Lenin y otros) . Retrospectivamente hay que decir que a medida que el proletariado fue mejorando su situación y participando en las instituciones, se fue integrando en sus respectivas patrias. El caso más notable es el de Inglaterra, país en que el proletariado se benefició de la explotación de las colonias. En más de una ocasión los partidos obreros apoyaron el mantenimiento de una colonia. En otras protestaron sólo tíbicamente ante la represión de movimientos de liberación. Antes de la Primera Guerra Mundial, la Internacional Socialista intentó hacer valer entre las masas obreras el punto de vista internacionalista por encima de los sentimientos nacionales ya muy vivos en ellas. No lo consiguió y especialmente los obreros franceses y alemanes se lanzaron a la I.G.M. con verdadero ardor patriótico (salvo las vanguardias más conscientes que agitaron en los mismos frentes). No obstante, el proletariado alemán se sintió engañado al final de la misma. Fue entonces cuando se lanzó masivamente a un movimiento revolucionario que no venció por el dogmatismo comunista y la tibieza y el revisionismo socialistas.

21. Se vuelve a la fraternidad de la comunidad primitiva que poseía en común tierras y aperos. Pero se vuelve a ella sobre una base técnica y educativa que ha integrado todas las creaciones históricas positivas. Claro que también se arrastran hábitos comunes a tres formaciones sociales intermedias (esclavismo, feudalismo, capitalismo) . La realidad de los países socialistas muestra la enorme dificultad de elevar a la humanidad a niveles superiores de convivencia y libertad.

22. Si tomamos esos puntos como criterios con los cuales medir la sociedad actual y sus logros llegaríamos a la conclusión de que bastante de lo propuesto en ellos se ha logrado sin que la clase obrera haya tomado el poder. En los países europeos más avanzados hay un fuerte impuesto progresivo y se gravan fuertemente las herencias. Hay escuela gratuita y se ha suprimido el trabajo de los niños. No olvidemos, con todo, que la clase obrera ha obtenido parcelas de poder importantes y que las mejoras se aceleraron a partir de la Revolución Rusa. Que esos logros no son conquistas definitivas (o al menos están amenazadas de no serlo) lo muestra la crisis actual. En Europa hay actualmente 12 millones de parados y por todas partes se habla de «desmontaje social».

23. El último rey Borbón francés, Carlos X, fue derrocado en 1830 (Revolución de Julio) por los sectores burgueses más dinámicos, apoyados el proletariado parisino. Caen definitivamente las trabas feudales y Francia acelera su desarrollo capitalista. La ampliación del sufragio favoreció casi exclusivamente a la burguesía urbana. El divorcio entre burguesía y proletariado se inicia aquí de modo consciente. Los legitimistas borbónicos se oponen al nuevo rey Felipe, «el Rey Burgués» o «Felipe Igualdad» y echan

en cara a la burguesía su afán de lucro y la explotación de los obreros. Algunos usan en la Vandée palabras de agitación social y consiguen movilizar a campesinos y artesanos provinciales. En Inglaterra, el proceso es paralelo y se inicia con la Reforma Parlamentaria de 1832 conseguida gracias a las grandes movilizaciones obreras. También aquí es la injusta ampliación del sufragio la que decepciona a los obreros que inician el movimiento «cartista». La «*Joven Inglaterra*» era una organización reaccionaria surgida después del 32 y con muchos miembros nobles. Carlyle, uno de sus representantes, salía en defensa de los obreros afirmando que el trabajo es una obligación moral y no una mercancía. Preconizaba la vuelta al espíritu, para él solidario y comunitario, de la Edad Media. Para Carlyle la Historia la hacían las grandes personalidades gracias a la fuerza de su espíritu. La burguesía era, a su entender, una clase materialista y sin grandes aspiraciones. En sus últimos años defendió las tendencias imperialistas de la política inglesa, siempre en base a la superioridad espiritual y civilizadora de la Gran Bretaña.

24. Lonardo de Sismondi, nacido en Ginebra en 1773 y muerto en 1842. había sido miembro del Gran Consejo de la ciudad. Entre otras cosas escribió *De la Riqueza Comercial o Principios de la Economía Política*. Vio la causa de las crisis en la competencia imperfecta y en los bajos salarios. Recomendó la intervención del Estado en la economía. Por su otro libro famoso Teoría del Equilibrio Económico se adelanta además a los análisis modernos de los procesos cíclicos en la actividad económica.

25. De modo muy concentrado Marx hace un diagnóstico de todas las reacciones de la intelectualidad alemana (incluidos Kant y Fichte) ante la Revolución Francesa y después ante los nuevos movimientos políticos franceses. Como burguesía y proletariado están poco desarrollados en Alemania, sus pensadores no piensan en categorías de claro y detallado contenido empírico, sino de tono especulativo acentuado hasta el ridículo. Es el ambiente idealista general el que hace que todo movimiento histórico se interprete como destinado a realizar abstracciones tales como «La Razón», «La Esencia Humana». Ni el mismo Hegel conoció bien la realidad económica y social de la época, aunque se aproximó mucho más a ella gracias a la atención que prestó a la economía inglesa y sus formulaciones teóricas.

26. P. J. Proudhon (n. 1809; m. 1865) era un artesano autodidacta. Adquirió ya celebridad al publicar en 1840 su obra *¿Qué es la Propiedad?* En ella resumía sus análisis afirmando que «la propiedad es un robo». Su otra obra célebre, *La filosofía de la miseria*, mereció una rápida réplica de Marx con su libro *La miseria de la filosofía*. Antes de ese enfrentamiento ideológico, Marx había intentado ganar a Proudhon para la acción revolucionaria a lo que éste contestó que «prefería quemar la propiedad a fuego lento». El reproche fundamental de Marx a Proudhon es el de que no ve lo inexorable de la concentración económica y de la marcha de la historia y sueña, por lo tanto, con una sociedad de iguales en que cada uno tiene su pequeña propiedad. El mérito de Proudhon está en haber expuesto de modo claro y coherente, pero sin fundamentación económica sólida, el punto de vista de la pequeña burguesía y el artesanado y el movilizar a estos sectores contra la propiedad privada burguesa. Al igual que Lassalle en Alemania, Proudhon pensaba que las huelgas no servían de nada, actitud derivada de un falso análisis de la constitución del valor de las mercancías. En cuanto a la sociedad futura, Proudhon la imaginaba sin intervención del Estado, por lo que su doctrina es un claro precedente del anarquismo.

27. F. N. Baboeuf dirigió el sector político más radical del jacobinismo desde su periódico La Tribuna Pueblo. Preconizó la revolución social y el poder obrero. Los marxistas le son, pues, deudores del concepto de «dictadura del proletariado», Baboeuf intentó derrocar al Directorio mediante un golpe de mano revolucionario («Conspiración de los Iguales»). Fue detenido y guillotinado en 1796. Marx y Engels siempre tuvieron gran respeto por Baboeuf por haber éste intuido con bastante claridad que la transformación de la sociedad requiere lucha revolucionaria y una clase social que se identifique con ella y apoye a los grupos dirigentes de todo el proceso.

28. B. Saint Simon ( 1760-1825) era más socialista que comunista. Su mérito principal está en su esfuerzo por entender la historia como resultado de las transformaciones socio-económicas y haber visto con claridad que todo el sistema de instituciones e ideas debe cambiar adaptándose a las nuevas realidades socio-económicas. Recomendaba la organización social dirigida por científicos, ingenieros, inventores y artistas bajo los que trabajarían las restantes capas directamente productivas. Distingue en la historia etapas críticas, que renuevan o transforman lo existente, y etapas orgánicas, de crecimiento y consolidación. Muchas de sus ideas fueron recogidas y desarrolladas por Comte, fundador de la Sociología. Aunque Saint Simon se apercibió de la importancia de las clases, no vio aún la importancia del crecimiento de la clase obrera ni la posibilidad de convertirse en clase revolucionaria. De aquí que todo lo esperase de la convicción moral y racional de que el orden que proponía era el mejor y el que acabaría convenciendo a todos. Obras importantes de Saint Simon son *El catecismo de los industriales* y *El sistema de la industria*.

Ch. Fourier (1772-1837) basó sus proyectos de reforma radical de la sociedad en concepciones religiosas o de un ingenuo naturalismo. Su aportación intelectual a la visión del mundo es por ello poco considerable. Su importancia estriba en que sus intentos de constituir pequeños grupos de producción y convivencia lo convierten en un precursor del cooperativismo. Sus doctrinas ejercieron cierta influencia en Europa y Norteamérica (cooperativismo agrario). Sus escritos se despreocupan de cuestiones políticas tales como el papel del Estado y la posible resistencia de los grandes propietarios. Su doctrina es exclusivamente social. Parece como si la sociedad dividida en falansterios fuese, *per se*, pacífica y fraterna.

D. Owen (1771-1858) evolucionó de burgués filantrópico a comunista utópico. Como empresario introdujo reformas que más tarde se harían generales mediante la intervención del Estado y la lucha de los trabajadores: disminución de las horas de trabajo, educación de los niños pobres e incluso cajas de enfermedad y pensiones de vejez. En su libro *Una nueva concepción de la sociedad*, parte de las reflexiones económicas de David Ricardo y llegó a la conclusión de que la riqueza acumulada en forma de capital debía pertenecer a todos y no sólo al empresario. Con ello aplica al caso concreto de la producción industrial lo que Rousseau y Fourier habían sostenido en general: que la pobreza de muchos tiene por causa la abundancia en que viven unos pocos. Owen intentó llevar a la práctica sus ideas sociales y fundó en Norteamérica la colonia comunista «Nueva Armonía» que fracasó como también fracasaron sus experimentos sociales en Inglaterra y México. En todos ellos gastó gran parte de la fortuna que había ganado como empresario inteligente y práctico. Su gran mérito fue mostrar cómo era posible humanizar la condición obrera incluso en el marco de

la producción capitalista y refutar de ese modo las teorías que afirmaban que el salario obrero estaba determinado por la naturaleza de las cosas y no podía ser más elevado. D. Owen rechazaba, sin embargo, la lucha política de masas de los cartistas, y no veía en el proletariado una clase con fuerza y autonomía para transformar el conjunto de la sociedad. No pasaron muchos años y ese proletariado había rebasado con su esfuerzo muchas de las medidas preconizadas por él como filantrópicas obligando a que el Estado las aplicase con carácter general: sobre todo las medidas de protección a niños y disminución de la jornada de trabajo de todas las clases laboriosas. Hasta conseguir cajas de enfermedad, invalidez y pensiones para la vejez hubieron de transcurrir muchas décadas y subir al poder un partido de base social obrera, el Partido Laborista.

29. Los cartistas se denominan así porque defendían «La Carta del Pueblo», un conjunto de reivindicaciones políticas para que los trabajadores pudieran obtener influencia decisiva en el Parlamento. Sobrevaloraban la lucha parlamentaria como camino hacia la mejora social y no presentaban un programa de reformas sociales. Cuando el librecambio abarató el trigo y el pan, el cartismo decayó. Los reformistas franceses tenían un ideario social y político más claro, defendido por su periódico La Reforma. Por ello jugaron un papel destacado en la Revolución de Febrero del 48, Uno de sus líderes más destacados fue Luis Blanc, que inició la intervención del Estado en la economía al acceder al Gobierno Provisional después de esa revolución. Fue, en efecto, el organizador de «Los Talleres Nacionales» para eliminar de raíz el desempleo. Esos talleres apenas pudieron establecerse ya que tres meses más tarde estallaba el conflicto entre burgueses y proletarios.

30. Esos reformadores apenas si jugaron un papel en la historia americana. Sus ideas adquirieron nivel teórico en la obra de Henry George que escribió Progreso y pobreza y preconizó una reforma agraria radical.

31. Esa revuelta fue una de las varias que los polacos desencadenaron en los distintos territorios ocupados por Prusia, Austria y Rusia. En concreto, la del 46 se dirigió contra los austriacos y fue aplastada en seguida. Su importancia está en que no fue la nobleza la que jugó en ella un papel determinante, sino los pequeños campesinos.

32. Pocos meses después, Marx y Engels habrían de comprobar que ni la burguesía ni el proletariado alemán tenían fuerza y madurez suficientes para afrontar las tareas revolucionarias. Además la burguesía alemana se asustó al ver que en Francia la revolución burguesa amenazaba convertirse en revolución social. Prefirió seguir el camino de la conciliación con los reyes absolutos de los distintos estados alemanes y conseguir poco a poco, si no la unión nacional, sí la unión de las aduanas y la reforma agraria. El desenlace de la Revolución del 48 en Alemania retrasó toda la transformación de las instituciones y la legislación jurídica y política. En realidad ello era expresión del atraso económico y de la formación, aún inmadura, de las clases burguesa y proletaria. Ahora bien, una derrota política tiene también efectos serios en la actitud de las clases. Por ello se explica que cuando ya había una industria alemana poderosa, el tipo de gobierno y las leyes electorales fuesen menos democráticas en la Alemania de Bismarck que en la Inglaterra de Gladstone. Por otra parte las viejas clases alemanas pusieron ciertos límites a la explotación del proletariado por parte de la burguesía: fue el ejército alemán y no la burguesía que presionó sobre el Estado para que introdujese legislación social en favor de los obreros. No lo hizo

por filantropía, sino porque los obreros llegaban al servicio militar depauperados y Alemania necesitaba gente robusta para un ejército que habría de librar tres guerras seguidas: contra Austria, Dinamarca y Francia. La revolución proletaria estalló en Alemania tras la Primera Guerra Mundial y fracasó (véase nota 20).

### El desierto de los tártaros o la pregunta por el momento de la acción

*“Desde hace más de un siglo, cada generación de revolucionarios ha vivido con la esperanza de una revolución cercana; hoy, dicha esperanza ha perdido todo lo que podía servirle de punto de apoyo.”*

Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social, Simone Weil.

El libro *El desierto de los tártaros* del italiano Dino Buzzati, narra la vida de un soldado que es enviado a una fortaleza en la frontera del territorio de su respectivo país, aguardando por el ataque de los tártaros. La fortaleza, instalada en medio de la nada desértica, servirá de hogar al protagonista a lo largo de toda su vida, la cual estará marcada por la permanente angustia de la amenaza sempiterna del ataque que jamás se concreta. Una vez que el personaje se encuentra senil y débil, por lo tanto es menesteroso retirarlo, la amenaza se concreta, frustrándose así todos los móviles y deseos que rigieron la existencia del personaje.

¿No es acaso el desierto de los tártaros la alegoría perfecta para hablar de la izquierda revolucionaria en la contemporaneidad? ¿No refleja los problemas fundamentales de la articulación de una política realmente transformadora? El problema de la izquierda actualmente es que ha perdido su rasgo identitario esencial: la vocación transformadora. La izquierda, o lo que se denominó izquierda a lo largo del siglo XX, ha devenido o una montonera de “héroes fatigados” insertos a la perfección en el engranaje del sistema, o bien, un conjunto de asistémicos insociables, cuya incompreensión política se traduce en uno de los problemas más nocivos que hemos de enfrentar. Es decir, nos encontramos en aquella tensión permanente entre rendirnos y asumir que la lucha está perdida, o creer que los tártaros ya llegaron y que puede vencerseles fácilmente.

Una tercera respuesta es la que asumiría que el momento de la acción, o si se quiere, el proceso revolucionario, solamente existirá como consecuencia de una serie de elementos derivados del trabajo del agente colectivo fundamental – el pueblo. La tercera respuesta entendería que la lucha contra los tártaros no es sino la consumación de toda una gama de cuestiones precedentes, por cuanto, en realidad, el momento de la acción no sería una ruptura radical de por sí, sino la culminación absoluta del avance de las fuerzas de la historia. Dicha respuesta es lo que yo denominaría marxismo

### El antagonismo fundamental de la Historia

Para analizar la tradición socialista, una buena alternativa es estudiar los contenidos planteados en el Manifiesto Comunista, redactado por Karl Marx y Friedrich Engels publicado en el año 1848. Es importante notar que la importancia del marxismo, en términos prácticos, estriba en que *“todos los que han sentido la necesidad de apuntalar sus sentimientos revolucionarios con concepciones*

*precisas han encontrado o creído encontrar dichas concepciones en Marx.*”<sup>1</sup> Es decir, todo proceso histórico que se ha jactado de ser verdaderamente revolucionario ha tenido raigambre marxista. Como bien se sabe, en política existe una distancia considerable entre lo que se quiere realizar, lo que se cree estar realizando y lo que en realidad se desarrolla<sup>2</sup>, por cuanto tomar en consideración lo que realmente estaba pasando por la cabeza de los agentes políticos es impropio. No obstante lo anterior, cuando una doctrina con la trascendencia histórica del marxismo se ha desechado por las infructuosas implementaciones que de ella ha habido, no podemos sino darnos el trabajo de abordar el marxismo original y no las tergiversaciones que han existido a lo largo de la historia respecto de los planteamientos esenciales marxianos.

*“Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de la lucha de clases.”*<sup>3</sup> Ésta, la frase inaugural del capítulo “burgueses y proletarios” es la premisa fundamental de la doctrina marxista. En efecto, Marx recoge la dialéctica hegeliana ( la idea de que todo se constituye sobre la base de la interacción permanente entre opuestos), la cual estructuraba la gran mayoría de los ámbitos humanos, materializándola (en términos vulgares, “aterrizándola”) para así ilustrar el avance de las fuerzas de la historia. En efecto, para Marx toda la Historia de la humanidad puede resumirse como la lucha sistemática entablada por explotados y explotadores, los cuales, dependiendo del grado de desarrollo histórico que adquieran las fuerzas productivas, variarán su naturaleza.

Otra idea fundamental, ligada en esencia a la primera y también de raigambre hegeliana, es la consideración trágica que se tiene respecto de la lucha de clases. Con ello, nos referimos a que el cese de la conflictividad constitutiva de lo humano solamente podrá acabarse mediante un desenlace violento, dentro del cual la violencia objetiva<sup>4</sup> de la clase explotada destruirá las cadenas del dominio de la clase explotadora. Además, es posible colegir de esto último que para Marx “la partera de la Historia” es precisamente la violencia, por cuanto el avance de las fuerzas históricas se sustenta, por supuesto, en dicha confrontación irreconciliable entre ambos polos del orden social.

Entonces, si en una relación dialéctica es la relación la que configura a los polos, nuestro ideal como marxistas es precisamente acabar con ambos polos, para así dar fin a la estructuración social dicotómica y acabar, de una buena vez, con la violencia que rige nuestras relaciones humanas. En términos de Carlos Pérez, de lo que se trata es de alcanzar una humanidad en esencia libre<sup>5</sup>. Para efectos de nuestras condiciones históricas, la potencialidad de la violencia de los explotados radica en una sola cosa: con la construcción del orden moderno, la burguesía ha germinado las propias causas de su extinción.

---

<sup>1</sup> WEIL, Simone (2014), “Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social”

<sup>2</sup> Esta idea la trabaja Fernando Atria en su libro “Veinte años después: Neoliberalismo con rostro humano”. En el mismo escrito, esta idea se aborda con el nombre de disonancia cognitiva.

<sup>3</sup> MARX, Karl y ENGELS, Friederich (1848). “El Manifiesto Comunista”

<sup>4</sup> Es importante notar que la violencia se considera objetiva porque es una violencia contra la clase, entendida como agente colectivo cuya determinación derivada de su vinculación con las relaciones sociales de producción y con las fuerzas productivas, no se expresa contra las personas miembros de la clase, sino muy por el contrario: lo que se pretende es acabar con determinadas estructuras históricas cosificadas, que han resultado determinantes para efectos de la perpetuación de los fenómenos de la explotación, dominación y opresión. Sobre esto, véase *Sobre la Violencia* (2010) de Slavoj Žižek

<sup>5</sup> PÉREZ, Carlos (2008) “Proposición de un marxismo hegeliano”.

### El rol de la burguesía

Marx señala en el Manifiesto que la burguesía (estructuración moderna que adoptará la clase explotadora) ha sido la clase más revolucionaria de la Historia. Evidentemente que a los ojos de Marx, este juicio no se basa en la contribución que esta clase ha desarrollado en pos de la emancipación global, sino, muy por el contrario, en la reconstrucción que ésta ha desarrollado respecto de los mecanismos de poder sobre los cuales erigirse, en cuanto a la justificación de las instituciones y en cuanto a la producción de la riqueza material.

Lo problemático de esta transformación radical, en comparación al orden entronizado por la estructuras políticas-económicas del Antiguo Régimen, es que dada la naturaleza del capitalismo y de la institución más preciada de la burguesía, piedra angular respecto de la cual erigen sus ordenamientos políticos, la propiedad, ésta ha sentado las bases para su autodestrucción. Ello se debe, fundamentalmente, a dos cuestiones esenciales: la primera, por supuesto, a la naturaleza inestable inherente al funcionamiento del capitalismo contemporáneo y, la segunda, a la dependencia que tiene el modelo (entiéndase estructura política y económica en su conjunto) para su abastecimiento de la explotación de la fuerza trabajadora. Este factor es relevante, dado que toda la operación cotidiana de los medios de producción y toda el poder de la clase explotadora se sustenta sobre una sola cuestión, constatable empíricamente: la extracción de la plusvalía al trabajador. Si bien ésta es una noción estrictamente económica, en lo que nos atañe, la definiremos como dicho proceso mediante el cual se deshumaniza el trabajador en virtud de desvalorización desproporcionada, con la finalidad de acrecentar la riqueza del explotador, en contraposición a la miseria del trabajador. Hay un punto relevante para el marxismo que es que lo crucial para el comunismo no es erradicar la pobreza ni asesinar a la burguesía, sino dos cuestiones centrales: la supresión de las estructuras económicas atravesadas por el eje de la explotación y, por otro lado, la colectivización de la propiedad privada. Dichos procesos serán relevantes en la fase de la dictadura del proletariado (término acuñado por Engels), una vez en que la clase explotada propia del modelo burgués haya derrocado el régimen de violencia velada instaurado por la burguesía.

### El rol del proletariado

El proletariado es la estructuración específica que adquiere la clase explotada tras la adopción del régimen de desarrollo capitalista. Para efectos de Marx, existe un cierto grado de esencialismo en cuanto el proletariado estaría “destinado” a llevar a cabo la revolución<sup>6</sup>, no obstante dicha cuestión es, por decirlo menos, falaz, puesto que no es que el proletariado sea el actor relevante en la construcción del proceso revolucionario – de hecho sí lo es, pero no es lo relevante para el argumento marxista – sino que precisamente la clave para la superación del régimen burgués, dadas sus deficiencias intrínsecas, solamente podrá realizarse por la acción del grupo explotado una vez que éstos hayan tomado conciencia de su rol histórico social en el funcionamiento de las fuerzas productivas. Es decir, en virtud de una cuestión tremendamente obvia, a la burguesía no le es conveniente finalizar con la explotación, pero, en contraparte, el juzgamiento que realizamos respecto de esto no puede adoptar las categorías de bueno-malo, pues los enjuiciamientos morales

---

<sup>6</sup> Idea atacada por Slavoj Žižek en su ensayo “¿Postmodernismo o Lucha de clases?: ¡Sí, por favor!” presente en el libro *Contingencia, Hegemonía y Universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* escrito en conjunto a Ernesto Laclau y Judith Butler.

para estos efectos están fuera de lugar. A su vez, el juzgamiento histórico que realicemos en relación al rol histórico del proletariado tampoco puede ser bueno-malo, justamente porque dada la matriz de desarrollo capitalista, la acción política que esta clase social emprenda no es ni buena ni mala, sino necesaria, categoría que trasciende los códigos morales y que logra instalarse con una lógica estrictamente política.

## **2. EL TRABAJO ENAJENADO**

Karl Marx

Hemos partido de los presupuestos de la Economía Política. Hemos aceptado su terminología y sus leyes. Damos por supuestas la propiedad privada, la separación del trabajo, capital y tierra, y la de salario, beneficio del capital y renta de la tierra; admitamos la división del trabajo, la competencia, el concepto de valor de cambio, etc. Con la misma Economía Política, con sus mismas palabras, hemos demostrado que el trabajador queda rebajado a mercancía, a la más miserable de todas las mercancías; que la miseria del obrero está en razón inversa de la potencia y magnitud de su producción; que el resultado necesario de la competencia es la acumulación del capital en pocas manos, es decir, la más terrible reconstitución de los monopolios; que, por último, desaparece la diferencia entre capitalistas y terratenientes, entre campesino y obrero fabril, y la sociedad toda ha de quedar dividida en las dos clases de propietarios y obreros desposeídos.

La Economía Política parte del hecho de la propiedad privada, pero no lo explica. Capta el proceso material de la propiedad privada, que ésta recorre en la realidad, con fórmulas abstractas y generales a las que luego presta valor de ley. No comprende estas leyes, es decir, no prueba cómo proceden de la esencia de la propiedad privada. La Economía Política no nos proporciona ninguna explicación sobre el fundamento de la división de trabajo y capital, de capital y tierra. Cuando determina, por ejemplo, la relación entre beneficio del capital y salario, acepta como fundamento último el interés del capitalista, en otras palabras, parte de aquello que debería explicar. Otro tanto ocurre con la competencia, explicada siempre por circunstancias externas. En qué medida estas circunstancias externas y aparentemente casuales son sólo expresión de un desarrollo necesario, es algo sobre lo que la Economía Política nada nos dice. Hemos visto cómo para ella hasta el intercambio mismo aparece como un hecho ocasional. Las únicas ruedas (20) que la Economía Política pone en movimiento son la codicia y la guerra entre los codiciosos, la competencia.

Justamente porque la Economía Política no comprende la coherencia del movimiento pudo, por ejemplo, oponer la teoría de la competencia a la del monopolio, la de la libre empresa a la de la corporación, la de la división de la tierra a la del gran latifundio, pues competencia, libertad de empresa y división de la tierra fueron comprendidas y estudiadas sólo como consecuencias casuales, deliberadas e impuestas por la fuerza del monopolio, la corporación y la propiedad feudal, y no como sus resultados necesarios, inevitables y naturales.

Nuestra tarea es ahora, por tanto, la de comprender la conexión esencial entre la propiedad privada, la codicia, la separación de trabajo, capital y tierra, la de intercambio y competencia, valor y desvalorización del hombre, monopolio y competencia; tenemos que comprender la conexión de toda esta enajenación con el sistema monetario.

No nos coloquemos, como el economista cuando quiere explicar algo, en una imaginaria situación primitiva. Tal situación primitiva no explica nada, simplemente traslada la cuestión a una lejanía nebulosa y grisácea. Supone como hecho, como acontecimiento, lo que debería deducir, esto es, la relación necesaria entre dos cosas, por ejemplo, entre división del trabajo e intercambio. Así es también como la teología explica el origen del mal por el pecado original: dando por supuesto como hecho, como historia, aquello que debe explicar.

Nosotros partimos de un hecho económico, actual. El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y en volumen. El trabajador se convierte en una mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como mercancía, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general.

Este hecho, por lo demás, no expresa sino esto: el objeto que el trabajo produce, su producto, se enfrenta a él como un ser extraño, como un poder independiente del productor. El producto del trabajo es el trabajo que se ha fijado en un objeto, que se ha hecho cosa; el producto es la objetivación del trabajo. La

realización del trabajo es su objetivación. Esta realización del trabajo aparece en el estadio de la Economía Política como desrealización del trabajador, la objetivación como pérdida del objeto y servidumbre a él, la apropiación como extrañamiento, como enajenación.

Hasta tal punto aparece la realización del trabajo como desrealización del trabajador, que éste es desrealizado hasta llegar a la muerte por inanición. La objetivación aparece hasta tal punto como pérdida del objeto que el trabajador se ve privado de los objetos más necesarios no sólo para la vida, sino incluso para el trabajo. Es más, el trabajo mismo se convierte en un objeto del que el trabajador sólo puede apoderarse con el mayor esfuerzo y las más extraordinarias interrupciones. La apropiación del objeto aparece en tal medida como extrañamiento, que cuantos más objetos produce el trabajador, tantos menos alcanza a poseer y tanto más sujeto queda a la dominación de su producto, es decir, del capital.

Todas estas consecuencias están determinadas por el hecho de que el trabajador se relaciona con el producto de su trabajo como un objeto extraño. Partiendo de este supuesto, es evidente que cuanto más se vuelca el trabajador en su trabajo, tanto más poderoso es el mundo extraño, objetivo que crea frente a sí y tanto más pobres son él mismo y su mundo interior, tanto menos dueño de sí mismo es. Lo mismo sucede en la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo (21). El trabajador pone su vida en el objeto, pero a partir de entonces ya no le pertenece a él, sino al objeto. Cuanto mayor es la actividad, tanto más carece de objetos el trabajador. Lo que es el producto de su trabajo, no lo es él. Cuanto mayor es, pues, este producto, tanto más insignificante es el

trabajador. La enajenación del trabajador en su producto significa no solamente que su trabajo se convierte en un objeto, en una existencia exterior, sino que existe fuera de él, independiente, extraño, que se convierte en un poder independiente frente a él; que la vida que ha prestado al objeto se le enfrenta como cosa extraña y hostil.

(XXIII) Consideraremos ahora más de cerca la objetivación, la producción del trabajador, y en ella el extrañamiento, la pérdida del objeto, de su producto.

El trabajador no puede crear nada sin la naturaleza, sin el mundo exterior sensible. Esta es la materia en que su trabajo se realiza, en la que obra, en la que y con la que produce.

Pero así como la naturaleza ofrece al trabajo medios de vida, en el sentido de que el trabajo no puede vivir sin objetos sobre los que ejercerse, así, de otro lado, ofrece también víveres en sentido estricto, es decir, medios para la subsistencia del trabajador mismo.

En consecuencia, cuanto más se apropia el trabajador el mundo exterior, la naturaleza sensible, por medio de su trabajo, tanto más se priva de víveres en este doble sentido; en primer lugar, porque el mundo exterior sensible cesa de ser, en creciente medida, un objeto perteneciente a su trabajo, un medio de vida de su trabajo; en segundo término, porque este mismo mundo deja de representar, cada vez más pronunciadamente, víveres en sentido inmediato, medios para la subsistencia física del trabajador.

El trabajador se convierte en siervo de su objeto en un doble sentido: primeramente porque recibe un objeto de trabajo, es decir, porque recibe trabajo; en segundo lugar porque recibe medios de subsistencia. Es decir, en primer término porque puede existir como trabajador, en segundo término porque puede existir como sujeto físico. El colmo de esta servidumbre es que ya sólo en cuanto trabajador puede mantenerse como sujeto físico y que sólo como sujeto físico es ya trabajador.

(La enajenación del trabajador en su objeto se expresa, según las leyes económicas, de la siguiente forma: cuanto más produce el trabajador, tanto menos ha de consumir; cuanto más valores crea, tanto más sin valor, tanto más indigno es él; cuanto más elaborado su producto, tanto más deforme el trabajador; cuanto más civilizado su objeto, tanto más bárbaro el trabajador; cuanto más rico espiritualmente se hace el trabajo, tanto más desespiritualizado y ligado a la naturaleza queda el trabajador.)

La Economía Política oculta la enajenación esencial del trabajo porque no considera la relación inmediata entre el trabajador (el trabajo) y la producción.

Ciertamente el trabajo produce maravillas para los ricos, pero produce privaciones para el trabajador. Produce palacios, pero para el trabajador chozas. Produce belleza, pero deformidades para el trabajador. Sustituye el trabajo por máquinas, pero arroja una parte de los trabajadores a un trabajo bárbaro, y convierte en máquinas a la otra parte. Produce espíritu, pero origina estupidez y cretinismo para el trabajador.

La relación inmediata del trabajo y su producto es la relación del trabajador y el objeto de su producción. La relación del acaudalado con el objeto de la producción y con la producción misma es sólo una consecuencia de esta primera relación y la confirma. Consideraremos más tarde este otro aspecto.

Cuando preguntamos, por tanto, cuál es la relación esencial del trabajo, preguntamos por la relación entre el trabajador y la producción.

Hasta ahora hemos considerado el extrañamiento, la enajenación del trabajador, sólo en un aspecto, concretamente en su relación con el producto de su trabajo. Pero el extrañamiento no se muestra sólo en el resultado, sino en el acto de la producción, dentro de la actividad productiva misma. ¿Cómo podría el trabajador enfrentarse con el producto de su actividad como con algo extraño si en el acto mismo de la producción no se hiciese ya ajeno a sí mismo? El producto no es más que el resumen de la actividad, de la producción. Por tanto, si el producto del trabajo es la enajenación, la producción misma ha de ser la enajenación activa, la enajenación de la actividad; la actividad de la enajenación. En el extrañamiento del producto del trabajo no hace más que resumirse el extrañamiento, la enajenación en la actividad del trabajo mismo.

¿En qué consiste, entonces, la enajenación del trabajo? Primeramente en que el trabajo es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; en que en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador sólo se siente en sí (22) fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo (23) cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario, sino forzado, trabajo forzado. Por eso no es la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio para satisfacer las necesidades fuera del trabajo. Su carácter extraño se evidencia claramente en el hecho de que tan pronto como no existe una coacción física o de cualquier otro tipo se huye del trabajo como de la peste. El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se enajena, es un trabajo de autosacrificio, de ascetismo. En último término, para el trabajador se muestra la exterioridad del trabajo en que éste no es suyo, sino de otro, que no le pertenece; en que cuando está en él no se pertenece a sí mismo, sino a otro. Así como en la religión la actividad propia de la fantasía humana, de la mente y del corazón humanos, actúa sobre el individuo independientemente de él, es decir, como una actividad extraña, divina o diabólica, así también la actividad del trabajador no es su propia actividad. Pertenece a otro, es la pérdida de sí mismo.

De esto resulta que el hombre (el trabajador) sólo se siente libre en sus funciones animales, en el comer, beber, engendrar, y todo lo más en aquello que toca a la habitación y al atavío, y en cambio en sus funciones humanas se siente como animal. Lo animal se convierte en lo humano y lo humano en lo animal.

Comer, beber y engendrar, etc., son realmente también auténticas funciones humanas. Pero en la abstracción que las separa del ámbito restante de la actividad humana y las convierte en fin único y último son animales. (24)

Hemos considerado el acto de la enajenación de la actividad humana práctica, del trabajo, en dos aspectos: 1) la relación del trabajador con el producto del trabajo como con un objeto ajeno y que lo domina. Esta relación es, al mismo tiempo, la relación con el mundo exterior sensible, con los objetos naturales, como con un mundo extraño para él y que se le enfrenta con hostilidad;

2) la relación del trabajo con el acto de la producción dentro del trabajo. Esta relación es la relación del trabajador con su propia actividad, como con una actividad extraña, que no le pertenece, la acción como pasión, la fuerza como impotencia, la generación como castración, la propia energía física y espiritual del trabajador, su vida personal (pues qué es la vida sino actividad) como una actividad que no le pertenece, independiente de él, dirigida contra él. La enajenación respecto de sí mismo como, en el primer caso, la enajenación respecto de la cosa.

(XXIV) Aún hemos de extraer de las dos anteriores una tercera determinación del trabajo enajenado.

El hombre es un ser genérico no sólo porque en la teoría y en la práctica toma como objeto suyo el género, tanto el suyo propio como el de las demás cosas, sino también, y esto no es más que otra

expresión para lo mismo, porque se relaciona consigo mismo como el género actual, viviente, porque se relaciona consigo mismo como un ser universal y por eso libre. (25)

La vida genérica, tanto en el hombre como en el animal, consiste físicamente, en primer lugar, en que el hombre (como el animal) vive de la naturaleza inorgánica, y cuanto más universal es el hombre que el animal, tanto más universal es el ámbito de la naturaleza inorgánica de la que vive. Así como las plantas, los animales, las piedras, el aire, la luz, etc., constituyen teóricamente una parte de la conciencia humana, en parte como objetos de la ciencia natural, en parte como objetos del arte (su naturaleza inorgánica espiritual, los medios de subsistencia espiritual que él ha de preparar para el goce y asimilación), así también constituyen prácticamente una parte de la vida y de la actividad humana. Físicamente el hombre vive sólo de estos productos naturales, aparezcan en forma de alimentación, calefacción, vestido, vivienda, etc. La universalidad del hombre aparece en la práctica justamente en la universalidad que hace de la naturaleza toda su cuerpo inorgánico, tanto por ser (1) un medio de subsistencia inmediato, como por ser (2) la materia, el objeto y el instrumento de su actividad vital. La naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre; la naturaleza, en cuanto ella misma, no es cuerpo humano. Que el hombre vive de la naturaleza quiere decir que la naturaleza es su cuerpo, con el cual ha de mantenerse en

proceso continuo para no morir. Que la vida física y espiritual del hombre está ligada con la naturaleza no tiene otro sentido que el de que la naturaleza está ligada consigo misma, pues el hombre es una parte de la naturaleza.

Como quiera que el trabajo enajenado (1) convierte a la naturaleza en algo ajeno al hombre, (2) lo hace ajeno de sí mismo, de su propia función activa, de su actividad vital, también hace del género algo ajeno al hombre; hace que para él la vida genérica se convierta en medio de la vida individual. En primer lugar hace extrañas entre sí la vida genérica y la vida individual, en segundo término convierte a la primera, en abstracto, en fin de la última, igualmente en su forma extrañada y abstracta.

Pues, en primer término, el trabajo, la actividad vital, la vida productiva misma, aparece ante el hombre sólo como un medio para la satisfacción de una necesidad, de la necesidad de mantener la existencia física. La vida productiva es, sin embargo, la vida genérica. Es la vida que crea vida. En la forma de la actividad vital reside el carácter dado de una especie, su carácter genérico, y la actividad libre, consciente, es el carácter genérico del hombre. La vida misma aparece sólo como medio de vida.

El animal es inmediatamente uno con su actividad vital. No se distingue de ella. Es ella. El hombre hace de su actividad vital misma objeto de su voluntad y de su conciencia. Tiene actividad vital consciente. No es una determinación con la que el hombre se funda inmediatamente. La actividad vital consciente distingue inmediatamente al hombre de la actividad vital animal. Justamente, y sólo por ello, es él un ser genérico. O, dicho de otra forma, sólo es ser consciente, es decir, sólo es su propia vida objeto para él, porque es un ser genérico. Sólo por ello es su actividad libre. El trabajo enajenado invierte la relación, de manera que el hombre, precisamente por ser un ser consciente, hace de su actividad vital, de su esencia, un simple medio para su existencia.

La producción práctica de un mundo objetivo, la elaboración de la naturaleza inorgánica, es la afirmación del hombre como un ser genérico consciente, es decir, la afirmación de un ser que se relaciona con el género como con su propia esencia o que se relaciona consigo mismo como ser genérico. Es cierto que también el animal produce. Se construye un nido, viviendas, como las abejas, los castores, las hormigas, etc. Pero produce únicamente lo que necesita inmediatamente para sí o para su prole; produce unilateralmente, mientras que el hombre produce universalmente; produce únicamente por mandato de la necesidad física inmediata, mientras que el hombre produce incluso libre de la necesidad física y sólo produce realmente liberado de ella; el animal se produce sólo a sí mismo, mientras que el hombre reproduce la naturaleza entera; el producto del animal pertenece inmediatamente a su cuerpo físico, mientras que el hombre se enfrenta libremente a su producto. El animal forma únicamente según la necesidad y la medida de la especie a la que pertenece, mientras que el hombre sabe producir según la medida de cualquier especie y sabe siempre imponer

al objeto la medida que le es inherente; por ello el hombre crea también según las leyes de la belleza.

Por eso precisamente es sólo en la elaboración del mundo objetivo en donde el hombre se afirma realmente como un ser genérico. Esta producción es su vida genérica activa. Mediante ella aparece la naturaleza como su obra y su realidad. El objeto del trabajo es por eso la objetivación de la vida genérica del hombre, pues éste se desdobra no sólo intelectualmente, como en la conciencia, sino activa y realmente, y se contempla a sí mismo en un mundo creado por él. Por esto el trabajo enajenado, al

arrancar al hombre el objeto de su producción, le arranca su vida genérica, su real objetividad genérica, y transforma su ventaja respecto del animal en desventaja, pues se ve privado de su cuerpo inorgánico, de la naturaleza. Del mismo modo, al degradar la actividad propia, la actividad libre, a la condición de medio, hace el trabajo enajenado de la vida genérica del hombre un medio para su existencia física.

Mediante la enajenación, la conciencia del hombre que el hombre tiene de su género se transforma, pues, de tal manera que la vida genérica se convierte para él en simple medio.

El trabajo enajenado, por tanto: 3) Hace del ser genérico del hombre, tanto de la naturaleza como de sus facultades espirituales genéricas, un ser ajeno para él, un medio de existencia individual. Hace extraños al hombre su propio cuerpo, la naturaleza fuera de él, su esencia espiritual, su esencia humana.

4) Una consecuencia inmediata del hecho de estar enajenado el hombre del producto de su trabajo, de su actividad vital, de su ser genérico, es la enajenación del hombre respecto del hombre. Si el hombre se enfrenta consigo mismo, se enfrenta también al otro. Lo que es válido respecto de la relación del hombre con su trabajo, con el producto de su trabajo y consigo mismo, vale también para la relación del hombre con el otro y con el trabajo y el producto del trabajo del otro.

En general, la afirmación de que el hombre está enajenado de su ser genérico quiere decir que un hombre está enajenado del otro, como cada uno de ellos está enajenado de la esencia humana.

La enajenación del hombre y, en general, toda relación del hombre consigo mismo, sólo encuentra realización y expresión verdaderas en la relación en que el hombre está con el otro.

En la relación del trabajo enajenado, cada hombre considera, pues, a los demás según la medida y la relación en la que él se encuentra consigo mismo en cuanto trabajador.

(XXV) Hemos partido de un hecho económico, el extrañamiento entre el trabajador y su producción. Hemos expuesto el concepto de este hecho: el trabajo enajenado, extrañado.

Hemos analizado este concepto, es decir, hemos analizado simplemente un hecho económico.

Veamos ahora cómo ha de exponerse y representarse en la realidad el concepto del trabajo enajenado, extrañado.

Si el producto del trabajo me es ajeno, se me enfrenta como un poder extraño, entonces ¿a quién pertenece? Si mi propia actividad no me pertenece; si es una actividad ajena, forzada, ¿a quién pertenece entonces? A un ser otro que yo.

¿Quién es ese ser? ¿Los dioses? Ciertamente que en los primeros tiempos la producción principal, por ejemplo, la construcción de templos, etc., en Egipto, India, Méjico, aparece al servicio de los dioses, como también a los dioses pertenece el producto. Pero los dioses por sí solos no fueron nunca los dueños del trabajo. Aún menos de la naturaleza. Qué contradictorio sería que cuando más subyuga el hombre a la naturaleza mediante su trabajo, cuando más superfluos vienen a resultar los milagros de los dioses en razón de los milagros de la industria, tuviese que renunciar el hombre, por amor de estos poderes, a la alegría de la producción y al goce del producto.

El ser extraño al que pertenecen el trabajo y el producto del trabajo, a cuyo servicio está aquél y para cuyo placer sirve éste, solamente puede ser el hombre mismo.

Si el producto del trabajo no pertenece al trabajador, si es frente a él un poder extraño, esto sólo es posible porque pertenece a otro hombre que no es el trabajador. Si su actividad es para él dolor, ha de ser goce y alegría vital de otro. Ni los dioses, ni la naturaleza, sino sólo el hombre mismo, puede ser este poder extraño sobre los hombres. Recuérdese la afirmación antes hecha de que la relación del hombre consigo mismo únicamente es para él objetiva y real a través de su relación con los otros hombres. Si él, pues, se relaciona con el producto de su trabajo, con su trabajo objetivado, como con un objeto poderoso, independiente de él, hostil, extraño, se está relacionando con él de forma que otro hombre independiente de él, poderoso, hostil, extraño a él,

es el dueño de este objeto. Si él se relaciona con su actividad como con una actividad no libre, se está relacionando con ella como con la actividad al servicio de otro, bajo las órdenes, la compulsión y el yugo de otro.

Toda enajenación del hombre respecto de sí mismo y de la naturaleza aparece en la relación que él presume entre él, la naturaleza y los otros hombres distintos de él. Por eso la autoenajenación religiosa aparece necesariamente en la relación del laico con el sacerdote, o también, puesto que aquí se trata del mundo intelectual, con un mediador, etc. En el mundo práctico, real, el extrañamiento de sí sólo puede manifestarse mediante la relación práctica, real, con los otros hombres. El medio mismo por el que el extrañamiento se opera es un medio práctico. En consecuencia mediante el trabajo enajenado no sólo produce el

hombre su relación con el objeto y con el acto de la propia producción como con poderes (ZZ) que le son extraños y hostiles, sino también la relación en la que los otros hombres se encuentran con su producto y la relación en la que él está con estos otros hombres. De la misma manera que hace de su propia producción su desrealización, su castigo; de su propio producto su pérdida, un producto que no le pertenece, y así también crea el dominio de quien no produce sobre la producción y el producto. Al enajenarse de su propia actividad posesiona al extraño de la actividad que no le es propia.

Hasta ahora hemos considerado la relación sólo desde el lado del trabajador; la consideraremos más tarde también desde el lado del no trabajador.

Así, pues, mediante el trabajo enajenado crea el trabajador la relación de este trabajo con un hombre que está fuera del trabajo y le es extraño. La relación del trabajador con el trabajo engendra la relación de éste con el del capitalista o como quiera llamarse al patrono del trabajo. La propiedad privada es, pues, el producto, el resultado, la consecuencia necesaria del trabajo enajenado, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo.

Partiendo de la Economía Política hemos llegado, ciertamente, al concepto del trabajo enajenado (de la vida enajenada) como resultado del movimiento de la propiedad privada. Pero el análisis de este concepto muestra que aunque la propiedad privada aparece como fundamento, como causa del trabajo enajenado, es más bien una consecuencia del mismo, del mismo modo que los dioses no son originariamente la causa, sino el efecto de la confusión del entendimiento humano. Esta relación se transforma después en una interacción recíproca.

Sólo en el último punto culminante de su desarrollo descubre la propiedad privada de nuevo su secreto, es decir, en primer lugar que es el producto del trabajo enajenado, y en segundo término que es el medio por el cual el trabajo se enajena, la realización de esta enajenación.

Este desarrollo ilumina al mismo tiempo diversas colisiones no resueltas hasta ahora. 1) La Economía Política parte del trabajo como del alma verdadera de la producción y, sin embargo, no le da nada al trabajo y todo a la propiedad privada. Partiendo de esta contradicción ha fallado Proudhon en favor del trabajo y contra la propiedad privada. Nosotros, sin embargo, comprendemos, que esta aparente contradicción es la contradicción del trabajo enajenado consigo mismo y que la Economía Política simplemente ha expresado las leyes de este trabajo enajenado.

Comprendemos también por esto que salario y propiedad privada son idénticos, pues el salario que paga el producto, el objeto del trabajo, el trabajo mismo, es sólo una consecuencia necesaria de la enajenación del trabajo; en el salario el trabajo no aparece como un fin en sí, sino como un servidor del salario. Detallaremos esto más tarde. Limitándonos a extraer ahora algunas consecuencias (XXVI).

Un alza forzada de los salarios, prescindiendo de todas las demás dificultades (prescindiendo de que, por tratarse de una anomalía, sólo mediante la fuerza podría ser mantenida), no sería, por tanto, más que una mejor remuneración de los esclavos, y no conquistaría, ni para el trabajador, ni para el trabajo su vocación y su dignidad humanas.

Incluso la igualdad de salarios, como pide Proudhon, no hace más que transformar la relación del trabajador actual con su trabajo en la relación de todos los hombres con el trabajo. La sociedad es comprendida entonces como capitalista abstracto.

El salario es una consecuencia inmediata del trabajo enajenado y el trabajo enajenado es la causa inmediata de la propiedad privada. Al desaparecer un término debe también, por esto, desaparecer el otro.

2) De la relación del trabajo enajenado con la propiedad privada se sigue, además, que la emancipación de la sociedad de la propiedad privada, etc., de la servidumbre, se expresa en la forma política de la emancipación de los trabajadores, no como si se tratase sólo de la emancipación de éstos, sino porque su emancipación entraña la emancipación humana general; y esto es así porque toda la servidumbre humana está encerrada en la relación del trabajador con la producción, y todas las relaciones serviles son sólo modificaciones y consecuencias de esta relación.

Así como mediante el análisis hemos encontrado el concepto de propiedad privada partiendo del concepto de trabajo enajenado, extrañado, así también podrán desarrollarse con ayuda de estos dos factores todas las categorías económicas y encontraremos en cada una de estas categorías, por ejemplo, el tráfico, la competencia, el capital, el dinero, solamente una expresión determinada desarrollada, de aquellos primeros fundamentos.

Antes de considerar esta estructuración, sin embargo tratemos de resolver dos cuestiones. 1) Determinar la esencia general de la propiedad privada, evidenciada como resultado del trabajo enajenado, en su relación con la propiedad verdaderamente humana y social. 2) Hemos aceptado el extrañamiento del trabajo, su enajenación, como un hecho y hemos realizado este hecho. Ahora nos preguntamos ¿cómo llega el hombre a enajenar, a extrañar su trabajo? ¿Cómo se fundamenta este extrañamiento en la esencia de la evolución humana? Tenemos ya mucho ganado para la solución de este problema al haber transformado la cuestión del origen de la propiedad privada en la cuestión de la relación del trabajo enajenado con el proceso evolutivo de la humanidad. Pues cuando se habla de propiedad privada se cree tener que habérselas con una cosa fuera del hombre. Cuando se habla de trabajo nos las tenemos que haber inmediatamente con el hombre mismo. Esta nueva formulación de la pregunta es ya incluso su solución.

ad. 1) Esencia general de la propiedad privada y su relación con la propiedad verdaderamente humana. El trabajo enajenado se nos ha resuelto en dos componentes que se condicionan recíprocamente o que son sólo dos expresiones distintas de una misma

relación. La apropiación aparece como extrañamiento, como enajenación y la enajenación como apropiación, el extrañamiento como la verdadera naturalización.

Hemos considerado un aspecto, el trabajo enajenado en relación al trabajador mismo, es decir, la relación del trabajo enajenado consigo mismo. Como producto, como resultado necesario de esta relación hemos encontrado la relación de propiedad del no-trabajador con el trabajador y con el trabajo. La propiedad privada como expresión resumida, material, del trabajo enajenado abarca ambas relaciones, la relación del trabajador con el trabajo, con el producto de su trabajo y con el no trabajador, y la relación del no trabajador con el trabajador y con el producto de su trabajo.

Si hemos visto, pues, que respecto del trabajador, que mediante el trabajo se apropia de la naturaleza, la apropiación aparece como enajenación, la actividad propia como actividad para otro y de otro, la vitalidad como holocausto de la vida, la producción del objeto como pérdida del objeto en favor de un poder extraño, consideremos ahora la relación de este hombre extraño al trabajo y al trabajador con el trabajador, el trabajo y su objeto.

Por de pronto (26) hay que observar que todo lo que en el trabajador aparece como actividad de la enajenación, aparece en el no trabajador como estado de la enajenación, del extrañamiento.

En segundo término, que el comportamiento práctico, real, del trabajador en la producción y respecto del producto (en cuanto estado de ánimo) aparece en el no trabajador a él enfrentado como comportamiento teórico.

(XXVII) Tercero. El no trabajador hace contra el trabajador todo lo que éste hace contra sí mismo, pero no hace contra sí lo que hace contra el trabajador. (27)

Consideremos más detenidamente estas tres relaciones.

-----

Notas:

20 A esta altura aparecen en el manuscrito, escritas al margen y después tachadas, las palabras "motores, los agentes del movimiento", que indudablemente implican mejor que la de "ruedas" la idea que Marx quiere expresar.

21 Marx repite aquí el pensamiento de Feuerbach quien en La esencia del Cristianismo, Cap. I, afirma "Cuanto más vacía es la vida, tanto más pleno, tanto más concreto es Dios. El mundo real se vacía cuando la divinidad se llena. Sólo el hombre pobre tiene un Dios rico".

22 Marx no utiliza aquí la expresión an sich (en sí), que en la terminología hegeliana se opone al für sich (para sí), sino bei sich, que literalmente significa junto a sí, consigo, en casa, libre de toda determinación externa (N. del T.)

23 Zu Hause, literalmente, en casa.

24 Cf. Feuerbach, Principios de la Filosofía del futuro, pág. 53.

25 La idea del hombre como ser genérico que Marx desarrolla aquí, la tenía de Feuerbach, quien la expone principalmente en la introducción y los dos primeros capítulos de La esencia del Cristianismo.

ZZ Sigo aquí el texto de MEGA, que dice Mächten, que es el término que emplea también la edición Dietz. En la edición de Hillman se dice, por el contrario, Menschen (hombres).

26 A esta altura aparece en el margen del manuscrito la siguiente frase que Marx tachó después: Constituye una tautología la afirmación de que quien se apropia de la naturaleza mediante la naturaleza misma, se la enajena.

27 Esta frase reproduce casi literalmente otra que Hegel escribe en su Fenomenología del Espíritu (ed. Hofmeister, pág. 147) en un pasaje correspondiente a la famosa "dialéctica del señor y el siervo" que evidentemente Marx sigue aquí muy de cerca. (N. del E.)

## COMENTARIO

En este texto, Karl Marx sostiene que el objeto de estudio que se proponía analizar la Economía Política de su tiempo resultaba insatisfactorio para la comprensión de una realidad de tal complejidad. A juicio de Marx, la base teórica de esta ciencia, se funda en conceptos que no se pretenden explicar ni tampoco conocer sus causas últimas; naturalizando el lenguaje sobre el que se construye el análisis económico. Esta naturalización se entiende como el resultado casual y espontáneo derivado de la competencia. Por ejemplo, se presume la génesis de la propiedad privada o la primacía de los intereses de los capitalistas por sobre los intereses de los trabajadores, sin dar una explicación satisfactoria para este punto de partida.

A partir de esta crítica que Marx construye a la Economía Política, se avoca a la tarea de investigar y explicar los principios que no tienen cabida dado el alcance de esta ciencia. El autor comienza sus trabajos en la búsqueda de las relaciones esenciales entre las nociones de “propiedad privada”, “división del trabajo”, “desvalorización del hombre”, entre otros; estableciendo una directa dependencia con el concepto principal desarrollado en el texto a comentar: *la enajenación*.

El método a utilizar para la crítica a la Economía Política y la construcción de una nueva forma de análisis económico consiste en analizar la realidad e identificar relaciones que se produzcan en la misma, comprobando empíricamente los supuestos en cuestión. Desestima las analogías como formas de argumentación, ya que las considera una estrategia propia del economista político, que incurre en la falta de trasladar el problema a un lugar donde se partirá de ciertos supuestos que no reciben una explicación respecto a sus orígenes; analogando esta metodología con el ejercicio que realiza la religión.

Tal como se señala en el texto, la enajenación se produce porque el trabajador asalariado está sometido a una jornada de trabajo, en la cual la expresión vital de su ser se ve reprimida, no pudiendo ser el trabajo una expresión de su humanidad (mediante el vertimiento de su creatividad, pasión y vitalidad que le es permitido según sus capacidades), desembocando en una automatización y cosificación del trabajador al cumplir roles y tareas repetitivas impuestas por el capitalista para maximizar la producción o ganancia; proceso en el cual el capitalista se apropia de parte del plusvalor producido por el trabajador, alienándolo de su trabajo.

Es importante recalcar que existen diferentes aspectos de la enajenación. En primer lugar, profundizaremos en aquel que dice relación con los lazos que se establecen entre el hombre y la naturaleza que constituyen una interdependencia. La primera relación es la “*esencial*”; la naturaleza aporta un sustento material necesario para el mantenimiento de la vida del hombre". La segunda es la “*vital*”; la naturaleza entrega al hombre una materia sobre la cual ejercer su actividad, su trabajo.

El trabajador deja de elegir qué hacer y cómo hacerlo y se restringe a poner a disposición de otro la producción de su fuerza de trabajo. La relación con la naturaleza ha sido alterada dado que al producir para otro se priva de lo que la naturaleza le entrega para mantenerse vivo (alimentos, ropa, techo, etc.), a la vez que se le imposibilita para realizarse como trabajador, condición a la cual se encuentra sujeto para su supervivencia.

Otro aspecto de la enajenación consiste en que bajo las relaciones productivas en las que vivimos, el hombre reafirma su condición de tal, solo cuando realiza las actividades propias de su condición de animal: comer, dormir, reproducirse, etc.; la venta de su fuerza productiva halla su razón de ser en cubrir las necesidades anteriormente nombradas, fuera de la jornada laboral.

A juicio de Marx, apenas se elimine la situación de coerción sobre el trabajador que permite mantenerlo haciendo lo que está obligado a hacer, éste deja el trabajo y comienza nuevamente a vivir la expresión de su vitalidad. Esto es claro incluso hoy en día, y se materializa en la necesidad de que en todos los niveles e industrias se cuente con el nivel de supervisión del trabajador como elemento de coerción real, incluso, independientemente del nivel educacional de quien realiza el trabajo. Es cierto, sin duda, que el nivel educacional parece influir en la intensidad de este aspecto (a mayor nivel educacional esta situación parece difuminarse), pero no lo elimina de manera alguna.

Otra dimensión del trabajo enajenado es la materialización del trabajo como producto. Cualquier resultado del trabajo enajenado es la apropiación por parte de otro de este resultado. Es decir, el producto material, concreto, que se genera a partir del trabajo enajenado no puede ser de propiedad de quien aporta la mano de obra para la materialización del trabajo, sino que solo puede ser de quien es capaz de enajenar a quien la aporta. En otras palabras, lo que se diseña o fabrica no pertenece a quien ejerce un trabajo sobre él, sino a quien lo ordenó fabricar o diseñar. Esto es evidente en los sectores económicos manufactureros como maestranzas, mueblerías, el sector textil, etc. La fabricación de piezas de repuesto, la creación de muebles para oficinas, la confección de ropa, son todas materializaciones del trabajo aportado dentro de la jornada que no quedan en posesión de la persona o grupo de personas que lo fabrica, sino que lo apropia el patrón y, es él quien dispone de la venta y sus condiciones. De todo eso el trabajador no obtiene una ganancia proporcional a la cantidad de objetos sino que solo recibe su salario. Por esto último, concluye Marx, resulta demostrado que el salario es producto de la condición de enajenación y no del trabajo mismo.

¿El hecho que no exista hoy en día las grotescas hambrunas de las ciudades del siglo XIX niega la enajenación? ¿La constatación en las mejoras de las condiciones de vida de los trabajadores hoy en día comparados con la de los tiempos de Marx contradice las relaciones que establece en el texto? ¿Es el código laboral, la gratificación legal o bonos temporales, la lápida a estas relaciones? De ninguna manera. El mejoramiento en las condiciones de vida

producto de la democracia, los constructos sociales y el desarrollo tecnológico, son solo cambios de la forma en la que se nos presenta la realidad, pero que no significan un cambio estructural en la matriz de funcionamiento de las relaciones entre el trabajador y su patrón. Estos cambios son solo los necesarios para que el trabajador pueda cubrir sus necesidades “básicas” o necesidades creadas a través de las condiciones de mejora en la calidad de vida.

Es importante recalcar entonces, la importancia de este comentario para el análisis del fenómeno del trabajo en nuestros días y en nuestro país en particular. Por ejemplo, un carpintero que trabaja en la construcción de una planta minera en un lugar apartado tiene a su lado a un capataz, a un supervisor y a un encargado de seguridad como la materialización del conocimiento de la labor que emplea –da instrucciones, califica la calidad de la obra, etc.- pero también representa la opresión sobre el trabajador dentro de su jornada laboral –ordena realizar una tarea en un determinado tiempo, vigila que esté realizando dichas tarea de acuerdo a las reglas impuestas por el empleador, sea en cuanto a procedimientos, seguridad, turnos, y califica el rendimiento del trabajador-. Pero una vez terminada la jornada de trabajo, éste debe pernoctar en el campamento de la obra –sin familia, sin comodidades y sin siquiera poder salir del lugar- y aún así busca maneras de expresarse: a través de ligas de fútbol, bandas musicales, juegos de naipes, la lectura, compartir con sus colegas o simplemente dormir-. Estas condiciones, que son mostradas como un *sacrificio*, son aceptadas a cambio de jornadas de descanso mayores a las habituales, un salario elevado y un cierto estatus que entregaría trabajar en estos proyectos.

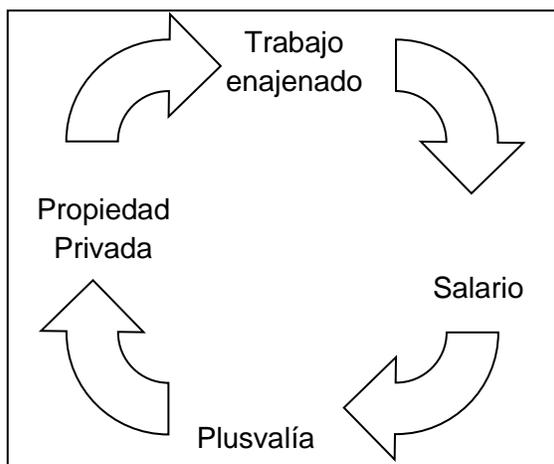
Si se sustituye el rol del carpintero por un supervisor, un encargado de seguridad o un ingeniero la dinámica sigue de la misma forma, debido a que todos están en una situación de enajenación temporal, esto es independiente a los cargos o el nivel de estudios que se posean. La idea de que dichos cargos están más alejados de la condición de enajenación por ser *empleados de confianza* sólo resulta un eufemismo conveniente a los intereses del capitalista. Es aplicable, incluso, a otras industrias o sectores de la economía, en todos ellos la situación se repite con una mayor o menor intensidad y una materialización adecuada a la labor.

Esto se hace manifiesto al momento de observar que luego de meses de trabajo de cientos de personas, nada de lo construido queda en poder de quien lo construye. Una vez terminada la relación laboral, el trabajador sólo recibe lo correspondiente a vacaciones proporcionales, salario y una indemnización por despido. Nada de la obra –la planta minera- queda en manos del trabajador y por lo tanto, no participa de las ganancias futuras.

Marx concluye, entonces, que la propiedad privada y el salario son resultado de la enajenación del trabajador dentro de la jornada de trabajo, lo que tiene muchas implicancias en la historia y en la lucha política, pues determina la emancipación del hombre mediante la liberación del trabajo enajenado.

La propiedad privada –como medio de producción- que está en manos del capitalista es la causa por la cual el trabajador se ve forzado a enajenarse para subsistir –recordemos que la relación del hombre con la naturaleza ha sido alterada por este proceso- y a la vez, el resultado de la enajenación es la propiedad privada.

Por otro lado, el salario no es el resultado del trabajo sino la consecuencia de la enajenación. ¿Cómo se manifiesta esto? El salario es fijo pero mes a mes la producción de bienes y servicios son variables. Otra prueba es el trato como costo fijo que le asigna el patrón al gasto que debe incurrir para pagar los salarios. Estas relaciones se explican en el siguiente diagrama:



Marx observa que el verdadero sustento de la producción es el trabajo y, sin embargo, no recibe nada y el capital se lleva todas las ganancias. En ese sentido, un alza en el salario no libera al hombre de sus cadenas y tampoco reafirma su dignidad como ser humano, pues no recupera el control de su actividad vital.

Ahora mirando el contexto actual, dentro de un proyecto político donde el humanismo es una idea central, el modo de producción, que por medio del trabajo y su división social obliga al hombre a transformarse en alguien ajeno a él, no permite el desarrollo en plenitud de las personas y por extensión, de cualquier proyecto colectivo que tenga como foco central a las personas y su crecimiento integral.

En el Chile de hoy ¿cuál es el verdadero alcance de la discusión del salario mínimo? Sin duda, es una conquista muy importante para la situación de miles de personas que están sometidas a condiciones precarias de trabajo. En los últimos veinte años ha tenido un aumento sostenido y mucho mayor a los años anteriores. Ciertamente este aumento del salario mínimo que se conquista año tras año es una corrección de la situación de subsistencia en la que se encuentra gran parte de la población.

Sin embargo, a pesar de la controversia, la lluvia de estudios de especialistas, el debate público que genera su discusión y la férrea oposición por parte de la derecha a cualquier

aumento significativo, su existencia no tiene la intención –ni la fuerza- de subvertir la real condición que genera la precariedad. ¿No deberíamos ir más allá del nivel del salario e intentar superarlo? Sin duda, esta es la misión de las fuerzas políticas de izquierda: encaminarse hacia su abolición.

La pregunta sobre si en la actualidad existe una forma real de superar esta condición de enajenación, por su parte, debe responderse que efectivamente existen herramientas como la sindicalización, la negociación colectiva por industria como se usa en países desarrollados, son instrumentos para avanzar hacia la apropiación por parte del trabajador del valor y la riqueza que genera. La colectivización de unidades productivas, la desconcentración de la producción son, también, mecanismos que empujan la lucha a favor de los trabajadores y que permiten presionar e incluso eventualmente romper el círculo de las relaciones de propiedad privada y enajenación. El trabajo de la lucha política es, entonces, convencer a la sociedad, a los trabajadores, de que existen alternativas reales y efectivas para derrumbar la hegemonía que ha impuesto la sociedad capitalista en la forma de producir.

### **3. SALARIO, PRECIO Y GANANCIA**

Karl Marx

*Extracto (Capítulos 5 al 11)*

### **5. SALARIOS Y PRECIOS**

Reducidos a su expresión teórica más simple, todos los argumentos de nuestro amigo se traducen en un solo y único dogma: «*Los precios de las mercancías se determinan o regulan por los salarios*».

Frente a este anticuado y desacreditado error, podría invocar el testimonio de la observación práctica. Podría decirnos que los obreros fabriles, los mineros, los trabajadores de los astilleros y otros obreros ingleses, cuyo trabajo está relativamente bien pagado, batan a todas las demás naciones por la baratura de sus productos, mientras que el jornalero agrícola inglés, por ejemplo, cuyo trabajo está relativamente mal pagado, es batido por casi todas las demás naciones, a consecuencia de la carestía de sus productos. Comparando unos artículos con otros dentro del mismo país y las mercancías de distintos países entre sí, podría demostrar que, si se prescinde de algunas excepciones más aparentes que reales, por término medio, el trabajo bien retribuido produce mercancías baratas y el trabajo mal pagado, mercancías caras. Esto no demostraría, naturalmente, que el elevado precio del trabajo, en unos casos, y en otros su precio bajo sean las causas respectivas de estos efectos diametralmente opuestos, pero sí serviría para probar, en todo caso, que los precios de las mercancías no se determinan por los precios del trabajo. Sin embargo, es de todo punto superfluo, para nosotros, aplicar este método empírico.

[45]

Podría, tal vez, negarse que el ciudadano Weston mantenga el dogma de que «*los precios de las mercancías se determinan o regulan por los salarios*». Y el hecho es que jamás lo ha formulado. Dice, por el contrario, que la ganancia y la renta del suelo son también partes integrantes de los precios de las mercancías, puesto que de éstos tienen que ser pagados no sólo los salarios de los obreros, sino también las ganancias del capitalista y las rentas del terrateniente. Pero, ¿cómo se forman los precios, según su modo de ver? Se forman, en primer término, por los salarios. Luego, se añade al precio un tanto por ciento adicional a beneficio del capitalista y otro tanto por ciento adicional a beneficio del terrateniente. Supongamos que los salarios abonados por el trabajo invertido en la producción de una mercancía ascienden a diez. Si la cuota de ganancia fuese del 100 por 100, el capitalista añadiría a los salarios desembolsados diez, y si la cuota de renta fuese también del 100 por 100 sobre los salarios, habría que añadir diez más, con lo cual el precio total de la mercancía se cifraría en treinta. Pero semejante determinación del precio significaría simplemente que éste se determina por los salarios. Si éstos, en nuestro ejemplo anterior, ascendiesen a veinte, el precio de la mercancía ascendería a sesenta, y así sucesivamente. He aquí por qué todos los escritores anticuados de Economía política que sentaban la tesis de que los salarios regulan los precios, intentaban probarla presentando la ganancia y la renta del suelo *como simples porcentajes adicionales sobre los salarios*. Ninguno era capaz, naturalmente, de reducir los límites de estos recargos porcentuales a una ley económica. Parecían creer, por el contrario, que las ganancias se fijaban por la tradición, la costumbre, la voluntad del capitalista o por cualquier otro método igualmente arbitrario e inexplicable. Cuando dicen que las ganancias se determinan por la competencia entre los capitalistas, no dicen absolutamente nada. Esta competencia, indudablemente, nivela las

distintas cuotas de ganancia de las diversas industrias, o sea, las reduce a un nivel medio, pero jamás puede determinar este nivel mismo o la cuota general de ganancia. ¿Qué queremos decir, cuando afirmamos que los precios de las mercancías se determinan por los salarios? Como el salario no es más que una manera de denominar el precio del trabajo, al decir esto, decimos que los precios de las mercancías se regulan por el precio del trabajo. Y como «*precio*» es valor de cambio —y cuando hablo del valor, me refiero siempre al valor de cambio—, *valor de cambio expresado en dinero*, aquella afirmación equivale a esta otra: «*el valor de las mercancías se determina por el valor del trabajo*», o, lo que es lo mismo: «*el valor del trabajo es la medida general de valor*».

[46]

Pero, ¿cómo se determina, a su vez, «*el valor del trabajo*»? Al llegar aquí, nos encontramos en un punto muerto. Siempre y cuando, claro está, que intentemos razonar lógicamente. Pero los defensores de esta teoría no sienten grandes escrúpulos en materia de lógica. Tomemos, por ejemplo, a nuestro amigo Weston. Primero nos decía que los salarios regulaban los precios de las mercancías y que, por tanto, éstos tenían que subir cuando subían aquéllos. Luego, virando en redondo, nos demostraba que una subida de salarios no serviría de nada, porque subirían también los precios de las mercancías y porque los salarios se medían, en realidad, por los precios de las mercancías con ellos compradas. Así, pues, empezamos por la afirmación de que el valor del trabajo determina el valor de la mercancía, y terminamos afirmando que el valor de la mercancía determina el valor del trabajo. De este modo, no hacemos más que movernos en el más vicioso de los círculos sin llegar a ninguna conclusión.

Salta a la vista, en general, que, tomando el valor de una mercancía, por ejemplo el trabajo, el trigo u otra mercancía cualquiera, como medida y regulador general del valor, no hacemos más que desplazar la dificultad, puesto que determinamos un valor por otro que, a su vez, necesita ser determinado.

Expresado en su forma más abstracta, el dogma de que «los salarios determinan los precios de las mercancías» viene a decir que «el valor se determina por el valor», y esta tautología sólo demuestra que, en realidad, no sabemos nada del valor. Si admitiésemos semejante premisa, toda discusión acerca de las leyes generales de la Economía política se convertiría en pura cháchara. Por eso hay que reconocer a Ricardo el gran mérito de haber destruido hasta en sus cimientos, con su obra "Principios de Economía política", publicada en 1817, el viejo error, tan difundido y gastado, de que «los salarios determinan los precios», error que habían rechazado Adam Smith y sus predecesores franceses en la parte verdaderamente científica de sus investigaciones y que, sin embargo, reprodujeron en sus capítulos más exotéricos y vulgarizantes.

## **6. VALOR Y TRABAJO**

¡Ciudadanos! He llegado al punto en que tengo que entrar en el verdadero desarrollo del tema. No puedo asegurar que haya de hacerlo de un modo muy satisfactorio, pues ello me obligaría a recorrer todo el campo de la Economía política. Habré de limitarme, como dicen los franceses, a "*effleurer la question*", es decir a tocar tan sólo los aspectos fundamentales del problema.

[47]

La primera cuestión que tenemos que plantear es ésta: ¿Qué es el *valor* de una mercancía? ¿Cómo se determina?

A primera vista parece como si el valor de una mercancía fuese algo completamente *relativo*, que no puede determinarse sin poner a una mercancía en relación con todas las demás. Y, en efecto, cuando hablamos del valor, del valor de cambio de una mercancía, entendemos las cantidades proporcionales en que se cambia por todas las demás mercancías. Pero esto nos lleva a preguntarnos: ¿cómo se regulan las proporciones en que se cambian unas mercancías por otras?

Sabemos por experiencia que estas proporciones varían hasta el infinito. Si tomamos una sola mercancía, trigo, por ejemplo, veremos que un quarter de trigo se cambia por otras mercancías en una serie casi infinita de proporciones. Y, sin embargo, *como su valor es siempre el mismo*, ya se exprese en seda, en oro o en otra mercancía cualquiera, este valor tiene que ser forzosamente algo distinto e independiente de esas *diversas proporciones en que se cambia* por otros artículos. Tiene que ser posible expresarlo en una forma muy distinta de estas diversas ecuaciones entre diversas mercancías.

Además, cuando digo que un quarter de trigo se cambia por hierro en una determinada proporción o que el valor de un quarter de trigo se expresa en una determinada cantidad de hierro, digo que el valor del trigo y su equivalente en hierro son iguales a *una tercera cosa* que no es ni trigo ni hierro, ya que doy por supuesto que expresan la misma magnitud en dos formas distintas. Por tanto, cada uno de estos dos objetos, lo mismo el trigo que el hierro, debe poder reducirse de por sí, independientemente del otro, a aquella tercera cosa, que es la medida común de ambos.

Para aclarar este punto, recurriré a un ejemplo geométrico muy sencillo. Cuando comparamos el área de varios triángulos de las más diversas formas y magnitudes, o cuando comparamos triángulos con rectángulos o con otra figura rectilínea cualquiera, ¿cómo procedemos? Reducimos el área de cualquier triángulo a una expresión completamente distinta de su forma visible. Y como, por la naturaleza del triángulo, sabemos que su área es igual a la mitad del producto de su base por su altura, esto nos permite comparar entre sí los diversos valores de toda clase de triángulos y de todas las figuras rectilíneas, puesto que todas ellas pueden reducirse a un cierto número de triángulos.

El mismo procedimiento tenemos que seguir en cuanto a los valores de las mercancías.

Tenemos que poder reducirlos todos a una expresión común, distinguiéndolos solamente por la proporción en que contienen esta medida igual.

[48]

Como los *valores de cambio* de las mercancías no son más que *funciones sociales* de las mismas y no tienen nada que ver con sus propiedades *naturales*, lo primero que tenemos que preguntarnos es esto: ¿cuál es la *sustancia social* común a todas las mercancías? Es el *trabajo*. Para producir una mercancía hay que invertir en ella o incorporar a ella una determinada cantidad de trabajo. Y no simplemente *trabajo*, sino *trabajo social*. El que produce un objeto para su uso personal y directo, para consumirlo, crea un *producto*, pero no una *mercancía*. Como productor que se mantiene a sí mismo no tiene nada que ver con la sociedad. Pero, para producir una *mercancía*, no sólo tiene que crear un artículo que satisfaga una necesidad *social* cualquiera, sino que su mismo trabajo ha de representar una parte integrante de la suma global de trabajo invertido por la sociedad.

Ha de hallarse supeditado a la *división del trabajo dentro de la sociedad*. No es nada sin los demás sectores del trabajo, y, a su vez, tiene que *integrarlos*.

Cuando consideramos las *mercancías como valores*, las consideramos exclusivamente bajo el solo aspecto de *trabajo social realizado, plasmado*, o si queréis, *cristalizado*.

Así consideradas, sólo pueden *distinguirse* las unas de las otras en cuanto representan cantidades mayores o menores de trabajo; así, por ejemplo, en un pañuelo de seda puede encerrarse una cantidad mayor de trabajo que en un ladrillo. Pero, ¿cómo se miden las *cantidades de trabajo*? Por el tiempo que dura el trabajo, midiendo éste por horas, por días, etcétera. Naturalmente, para aplicar esta medida, todas las clases de trabajo se reducen a trabajo medio o simple, como a su unidad de medida.

Llegamos, por tanto, a esta conclusión. Una mercancía tiene *un valor* por ser *cristalización de un trabajo social*. La *magnitud* de su valor o su valor *relativo* depende de la mayor o menor cantidad de sustancia social que encierra; es decir, de la cantidad relativa de trabajo necesaria para su producción. Por tanto, *los valores relativos de las mercancías* se determinan por las *correspondientes cantidades o sumas de trabajo invertidas, realizadas, plasmadas en ellas*. Las cantidades *correspondientes* de mercancías que pueden ser producidas en el *mismo tiempo de trabajo*, son *iguales*. O, dicho de otro modo: el valor de una mercancía guarda con el valor de otra mercancía la misma proporción que la cantidad de trabajo plasmada en la una guarda con la cantidad de trabajo plasmada en la otra.

Sospecho que muchos de vosotros preguntaréis: ¿es que existe, realmente, una diferencia tan grande, suponiendo que exista alguna, entre la determinación de los valores de las mercancías a base de los *salarios* y su determinación por las *cantidades relativas de trabajo* necesarias para su producción? Pero no debéis perder de [49] vista que la *retribución* del trabajo y la *cantidad* de trabajo son cosas completamente distintas. Supongamos, por ejemplo, que en un quarter de trigo y en una onza de oro se plasman *cantidades iguales de trabajo*. Me valgo de este ejemplo porque fue empleado por Benjamin Franklin en su primer ensayo, publicado en 1729 y titulado "A *Modest Inquiry into the Nature and Necessity of a Paper Currency* («Una modesta investigación sobre la naturaleza y la necesidad del papel moneda»). En este libro, Franklin fue uno de los primeros en dar con la verdadera naturaleza del valor. Así pues, hemos supuesto que un quarter de trigo y una onza de oro son *valores iguales o equivalentes*, por ser *cristalización de cantidades iguales de trabajo medio*, de tantos días o tantas semanas de trabajo plasmado en cada una de ellas. ¿Acaso, para determinar los valores relativos del oro y del trigo del modo que lo hacemos, nos referimos para nada a los *salarios* que perciben los obreros agrícolas y los mineros? No, ni en lo más mínimo. Dejamos completamente *sin determinar cómo* se paga el trabajo diario o semanal de estos obreros, ni siquiera decimos si aquí se emplea o no trabajo asalariado. Aun suponiendo que sí, los salarios han podido ser muy desiguales. Puede ocurrir que el obrero cuyo trabajo se plasma en el quarter de trigo sólo perciba por él dos bushels, mientras que el obrero que trabaja en la mina puede haber percibido por su trabajo la mitad de la onza de oro. O, suponiendo que sus salarios sean iguales, pueden diferir, en las más diversas proporciones, de los valores de las mercancías por ellos creadas. Pueden representar la mitad, la tercera parte, la cuarta parte, la quinta parte u otra fracción cualquiera de aquel quarter de trigo o de aquella onza de oro. Naturalmente, sus *salarios* no pueden *rebasar* los valores de las mercancías por ellos producidas, no pueden ser *mayores* que éstos, pero sí pueden ser *inferiores* en todos los grados imaginables. Sus *salarios* se hallarán *limitados* por los *valores* de los productos, pero los *valores de sus productos* no se hallarán limitados por los salarios. Y, sobre todo,

los valores, los valores relativos del trigo y del oro, por ejemplo, se fijarán sin atender para nada al valor del trabajo invertido en ellos, es decir, sin atender para nada a los *salarios*. La determinación de los valores de las mercancías por las *cantidades relativas de trabajo plasmado en ellas* difiere, como se ve, radicalmente del método tautológico de la determinación de los valores de las mercancías por el valor del trabajo, o sea, por los *salarios*. Sin embargo, en el curso de nuestra investigación tendremos ocasión de aclarar más todavía este punto.

Para calcular el valor de cambio de una mercancía, tenemos que añadir a la cantidad de trabajo *últimamente* invertido en ella la que se encerró *antes* en las materias primas con que se elabora la mercancía y el trabajo incorporado a las herramientas, maquinaria [50] y edificios empleados en la producción de dicha mercancía. Por ejemplo, el valor de una determinada cantidad de hilo de algodón es la cristalización de la cantidad de trabajo que se incorpora al algodón durante el proceso del hilado y, además, de la cantidad de trabajo plasmado anteriormente en el mismo algodón, de la cantidad de trabajo que se encierra en el carbón, el aceite y otras materias auxiliares empleadas, y de la cantidad de trabajo materializado en la máquina de vapor, los husos, el edificio de la fábrica, etc.

Los instrumentos de producción propiamente dichos, tales como herramientas, maquinaria y edificios, se utilizan constantemente, durante un período de tiempo más o menos largo en procesos reiterados de producción. Si se consumiesen de una vez, como ocurre con las materias primas, se transferiría inmediatamente todo su valor a la mercancía que ayudan a producir. Pero como un huso, por ejemplo, sólo se desgasta paulatinamente, se calcula un promedio, tomando por base su duración media y su desgaste medio durante determinado tiempo, v. gr., un día. De este modo, calculamos qué parte del valor del huso pasa al hilo fabricado durante un día y qué parte, por tanto, corresponde, dentro de la suma global de trabajo que se encierra, v. gr., en una libra de hilo, a la cantidad de trabajo plasmada anteriormente en el huso. Para el objeto que perseguimos, no es necesario detenerse más en este punto.

Podría pensarse que, si el valor de una mercancía se determina por la *cantidad de trabajo que se invierte en su producción*, cuanto más perezoso o más torpe sea un operario más valor encerrará la mercancía producida por él, puesto que el tiempo de trabajo necesario para producirla será mayor. Pero el que tal piensa incurre en un lamentable error. Recordaréis que yo empleaba la expresión «trabajo *social*», y en esta denominación de «*social*» se encierran muchas cosas. Cuando decimos que el valor de una mercancía se determina por la *cantidad de trabajo* encerrado o cristalizado en ella, tenemos presente la *cantidad de trabajo necesario* para producir esa mercancía en un estado social dado y bajo determinadas condiciones sociales medias de producción, con una intensidad media social dada y con una destreza media en el trabajo que se invierte.

Cuando en Inglaterra el telar de vapor empezó a competir con el telar manual, para convertir una determinada cantidad de hilo en una yarda de lienzo o de paño bastaba con la mitad del tiempo de trabajo que antes se invertía. Ahora, el pobre tejedor manual tenía que trabajar diecisiete o dieciocho horas diarias, en vez de las nueve o diez que trabajaba antes. No obstante, el producto de sus veinte horas de trabajo sólo representaba diez horas de trabajo social, es decir, diez horas de trabajo socialmente necesario para convertir una [51] determinada cantidad de hilo en artículos textiles. Por tanto, su producto de veinte horas no tenía más valor que el que antes elaboraba en diez.

Por consiguiente, si la cantidad de trabajo socialmente necesario materializado en las mercancías es lo que determina el valor de cambio de éstas, al crecer la cantidad de trabajo

requerido para producir una mercancía aumenta forzosamente su valor, y viceversa, al disminuir aquélla, baja éste.

Si las respectivas cantidades de trabajo necesarias para producir las mercancías respectivas permaneciesen constantes, serían también constantes sus valores relativos.

Pero no sucede así. La cantidad de trabajo necesaria para producir una mercancía cambia constantemente, al cambiar las fuerzas productivas del trabajo aplicado. Cuanto mayores son las fuerzas productivas del trabajo, más productos se elaboran en un tiempo de trabajo dado; y cuanto menores son, menos se produce en el mismo tiempo.

Si, por ejemplo, al crecer la población se hiciese necesario cultivar terrenos menos fértiles, habría que invertir una cantidad mayor de trabajo para obtener la misma producción, y esto haría subir el valor de los productos agrícolas. De otra parte, si un solo hilador, con ayuda de los modernos medios de producción, convierte en hilo, al cabo de la jornada, miles de veces más algodón que antes en el mismo tiempo con la rueca, es evidente que ahora cada libra de algodón absorberá miles de veces menos trabajo de hilado que antes, y, por consiguiente, el valor que el proceso de hilado incorpora a cada libra de algodón será miles de veces menor. Y en la misma proporción bajará el valor del hilo.

Prescindiendo de las diferencias que se dan en las energías naturales y en la destreza adquirida para el trabajo entre los distintos pueblos, las fuerzas productivas del trabajo dependerán, principalmente:

1. De las condiciones *naturales* del trabajo: fertilidad del suelo, riqueza de los yacimientos, etc.

2. Del perfeccionamiento progresivo de las *fuerzas sociales del trabajo* por efecto de la producción en gran escala, la concentración del capital, la combinación del trabajo, la división del trabajo, la maquinaria, los métodos perfeccionados de trabajo, la aplicación de la fuerza química y de otras fuerzas naturales, la reducción del tiempo y del espacio gracias a los medios de comunicación y de transporte, y todos los demás inventos mediante los cuales la ciencia obliga a las fuerzas naturales a ponerse al servicio del trabajo y se desarrolla el carácter social o cooperativo de éste.

Cuanto mayores son las fuerzas productivas del trabajo, menos trabajo se invierte en una cantidad dada de productos y, por tanto, menor es el valor de estos productos. Y cuanto menores son las [52] fuerzas productivas del trabajo, más trabajo se emplea en la misma cantidad de productos, y, por tanto, mayor es el valor de cada uno de ellos. Podemos, pues, establecer como ley general lo siguiente:

*Los valores de las mercancías están en razón directa al tiempo de trabajo invertido en su producción y en razón inversa a las fuerzas productivas del trabajo empleado.*

Como hasta aquí sólo hemos hablado del *valor*, añadiré también algunas palabras acerca del *precio*, que es una forma peculiar que reviste el valor.

De por sí, el *precio* no es otra cosa que la *expresión en dinero del valor*. Los valores de todas las mercancías de este país, por ejemplo, se expresan en precios oro, mientras que en el continente se expresan principalmente en precios plata. El valor del oro o de la plata se determina, como el de cualquier mercancía, por la cantidad de trabajo necesario para su extracción. Cambiáis una cierta suma de vuestros productos nacionales, en la que se cristaliza una determinada cantidad de vuestro trabajo nacional, por los productos de los países productores de oro y plata, en los que se cristaliza una determinada cantidad de su trabajo. Es así, por el cambio precisamente, cómo aprendéis a expresar en oro y plata los valores de todas las mercancías, es decir, las cantidades de trabajo empleadas en su producción. Si ahondáis más en la *expresión en dinero del valor*, o lo que es lo mismo, en

la *conversión del valor en precio*, veréis que se trata de un proceso por medio del cual dais a los valores de todas las mercancías una *forma independiente y homogénea*, o mediante el cual los expresáis como cantidades de *igual* trabajo social.

En la medida en que sólo es la expresión en dinero del valor, el precio fue llamado, por *Adam Smith*, *precio natural*, y por los fisiócratas franceses, *prix nécessaire* [\*] ¿Qué relación guardan, pues, *el valor y los precios del mercado*, o *los precios naturales y los precios del mercado*? Todos sabéis que *el precio del mercado* es el *mismo* para todas las mercancías de la misma clase, por mucho que varíen las condiciones de producción de los productores individuales. Los precios del mercado no hacen más que expresar la *cantidad media de trabajo social* que, bajo condiciones medias de producción, es necesaria para abastecer e] mercado con una determinada cantidad de cierto artículo. Se calculan con arreglo a la cantidad global de una mercancía de determinada clase.

Hasta aquí, el *precio* de una mercancía *en el mercado* coincide con su *valor*. De otra parte, las oscilaciones de los precios del mercado, que unas veces exceden del valor o precio natural y otras [53] veces quedan por debajo de él, dependen de las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Los precios del mercado se desvían constantemente de los valores, pero como dice *Adam Smith*:

«El precio natural es algo así como el precio central, hacia el que gravitan constantemente los precios de todas las mercancías. Diversas circunstancias accidentales pueden hacer que estos precios excedan a veces considerablemente de aquél, y otras veces desciendan un poco por debajo de él. Pero, cualesquiera que sean los obstáculos que les impiden detenerse en este centro de reposo y estabilidad, tienden continuamente hacia él» [11].

Ahora no puedo examinar más detenidamente este asunto. Baste decir que *si* la oferta y la demanda se equilibran, los precios de las mercancías en el mercado corresponderán a sus precios naturales, es decir, a sus valores, los cuales se determinan por las respectivas cantidades de trabajo necesario para su producción. Pero la oferta y la demanda *tienen* que tender siempre a equilibrarse, aunque sólo lo hagan compensando una fluctuación con otra, un alza con una baja, y viceversa. Si en vez de fijaros solamente en las fluctuaciones diarias, analizáis el movimiento de los precios del mercado durante períodos de tiempo más largos, como lo ha hecho, por ejemplo, Mr. Tooke en su "Historia de los Precios", descubriréis que las fluctuaciones de los precios en el mercado, sus desviaciones de los valores, sus alzas y bajas, se paralizan y se compensan unas con otras, de tal modo que, si prescindimos de la influencia que ejercen los monopolios y algunas otras modificaciones que aquí tenemos que pasar por alto, todas las clases de mercancías se venden, por término medio, por sus respectivos *valores* o precios naturales. Los períodos de tiempo medios durante los cuales se compensan entre sí las fluctuaciones de los precios en el mercado difieren según las distintas clases de mercancías, porque en unas es más fácil que en otras adaptar la oferta a la demanda.

Por tanto, si en términos generales y abrazando períodos de tiempo relativamente largos, todas las clases de mercancías se venden por sus respectivos valores, es absurdo suponer que la ganancia —no en casos aislados, sino la ganancia constante y habitual de los distintos industriales— brote de un recargo de los precios de las mercancías o del hecho de que se las venda por un precio que exceda de su *valor*. Lo absurdo de esta idea se evidencia con generalizarla. Lo que uno ganase constantemente como vendedor, tendría que perderlo continuamente como comprador. No sirve de nada decir que hay gentes que compran sin vender, consumidores que no son productores. Lo que éstos pagasen al productor tendrían que recibirlo antes gratis de él. Si una persona toma vuestro dinero y luego os lo devuelve

comprándoos vuestras mercancías, nunca [54] os haréis ricos, por muy caras que se las vendáis. Esta clase de negocios podrá reducir una pérdida, pero jamás contribuir a obtener una ganancia.

Por tanto, para explicar el *carácter general de la ganancia* no tendréis más remedio que partir del teorema de que las mercancías *se venden*, por término medio, *por sus verdaderos valores* y que *las ganancias se obtienen vendiendo las mercancías por su valor*, es decir, en proporción a la cantidad de trabajo materializado en ellas. Si no conseguís explicar la ganancia sobre esta base, no conseguiréis explicarla de ningún modo. Esto parece una paradoja y algo contrario a lo que observamos todos los días.

También es paradójico el hecho de que la Tierra gire alrededor del Sol y de que el agua esté formada por dos gases muy inflamables. Las verdades científicas son siempre paradójicas, si se las mide por el rasero de la experiencia cotidiana, que sólo percibe la apariencia engañosa de las cosas.

## 7. LA FUERZA DE TRABAJO

Después de analizar, en la medida en que podíamos hacerlo en un examen tan rápido, la naturaleza del *valor*, *del valor de una mercancía cualquiera*, hemos de encaminar nuestra atención al peculiar *valor del trabajo*. Y aquí, nuevamente tengo que provocar vuestro asombro con otra aparente paradoja. Todos vosotros estáis convencidos de que lo que vendéis todos los días es vuestro trabajo; de que, por tanto, el trabajo tiene un precio, y de que, puesto que el precio de una mercancía no es más que la expresión en dinero de su valor, tiene que existir, sin duda, algo que sea el *valor del trabajo*. Y, sin embargo, no existe tal cosa como *valor del trabajo*, en el sentido corriente de la palabra.

Hemos visto que la cantidad de trabajo necesario cristalizado en una mercancía constituye el valor. Aplicando ahora este concepto del valor, ¿cómo podríamos determinar el valor de una jornada de trabajo de diez horas, por ejemplo? ¿Cuánto trabajo se encierra en esta jornada? Diez horas de trabajo. Si dijésemos que el valor de una jornada de trabajo de diez horas equivale a diez horas de trabajo, o a la cantidad de trabajo contenido en aquéllas, haríamos una afirmación tautológica, y además, sin sentido. Naturalmente, después de haber desentrañado el sentido verdadero, pero oculto, de la expresión «*valor del trabajo*», estaremos en condiciones de explicar esta aplicación irracional y aparentemente imposible del valor; del mismo modo que estamos en condiciones de explicar los movimientos aparentes o meramente percibidos de los cuerpos celestes, después de conocer sus movimientos reales.

Lo que el obrero vende no es directamente su *trabajo*, sino *su fuerza de trabajo*, cediendo temporalmente al capitalista el derecho a disponer de ella. Tan es así, que no sé si las leyes inglesas, pero sí, desde luego, algunas leyes continentales, fijan el *máximo de tiempo* por el que una persona puede vender su fuerza de trabajo. Si se le permitiese venderla sin limitación de tiempo, tendríamos inmediatamente restablecida la esclavitud. Semejante venta, si comprendiese, por ejemplo, toda la vida del obrero, le convertiría inmediatamente en esclavo perpetuo de su patrono.

*Thomas Hobbes*, uno de los más viejos economistas y de los filósofos más originales de Inglaterra, vio ya, en su *Leviatán*, instintivamente, este punto, que todos sus sucesores han pasado por alto. Dice Hobbes: «*El valor o el mérito de un hombre es, como en las demás cosas, su precio*, es decir, lo que se daría por el *uso de su fuerza*».

Partiendo de esta base, podremos determinar el *valor del trabajo*, como el de cualquier otra mercancía.

Pero, antes de hacerlo, cabe preguntar: ¿de dónde proviene ese hecho peregrino de que en el mercado nos encontramos con un grupo de compradores que poseen tierras, maquinaria, materias primas y medios de vida, cosas todas que, fuera de la tierra virgen, son otros tantos *productos del trabajo*, y, de otro lado, un grupo de vendedores que no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo, sus brazos laboriosos y sus cerebros? ¿Cómo se explica que uno de los grupos compre constantemente para obtener una ganancia y enriquecerse, mientras que el otro grupo vende constantemente para ganar el sustento de su vida? La investigación de este problema sería la investigación de aquello que los economistas denominan «*acumulación previa u originaria*», pero que debería llamarse, *expropiación originaria*. Y veríamos entonces que esta llamada *acumulación originaria* no es sino una serie de procesos históricos que acabaron *destruyendo la unidad originaria* que existía entre el hombre trabajador y sus medios de trabajo. Sin embargo, esta investigación cae fuera de la órbita de nuestro tema actual.

Una vez consumada la *separación* entre el trabajador y los medios de trabajo, este estado de cosas se mantendrá y se reproducirá en una escala cada vez más vasta, hasta que una nueva y radical revolución del modo de producción lo eche por tierra y restaure la unidad originaria bajo una forma histórica nueva.

¿Qué es, pues, el *valor de la fuerza de trabajo*?

Al igual que el de toda otra mercancía, este valor se determina por la cantidad de trabajo necesaria para su producción. La fuerza de trabajo de un hombre existe, pura y exclusivamente, en su [56] individualidad viva. Para poder desarrollarse y sostenerse, un hombre tiene que consumir una determinada cantidad de artículos de primera necesidad. Pero el hombre, al igual que la máquina, se desgasta y tiene que ser remplazado por otro. Además de la cantidad de artículos de primera necesidad requeridos para *su propio* sustento, el hombre necesita otra cantidad para criar determinado número de hijos, llamados a remplazarle a él en el mercado de trabajo y a perpetuar la raza obrera. Además, es preciso dedicar otra suma de valores al desarrollo de su fuerza de trabajo y a la adquisición de una cierta destreza. Para nuestro objeto, basta con que nos fijemos en un trabajo *medio*, cuyos gastos de educación y perfeccionamiento son magnitudes insignificantes. Debo, sin embargo, aprovechar esta ocasión para hacer constar que, del mismo modo que el coste de producción de fuerzas de trabajo de distinta calidad es distinto, tiene que serlo también el valor de la fuerza de trabajo aplicada en los distintos oficios. Por tanto, el clamor por la *igualdad de salarios* descansa en un error, es un deseo *absurdo*, que jamás llegará a realizarse. Es un brote de ese falso y superficial radicalismo que admite las premisas y pretende rehuir las conclusiones. Dentro del sistema de trabajo asalariado el valor de la fuerza de trabajo se fija lo mismo que el de otra mercancía cualquiera; y como distintas clases de fuerza de trabajo tienen distintos valores o exigen distintas cantidades de trabajo para su producción, *tienen que* tener distintos precios en el mercado de trabajo. Pedir *una retribución igual, o incluso una retribución equitativa*, sobre la base del sistema de trabajo asalariado, es lo mismo que pedir *libertad* sobre la base de un sistema fundado en la esclavitud. Lo que pudiéramos reputar justo o equitativo, no hace al caso. El problema está en saber qué es lo necesario e inevitable dentro de un sistema dado de producción.

Según lo que dejamos expuesto, el *valor de la fuerza de trabajo* se determina por el *valor de los artículos de primera necesidad* imprescindibles para producir, desarrollar, mantener y perpetuar la fuerza de trabajo.

## 8. LA PRODUCCION DE LA PLUSVALIA

Supongamos ahora que el promedio de los artículos de primera necesidad imprescindibles diariamente al obrero requiera, para su producción, *seis horas de trabajo medio*. Supongamos, además, que estas seis horas de trabajo medio se materialicen en una cantidad de oro equivalente a tres chelines. En estas condiciones, los tres chelines serían el *precio* o la expresión en dinero del *valor diario de la fuerza de trabajo* de este hombre. Si trabajase seis horas, [57] produciría diariamente un valor que bastaría para comprar la cantidad media de sus artículos diarios de primera necesidad, es decir, para mantenerse como obrero. Pero nuestro hombre es un obrero asalariado. Por tanto, tiene que vender su fuerza de trabajo a un capitalista. Si se la vende por tres chelines diarios o por dieciocho chelines semanales, la vende por su valor. Supongamos que se trata de un hilador. Si trabaja seis horas al día, incorporará al algodón diariamente un valor de tres chelines. Este valor diariamente incorporado por él representaría un equivalente exacto del salario o precio de su fuerza de trabajo que se le abona diariamente. Pero en este caso no afluiría al capitalista *ninguna plusvalía o plusproducto*. Aquí es donde tropezamos con la verdadera dificultad.

Al comprar la fuerza de trabajo del obrero y pagarla por su valor, el capitalista adquiere, como cualquier otro comprador, el derecho a consumir o usar la mercancía comprada.

La fuerza de trabajo de un hombre se consume o se usa poniéndolo a trabajar, ni más ni menos que una máquina se consume o se usa haciéndola funcionar. Por tanto, el capitalista, al pagar el valor diario o semanal de la fuerza de trabajo del obrero, adquiere el derecho a servirse de ella o a hacerla trabajar durante *todo el día o toda la semana*. La jornada de trabajo o la semana de trabajo tienen, naturalmente, ciertos límites, pero sobre esto volveremos en detalle más adelante

Por el momento, quiero llamar vuestra atención hacia un punto decisivo.

El *valor* de la fuerza de trabajo se determina por la cantidad de trabajo necesario para su conservación o reproducción, pero el *uso* de esta fuerza de trabajo no encuentra más límite que la energía activa y la fuerza física del obrero. El *valor* diario o semanal de la fuerza de trabajo y el *ejercicio* diario o semanal de esta misma fuerza de trabajo son dos cosas completamente distintas, tan distintas como el pienso que consume un caballo y el tiempo que puede llevar sobre sus lomos al jinete. La cantidad de trabajo que sirve de límite al *valor* de la fuerza de trabajo del obrero no limita, ni mucho menos, la cantidad de trabajo que su fuerza de trabajo puede ejecutar. Tomemos el ejemplo de nuestro hilador. Veíamos que, para reponer diariamente su fuerza de trabajo, este hilador necesitaba reproducir diariamente un valor de tres chelines, lo que hacía con su trabajo diario de seis horas. Pero esto no le quita la capacidad de trabajar diez o doce horas, y aún más, diariamente. Y el capitalista, al pagar el *valor* diario o semanal de la fuerza de trabajo del hilador, adquiere el derecho a usarla durante *todo el día o toda la semana*. Le hará trabajar, por tanto, supongamos, *doce* horas diarias. Es decir, que *sobre y por encima* [58] de las seis horas necesarias para reponer su salario, o el valor de su fuerza de trabajo, el hilador tendrá que trabajar *otras seis horas*, que llamaré horas de *plustrabajo*, y este plustrabajo se traducirá en una *plusvalía* y en un *plusproducto*. Si, por ejemplo, nuestro hilador, con su trabajo diario de seis horas, añadía al algodón un valor de tres chelines, valor que constituye un equivalente exacto de su salario, en doce horas incorporará al algodón un valor de seis chelines y producirá la *correspondiente cantidad adicional de hilo*. Y, como ha vendido su fuerza de trabajo al capitalista, todo el valor, o sea, todo el producto creado por él pertenece al capitalista, que es el dueño *pro tempore* [\*] de su fuerza de trabajo. Por tanto, adelantando tres chelines, el capitalista realizará el valor de seis, pues mediante el adelanto

de un valor en el que hay cristalizadas seis horas de trabajo, recibirá a cambio un valor en el que hay cristalizadas doce horas de trabajo. Al repetir diariamente esta operación, el capitalista adelantará diariamente tres chelines y se embolsará cada día seis, la mitad de los cuales volverá a invertir en pagar nuevos salarios, mientras que la otra mitad forma la *plusvalía*, por la que el capitalista no abona ningún equivalente. Este *tipo de intercambio entre el capital y el trabajo* es el que sirve de base a la producción capitalista o al sistema de trabajo asalariado, y tiene incesantemente que conducir a la reproducción del obrero como obrero y del capitalista como capitalista.

La *cuota de plusvalía* dependerá, si las demás circunstancias permanecen invariables, de la proporción existente entre la parte de la jornada de trabajo necesaria para reproducir el valor de la fuerza de trabajo y el *tiempo suplementario* o *plustrabajo* destinado al capitalista. Dependerá, por tanto, de la *proporción en que la jornada de trabajo se prolongue más allá del tiempo* durante el cual el obrero, con su trabajo, se limita a reproducir el valor de su fuerza de trabajo o a reponer su salario.

## 9. EL VALOR DEL TRABAJO

Ahora tenemos que volver a la expresión de «*valor o precio del trabajo*».

Hemos visto que, en realidad, este valor no es más que el de la fuerza de trabajo medido por los valores de las mercancías necesarias para su manutención. Pero, como el obrero sólo cobra su salario *después* de realizar su trabajo y como, además, sabe que lo que entrega realmente al capitalista es su trabajo, [59] necesariamente se imagina que el valor o precio de su fuerza de trabajo es el *precio o valor de su trabajo mismo*. Si el precio de su fuerza de trabajo son tres chelines, en los que se materializan seis horas de trabajo, y si trabaja doce horas, forzosamente tiene que representarse esos tres chelines como el valor o precio de doce horas de trabajo, aunque estas doce horas de trabajo representan un valor de seis chelines. De aquí se desprenden dos conclusiones:

*Primera.* El *valor o precio de la fuerza de trabajo* reviste la apariencia del *precio o valor del trabajo mismo*, aunque en rigor las expresiones «valor» y «precio» del trabajo carecen de sentido.

*Segunda.* Aunque sólo *se paga* una parte del trabajo diario del obrero, mientras que la otra parte queda *sin retribuir*, y aunque este trabajo no retribuido o plustrabajo es precisamente el fondo del que sale la *plusvalía* o *ganancia*, parece como si todo el trabajo fuese trabajo retribuido.

Esta apariencia engañosa distingue al *trabajo asalariado* de las otras formas *históricas* del trabajo. Dentro del sistema de trabajo asalariado, hasta el trabajo *no retribuido* parece trabajo *pagado*. Por el contrario, en el trabajo de los *esclavos* parece trabajo no retribuido hasta la parte del trabajo que se paga. Naturalmente, para poder trabajar, el esclavo tiene que vivir, y una parte de su jornada de trabajo sirve para reponer el valor de su propio sustento. Pero, como entre él y su amo no ha mediado trato alguno ni se celebra entre ellos ningún acto de compra y venta, parece como si el esclavo entregase todo su trabajo gratis.

Fijémonos por otra parte en el campesino siervo, tal como existía, casi podríamos decir hasta ayer mismo, en todo el Este de Europa. Este campesino trabajaba, por ejemplo, tres días para él mismo en la tierra de su propiedad o en la que le había sido asignada, y los tres días siguientes los destinaba a trabajar obligatoriamente y gratis en la finca de su señor. Como vemos, aquí las dos partes del trabajo, la pagada y la no retribuida, aparecían separadas visiblemente, en el tiempo y en el espacio, y nuestros liberales rebosaban indignación moral ante la idea absurda de que se obligase a un hombre a trabajar de balde.

Pero, en realidad, tanto da que una persona trabaje tres días de la semana para sí, en su propia tierra, y otros tres días gratis en la finca de su señor, como que trabaje todos los días, en la fábrica o en el taller, seis horas para sí y seis para su patrono; aunque en este caso la parte del trabajo pagado y la del trabajo no retribuido aparezcan inseparablemente confundidas, y el carácter de toda la transacción se disfrace completamente con la *interposición de un contrato* y el *pago* abonado al final de la semana. En el primer caso, el trabajo no retribuido aparece como [60] arrancado por la fuerza; en el segundo caso, parece entregado voluntariamente. Tal es la única diferencia.

Siempre que emplee las palabras «*valor del trabajo*», las emplearé sólo como término popular para indicar el «*valor de la fuerza de trabajo*».

## **10. SE OBTIENE GANANCIA VENDIENDO UNA MERCANCIA POR SU VALOR**

Supongamos que una hora media de trabajo se materialice en un valor de seis peniques, o doce horas medias de trabajo en un valor de seis chelines. Supongamos, asimismo, que el valor del trabajo represente tres chelines o el producto de seis horas de trabajo. Si en las materias primas, maquinaria, etc., que se consumen para producir una determinada mercancía, se materializan veinticuatro horas medias de trabajo, su valor ascenderá a doce chelines. Si, además, el obrero empleado por el capitalista añade a estos medios de producción doce horas de trabajo, tendremos que estas doce horas se materializan en un valor adicional de seis chelines. Por tanto, el *valor total del producto* se elevará a treinta y seis horas de trabajo materializado, equivalente a dieciocho chelines. Pero, como el valor del trabajo o el salario abonado al obrero sólo representa tres chelines, resultará que el capitalista no abona ningún equivalente por las seis horas de plus-trabajo rendidas por el obrero y materializadas en el valor de la mercancía. Por tanto, vendiendo esta mercancía por su valor, por dieciocho chelines, el capitalista obtendrá un valor de tres chelines, sin desembolsar ningún equivalente a cambio de él.

Estos tres chelines representarán la plusvalía o ganancia que el capitalista se embolsa.

Es decir, que el capitalista no obtendrá la ganancia de tres chelines por vender su mercancía a un precio *que exceda* de su valor, sino vendiéndola *por su valor real*.

El valor de una mercancía se determina por la *cantidad total de trabajo* que encierra.

Pero una parte de esta cantidad de trabajo se materializa en un valor por el que se abonó un equivalente en forma de salarios; otra parte se materializa en un valor por el que no se pagó *ningún* equivalente. Una parte del trabajo encerrado en la mercancía es trabajo *retribuido*; otra parte, trabajo *no retribuido*. Por tanto, cuando el capitalista vende la mercancía *por su valor*, es decir, como cristalización de la *cantidad total de trabajo* invertido en ella, tiene necesariamente que venderla con ganancia. Vende no sólo lo que le ha costado un equivalente, sino también lo que no le ha costado nada, aunque haya costado [61] el trabajo de su obrero. Lo que la mercancía le cuesta al capitalista y lo que en realidad cuesta, son cosas distintas. Repito pues, que vendiendo las mercancías *por su verdadero valor*, y no *por encima* de éste, es como se obtienen ganancias normales y medias.

## **11. LAS DIVERSAS PARTES EN QUE SE DIVIDE LA PLUSVALIA**

La *plusvalía*, o sea, aquella parte del valor total de la mercancía en que se materializa el *plustrabajo* o *trabajo no retribuido* del obrero, es lo que yo llamo *ganancia*. Esta ganancia no se la embolsa en su totalidad el empresario capitalista. El monopolio del suelo permite al terrateniente embolsarse una parte de esta *plusvalía* bajo el nombre de *renta del suelo*, lo

mismo da si el suelo se utiliza para fines agrícolas que si se destina a construir edificios, ferrocarriles o a otro fin productivo cualquiera. Por otra parte, el hecho de que la posesión de los *medios de trabajo* permita al empresario capitalista producir una *plusvalía* o, lo que viene a ser lo mismo, *apropiarse una determinada cantidad de trabajo no retribuido*, es precisamente lo que permite al propietario de los medios de trabajo, que los presta total o parcialmente al empresario capitalista, en una palabra, al *capitalista que presta el dinero*, reivindicar para sí mismo otra parte de esta plusvalía, bajo el nombre de *interés*, con lo que al empresario capitalista, *como tal*, sólo le queda la llamada *ganancia industrial o comercial*.

Con arreglo a qué leyes se opera esta división del importe total de la plusvalía entre las tres categorías de gentes mencionadas, es una cuestión que cae bastante lejos de nuestro tema. Pero, de lo que dejamos expuesto, se desprende, por lo menos, lo siguiente:

*La renta del suelo, el interés y la ganancia industrial* no son más que *otros tantos nombres diversos para expresar las diversas partes de la plusvalía* de la mercancía o del *trabajo no retribuido que en ella se materializa*, y brotan todas por igual *de esta fuente y sólo de ella*. No provienen del *suelo* como tal, ni del *capital* de por sí; mas el suelo y el capital permiten a sus poseedores obtener su parte correspondiente en la plusvalía que el empresario capitalista estruja al obrero. Para el mismo obrero, la cuestión de si esta plusvalía, fruto de su plustrabajo o trabajo no retribuido, se la embolsa exclusivamente el empresario capitalista o éste se ve obligado a ceder a otros una parte de ella bajo el nombre de renta del suelo o interés, sólo tiene una importancia secundaria. Supongamos que el empresario capitalista maneje solamente capital propio y sea su propio terrateniente; en este caso, toda la plusvalía irá a parar a su bolsillo.

Es el empresario capitalista quien extrae directamente al obrero esta plusvalía, cualquiera que sea la parte que, en último término, pueda reservarse. Por eso, esta relación entre el empresario capitalista y el obrero asalariado es la piedra angular de todo el sistema de trabajo asalariado y de todo el régimen actual de producción. Por consiguiente, no tenían razón algunos de los ciudadanos que intervinieron en nuestro debate, cuando intentaban empequeñecer las cosas y presentar esta relación fundamental entre el empresario capitalista y el obrero como una cuestión secundaria, aunque, por otra parte, sí tenían razón al consignar que, en ciertas circunstancias, una subida de los precios puede afectar de un modo muy desigual al empresario capitalista, al terrateniente, al capitalista que facilita el dinero y, si queréis, al recaudador de contribuciones.

De lo dicho se desprende, además, otra consecuencia.

La parte del valor de la mercancía que representa solamente el valor de las materias primas y de las máquinas, en una palabra, el valor de los medios de producción consumidos, *no arroja ningún ingreso*, sino que *sólo repone el capital*. Pero, aun fuera de esto, es falso que la otra parte del valor de la mercancía, la *que forma el ingreso* o puede desembolsarse en salarios, ganancias, renta del suelo e intereses, esté *constituida* por el valor de los salarios, el valor de la renta del suelo, el valor de la ganancia, etc. Por el momento, dejaremos a un lado los salarios y sólo trataremos de la ganancia industrial, los intereses y la renta del suelo. Acabamos de ver que la *plusvalía* que se encierra en la mercancía o la parte del valor de ésta en que se materializa el *trabajo no retribuido*, *se descompone*, a su vez, en varias partes, que llevan tres nombres distintos. Pero afirmar que su valor se halla *integrado o formado* por la *suma de los valores independientes de estas tres partes integrantes*, sería decir todo lo contrario de la verdad.

Si una hora de trabajo se materializa en un valor de seis peniques, y si la jornada de trabajo del obrero es de doce horas, y la mitad de este tiempo es trabajo no retribuido, este plus-trabajo añadirá a la mercancía una *plusvalía* de tres chelines; es decir, un valor por el que no se ha pagado equivalente alguno. Esta plusvalía de tres chelines representa *todo el fondo* que el empresario capitalista puede repartir, en la proporción que sea, con el terrateniente y el que le presta el dinero. El valor de estos tres chelines forma el límite del valor que pueden repartirse entre sí. Pero no es el empresario capitalista el que añade al valor de la mercancía un valor arbitrario para su ganancia, añadiéndose luego otro valor para el terrateniente, etc., etc., por donde la suma de estos valores arbitrariamente fijados representaría el valor total. Veis, por tanto, el error de la idea corriente que confunde [63] la *descomposición de un valor dado* en tres partes con la *formación* de ese valor mediante la suma de tres valores *independientes*, convirtiendo de este modo en una magnitud arbitraria el valor total, del que salen la renta del suelo, la ganancia y el interés.

Supongamos que la ganancia total obtenida por el capitalista sea de 100 libras esterlinas. Esta suma considerada como magnitud *absoluta*, la denominamos *volumen de ganancia*. Pero si calculamos la proporción que guardan estas 100 libras esterlinas con el capital desembolsado, a esta magnitud *relativa* la llamamos *cuota de ganancia*.

Es evidente que esta cuota de ganancia puede expresarse bajo dos formas.

Supongamos que el capital *desembolsado en salarios* son 100 libras. Si la plusvalía creada arroja también 100 libras —lo cual nos demostraría que la mitad de la jornada de trabajo del obrero está formada por trabajo *no retribuido*—, y si midiésemos esta ganancia por el valor del capital desembolsado en salarios, diríamos que la *cuota de ganancia* era del 100 por 100, ya que el valor desembolsado sería cien y el valor producido doscientos.

Por otra parte, si tomásemos en consideración no sólo *el capital desembolsado en salarios*, sino *todo el capital* desembolsado, por ejemplo, 500 libras esterlinas, de las cuales 400 representan el valor de las materias primas, maquinaria, etc., diríamos que la *cuota de ganancia* sólo asciende al 20 por 100, ya que la ganancia de cien libras no sería más que la quinta parte del capital *total* desembolsado.

El primer modo de expresar la cuota de ganancia es el único que nos revela la proporción real entre el trabajo pagado y el no retribuido, el grado real de la *exploitation* (permitidme el empleo de esta palabra francesa) del trabajo. La otra fórmula es la usual y para ciertos fines es, en efecto, la más indicada. En todo caso, es muy cómoda para ocultar el grado en que el capitalista estruja al obrero trabajo gratuito.

En lo que todavía me resta por exponer, emplearé la palabra *ganancia* para expresar toda la masa de plusvalía estrujada por el capitalista, sin atender para nada a la división de esta plusvalía entre las diversas partes interesadas, y cuando emplee el término de *cuota de ganancia* mediré siempre la ganancia por el valor del capital desembolsado en salarios.

## COMENTARIO

### La explotación capitalista hoy

En *Salario, Precio y Ganancia*, Marx intenta demostrar la falsedad con que los pensadores de la ciencia de la Economía Política Clásica sostenían que la cantidad asociada a la determinación de los precios dependía casi exclusivamente de los salarios o, en otras palabras, que los precios de las mercancías estaban determinados por la remuneración que recibían los trabajadores en la producción de la misma.

Una lectura más profunda nos permite comprender que lo que en realidad interesaba demostrar a Marx era develar que los economistas políticos clásicos pretendían, básicamente, era defender la idea de que si queremos un mercado de mercancías a bajo costo, eran los salarios de quienes las producían los que debían mantenerse igualmente bajos.

Echando mano a su propio aparato conceptual, se sostiene que si el salario es entendido como el valor del trabajo -o más precisamente, el costo de la fuerza de trabajo - y éste se relaciona con el valor de la mercancía, ya que el primero determinaría el segundo -en la propuesta de los clásicos de la economía política- y que luego, el segundo determinaría el primero -puesto que, el destino del salario será la compra de mercancías que serán más caras mientras más alto sea el salario, anulando dicho incremento- entraríamos en un círculo vicioso que no es capaz de explicar el funcionamiento de mercado.

Para hacer frente a esta problemática, se debe recurrir a un método que iguale a todo tipo de mercancías, entendiendo a la vez, que las mercancías son valores de cambio, o sea, sólo tienen un valor al ser introducidas en el mercado; por ejemplo, poniéndola a la venta para que un tercero la compre. Teniendo a la vista dicha función social, el trabajo se alza como la medida ideal, puesto que para producir cualquier tipo de mercancía es necesaria una cierta cantidad de trabajo. Entonces, puede entenderse a la mercancía como una especie *de trabajo materializado o cristalizado*. Para medir la cantidad de trabajo y así poder determinar el valor, se utilizará una medida de tiempo, sea en horas o días, quedando, por ejemplo, que una mercancía contiene en ella ocho horas de trabajo.

No hay que perder de vista que dicho trabajo es una función social, por tanto, se debe tener en consideración que contemplará las *condiciones sociales medias de producción*, una intensidad media social y una destreza media. Esto quiere decir, en pocas palabras, que el trabajo durante una cantidad de horas puede convertirse en un valor equivalente sólo si está adecuado a la *media de trabajo social*.

Como se señala en el texto, los avances tecnológicos son primordiales para entender lo anteriormente planteado, dado que si la sociedad en promedio produce una mercancía X con dos horas de trabajo dadas las condiciones medias de producción (trabajo, maquinarias,

etc.), un artesano que produce la misma mercancía en diez horas de trabajo, no lo verá cristalizado en la mercancía completamente, puesto que para el mercado sólo son necesarias dos horas de trabajo para atribuirle un valor o precio en él, con la consecuencia de que las ocho horas restantes que le dedicó el artesano constituyen un exceso de tiempo y no reciben una valoración acorde a esta diferencia. Esto quiere decir que el artesano podría esperar vender su mercancía a un valor equivalente a diez horas de trabajo, pero su precio sería radicalmente más alto al precio de equilibrio de mercado, por lo que debe venderlo al *valor determinado por la cantidad socialmente necesario de trabajo para la producción de la mercancía en cuestión*.

Por esto, para Marx, lo que los obreros venden no es su *trabajo* propiamente tal, sino su *fuerza de trabajo*, otorgando a otro –el capitalista- el derecho a disponer de ella por un período de tiempo; por lo que debe ser entendida como una mercancía que tiene un determinado valor, el que será condicionado, a su vez, por los artículos de primera necesidad del trabajador, destinado a que éste se mantenga con vida para trabajar y por ende, producir, pero también para que pueda hacerse cargo de la crianza y educación de sus hijos –su prole, de ahí la palabra *proletario*-, quienes lo reemplazarán en el mercado del trabajo en el futuro.

Lo relevante en este punto de la reflexión, es notar que la configuración de la plusvalía no es ni casual ni azarosa, sino que la extracción de la misma por parte del capitalista se sostiene en base a un *engaño*, el cual consiste en que el salario o precio de venta de la fuerza de trabajo costea completamente la jornada de trabajo del obrero, lo que resulta falso a la luz del texto de Marx, dado que el trabajador sólo *trabaja para sí* –o sea, cubre con su trabajo el valor de su manutención- parte de la jornada, mientras que la restante genera plusvalía que va directamente al capitalista, y por tanto, no es retribuida al trabajador.

Una vez comprendida esta idea, es necesario poner en evidencia lo que es fundamental para la correcta comprensión de este punto, pues Marx da un salto argumental al referirse al *precio* como la expresión en dinero del *valor*. Esto adquiere relevancia pues el *precio de venta de la mercancía encierra en sí mismo la plusvalía*. Dicho de otra forma, la economía liberal sostiene que el precio medio de venta de una mercancía será igual a su costo medio de producción, pero si esto es así no explicaría cómo el capitalista gana dinero. La respuesta es sencilla: a través de la plusvalía. El cálculo considera un costo total que no es retribuido al trabajador, por ende, no es que el empresario tenga costos por cierta cantidad y a esto le sume arbitrariamente un porcentaje para obtener ganancias, sino que dentro de ese mismo precio está encerrada la ganancia.

Por último, resulta fundamental comprender que la reflexión que realiza Karl Marx, se ve enmarcada en una economía industrial con condiciones laborales precarias como fue la tónica durante el siglo XIX, pero que no dista mucho de la realidad actual, puesto que con los matices introducidos por la evolución de los derechos de los trabajadores y las mejoras

en las condiciones de vida, la lógica estructural sigue siendo la misma. Si bien ya no nos vemos enfrentados a fábricas que dan trabajo a miles de hombres con jornadas laborales de doce horas diarias, que hacían evidentes los problemas que aquejaban a la sociedad, hoy vemos cómo miles de trabajadores tienen condiciones laborales precarias en cuanto a estabilidad, remuneraciones o descansos. La economía ya no es dominada por capitalistas terratenientes o dueños de fábricas, sino que por dueños de *holdings*, tiendas de *retail* o bancos; expandiendo las esferas de la explotación más allá de la forma de trabajo asalariado, hacia una mercantilización de los derechos —educación y salud, por ejemplo— y el abuso del crédito para obtener interés de las personas.

Nos gustaría hacer especial énfasis en la figura del crédito, tremendamente presente en nuestra economía actual, en que se ha producido un mejoramiento de las condiciones materiales de importantes sectores sociales, pero a costa del endeudamiento de miles de chilenos, tanto en la adquisición de bienes básicos de consumo como de derechos sociales (especialmente salud y educación). Tales ejemplos, vienen a reforzar la tesis que hoy más que nunca es necesario volver a leer a Marx, dada la vigencia teórica que siguen teniendo sus postulados.

De este modo, si bien han cambiado algunas circunstancias, la lógica del sistema económico seguirá siendo la misma mientras los medios de producción sean propiedad de unos pocos; ya que el problema de origen que es la separación entre el trabajador y el medio de producción, debido a la figura de la propiedad privada que pretende proteger el modelo liberal.

La solución permanente y efectiva a la explotación y la desigualdad pasa por recuperar la unidad entre trabajo y medio de producción, mediante la socialización de los medios de producción. La pregunta hoy es cuáles son las reformas que tenemos que impulsar para avanzar en esa dirección.

## **CAPITULO II PRINCIPIOS PARA LA ACCIÓN POLÍTICA**

## 1. ¿QUÉ HACER?

Lenin

## II.

### La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia

Hemos dicho que es preciso infundir a nuestro pueblo movimiento, muchísimo más vasto y profundo que el de los años 70, la misma decisión abnegada y la misma energía que entonces. En efecto, parece que nadie ha puesto en duda hasta ahora que la fuerza del movimiento contemporáneo reside en el despertar de las masas (y, principalmente, del proletariado industrial), y su debilidad, en la falta de conciencia y de espíritu de iniciativa de los dirigentes revolucionarios.

Sin embargo, en los últimos tiempos se ha hecho un descubrimiento pasmoso que amenaza con trastocar todas las opiniones dominantes hasta ahora sobre el particular. Este descubrimiento ha sido hecho por *R. Dielo*, el cual, polemizando con *Iskra* y *Zariá*, no se ha limitado a objeciones parciales, sino que ha intentado reducir "el desacuerdo general" a su raíz más profunda: a "la distinta apreciación de la importancia comparativa del elemento espontáneo y del elemento "metódico" consciente". *R. Dielo* nos acusa de "subestimar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo". Respondemos a esto: si la polémica de *Iskra* y *Zariá* no hubiera dado ningún otro resultado que el de llevar a *R. Dielo* a descubrir ese "desacuerdo general", ese solo resultado nos proporcionaría una gran satisfacción: hasta tal punto es significativa esta tesis, hasta tal punto ilustra claramente el fondo de las actuales discrepancias teóricas y políticas entre los socialdemócratas rusos.

Por eso mismo, la relación entre lo consciente y lo espontáneo ofrece un magno interés general y debe ser analizado con todo detalle.

#### a. Comienzo del ascenso espontáneo

En el capítulo anterior hemos destacado el apasionamiento general de la juventud instruida de Rusia por la teoría del marxismo, a mediados de los años 90. Las huelgas obreras adquirieron también por aquellos años, después de la famosa guerra industrial de 1896 en San Petersburgo (46), un carácter general. Su extensión a toda Rusia patentizaba cuán profundo era el movimiento popular que volvía a renacer; y puestos a hablar del "elemento espontáneo", es natural que precisamente ese movimiento huelguístico deba ser calificado, ante todo, de espontáneo. Pero hay diferentes clases de espontaneidad. En Rusia hubo ya huelgas en los años 70 y 60 (y hasta en la primera mitad del siglo XIX), acompañadas de destrucción "espontánea" de máquinas, etc. comparadas con esos "motines", las huelgas de los años 90 pueden incluso llamarse "conscientes": tan grande fue el paso adelante que dio el movimiento obrero en aquel período. Eso nos demuestra que, en el fondo, el "elemento espontáneo" no es sino la *forma embrionaria* de lo consciente. Ahora bien, los motines primitivos reflejaban ya un cierto despertar de la conciencia: los obreros perdían la fe tradicional en la inmutabilidad del orden de cosas que los oprimía; empezaban... no diré que a comprender, pero sí a sentir la necesidad de oponer resistencia colectiva y rompían resueltamente con la sumisión servil a las autoridades. Pero, sin embargo, eso era, más que *lucha*, una manifestación de desesperación y de venganza. En las huelgas de los años 90

vemos muchos más destellos de conciencia: se presentan reivindicaciones concretas, se calcula de antemano el momento más conveniente, se discuten los casos y ejemplos conocidos de otros lugares, etc. si bien es verdad que los motines eran simples levantamientos de gente oprimida, no lo es menos que las huelgas sistemáticas representaban ya embriones de lucha de clases, pero embriones nada más. Aquellas huelgas eran en el fondo lucha tradeunionista, aún no eran lucha socialdemócrata; señalaban el despertar del antagonismo entre los obreros y los patronos; sin embargo, los obreros no tenían, ni podían tener, conciencia de la oposición inconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo, es decir, no tenían conciencia socialdemócrata. En este sentido, las huelgas de los años 90, aunque significaban un progreso gigantesco en comparación con los "motines", seguían siendo un movimiento netamente espontáneo.

Hemos dicho que los obreros *no podían tener* conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser traída desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc.\*. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. De igual modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independiente por completo del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e ineludible del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas. Hacia la época de que tratamos es decir, a mediados de los años 90, esta doctrina no sólo era ya el programa, cristalizado por completo, del grupo Emancipación del Trabajo, sino que incluso se había ganado a la mayoría de la juventud revolucionaria de Rusia.

Así pues, existían tanto el despertar espontáneo de las masas obreras, el despertar a la vida consciente y a la lucha consciente, como una juventud revolucionaria que, pertrechada con la teoría socialdemócrata, pugnaba por acercarse a los obreros. Tiene singular importancia dejar sentado el hecho, olvidado a menudo (y relativamente poco conocido), de que los primeros socialdemócratas de aquel período, al ocuparse con ardor de la agitación económica (y teniendo bien presentes en este sentido las indicaciones realmente útiles del folleto, Acerca de la agitación, entonces todavía en manuscrito), lejos de considerarla su única tarea, señalaron también desde el primer momento las más amplias tareas históricas de la socialdemocracia rusa, en general, y la tarea de dar al traste con la autocracia, en particular. Por ejemplo, el grupo de socialdemócratas de San Petersburgo que fundó la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera (47), redactó ya a fines de 1895 el primer número del periódico titulado *Rabóchei Dielo*. Completamente preparado para la imprenta, fue recogido por los gendarmes, al allanar éstos el domicilio de A. A. Vanéiev\*\*, uno de los miembros del grupo, en la noche del 8 de diciembre de 1895. De modo que el *R. Dielo* del primer período no tuvo la suerte de ver la luz. El editorial de aquel número (que quizá alguna revista como *Rússkaya Starina* (48) exhume de los Archivos del Departamento de Policía dentro de unos treinta años) esbozaba las tareas históricas de la clase obrera de Rusia, colocando en primer plano la conquista de la libertad política. Luego seguían el artículo ¿En qué piensan nuestros ministros?\*\*\*, dedicado a la disolución de los

Comités de Primera Enseñanza por la fuerza de la policía, y diversas informaciones y comentarios de corresponsales no sólo de San Petersburgo, sino de otras localidades de Rusia (por ejemplo, sobre la matanza de obreros en la provincia de Yaroslavl) (49). Así pues, si no nos equivocamos, este "primer ensayo" de los socialdemócratas rusos de los años 90 no era un periódico de carácter estrechamente local, y mucho menos "económico"; tendía a unir la lucha huelguística con el movimiento revolucionario contra la autocracia y lograr que todos los oprimidos por la política del oscurantismo reaccionario apoyaran a la socialdemocracia. Y cuantos conozcan, por poco que sea, el estado del movimiento de aquella época, no dudarán que semejante periódico habría sido acogido con toda simpatía tanto por los obreros de la capital como por los intelectuales revolucionarios y habría alcanzado la mayor difusión. El fracaso de esta empresa demostró únicamente que los socialdemócratas de entonces no estaban en condiciones de satisfacer la demanda vital del momento debido a la falta de experiencia revolucionaria y de preparación práctica. Lo mismo cabe decir de *Sankt-Petersburgski rabochi Listok* (50) y, sobre todo, de *Rabóchaya Gazeta* y del *Manifiesto* del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, fundado en la primavera de 1898. Se sobreentiende que no se nos ocurre siquiera imputar esta falta de preparación a los militares de entonces. Mas, para aprovechar la experiencia del movimiento y sacar de ella enseñanzas prácticas, hay que comprender hasta el fin las causas y la significación de tal o cual defecto. Por eso es de extrema importancia hacer constar que una parte (incluso, quizá, la mayoría) de los socialdemócratas que actuaron de 1895 a 1898 consideraba posible, con sobrada razón ya entonces, en los albores del movimiento "espontáneo", defender el programa y la táctica de combate más amplios\*\*\*\*. La falta de preparación de la mayoría de los revolucionarios, fenómeno completamente natural, no podía despertar grandes recelos. Dado que el planteamiento de las tareas era justo y que había energías para repetir los intentos de cumplirlas, los reveses temporales eran una desgracia a medida. La experiencia revolucionaria y la habilidad de organización son cosas que se adquieren con el tiempo. ¡Lo que hace falta es querer formar en uno mismo las cualidades necesarias! ¡Lo que hace falta es tener conciencia de los defectos, cosa que en la labor revolucionaria equivale a más de la mitad de su corrección!

Pero la desgracia a medias se convirtió en una verdadera desgracia cuando comenzó a ofuscarse esa conciencia (que era muy vía entre los militantes de los susodichos grupos), cuando aparecieron hombres, y hasta órganos socialdemócratas, dispuestos a erigir los defectos en virtudes y que incluso intentaron argumentar *teóricamente su servilismo y su culto a la espontaneidad*. Es hora ya de hacer el balance de esta tendencia, muy inexactamente definida con la palabra "economismo", término demasiado estrecho para expresar su contenido.

#### **b. El culto a la espontaneidad. "Rabóchaya Mysl"**

Antes de pasar a las manifestaciones literarias de este culto, señalaremos el siguiente hecho típico (comunicado en la fuente antes mencionada), que arroja cierta luz sobre la forma en que surgió y se ahondó en el medio de camaradas que actuaban en San Petersburgo la divergencia entre las que serían después dos tendencias de la socialdemocracia rusa. A principios de 1897, A.A. Vanéiev y algunos de sus camaradas asistieron, antes de ser deportados, a una reunión privada (51) de "viejos" y "jóvenes" miembros de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera. Se habló principalmente de la organización

y, en particular, del *Reglamento de la Caja Obrera*, cuyo texto definitivo fue publicado en el número 9-10 de *Listok "Rabótnika"* (52) pág. 46). Entre los "viejos" ("decembristas" como los llamaban entonces en broma los socialdemócratas petersburgueses) y algunos de los "jóvenes" (que más tarde colaboraron activamente en *Rabóchaya Mysl*) se manifestó en el acto una divergencia acusada y se desencadenó una acalorada polémica. Los "jóvenes" defendían las bases principales del Reglamento tal y como ha sido publicado. Los "viejos" decían que lo más necesario no era eso, sino fortalecer la Unión de Lucha transformándola en una organización de revolucionarios a la que debían subordinarse las distintas cajas obreras, los círculos de propaganda entre la juventud estudiantil, etc. Por supuesto, los contrincantes estaban lejos de ver en esta divergencia el comienzo de una disensión, un desacuerdo; por el contrario, la consideraban esporádica y casual. Pero este hecho prueba que, también en Rusia, el "economismo" no surgió ni se difundió sin lucha contra los "viejos" socialdemócratas (cosa que los "economistas" de hoy olvidan con frecuencia). Y si esta lucha no ha dejado, en su mayor parte, vestigios "documentales", se debe *únicamente* a que la composición de los círculos en funcionamiento cambiaba con frecuencia, por lo cual las divergencias tampoco ser registraban en documento alguno.

La aparición de *Rab. Mysl* sacó el "economismo" a la luz del día, pero tampoco lo hizo de golpe. Hay que tener una idea concreta de las condiciones de trabajo y de la vida efímera de numerosos círculos rusos (y sólo puede tenerla quien la ha vivido) para comprender cuánto hubo de casual en el éxito o fracaso de la nueva tendencia en distintas ciudades, así como del largo período en que ni los partidarios ni los adversarios de estas ideas "nuevas" pudieron determinar, ni tuvieron literalmente la menor posibilidad de hacerlo, si era, en efecto, una tendencia especial o un simple reflejo de la falta de preparación de algunas personas. Por ejemplo, los primeros números de *Rab. Mysl*, tirados en hectógrafo, no llegaron en absoluto a la inmensa mayoría de los socialdemócratas. Y si ahora podemos referirnos al editorial de su primer número es sólo gracias a su reproducción en el artículo de V. I. (53) (*Listok "Rabótnika"*, nú. 9-10, pag. 47 y siguientes), que, como es natural, no dejó de elogiar con fervor (un fervor insensato) al nuevo periódico, el cual se distinguía tanto de los periódicos y proyectos de periódicos que hemos mencionado antes\*\*\*\*\*. Este editorial expresa con tanto relieve todo el espíritu de *Rab. Mysl* y del "economismo" en general que merece la pena examinarlo.

Después de señalar que el brazo con bocamanga azul (54) no podrá detener el desarrollo del movimiento obrero, el artículo continúa: "... El movimiento obrero debe esa vitalidad a que el propio obrero toma, por fin, su destino en sus propias manos, arrancándolo de las manos de los dirigentes", y más adelante se explana en detalle esta tesis fundamental. En realidad, la policía arrancó a los dirigentes (es decir, a los socialdemócratas, a los organizadores de la Unión de Lucha), puede decirse, de las manos de los obreros\*\*\*\*\*, ¡pero las cosas son presentadas como si los obreros hubieran luchado contra esos dirigentes y se hubieran emancipado de su yugo! En vez de exhortar a marchar a *volver atrás*, a la lucha tradeunionista exclusiva. Se proclamó que "la base económica del movimiento es velada por el deseo constantes de no olvidar el ideal político", que el lema del movimiento obrero debe ser: "lucha por la situación económica" (¡); o mejor aún: "los obreros, para los obreros"; se declaró que las cajas de resistencia "valen más para el movimiento que un centenar de otras organizaciones" (comparen esta afirmación, hecha en octubre de 1897, con la discusión entre los "decembristas" y los "jóvenes" a principios de 1897), etc.

Frasecitas como, por ejemplo, la de que no debe colocarse en primer plano la "flor y nata" de los obreros, sino al obrero "medio", al obrero de la masa; que la "política sigue siempre dócilmente a la economía"\*, etc., etc., se pusieron de moda y adquirieron una influencia irresistible sobre la masa de la juventud enrolada en el movimiento, la cual sólo conocía, en la mayoría de los casos, retazos del marxismo tal y como se exponían en las publicaciones legales.

Esto significaba someter por completo la conciencia a la espontaneidad; a la espontaneidad de los "socialdemócratas" que repetían las "ideas del señor V.V. ", a la espontaneidad de los obreros que se dejaban llevar por el argumento de que conseguir aumentos de un kopek por rublo estaba más cerca y valía más que todo socialismo y toda política; de que debían "luchar, sabiendo que lo hacían no para imprecisas generaciones futuras, sino para ellos mismos y para sus hijos" (editorial de núm. 1 de *R. Mysl*)[\\*\\*\\*\\*\\*](#). Las frases de este tipo han sido siempre el arma favorita de los burgueses de Europa Occidental que, en su odio al socialismo, se esforzaban (como el "socialpolítico" alemán Hirsch) por trasplantar el tradeunionismo inglés a su suelo patrio, diciendo a los obreros que la lucha exclusivamente sindical[\\*\\*\\*\\*\\*](#) es una lucha para ellos mismos y para sus hijos, y no para imprecisas generaciones futuras con un impreciso socialismo futuro. Y ahora, "los V.V. de la socialdemocracia rusa" [\(55\)](#) repiten estas frases burguesas. Importa señalar aquí tres circunstancias que nos serán de gran utilidad para seguir examinando las divergencias *actuales*[\\*\\*\\*\\*\\*](#).

En primer lugar, el sometimiento de la conciencia a la espontaneidad, antes mencionado, se produjo también por vía espontánea. Parece un juego de palabras, pero ¡ay!, es una amarga verdad. Este hecho no fue resultado de una lucha abierta entre dos concepciones diametralmente opuestas y del triunfo de una sobre otra, sino que se debió a que los gendarmes "arrancaron" un número cada vez mayor de revolucionarios "viejos" y a que aparecieron en escena, también en número cada vez mayor, los "jóvenes" "V. V. de la socialdemocracia rusa". Todo el que haya, no ya participado en el movimiento ruso contemporáneo, sino simplemente respirado sus aires, sabe de sobra que la situación es como acabamos de describir. Y si, no obstante, insistimos de manera especial en que el lector se explique del todo este hecho notorio; si, para mayor claridad, por decirlo así, aducimos datos sobre *Rabócheie Dielo* del primer período y sobre las discusiones entre los "viejos" y los "jóvenes" de principios de 1897 es porque hombres que presumen de "demócratas" especulan con el hecho de que el gran público (o los jóvenes) lo ignoran. Aún insistiremos sobre este punto más adelante.

En segundo lugar, ya en la primera manifestación literaria del "economismo" podemos observar un fenómeno sumamente original, y peculiar en extremo, que permite comprender todas las discrepancias existentes entre los socialdemócratas y contemporáneos. El fenómeno consistente en que los partidarios del "movimiento puramente obrero", los admiradores del contacto más estrecho y más "orgánico" (expresión de *Rab. Dielo*) con la lucha proletaria, los adversarios de todos los intelectuales no obreros (aunque sean intelectuales socialistas) se ven obligados a recurrir, para defender su posición, a los argumentos de los "exclusivamente tradeunionistas" *burgueses*. Esto nos prueba que *R. Mysl* comenzó a llevar a la práctica desde su aparición —y sin darse cuenta de ello el programa del *Credo*. Esto prueba (cosa que *R. Dielo* en modo alguno puede comprender)

que *todo lo que sea* rendir culto a la espontaneidad del movimiento obrero, todo lo que sea aminorar el papel del "elemento consciente", el papel de la socialdemocracia, *significa –de manera independiente por completo de la voluntad de quien lo hace – acrecentar la influencia de la ideología burguesa entre los obreros*. Cuantos hablan de "sobrestimación de la ideología"±, de exageración del papel del elemento consciente++, etc., se imaginan que el movimiento puramente obrero puede elaborar por sí solo y elaborará una ideología independiente con tal de que los obreros "arranquen su destino de manos de los dirigentes". Pero eso es un craso error. Para completar lo que acabamos de exponer, añadiremos las siguientes palabras, profundamente justas e importantes, dichas por C. Kautsky con motivo del proyecto de nuevo programa del Partido Socialdemócrata Austríaco+++:

"Muchos de nuestros críticos revisionistas consideran que Marx ha afirmado que el desarrollo económico y la lucha de clases, además de crear las condiciones necesarias para la producción socialista, engendran directamente *la conciencia* (subrayado por C. K.) de su necesidad. Y esos críticos objetan que el país de mayor desarrollo capitalista, Inglaterra, es el que más lejos está de esa conciencia. A juzgar por el proyecto, podría creerse que esta sedicente concepción marxista ortodoxa, refutada de la manera indicada, es compartida por la comisión que redactó el programa austríaco. El proyecto dice: "Cuanto más crece el proletariado con el desarrollo capitalista, tanto más obligado se ve a emprender la lucha contra el capitalismo y tanto más capacitado está para emprenderla. El proletariado llega a adquirir conciencia" de que el socialismo es posible y necesario. En este orden de ideas, la conciencia socialista aparece como el resultado necesario e inmediato de la lucha de clase del proletariado. Eso es falso a todas luces. Por supuesto, el socialismo, como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clase del proletariado; y lo mismo que esta última, dimana de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, pobreza y miseria que el capitalismo engendra. Pero el socialismo y la lucha de clases surgen juntos, aunque de premisas diferentes; no se derivan el uno de la otra. La conciencia socialista moderna sólo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; de la ciencia no es el proletariado, sino la *intelectualidad burguesa* (subrayado por C. K.): es del cerebro de algunos miembros de este sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera (*von auBen Hineingetragenes*) en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente (*urwüchsig*) dentro de ella. De acuerdo con esto, ya el viejo programa de Heinfeld decía, con toda razón, que es tarea de la socialdemocracia introducir en el proletariado *la conciencia* (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases. El nuevo proyecto, en cambio, ha transcrito esta tesis del viejo programa y la ha prendido a la tesis arriba citada. Pero esto ha interrumpido por completo el curso del pensamiento..."

Puesto que ni hablar se puede de una ideología independiente, elaborada por las propias masas obreras en el curso mismo de su movimiento++++, el problema se plantea solamente así: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna "tercera" ideología, además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, *todo lo que sea rebajar* la ideología socialista, *todo lo que sea separarse* de ella significa fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero marcha precisamente hacia la subordinación suya a la ideología burguesa, *sigue precisamente el camino trazado en el programa del Credo*, pues el movimiento obrero espontáneo es tradeunionismo, es *Nur-Gewerkschaftlerei*, y el tradeunionismo no es otra cosa que el sojuzgamiento ideológico de los obreros por la burguesía. De ahí que nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consista en *combatir la espontaneidad*, en apartar el movimiento obrero de este afán espontáneo del tradeunionismo, que tiende a cobijarse bajo el ala de la burguesía, y enrolarlo bajo el ala de la socialdemocracia revolucionaria. La frase de los autores de la carta "economista", publicada en el núm. 12 de *Iskra*, de que ningún esfuerzo de los ideólogos más inspirados podrá desviar el movimiento obrero del camino determinado pro la interacción de los elementos materiales y el medio material *equivale plenamente*, pro tanto, a *renunciar al socialismo*. Y si esos autores fuesen capaces de pensar en lo que dicen, de pensar hasta el fin con valentía y coherencia – como debe meditar sus ideas toda persona que actúa en la palestra literaria y social – no les quedaría más remedio que "cruzar sobre el pecho vacío los brazos innecesarios" y... y ceder el terreno a los señores Struve y Prokopóvich, que llevan el movimiento obrero "por la línea de la menor resistencia", es decir, por la línea del tradeunionismo burgués, o a los señores Zubátov, que lo llevan por la línea de la "ideología" clerical-policíaca.

Recuerden el ejemplo de Alemania. ¿En qué consistió el mérito histórico de Lassalle ante el movimiento obrero alemán? En *haber apartado* ese movimiento del camino del tradeunionismo progresista y del cooperativismo, por el cual se encauzaba espontáneamente (*con la participación benévola de los Scheulze-Delitzsch y sus semejantes*). Para cumplir esta tarea fue necesario algo muy distinto de la charlatanería sobre la subestimación del elemento espontáneo, sobre la táctica-proceso, la interacción de los elementos y del medio, etc. para ello fue necesario desplegar *una lucha encarnizada contra la espontaneidad*, y sólo como resultado de esa lucha, que ha durado largos años, se ha logrado, por ejemplo, que la población obrera de Berlín haya dejado de ser un puntal del Partido Progresista para convertirse en uno de los mejores baluartes de la socialdemocracia. Y esta lucha no ha terminado aún, ni mucho menos (como podrían creer quienes estudian la historia del movimiento alemán en los escritos de Prokopóvich, y su filosofía, en los de Struve). También hoy está fraccionada la clase obrera alemana, si es lícita la expresión, en varias ideologías: una parte de los obreros está agrupada en los sindicatos obreros católicos y monárquicos; otra, en los sindicatos de Hirsch-Duncker (57), fundados por los admiradores burgueses del tradeunionismo inglés, y una tercera, en los sindicatos socialdemócratas. Esta última es incomparable mayor que las demás, pero la ideología socialdemócrata ha podido conquistar esta supremacía y podrá mantenerla sólo en lucha tenaz contra todas las demás ideologías.

Pero, preguntará el lector: ¿por qué el movimiento espontáneo, el movimiento por la línea de la menor resistencia, conduce precisamente al predominio de la ideología burguesa? Por la sencilla razón de que la ideología burguesa es, por su origen, mucho más antigua que la ideología socialista, porque su elaboración es más completa y porque posee medios de difusión *incomparablemente mayores++++*. Y cuanto más joven sea el movimiento socialista en un país, tanto más enérgica deberá ser, por ello, la lucha contra toda tentativa de afianzar la ideología no socialista, con tanta mayor decisión se habrá de prevenir a los obreros contra los malos consejeros que protestan de "la exageración del elemento consciente", etc. Los autores de la carta "economista", al unísono con *R. Dielo*, fulminan la intolerancia, propia del período infantil del movimiento. Respondemos a eso: sí, nuestro movimiento se encuentra, en efecto, en la infancia; y para que llegue con mayor rapidez a la edad viril debe contagiarse precisamente de intolerancia con quienes frenan su desarrollo prosternándose ante la espontaneidad. ¡Nada hay más ridículo y nocivo que dárseles de viejos militantes que han pasado hace ya mucho por todos los episodios decisivos de la lucha!.

En tercer lugar, el primer número de *R. Mysl* nos muestra que la denominación de "economismo" (a la cual, por supuesto, no pensamos renunciar, pues, de uno u otro modo, es un sobrenombre que ha arraigado ya) no expresa con suficiente exactitud la esencia de la nueva corriente. *Rab. Mysl* no niega por completo la lucha política: en el Reglamento de las cajas, publicado en su primer número, se habla de la lucha contra el gobierno. *Rabóchaya Mysl* entiende sólo que "la política sigue siempre dócilmente a la economía" (en tanto que *Rabócheie Dielo* varía esta tesis, asegurando en su programa que "en Rusia, más que en ningún otro país, la lucha económica está ligada de *modo inseparable* a la lucha política"). Esta tesis de *Rabóchaya Mysl* y de *Rabócheie Dielo* son falsos desde el comienzo hasta el fin *si entendemos por política la política socialdemócrata*. Como hemos visto ya, es muy frecuente que la lucha económica de los obreros esté ligada (si bien no de modo inseparable) a la política burguesa, clerical, etc. las tesis de *R. Dielo* son justas si entendemos por política la política tradeunionista, es decir, la aspiración común de todos los obreros de arrancar al Estado tales o cuales medidas contra las calamidades propias de su situación, pero que no acaban aún con esa situación, o sea, que no suprimen el sometimiento del trabajo al capital. Esta aspiración es en verdad común tanto a los tradeunionistas ingleses, enemigos del socialismo, como a los obreros católicos, a los obreros "zubatovistas", etc. Hay diferentes tipos de política. Vemos, pues, que *Rab. Mysl*, también en lo que respecta a la lucha política, lejos de negarla, rinde culto a su *espontaneidad*, a su falta de conciencia. Al reconocer plenamente la lucha política que surge en forma espontánea del propio movimiento obrero (o dicho con más exactitud: los anhelos y las reivindicaciones políticas de los obreros), renuncia por completo a *elaborar independientemente una política socialdemócrata* específica que corresponda a los objetivos generales del socialismo y a las condiciones actuales de Rusia. Más adelante demostraremos que *Rab. Dielo* incurre en el mismo error.

### **c. El Grupo de Autoemancipación Rabóchei Dielo" (58)**

Hemos examinado con tanto detalle el editorial, poco conocido y casi olvidado hoy, del primer número de *Rab. Mysl* porque expresó antes y con mayor relieve que nadie esa corriente general que saldría después a la superficie por innumerables arroyelos. V. I-n

tenía plena razón cuando, al elogiar el primer número y el editorial de Rab. Mysl, dijo que había sido escrito "con fogosidad y vigor" (Listok "Rabótnika", núm. 9-10, pág. 49). Toda persona de convicciones firmes y que cree decir algo nuevo escribe "con vigor" y de manera que pone de relieve sus puntos de vista. Sólo quienes están acostumbrados a nadar entre dos aguas carecen de todo "vigor"; sólo esa gente es capaz, después de haber elogiado ayer el vigor de Rab. Mysl, de atacar hoy a sus adversarios porque den muestras de "vigor polémico".

Sin detenernos en el Suplemento especial de "Rabóchaya Mysl" (distintos motivos nos obligarán más adelante a referirnos a esta obra, que expresa con la mayor coherencia las ideas de los "economistas"), comentaremos sólo brevemente el Llamamiento del Grupo de Autoemancipación de los Obreros (marzo de 1899, reproducido en Nakanunie [\(59\)](#) de Londres, núm. 7, julio del mismo año). Los autores de este llamamiento dicen con toda razón que "la Rusia obrera sólo empieza a despertar, a mirar en torno suyo y se aferra instintivamente a los medios de lucha que tiene a mano". Pero deducen de ahí la misma conclusión falsa que R. Mysl, olvidando que lo instintivo es precisamente lo inconsciente (lo espontáneo), en cuya ayuda deben acudir los socialistas; que los medios de lucha "que se tienen a mano" serán siempre, en la sociedad actual, medios tradeunionistas de lucha, y que la primera ideología "que se tiene a mano" sea la ideología burguesa (tradeunionista). Esos autores tampoco "niegan" la política, sino que, siguiendo al señor V. V., dicen solamente (¡solamente!) que la política es una superestructura y que, por ello, "la agitación política debe ser una superestructura de la agitación en pro de la lucha económica, debe nacer de ella y seguirla".

En cuanto a R. Dielo, comenzó su actividad precisamente por la "defensa" de los "economistas". Después de haber afirmado con evidente falsedad, ya en su primer número (pág. 141-142) que "ignoraba a qué camaradas jóvenes se había referido Axelrod" en su conocido folleto [++++++](#), al hacer una advertencia a los "economistas", R. Dielo tuvo que reconocer, en la polémica con Axelrod y Plejánov a propósito de esa falsedad, que, "fingiendo no saber de quién se trataba, quiso *defender* de esa acusación injusta a todos los emigrados socialdemócratas más jóvenes" (Axelrod acusaba de estrechez de miras a los "economistas") [\(60\)](#). En realidad, dicha acusación era completamente justa, y R. Dielo sabía muy bien que se aludía, entre otros, a V. I-n, miembro de su redacción. Señalaré de paso que en la polémica mencionada, Axelrod tenía completa razón, y R. Dielo se equivocaba de medio a medio en la interpretación de mi folleto *Las tareas de los socialdemócratas rusos* [+++++++](#). Este folleto fue escrito en 1897, antes de que apareciera Rab. Mysl, cuando yo consideraba con todo fundamento que la tendencia inicial de la Unión de Lucha de San Petersburgo, que he definido más arriba, era la predominante. Y por lo menos hasta mediados de 1898, esa tendencia predominó, en efecto. Por eso, R. Dielo no tenía ningún derecho a remitirse, para refutar la existencia y el peligro del "economismo", a un folleto que exponía concepciones *desplazadas* en San Petersburgo en 1897-1898 por las concepciones "economistas" [+++++++](#).

Pero R. Dielo no sólo "defendía" a los "economistas", sino que él mismo caía continuamente en sus equivocaciones principales. Esto se debía al modo ambiguo de interpretar la siguiente tesis de su propio programa: "*El movimiento obrero de masas* (la cursiva es de R. D.) surgido en los últimos años es, a juicio nuestro, un fenómeno de la

mayor importancia de la vida rusa y está llamado principalmente a *determinar las tareas* (la cursiva es nuestra) y el carácter de la actividad literaria de la Unión". Es indiscutible que el movimiento de masas representa un fenómeno de la mayor importancia. Pero la cuestión estriba en la manera de concebir "cómo determina las tareas" este movimiento de masas. Puede concebirse de dos maneras: *o bien* en el sentido del culto a la espontaneidad de ese movimiento, es decir, reduciendo el papel de la socialdemocracia al de simple servidor del movimiento obrero como tal (así la conciben *Rab. Mysl*, el Grupo de Autoemancipación y los demás "economistas"); *o bien* en el sentido de que el movimiento de masas nos plantea *nuevas* tareas teóricas, políticas y orgánicas, mucho más complejas que las tareas con que podíamos contentarnos antes de que apareciera el movimiento de masas. *Rab. Dielo* tendía y tiende a concebirla precisamente en el primer sentido, pues no ha dicho nada concreto acerca de las nuevas tareas y ha razonado todo el tiempo como si el "movimiento de masas" nos *eximiera* de la necesidad de comprender con claridad y cumplir las tareas que éste plantea. Será suficiente recordar que *R. Dielo* consideraba imposible señalar al movimiento obrero de masas como *primera* tarea el derrocamiento de la autocracia, rebajando esta tarea (en nombre del movimiento de masas) al nivel de la lucha por reivindicaciones política inmediatas (*Respuestas*, pág. 25).

Dejemos a un lado el artículo La lucha económica y política en el movimiento ruso, publicado por B. Krichevski, director de *Rab. Dielo*, en el núm. 7 –artículo en que se repiten esos mismos errores# -, y pasemos directamente al número 10 de dicho periódico. Por supuesto, no nos detendremos a analizar objeciones aisladas de b. Krichevski y Martínov contra *Zariá* e *Iskra*. Lo único que os interesa aquí es la posición de principios que ha adoptado *Rabócheie Dielo* en su número 10. No nos detendremos, por ejemplo, a examinar el caso curioso de que *R. Dielo* vea una "contradicción flagrante" entre la tesis:

"La socialdemocracia no se ata las manos, no circunscribe sus actividades a un plano o procedimiento cualesquiera de lucha política concebidos de antemano: admite todos los medios de lucha con tal de que correspondan a las fuerzas efectivas del partido", etc. (núm. 1 de *Iskra*)##

y la tesis:

"Sin no existe una organización fuerte con experiencia de lucha política en cualquier situación y en cualquier período no se puede ni hablar de un plan sistemático de actividad, basado en principios firmes y aplicado rigurosamente, del único plan que merece el nombre de táctica" (núm. 4 de *Iskra*)###.

Cuando se quiere hablar de táctica, confundir la admisión en principio de todos los medios de lucha, de todos los planes y procedimientos con tal de que sirvan para lograr el fin propuesto, con la exigencia de guiarse *en un momento político concreto* por un plan aplicado a rajatabla equivale a confundir que la medicina admite todos los sistemas terapéuticos con la exigencia de que en el tratamiento de una enfermedad concreta se siga siempre un sistema determinado. Pero de lo que se trata, precisamente, es de que *Rab. Dielo*, que padece de una enfermedad que hemos llamado culto a la espontaneidad, no quiere admitir ningún "sistema terapéutico" para curar esta enfermedad. Por eso ha hecho el notable descubrimiento de que "la táctica-plan está en contradicción con el espíritu

fundamental del marxismo" (núm. 10, pág. 18), de que la táctica es "*un proceso de crecimiento de las tareas del partido, las cuales crecen junto con éste*" (pág. 11; la cursiva es de R. D.) Esta segunda máxima tiene todas las probabilidades de hacerse célebre, de convertirse en un monumento imperecedero a la "tendencia" de *Rab. Dielo*. A la pregunta de "¿A dónde ir?", este órgano dirigente responde: El movimiento es un proceso de cambio de la distancia entre el punto de partida y el punto subsiguiente del movimiento. Esta incomparable profundidad de pensamiento no sólo es curiosa (si sólo fuera curiosa no valdría la pena detenerse especialmente en ella), sino que representa, además, *el programa de toda una tendencia*, a saber: el mismo programa que R. M. Expuso (en el *Suplemento especial* suyo) con las siguientes palabras: es deseable la lucha que es posible, y es posible la lucha que se sostiene en un momento dado. Esta es precisamente la tendencia del oportunismo ilimitado, que se adapta en forma pasiva a la espontaneidad.

"¡La táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo!" Eso es una calumnia contra el marxismo, eso equivale a convertirlo en la caricatura que nos oponían los populistas en su guerra contra nosotros. ¡Eso es precisamente aminorar la iniciativa y la energía de los militantes conscientes, mientras que el marxismo, por el contrario, da un impulso gigantesco a la iniciativa y a la energía de los socialdemócratas, abriendo ante ellos las perspectivas más vastas, poniendo a su disposición (si podemos expresarnos así) las fuerzas poderosas de los millones y millones que constituyen la clase obrera, la cual se alza a la lucha "espontáneamente"! Toda la historia de la socialdemocracia internacional abunda en planes, propuestos ora por uno, ora por otro líder político, que demuestran la perspicacia y la justedad de las concepciones que uno tiene de política y organización o revelan la miopía y los errores políticos de otro. Cuando Alemania dio uno de los mayores virajes históricos –la formación del Imperio, la apertura del Reichstag, la concesión del sufragio universal –, Liebknecht tenía un plan de la política y la acción en general de la socialdemocracia, y Schweitzer tenía otro. Cuando sobre los socialistas alemanes cayó la Ley de excepción, Most y Hasselman, dispuestos a exhortar pura y simplemente a la violencia y al terrorismo, tenían un plan; Höchberg, Schramm y (en parte) Bernstein tenían otro plan, y empezaron a predicar a los socialdemócratas que, con su insensata brusquedad y su revolucionarismo, habían provocado esa ley y debían ganarse el perdón con una conducta ejemplar; tenían un tercer plan quienes prepararon y llevaron a la práctica la publicación de un órgano de prensa clandestino (61). Al mirar al pasado, muchos años después de terminar la lucha por la elección del camino y de haber pronunciado la historia su veredicto sobre el acierto del camino elegido, no es difícil, claro está, revelar profundidad de pensamiento, proclamando la máxima de que las tareas del partido crecen con éste. Pero limitarse en un momento de confusión#####, cuando los "críticos" y los "economistas" rusos hacen descender a la socialdemocracia al nivel del tradeuninismo, y los terroristas propugnan con empeño la adopción de una "táctica-plan" que repite los viejos errores, a semejante profundidad de pensamiento significa extenderse a sí mismo un "certificado de pobreza". Decir en un momento en que muchos socialdemócratas rusos padecen precisamente de falta de iniciativa y energía, de falta de "amplitud en la propaganda, agitación y organización políticas"#####, de falta de "planes" para organizar a mayor escala la labor revolucionaria, decir en un momento así que "la táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo" no sólo significa envilecer el marxismo en el sentido teórico, sino, en la práctica, *tirar del partido hacia atrás*.

"El socialdemócrata revolucionario –nos alecciona más adelante *R. Dielo* – se plantea la única tarea de acelerar con su labor consciente el desarrollo objetivo, y no suprimirlo o sustituirlo con planes subjetivos. *Iskra* sabe todo esto en teoría. Pero la magna importancia que el marxismo atribuye justamente a la labor revolucionaria consciente la lleva en la práctica, debido a su concepción doctrinaria de la táctica, a *aminorar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo*" (pág. 18)

Otra vez la mayor confusión teórica, digna del señor V. V. y cofradía. Pero desearíamos preguntar a nuestro filósofo: ¿en qué puede manifestarse la "aminoración" del desarrollo objetivo por parte de un autor de planes subjetivos? Evidentemente, en perder de vista que este desarrollo objetivo crea a afianza, hunde o debilita a estas o las otras clases, sectores y grupos, a tales o cuales naciones, grupos de naciones, etc., condicionando así una u otra agrupación política internacional de fuerzas, una u otra posición de los partidos revolucionarios, etc. pero el pecado de tal autor no consistirá entonces en aminorar el elemento espontáneo, sino en aminorar, por el contrario, el elemento *consciente*, pues le faltará ""conciencia"" para comprender con acierto el desarrollo objetivo. Por eso, el mero hecho de hablar de "apreciación de la importancia *relativa*" (la cursiva es de *Rabócheie Dielo*) de lo espontáneo y lo consciente revela una falta absoluta de "conciencia". Si ciertos "elementos espontáneos del desarrollo" son accesibles en general a la conciencia humana, su apreciación errónea equivaldrá a "aminorar el elemento consciente". Y si son inaccesibles a la conciencia, no los conocemos ni podemos hablar de ellos. ¿De qué habla, pues, B. Krichevski? Si considera erróneos los "planes subjetivos" de *Iskra* (y él los declara erróneos), debería probar qué hechos objetivos no son tenidos en cuenta en esos planes y acusar a *Iskra*, por ello, de *falta de conciencia*, de ""minoración del elemento consciente"" usando su lenguaje. Pero si, descontento con los planes subjetivos, no tiene más argumento que el de invocar la "aminoración del elemento espontáneo" (¡!) lo único que demuestra es que: 1) en teoría, comprende el marxismo a los Karéiev y a lo Mijailovski, suficientemente ridiculizados por Béliov (62); 2) en la práctica, se da por satisfecho en absoluto con los "elementos espontáneos del desarrollo", que arrastraron a nuestros marxistas legales al bernteiniano, y a nuestros socialdemócratas, al "economismo", muestra "gran indignación" con quienes han decidido *apartar* contra viento y marea a la socialdemocracia rusa del camino del desarrollo "espontáneo".

Y más adelante siguen ya cosas divertidísimas. "De la misma manera que los hombres, pese a todos los éxitos de las ciencias naturales, seguirán multiplicándose por el método antediluviano, el nacimiento de un nuevo régimen, pese a todos los éxitos de las ciencias sociales y el aumento del número de luchadores conscientes, seguirá siendo asimismo *principalmente* resultado de explosiones espontáneas" (pág. 19). De la misma manera que la sabiduría antediluviana dice que no hace falta mucha inteligencia para tener hijos, la sabiduría de los "socialistas modernos" (a lo Narciso Tuporílov) (63) proclama: Cualquiera tendrá inteligencia suficiente para participar en el nacimiento espontáneo de un nuevo régimen social. Nosotros también creemos que cualquiera tendrá inteligencia suficiente. Para participar de ese modo, basta *dejarse arrastrar* por el "economismo" cuando reina el "economismo", y por el terrorismo. Así, en la primavera de setenta y siete, cuando tanta importancia tenía prevenir contra la inclinación al terrorismo, *Rabócheie Dielo* estaba perplejo ante este problema, "nuevo" para él. Y seis meses más tarde, cuando el problema ha dejado de ser actual, nos ofrece a un mismo tiempo la declaración de que "creemos que

la tarea de la socialdemocracia no puede ni debe consistir en contrarrestar el auge del espíritu terrorista" (*R. D.* núm. 10, pág. 23) y la resolución del congreso: "El congreso considera inoportuno el terrorismo ofensivo sistemático" (*Dos congresos*, pág. 18). ¡Con qué magnificas claridad e ilación está dicho! No nos oponemos, pero lo declaramos inoportuno; y lo declaramos de tal manera, que el terror no sistemático y defensivo no va incluido en la "resolución". ¡Es forzoso reconocer que semejante resolución está a cubierto de todo peligro y queda garantizada por completo contra los errores, como lo está un hombre que habla por hablar! Y para redactar semejante resolución sólo hacía falta una cosa: saber mantenerse a la zaga del movimiento. Cuando *Iskra* se burló de *Rab. Dielo* por haber declarado que el programa del terrorismo era nuevo#####, *R. Dielo*, enfadado, acusó a *Iskra* de tener "la pretensión verdaderamente increíble, de imponer a la organización del partido la solución que ha dado a los problemas de táctica hace más de 15 años un grupo de escritores emigrados" (pág. 24). En efecto ¡qué pretensión y qué exageración del elemento, consciente: resolver de antemano los problemas en teoría, para luego convencer de la justedad de esa solución tanto ala organización como al partido y a las masas!##### ¡Otra cosa es repetir simplemente cosas trilladas y, sin "imponer" nada a nadie, someterse a cada "viraje", ya sea hacia el "economismo", ya sea hacia el terrorismo! *Rab. Dielo* llega incluso a generalizar este gran precepto de la sabiduría de la vida, acusando a *Iskra* y *Zariá* de "oponer su programa al movimiento, como un espíritu que se cierne sobre un caos amorfo" (pág. 29). Pero ¿en qué consiste el papel de la socialdemocracia sino en ser el "espíritu" que no sólo se cierne sobre le movimiento espontáneo, sino que *eleva* a este último *al nivel de "su programa"*? Porque no ha de consistir en seguir arrastrándose a la zaga del movimiento, lo que, en el mejor de los casos, sería inútil para el propio movimiento y, en el peor de los casos, nocivo en extremo. Pero *Rabócheie Dielo* no sólo sigue esta "táctica-proceso", sino que la erige en principio, de modo que sería más justo, llamar a esta tendencia seguidismo (de la palabra "seguir a la zaga") en vez de oportunismo. Y es obligado reconocer que quienes han decidido firmemente seguir siempre a la zaga del movimiento están asegurados, en absoluto y para siempre, contra la "aminoración del elemento espontáneo del desarrollo".

Así pues, hemos podido convencernos de que el error fundamental de la "nueva tendencia" en la socialdemocracia rusa consiste en rendir culto a la espontaneidad, en no comprender que la espontaneidad e las masas exige de nosotros, los socialdemócratas, una elevada conciencia. Cuanto más crece la lucha espontánea de las masas, cuanto más amplio se hace el movimiento, tanto mayor, incomparablemente mayor, es el imperativo de elevar con rapidez la conciencia en la labor teórica, política y orgánica de la socialdemocracia.

La activación espontánea de las masas en Rusia ha sido (y sigue siendo) tan rápida que la juventud socialdemócrata ha resultado poco preparada para cumplir estas tareas gigantescas. Esta falta de preparación es nuestra desgracia común, una desgracia de *todos* los socialdemócratas rusos. La activación de las masas se ha producido y aumentado de manera continua y sucesiva, y lejos de cesar donde había comenzado, se ha extendido a nuevas localidades y nuevos sectores de la población (bajo la influencia del movimiento obrero se ha reanimado la efervescencia entre la juventud estudiantil, entre los intelectuales en general e incluso entre los campesinos). Pero los revolucionarios *se han rezagado* de la creciente actividad de las masas tanto en sus "teorías" como en su labor, no han logrado

crear una organización permanente que funcione sin interrupciones y sea capaz de dirigir todo el movimiento.

En el primer capítulo hemos consignado que *R. Dielo* rebaja nuestras tareas teóricas y repite "espontáneamente" el grito de moda: "libertad de crítica"; quienes lo repiten no han tenido "conciencia" suficiente para comprender que las posiciones de los "críticos" oportunistas y las de los revolucionarios en Alemania y en Rusia son diametralmente opuestas.

En los capítulos siguientes examinaremos cómo se ha manifestado este culto a la espontaneidad en el terreno de las tareas políticas y en la labor de organización de la socialdemocracia.

\* El tradeunionismo en modo alguno descarta toda "política" como se cree a veces. Las tradeuniones han realizado siempre cierta agitación y cierta lucha política (pero no socialdemócrata). En el capítulo siguiente expondremos la diferencia existente entre política tradeunionista y política socialdemócrata.

\*\* A.A. Vanéiev falleció en 1899, en Siberia Oriental, a causa de la tuberculosis que contrajo cuando se hallaba incomunicado en prisión preventiva. Por eso hemos tenido a bien publicar los datos que figuran en el texto, cuya autenticidad garantizamos, pues proceden de gente que conocía personalmente a Vanéiev y tenía intimidad con él.

\*\*\* Véase V.I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 2, pág. 75-80. (*N. de la Edit.*)

\*\*\*\* "Al repudiar la actividad de los socialdemócratas de fines de los años 90, *Iskra* no tiene en cuenta que entonces faltaban condiciones para toda labor que no fuera la lucha por pequeñas reivindicaciones", dicen los "economistas" en su Carta a los órganos socialdemócratas rusos (*Iskra*, núm. 12). Los hechos mencionados en el texto demuestran que esta afirmación sobre la "falta de condiciones" es diametralmente opuesta a la verdad. No sólo a fines, sino incluso a mediados de los años 90 existían de sobra todas las condiciones necesarias para otra labor, además de la lucha por pequeñas reivindicaciones; todas las condiciones, excepto una preparación suficiente de los dirigentes. Y en vez de reconocer con franqueza esta falta de preparación por nuestra parte, por parte de los ideólogos, de los dirigentes, los "economistas" quieren achacarlo todo a la "falta de condiciones", a la influencia del medio material, el cual determina un camino del que ningún ideólogo conseguirá apartar el movimiento. ¿Qué es esto sino servilismo ante la espontaneidad, apego de los "ideólogos" a sus propios defectos?

\*\*\*\*\* Digamos de paso que este elogio de *Rabóchaya Mysl*, en noviembre de 1898, cuando el "economismo" se había definido por completo, sobre todo en el extranjero, partía del propio V. I.-n., que muy pronto formó parte del cuerpo de redactores de *Rab. Dielo*, ¡Y *Rab. Dielo* todavía continuó negando la existencia de dos tendencias en la socialdemocracia rusa, como la sigue negando hoy!

\*\*\*\*\* El siguiente hecho característico prueba que esta comparación es justa. Después de ser detenidos los "decembristas", entre los obreros de la carretera de Shlisselburgo se

difundió la noticia de que había contribuido a ello el provocador N. N. Mijáilov (un dentista), vinculado a un grupo que estaba en contacto con los "decembristas". Los obreros se indignaron de tal modo que decidieron matar a Mijáilov.

\*\*\*\*\* Del mismo editorial del primer número de *Rabóchaba Mysl*. Se puede juzgar por resto de cuál era la preparación teórica de esos "V.V. de la socialdemocracia rusa", los cuales repetían la burda vulgarización del "materialismo económico", en tanto que los marxistas hacían en sus publicaciones la guerra al auténtico señor V. V., llamado desde hacía tiempo "maestro en asuntos reaccionarios" por ese mismo modo de concebir la relación entre la política y la economía.

\*\*\*\*\* Los alemanes incluso tienen una palabra especial, *Nur-Gewerk-schaftler*, para designar a los partidarios de la lucha "exclusivamente sindical".

\*\*\*\*\* Subrayamos actuales para quienes se encojan farisaicamente de hombros y digan: ¡ahora es fácil demostrar a *Rabóchaya Mysl* cuando no es más que un arcaísmo! *Mutato nomine de te fabula narratur* ("cambiando el nombre, la fábula habla de ti". – *N. de la Edit.*), contestamos nosotros a esos fariseos contemporáneos cuya completo sumisión servil a las ideas de *Rab. Mysl* será demostrada más adelante.

± Carta de los "economistas" en el núm. 12 de *Iskra*.

++ *Rabócheie Dielo*, núm. 10.

+++ *Neue Zeit*, 1901-1902, XX, I, núm. 3, pág. 79. El proyecto de la comisión a que se refiere C. Kautsky fue aprobado por el Congreso de Viena (56) (a fines del año pasado) un tanto modificado.

++++ Esto no quiere decir, naturalmente, que los obreros no participen en esa elaboración. Pero no participan como obreros, sino como teóricos del socialismo, como los Proudhon y los Weitling; dicho con otras palabras, sólo participan en el momento y en la medida en que logran, en grado mayor o menor, dominar la ciencia de su siglo y hacerla avanzar. Y para que *lo logren con mayor frecuencia*, es necesario preocuparse lo más posible de elevar el nivel de conciencia de los obreros en general; es necesario que éstos no se encierren en el marco, artificialmente restringido, de las "publicaciones para obreros", sino que aprendan a asimilar más y más las publicaciones generales. Incluso sería más justo decir, en vez de "no se encierren", que "no sean encerrados", pues los obreros leen y quieren leer cuanto se escribe también para los intelectuales, y sólo ciertos intelectuales (de ínfima categoría) creen que "para los obreros" basta relatar lo que ocurre en las fábricas y repetir cosas conocidas desde hace ya mucho tiempo.

+++++ Se dice a menudo que la clase obrera tiende espontáneamente al socialismo. Esto es justo por completo en el sentido de que la teoría socialista determina, con más profundidad y exactitud que ninguna otra, las causas de las calamidades que padece la clase obrera, debido a lo cual los obreros la asimilan con tanta facilidad, siempre que esta teoría no ceda ante la espontaneidad, siempre que esta teoría supedita a la espontaneidad. Por lo general, esto se sobreentiende, pero *Rab. Dielo* lo olvida y lo desfigura. La clase obrera tiende al

socialismo de manera espontánea; pero la ideología burguesa, la más difundida (y resucitada sin cesar en las formas más diversas), es, sin embargo, la que más se impone espontáneamente a los obreros.

+++++ *En torno a las tareas actuales y la táctica de los socialdemócratas rusos*. Ginebra, 1898, Dos cartas a *Rabóchaya Gazeta*, escritas en 1897.

++++++ Véase V.I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 2, pág. 433-470 (*N. de la Edit.*)

+++++++ Defendiéndose, *Rabócheie Dielo* completó su primera falsedad ("ignoramos a qué camaradas jóvenes se ha referido P.B. Axelrod") con una segunda, al escribir en su *Respuesta*: "Desde que apareció la reseña de *Las tareas*, entre algunos socialdemócratas rusos han surgido o se han definido con mayor o menor claridad tendencias hacia la unilateralidad económica, que significan un paso atrás en comparación con el estado de nuestro movimiento esbozado en *Las tareas*" (pág. 9). Esto lo dice la *Respuesta* publicada en 1900. Pero el primer número de *Rabócheie Dielo* (con la reseña) apareció en abril de 1899. ¿Es que el "economismo" surgió sólo en 1899? No, en 1899 se oyó por vez primera la voz de protesta de los socialdemócratas rusos contra el "economismo" (la protesta contra el Credo). (Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 4, pág. 163-176. –*N. de la Edit.*) El "economismo" surgió en 1897, como sabe muy bien *Rabócheie Dielo*, pues, V. I. n elogiaba a *Rabóchaya Mysl* ya en noviembre de 1898 (*Listok "Rabótnika"*, núm. 9-10).

# Por ejemplo, en ese artículo se expone con las siguientes palabras la "teoría de las fases" o teoría de los "tímidos zigzags" en la lucha política: "Las reivindicaciones políticas que, por su carácter, son comunes a toda Rusia, deben, sin embargo durante los primeros tiempos" (¡esto se escribe en agosto de 1900!) "corresponder a la experiencia adquirida por el sector dado (¡sic!) de obreros en la lucha económica. Sólo (¡) tomando como base esta experiencia se puede y se debe iniciar la agitación política", etc. (pág. 11). En la pág. 4, indignado el autor por las acusaciones de herejía economista, carentes de todo fundamento, según él, exclama con tono patético: "Pero ¿qué socialdemócrata ignora que, según la doctrina de Marx y Engels, los intereses económicos de las distintas clases desempeñan un papel decisivo en la historia y que, *por tanto* (la cursiva es nuestra), en particular la lucha del proletariado por sus intereses económicos debe tener una importancia primordial para su desarrollo como clases y para su lucha emancipadora?" Este "por tanto" está completamente fuera de lugar. Del hecho de que los intereses económicos desempeñan un papel decisivo *en modo alguno se deduce* que la lucha económica (=sindical) tenga una importancia primordial, pues los intereses más esenciales y "decisivos" de las clases pueden satisfacerse en general *únicamente* por medio de transformaciones *políticas* radicales, en particular, el interés económico fundamental del proletariado sólo puede beneficiarse por medio de una revolución política que sustituya la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado. B. Krichevski repite el razonamiento de los "V. V. de la socialdemocracia rusa" (la política sigue a la economía, etc.) y de los bernsteinianos de la alemana (por ejemplo, Woltmann alegaba precisamente los mismos argumentos para tratar de demostrar que los obreros, antes de pensar de una revolución política, deben adquirir una "fuerza económica").

[##](#) Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 4, pág. 376 (*N. de la Edit.*)

[###](#) Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 5, pág. 6-7 (*N. de la Edit.*)

[####](#) *Ein Jahr der Verwirrung* ("Un año de confusión"): así ha titulado Mehring el apartado de su *Historia de la socialdemocracia alemana* en que describe los titubeos y la indecisión que manifestaron los socialistas en un principio, al elegir la "táctica-plan" que correspondía a las nuevas condiciones.

[#####](#) Del editorial del núm. 1 de *Iskra*. (Véase V. I. Lenin. *Tareas urgentes de nuestro movimiento*. – *N. de la Edit.*)

[#####](#) Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 5, pág. 7-8 (*N. de la Edit.*)

[#####](#) Tampoco debe olvidarse que, al resolver "en teoría" el problema del terrorismo, el grupo Emancipación del Trabajo  *sintetizó*  la experiencia del movimiento revolucionario anterior.

## COMENTARIO

### La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia

En el fragmento seleccionado del famoso texto de Lenin: “*¿Qué hacer?*”, el autor toca un tema capital para la política actual: el auge de los movimientos sociales como factor determinante para el actuar político de cualquier organización o grupo de interés. El tópico es importante, dado que ya a principios del siglo XX, Lenin da cuenta de un problema que continúa presente en la fundamentación de los proyectos políticos que basan su legitimidad o acción en las masas, puesto que éstas no serían más que manifestaciones de *espontaneidad* (concepto usado por Lenin para fijar la vista en otro elemento importante, ya que sostiene que el elemento espontáneo sólo sería una forma embrionaria de lo consciente).

Lo que el autor critica es, entonces, que dicho elemento *espontáneo* no cuenta con una clara dirección o conducción que guíe sus procesos, puesto que “la espontaneidad” no tiene desarrollada la conciencia socialdemócrata<sup>7</sup>, por lo que no le es posible ver el problema panorámicamente. El mejor ejemplo de esta situación, nos lo otorga el autor con la situación de la lucha por el aumento de los sueldos o de mejores condiciones laborales, característica de los movimientos espontáneos de fines del siglo XIX, los cuales no contarían con dicha conciencia al circunscribirse aún en una lógica de explotación. Dicho en otros términos, el obrero en esta situación sólo lucha por cadenas más cómodas que por romperlas.

Lenin señala que el antiguo dogmatismo que defendía la premisa *que el proletariado “por sí mismo” iba adquirir una conciencia socialista mientras más se agudizara el desarrollo de la economía burguesa*, ha demostrado ser empíricamente falso, afirmando que sólo se han insertado nuevos elementos en la conciencia socialista de los movimientos obreros; entre ellos la intelectualidad burguesa –en la que cuenta a Marx y Engels-. La tarea, por tanto, de un partido revolucionario y socialista será la de llevar al proletariado la conciencia de su situación.

Por estas razones, resultan sospechosas algunas corrientes políticas que proclaman la espontaneidad como bandera de lucha, ya que, en palabras de Lenin, estarían buscando formar una “tercera ideología” –considerando la ideología burguesa y la socialista como las dos primeras- que determine sus propios caminos y objetivos como movimiento –sea este en el ámbito laboral, la salud o la educación-, ya que lo único que lograría este tipo de proyecto sería mantener el sistema burgués, en el mismo sentido, aquellas que proclaman

---

<sup>7</sup> Cabe señalar que en este contexto, la socialdemocracia es entendida como el socialismo, es decir, debería entenderse como una “conciencia socialista”, pero en la época de Lenin sólo el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia –de ahí la denominación- adscribía a dicha corriente. A la vez, hay que recordar que la fracción bolchevique del POSDR es el antecedente histórico del Partido Comunista Ruso, por lo que hay que descartar una lectura reformista de la expresión socialdemócrata en este contexto.

que la política es sólo el resguardo del sistema económico, al intentar tomar distancia del socialismo como camino y horizonte para la sociedad, es decir, “exagerando el elemento consciente”, lo cual es incorrecto si se entiende la política como un socialista consciente.

La mayor falencia estaría, entonces, en que el culto a la espontaneidad llevaría a una indeterminación en las decisiones tácticas de un movimiento político –como el obrero o el estudiantil-, ya que confunde el hecho de que todos los medios de lucha son válidos con la aplicación práctica y concreta a un caso. Dicho en otras palabras, reconoce un catálogo tan grande de posibles formas de actuar que se ahoga en su superabundancia al tener que decidir qué medios utilizar en una determinada situación.

El desafío que plantea Lenin es importante, ya que lleva a sostener que cualquier socialista debe erigirse como un elemento consciente dentro de su ámbito y que lleve el proyecto socialista por delante, sin caer en la indeterminación del culto a la espontaneidad, por lo que, a la vez, también debe asumir una tarea de liderazgo importante dentro de sus organizaciones, de modo que sea posible avanzar hacia la concreción del proyecto revolucionario y no conformarse con reformismos economicistas que satisfacen a aquellos que se apartan del ideal socialista.

## **2. ESTRATEGIA Y TÁCTICA**

Marta Harnecker

Para poder eliminar la explotación y construir una sociedad más justa el proletariado se ve obligado entonces a arrebatárles el poder a las clases dominantes empeñadas en mantener la vieja sociedad. Esta lucha entre las clases dominantes y clases oprimidas dirigidas por el proletariado, es una lucha sin cuartel por el control político. Sólo desplazando a la burguesía del poder, la clase obrera podrá darse un Estado de nuevo tipo que le permita transformar la sociedad, imponiendo los intereses de la mayoría sobre la minoría hasta entonces privilegiada. Esta situación es la que hace necesario que la clase obrera se organice en forma tal que pueda ser capaz de conducir esta lucha hasta su victoria final. Para Lenin, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía debe ser concebida como una guerra. En ella el proletariado sólo podría triunfar si sus sectores más avanzados logran darse una organización parecida a la de un ejército, capaz de movilizar en forma inteligente y disciplinada a las grandes masas proletarias contra sus explotadores. Esa organización es el partido del proletariado. El partido proletario es, entonces; la organización que debe dirigir el proceso revolucionario, que conduce al proletariado y al pueblo como si se tratara de una guerra contra un ejército enemigo. Pero, ¿cómo logra aunar las fuerzas del proletariado y del pueblo? ¿Cómo puede ir debilitando el poder de la minoría dominante en la sociedad? De qué manera puede avanzar paso a paso, sin perder de vista el objetivo final? ¿Cómo logra avanzar desarrollando las fuerzas y la conciencia de los masas? ¿Qué elementos debe tomar en cuenta para transformar cada momento de la lucha en una victoria que asegure el triunfo definitivo? ¿De qué manera logra interpretar el sentir de las masas para lanzarles a acciones que hagan avanzar el proceso? En este Cuaderno contestaremos todas estas interrogantes, analizando de qué manera se planifican científicamente y se impulsan los combates que permiten a la clase obrera y al pueblo ganar la guerra contra sus enemigos para construir una sociedad socialista.

### **I. INTRODUCCIÓN**

1. En la lucha histórica de la clase obrera contra sus explotadores, se enfrentan dos fuerzas desiguales. Por un lado, las clases dominantes, que constituyen una minoría poderosa que concentra en sus manos todo el poder de la sociedad, y por el otro, las clases y grupos dominados, que constituyen la inmensa mayoría explotada, oprimida y desposeída. El único recurso de esta mayoría para luchar contra la explotación es su organización y su conciencia.

2. Pero la clase obrera no logra en forma espontánea una organización y una conciencia que le permitan luchar en forma efectiva para liberarse definitivamente de su situación. Cómo hemos estudiado en Cuadernos anteriores<sup>8</sup>, es a través de ese proceso de aprendizaje en la

---

<sup>8</sup> CEP N. 8: El Partido: Vanguardia del Proletariado.

lucha, a través de la experiencia, y el conocimiento de la teoría revolucionaria, que el proletariado adquiere conciencia de cuáles son sus verdaderos intereses y de cuál es la forma en que debe luchar para realizarlos. Se da cuenta de que sólo transformando las relaciones de producción capitalistas en relaciones de producción socialistas, se dan las condiciones para que no exista más la explotación.

3. Aprende que para lograr esta transformación no basta con luchar por mejores salarios, por mejores condiciones de vida y trabajo; no basta con organizarse en sindicatos, con hacer huelgas contra un patrón. Estas luchas reivindicativas aisladas no permiten eliminar la explotación, pues no ponen en peligro el sistema que la mantiene, no acatan su verdadera causa: la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción.

4. El objetivo final que persigue la clase obrera, por lo tanto, es suprimir toda explotación del hombre por el hombre, implantando un régimen social nuevo donde cada ser humano tenga las mismas posibilidades de desarrollo y cada uno reciba según sus necesidades.<sup>9</sup>

5. Sin embargo, para poder realizar éste objetivo el proletariado encuentra siempre la resistencia de quienes hasta entonces han gozado de condiciones de vida privilegiadas a costa del trabajo del resto de la población. Ellos, que son los dueños de los medios de producción (fábricas, fundos, etc.), gracias a este poder económico son también dueños de la mayor parte de los medios de comunicación de masas (radios, diarios, etc.), y son los que controlan el Estado, principal órgano de poder político. A través de él la clase dominante impone sus intereses de clase al resto de la población, es decir a través del Estado esta clase mantiene las condiciones que le permiten explotar al pueblo y proteger sus propios privilegios.

6. Para poder eliminar la explotación y construir una sociedad más justa el proletariado se ve obligado entonces a arrebatarles el poder a las clases dominantes, empeñadas en mantener la vieja sociedad.

7. Esta lucha entre las clases dominantes y clases oprimidas dirigidas por el proletariado, es una lucha sin cuartel por el control del poder político. Sólo desplazando a la burguesía del poder, la clase obrera podrá darse un Estado de nuevo tipo que le permita transformar la sociedad, imponiendo los intereses de la mayoría sobre la minoría hasta entonces privilegiada.

8. Esta situación es la que hace necesario que la clase obrera se organice en forma tal que pueda ser capaz de conducir esta lucha hasta su victoria final. Para Lenin, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía debía ser concebida como una guerra. En ella el proletariado sólo podría triunfar si sus sectores más avanzados lograban darse una organización parecida a la de un ejército, capaz de movilizar en forma inteligente y

---

<sup>9</sup> CEP N. 7: Socialismo y comunismo.

disciplinada a las grandes masas proletarias contra sus explotadores. Esa organización es el partido del proletariado.

9. El partido proletario es, entonces, la organización que debe dirigir el proceso revolucionario, que conduce al proletariado y al pueblo como si se tratara de una guerra contra un ejército enemigo.

10. Pero, ¿cómo logra aunar las fuerzas del proletariado y del pueblo? ¿Cómo puede ir debilitando el poder de la minoría dominante en la sociedad? ¿De qué manera puede avanzar paso a paso, sin perder de vista el objetivo final? ¿Cómo logra avanzar desarrollando las fuerzas y la conciencia de las masas? ¿Qué elementos debe tomar en cuenta para transformar cada momento de la lucha en una victoria que asegure el triunfo definitivo? ¿De qué manera logra interpretar el sentir de las masas para lanzarlas a acciones que hagan avanzar el proceso?

11. En este Cuaderno contestaremos todas estas interrogantes, analizando de qué manera se planifican científicamente y se impulsan los combates que permiten a la clase obrera y al pueblo ganar la guerra contra sus enemigos para construir una sociedad socialista.

## II. LOS CONCEPTOS DE ESTRATEGIA Y TÁCTICA

12. Para ganar una guerra no basta con tener deseos de ganarla: es necesario planificar los combates de tal modo que permitan ir avanzando, hasta llegar a derrotar al enemigo. Y para planificar en forma correcta estos combates es necesario conocer muy bien los siguientes aspectos:

13. a) el terreno en el cual se va a dar la batalla; b) el enemigo y su fuerza (sus puntos fuertes y sus puntos débiles); c) nuestras fuerzas (nuestros puntos fuertes y nuestros puntos débiles).

14. El balance que hacemos entre las fuerzas enemigas y las nuestras es lo que llamaremos correlación de fuerzas. La correlación de fuerzas puede ser favorable, es decir que contamos con mayores y/o mejores fuerzas que el enemigo, o puede ser desfavorable, es decir, que el enemigo nos supera en cantidad y/o calidad de fuerzas. Veamos a través de un ejemplo cómo tomamos en cuenta los aspectos anotados.

15. Pensemos en una guerra de liberación nacional en la que el ejército enemigo ha invadido zonas importantes del territorio nacional y se ha concentrado fundamentalmente en un punto de éste.

16. Para ganar esta guerra, para vencer al enemigo y lograr expulsarlo del territorio, pueden elegirse varios caminos. Uno sería el del enfrentamiento directo del enemigo, movilizándolo a todo el ejército de liberación contra él con el objetivo de derrotarlo en un solo gran combate.

17. Pero si el enemigo es muy poderoso, si está mucho mejor armado que el ejército de liberación, sería un desastre elegir este camino para ganar la guerra. □ ¿Qué otro camino podría elegirse?

18. Podría elegirse el camino del cerco, es decir, no enfrentarse directamente al enemigo sino rodearlo, cortarle las vías de comunicación, y por lo tanto, las vías de acceso de alimentos, agua, para ir agotando poco a poco sus fuerzas.

19. Y si las condiciones del terreno o la extensión de la invasión no permiten cercarlo, ¿qué otro camino podría seguirse?

20. Podría elegirse el camino de tratar de dividir al enemigo, dirigiendo todos los efectivos del ejército de liberación nacional contra ciertas zonas estratégicas. La concentración de todas las fuerzas patrióticas contra un sector del enemigo, definido desde ese momento como el enemigo principal, hace posible la reconquista de parte del territorio ocupado, mientras el resto permanece todavía en manos del enemigo. Pero una vez que se ha ganado esta nueva posición de fuerza, es más fácil avanzar luego a la liberación de las otras zonas.

21. Se llama estrategia a la forma en que se planifican, organizan, orientan los diversos combates para conseguir el objetivo fijado: ganar la guerra contra determinados adversarios.

22. Si volvemos a nuestro ejemplo, hablaremos, para los casos descritos, de la estrategia del enfrentamiento directo y total, de la estrategia del cerco y de la estrategia del enfrentamiento parcial, concentrando fuerzas contra un sector del enemigo.

23. Se llama táctica a las distintas operaciones que se ejecutan concretamente para llevar a cabo los combates de acuerdo al plan estratégico general. Por ejemplo, en la estrategia del cerco se daban los siguientes pasos tácticos: cortar las vías de comunicación, las vías de acceso de alimentos, agua, crear un clima de tensión anunciando continuamente ataques que no se llevan a cabo.

24. Llamaremos objetivo estratégico final al objetivo que se persigue en último término. En nuestro ejemplo: ganar la guerra de liberación nacional.

25. Llamaremos objetivos estratégicos parciales, a los objetivos que se pretenden lograr en cada combate. Por ejemplo, derrotar al enemigo en forma parcial en sólo una zona del territorio.

26. La relación entre el objetivo estratégico parcial y final y entre la estrategia y la táctica es una relación entre el todo y la parte. Hay que tener en cuenta la situación de la guerra en su conjunto y todas las etapas de la guerra. El no tener en cuenta continuamente el objetivo final, puede significar sumergirse en problemas secundarios y entregar el triunfo al enemigo.

27. El proceso para determinar la estrategia y la táctica debe ser la elaboración de un plan (correspondiendo a los puntos anunciados anteriormente); aplicación del plan; análisis de su resultado: si éste correspondió a la situación real y si permitió avanzar y modificar el plan inicial de acuerdo al análisis de la experiencia. El método principal es aprender a combatir en el curso de la misma guerra.

28. Ahora bien, es importante no olvidar que el punto de partida de toda planificación estratégica es un correcto análisis del terreno en el cual se va a dar el combate y de la correlación de fuerzas entre nosotros y el enemigo, con el objetivo de derrotarlo. Este análisis debe permitir cambiar en el curso de la guerra la correlación de fuerzas desfavorable en ese momento hacia una correlación de fuerzas que asegure el triunfo definitivo. Un buen estratega es principalmente el que aprovecha todos los recursos para cambiar en el curso de la guerra la correlación de fuerzas.

29. Una estrategia incorrecta para dirigir la guerra tiene consecuencias muy graves, conduce al desastre, a perder definitivamente la guerra.

30. Estos conceptos de estrategia y táctica, que provienen del lenguaje militar, han sido aplicados por Lenin al terreno de la lucha de clases, porque para el marxismo la lucha de clases es, como decíamos anteriormente, una verdadera guerra. Ella se da en los distintos niveles de la sociedad (económico, ideológico y político), entre los grupos explotadores y los grupos explotados. Es una guerra larga en la que la clase obrera se dirige a la conquista del poder político para poner fin a la explotación, construyendo una sociedad socialista.

### III. LA OFENSIVA Y LA DEFENSIVA EN EL TRANSCURSO DE LA LUCHA.

31. No siempre es posible que las fuerzas revolucionarias estén a la ofensiva. Hay determinados momentos históricos en que la ofensiva pasa a manos del enemigo. En esos momentos se impone un repliegue de las fuerzas revolucionarias para retomar más tarde nuevamente la ofensiva.

32. Insistir en mantener a toda costa la ofensiva, cuando la correlación de fuerzas es muy desfavorable, es llevar al suicidio a las fuerzas revolucionarias.

33. Un ejemplo de repliegue táctico, pero absolutamente necesario para conservar la ofensiva estratégica fue el tratado de paz de Brest-Litovsk, que debió firmar el gobierno revolucionario bolchevique con Alemania, en 1918. Para lograr el acuerdo de paz se debían entregar al control del enemigo territorios como los de Polonia, Lituania, etc.

34. El ideal hubiera sido, sin duda, no entregar ninguna región al enemigo, pero en esa situación concreta, dada la correlación de fuerzas, no cabía sino una alternativa: o firmar el tratado de paz en esas condiciones de inferioridad, o continuar la guerra en un momento de agotamiento del ejército en que día a día más soldados abandonaban el frente. Si se continuaba la guerra se corría el peligro de que los alemanes triunfaran contra el nuevo

poder revolucionario ruso y que no sólo cayeran en sus manos Polonia, Lituania, etc., sino que también pudiese caer en su poder el primer bastión socialista de la revolución mundial. Por estas razones, Lenin planteó la necesidad de firmar ese tratado de paz, como una manera de darse tiempo para reorganizar el ejército y prepararse para una nueva ofensiva.

35. A continuación citamos un texto de Lin Piao<sup>10</sup> por la claridad con que se desarrolla estas ideas:

36. “Cuando podemos aniquilarlos, lo hacemos con toda decisión; cuando no podemos aniquilarlos, tampoco nos dejamos aniquilar por ellos. El no combatir cuando hay posibilidad de vencer es oportunismo. El obstinarse en combatir cuando no hay posibilidad de vencer es aventurismo. Todas nuestras orientaciones estratégicas y tácticas se basan en nuestra voluntad de combatir. Nuestro reconocimiento de la necesidad de marcharnos se basa ante todo en nuestro reconocimiento de la necesidad de combatir. Cuando nos marchamos, lo hacemos siempre con miras a combatir y aniquilar final y completamente al enemigo. Sólo apoyándonos en las amplias masas populares podemos llevar a la práctica esta estrategia y esta táctica. Y aplicándola, podemos poner en pleno juego la superioridad de la guerra; popular y constreñir al enemigo a la posición pasiva de ser golpeado, por superior que sea en equipos y sean cuales fueren los medios que emplee, conservando siempre la iniciativa en nuestras manos.”<sup>11</sup>

#### IV. ESTRATEGIA DE LA UNIDAD POPULAR.

37. Veamos ahora cómo se aplican estos conceptos a la realidad política que estamos, viviendo.

38. En Chile, los grupos políticos revolucionarios, están empeñados en ganar la guerra contra el capitalismo dependiente para construir un régimen socialista en nuestro país.

39. Pero esta guerra es difícil: los enemigos son muy poderosos. A pesar de ser una ínfima minoría, contaban, antes del triunfo del Gobierno Popular, con un inmenso poder económico: eran dueños de las fábricas, los fundos, los bancos, las casas comerciales. Con el Poder político, basado fundamentalmente en el control que ellos tenían del aparato del Estado: principalmente del Poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial y de las Fuerzas Armadas, además del enorme aparato administrativo, formado por un ejército de empleados del Estado que lograba conseguir trabajo gracias a sus contactos con las clases hasta entonces dominantes. Con el poder ideológico, siendo los dueños de la mayor parte de los

---

<sup>10</sup> Uno de los jefes militares que, junto a Mao Tse-Tung, contribuyeron a la victoria del pueblo chino contra sus enemigos.

<sup>11</sup> Lin Piao: ¡Viva el Triunfo de la Guerra Popular! (folleto).

medios de comunicación de masas: radios, diarios, revistas, y controlando una parte importante de los programas de televisión; además de determinar en gran medida el contenido de la educación en sus distintos niveles.

40. Por otro lado, si bien la mayoría del pueblo pedía cambios drásticos, como lo indicó la votación alcanzada por las candidaturas de Allende y Tomic (63%), sólo un poco más de un tercio de la población fue capaz de pronunciarse por un programa que pretendía iniciar la construcción del socialismo en nuestro país.

41. Tomando en cuenta esa correlación de fuerzas y determinando en qué terreno debía darse la lucha para avanzar hacia la creación de una nueva correlación de fuerzas, los partidos proletarios de la Unidad Popular plantearon: 1) la necesidad de dar la batalla en el terreno electoral y dentro de los marcos de la legalidad burguesa, y 2) la necesidad de definir muy bien dentro del frente enemigo, cuál era el enemigo principal para que una vez derrotado se pudiera seguir avanzando por el camino de la construcción del socialismo.

42. Así se llegó a definir como enemigos principales a los siguientes: a) El imperialismo, dueño hasta entonces de la mayor parte de las riquezas básicas. Sus minas de cobre producían en 1967 el 83% del cobre y en cincuenta años de dominio se llevaron en ganancias el equivalente a todos los bienes de Chile. Además, a través de sus inversiones, controlaban importantes sectores de la industria, el comercio, los transportes y la energía. b) Los latifundistas, dueños de la mayor parte de la tierra. Los predios de más de 80 hectáreas de riego básico eran apenas el 2% de todas las propiedades agrícolas y, sin embargo, constituían el 55% de las tierras. c) Los grandes capitalistas monopólicos industriales y bancarios. Según datos de 1967, de las 30,500 industrias que existían en el país, sólo unas 150 controlaban monopólicamente todos los mercados. Además concentraban la ayuda del Estado, el crédito bancario y explotaban al resto de los empresarios industriales del país vendiéndoles cara la materia prima y comprándoles baratos sus productos.

43. Fue así como, teniendo en cuenta estas consideraciones, se llegó a elaborar el Programa de la Unidad Popular, programa que plantea el carácter del combate inmediato que debería dar las fuerzas populares para avanzar hacia la construcción del socialismo.

44. El Programa de la UP define, por lo tanto, un objetivo estratégico parcial, crear las condiciones que permitan avanzar hacia el objetivo estratégico final: establecer el socialismo en nuestro país.

45. Se trata de una guerra; de un proceso ininterrumpido, pero dentro del cual hay que dar diversos combates para ir derrotando al enemigo: el primer gran combate es el planteado por el Programa de la Unidad Popular.

46. No todos los sectores dentro y fuera de la UP estuvieron de acuerdo en que el terreno correcto en el que debía darse el primer combate fuera el terreno electoral, y la realización

de tareas dentro de los marcos de la legalidad burguesa. Hubo quienes plantearon entonces la alternativa del voto o el fusil y quienes llamaron a la abstención electoral. La mayor parte de ellos ha ido reconociendo sus errores en esta materia.

47. Por otra parte, tampoco hubo acuerdo inicial en cuanto a la designación del enemigo principal: hubo quienes, aplicando en forma simplista el esquema de explotadores y explotados, no fueron capaces de reconocer las contradicciones secundarias que podían darse dentro de las clases dominantes. Ellos planteaban que el enemigo del momento era toda la burguesía industrial y agraria y, consecuentes con ese planteamiento, propiciaban la toma de industrias y fundos pequeños.

48. Para los partidos proletarios de la Unidad Popular, por el contrario, el único camino viable, el único camino que en esas determinadas condiciones permitía avanzar hacia el socialismo, era la derrota del imperialismo, los latifundistas y la burguesía monopólica. La derrota de éstos enemigos significó de hecho el quiebre de la espina dorsal del capitalismo en el plano nacional, y, como no es posible en Chile en nuestra época el desarrollo de un sistema capitalista no-monopólico, la única alternativa posible es el socialismo: Derrotando a este enemigo se crean, por lo tanto, las condiciones que permiten avanzar hacia la conquista del objetivo estratégico final.

49. No cabe duda de que el ideal sería terminar inmediatamente con toda explotación, es decir, liberar todas las zonas al mismo tiempo y que si contáramos con una correlación de fuerzas favorable (con todo el pueblo armado debido a una guerra reciente contra nuestros vecinos, como fue el caso de Rusia, por ejemplo), elegiríamos sin vacilaciones ese camino. Pero la realidad es muy diferente: no contamos actualmente con una correlación de fuerzas favorable para seguir ese camino; los enemigos son todavía muy poderosos y aún debemos ganarnos a muchos sectores del pueblo. Y nosotros sabemos que si el ideal no responde a la realidad de las fuerzas con que se cuenta, tratar de lograrlo cueste lo que cueste se transforma al fin de cuentas en la principal traba para conseguirlo. Si, en cambio, se ataca primero a un sector del enemigo y se liberan determinadas zonas estratégicas, es más fácil avanzar desde allí a la liberación del resto del territorio.

50. Pero es importante aclarar que esto no quiere decir, como algunos piensan, que es necesario desmovilizar las zonas no estratégicas para que ellas esperen con los brazos cruzados la liberación final. Por el contrario, estas zonas deben estar movilizadas; pero sus acciones deben estar coordinadas y subordinadas al objetivo principal. Así, por ejemplo, sabemos que los capitalistas medianos y pequeños no son nuestros enemigos principales, que por lo tanto sus industrias no son zonas estratégicas, y que el Programa de la UP no propone su incorporación al área social. Sin embargo, ello no quiere decir que los trabajadores de esas empresas deban parar sus luchas, dejar de movilizarse. Por el contrario, ellos deben integrarse al proceso constituyendo los comités de vigilancia y de defensa de la producción con el objetivo de lograr, a través de su presión, que estos capitalistas trabajen

cumpliendo los planes de producción programados por el Gobierno. Desde estas zonas no liberadas, las fuerzas populares deben apoyar la lucha por la liberación de las zonas estratégicas; ya que ése es el camino que permitirá que ellas también lleguen a constituir en el futuro zonas liberadas.

51. Resumiendo, el cumplimiento del Programa de la Unidad Popular permite lograr el objetivo estratégico parcial<sup>12</sup>, que abre el camino para la conquista del objetivo estratégico final: el socialismo.

52. El programa se va cumpliendo por medio de diversos pasos tácticos. Ellos son las formas concretas en que, de acuerdo a la correlación de fuerzas, se avanza hacia el objetivo estratégico fijado.

53. Así, por ejemplo, fue un paso táctico el que dio la UP al establecer el compromiso con la DC para que apoyara la elección de Allende en el Congreso. Otro paso táctico fue la decisión de no conciliar con los supervisores del cobre. Pasos tácticos se dan también cuando se elige el ritmo de las expropiaciones: ellas fueron numerosas y rápidas en un comienzo, aprovechando que los enemigos estaban desconcertados, situación que ha cambiado posteriormente.

54. Para decidir acerca de los pasos tácticos hay que tener una gran flexibilidad: hay que estar dispuestos a cambiar de táctica de acuerdo a los cambios de la realidad, pero siempre hay que tratar que nuestras acciones nos acerquen y no nos alejen de nuestros objetivos estratégicos.

## V. CORRELACIÓN DE FUERZAS POSIBLE Y REAL

55. Es importante recordar aquí que un buen estratega no sólo debe ser capaz de hacer un correcto análisis de la actual correlación de fuerzas, sino que al mismo tiempo debe ser capaz de crear las condiciones para que esa correlación de fuerzas cambie en favor de las fuerzas revolucionarias.

56. Y para ello es políticamente importante distinguir entre quienes podrían estar con el proceso revolucionario debido a la situación objetiva que ocupan en la sociedad y quienes ya lo están. Pongamos un ejemplo: Un campesino explotado por su patrón (un gran terrateniente), es una persona a quien le interesa objetivamente el proceso de Reforma Agraria para que se termine su situación de explotado. Sin embargo, debido a su baja conciencia política, debido a que su patrón es el padrino de sus hijos, y de vez en cuando

---

<sup>12</sup> Algunos han llamado “paso táctico” a este paso para señalar que no es el objetivo final hacia el cual se camina. Pensamos que haciendo la distinción entre objetivo estratégico final y objetivo estratégico parcial se puede lograr una mejor comprensión del problema. Así, el Programa de la UP señala cuál es el objetivo estratégico parcial que hay que lograr para avanzar hacia el objetivo estratégico final: el socialismo. Esta forma de plantear las cosas nos permite diferenciar dentro del programa: a) el objetivo estratégico parcial, y b) los pasos tácticos para lograrlo. Esto no sería posible si a todos ellos los llamáramos pasos tácticos.

les lleva un regalito, este campesino ha llegado a hacer frente común con el patrón contra las fuerzas revolucionarias que llevan adelante la Reforma Agraria.

57. Otro ejemplo bastante característico es el de los pequeños industriales y comerciantes que se verían favorecidos si se pusiera término a los monopolios industriales y su distribución pero que, a través de la propaganda de la derecha y las debilidades de la UP han sido ganados para posiciones contrarrevolucionarias.

58. Cuando nos referimos a quienes podrían estar con el proceso estamos pensando en la “correlación de fuerzas posible” que debería darse de acuerdo a las condiciones objetivas que estos grupos tienen en la sociedad.

59. Cuando nos referimos a quienes ya están con el proceso, nos estamos refiriendo a “la correlación de fuerza real”. Un buen estratega, por lo tanto, es quien planifica una estrategia que permite ir incorporando al proceso revolucionario a todos aquellos sectores que por su situación en la sociedad deberían estar interesados en que se produjeran los cambios defendidos por las fuerzas revolucionarias. □ ¿Qué determinó que sectores que deberían estar de acuerdo con el Programa de la Unidad Popular no lo estuvieran desde el comienzo?

60. Fundamentalmente la influencia de la ideología dominante. Las clases hasta entonces en el poder controlaban la inmensa mayoría de los medios de comunicación, el sistema educacional, etc. Su propaganda fue masiva y a través de la mentira y el terror, lograron despertar los sentimientos conservadores y burgueses que ellos inculcaron durante años en la población. De esta manera se ganaron a muchos sectores vacilantes y despolitizados. Pero ¿qué determina que aún hoy día, a pesar de que numerosas realizaciones del Programa los han favorecido, existan todavía importantes sectores que están contra el proceso?

61. Pensamos que ello se debe principalmente a que la Unidad Popular no ha desarrollado una ofensiva en el terreno ideológico; ha mostrado falta de coordinación y ciertas debilidades en la conducción política y fallas burocráticas y sectarias que han impedido asimilar al proceso a estos sectores. Estas son las principales razones que han impedido transformar la correlación de fuerzas posible de la cual partía el Programa en una correlación de fuerzas real favorable al Gobierno Popular.

62. Esta situación ha determinado que incluso sectores que fueron ganados en los primeros meses de Gobierno, hayan dejado de apoyar el proceso debido a las dificultades crecientes en el campo económico. Las dificultades concretas del momento parecen haberlos hecho perder la perspectiva final.

## VI. LOS PARTIDOS PROLETARIOS Y LA ESTRATEGIA DE LA UP. (PROGRAMA MÍNIMO Y PROGRAMA MÁXIMO).

63. Es importante aclarar que no debe confundirse el programa de los partidos proletarios con el Programa de la Unidad Popular.

64. Los partidos proletarios defienden los intereses de clase del proletariado y, por lo tanto su objetivo estratégico final es la supresión de toda explotación, no sólo en nuestro país sino a nivel mundial, mediante la construcción socialismo.

65. Para establecer mejor las diferencias y la relación que existe entre el Programa de la UP y el programa de los partidos proletarios, es útil emplear los conceptos de “programa mínimo” y “programa máximo”. Lenin empleó estas palabras para diferenciar en el programa del partido obrero los aspectos socialistas, que indican el objetivo final del proletariado; de las “tareas inmediatas” o “parte práctica” del programa, que son los pasos concretos que en ese momento debe dar el proletariado para hacer avanzar el proceso revolucionario.

66. Estas tareas inmediatas varían enormemente de una realidad social a otra.

67. Así, por ejemplo, en 1899 el programa del partido obrero ruso planteaba como tareas actuales entre otras cosas: luchar por el sufragio universal, por la inviolabilidad de la persona y del domicilio de los ciudadanos, por la libertad de huelga, por el establecimiento de un impuesto progresivo a los ingresos por la jornada de ocho horas diarias, etc.<sup>13</sup>

68. En 1917, pocos días antes del triunfo de la revolución proletaria de octubre, las tareas eran muy diferentes porque la situación había cambiado radicalmente desde el triunfo de la revolución burguesa de febrero. Entre ellas se señalaban: establecer la República de los Soviets, nacionalizar los bancos y los monopolios, control obrero, obligación general de trabajar, nacionalizar la tierra, confiscación del material de los terratenientes, etc: Lenin decía que éstas, eran “medidas para preparar el socialismo” y que no se debía cantar victoria antes de tiempo, que no se debía abandonar este “programa mínimo”, como lo pedían Bujarin y Smirnov.<sup>14</sup> Lenin sostenía: “Debemos avanzar firme y valientemente, sin vacilaciones hacia nuestro objetivo; pero es ridículo afirmar que ya lo hemos alcanzado, cuando manifiestamente no es así. Suprimir ya el programa mínimo sería lo mismo que declarar que ya hemos triunfado”<sup>15</sup>. Llamaremos PROGRAMA MAXIMO programa socialista que se refiere a las tareas generales que permiten lograr el objetivo estratégico final de la revolución proletaria. Llamaremos PROGRAMA MÍNIMO al programa que se refiere a las tareas inmediatas que permiten lograr un determinado objetivo estratégico parcial de la lucha por el socialismo, en un país.

69. Por lo tanto, el programa máximo de los partidos proletarios es un programa de contenido socialista que se propone terminar para siempre con la explotación del hombre por el hombre, y el programa mínimo reúne las tareas que deben ser cumplidas para crear las condiciones que permitan, avanzar hacia el socialismo en un determinado país.

---

<sup>13</sup> Proyecto de Programa de Nuestro Partido, Obras Completas, t. IV, pp. 231-259.

<sup>14</sup> Lenin: Para la Revisión del Programa del Partido; Obras Completas, t. 27, pp. 282-283.

<sup>15</sup> Op. cit., p. 283.

70. Y el programa de la UP es justamente el programa mínimo: indica las tareas actuales inmediatas que deben ser realizadas por la clase trabajadora, junto a amplios sectores del pueblo, para crear las condiciones que abran el camino al socialismo en nuestro país.

71. Por último, es importante señalar que el programa mínimo no es algo separado del programa máximo, sino que, por el contrario, es una parte de éste, aquella que, como veíamos, señala las tareas inmediatas que deben ser cumplidas para que pueda realizarse el programa máximo. Esta relación entre el programa máximo y el programa mínimo es la que asegura que el proceso revolucionario sea un proceso ininterrumpido una marcha que no se detiene en su avance al socialismo.

72. En este sentido que los partidos proletarios están, dispuestos a jugarse por entero para que se cumpla el Programa de la UP, manteniendo siempre su independencia política para continuar luchando por la realización de su objetivo final: establecer el socialismo en nuestro país y terminar con toda explotación.

73. Si un partido revolucionario no es capaz de fijarse un programa mínimo, si no es capaz de visualizar cuáles son las tareas concretas e inmediatas que permiten avanzar hacia el objetivo estratégico final, no podrá convertirse en una verdadera vanguardia revolucionaria ya que funcionará con puros esquemas abstractos que las masas populares difícilmente comprenderán. El programa mínimo es el mejor programa para esa situación histórica y, por lo tanto, el único programa verdaderamente revolucionario, ya que es el único que permite avanzar el proceso. Muchos programas más revolucionarios en el papel pueden llegar a ser un freno para la revolución si pretenden ser aplicados de inmediato.

74. Pensamos que uno de los errores de algunos sectores revolucionarios fuera de la UP fue no tener un programa mínimo; y cuando afirmaban que el programa de la UP no era “su” programa, lo que en el fondo estaban afirmando era que este Programa no correspondía a su programa máximo, que era un Programa socialista.

75. Pero si bien es erróneo no tener un programa mínimo; también es importante señalar que no menos erróneo sería el que un partido proletario hiciera del programa mínimo su único programa, es decir, si hiciera del programa mínimo su programa máximo. Abandonaría así su deber de elevar el nivel de conciencia de las masas, especialmente de los trabajadores; para que ellos estén dispuestos a luchar por hacer de nuestro país un país socialista.

76. La elevación de la conciencia de las masas se realiza en el curso mismo de la lucha, en su movilización contra el enemigo, en la unión de la teoría a la práctica de sus luchas. En este sentido es importante tener en cuenta que el programa mínimo se refiere a la situación histórica concreta que es necesario transformar. Por lo tanto, cuando se producen modificaciones importantes en esta situación se deben hacer modificaciones importantes en el programa.

77. Por eso, los revolucionados deben estar continuamente analizando sus resultados y las nuevas situaciones que se van creando: Deben estar atentos a la necesidad de adecuar este programa a la realidad, pero siempre en perspectiva del objetivo final, de avanzar al socialismo.

## VII. LAS CONSIGNAS

78. El arte de la dirección política revolucionaria consiste en determinar en forma correcta la estrategia general de lucha y las tácticas concretas para poner en práctica esa estrategia general. Como la situación es continuamente cambiante, la dirección política debe ser lo suficientemente flexible como para registrar cada uno de estos cambios, su repercusión en la correlación de fuerzas y las nuevas tareas que de ellos surgen.

79. Pero la dirección política revolucionaria no debe limitarse a hacer un buen diagnóstico de la situación: debe ser capaz de movilizar a las masas de acuerdo a las nuevas condiciones lanzando llamados a la acción que sean eficaces, correctos y oportunos. Es decir, debe ser capaz de expresar su análisis de la situación en consignas políticas que logren impulsar la acción de los masas en un determinado sentido.

80. Las consignas políticas no son sino frases cortas que tienen la función de ideas-fuerzas en las cuales se sintetizan el significado y la orientación concreta de la acción. ¿Qué hace eficaz una consigna?

81. No basta con que ella se desprenda de un diagnóstico correcto de la situación. Es necesario que la acción que se indica sea comprendida por las masas, que tenga un significado actual que sea sentido por las masas.

82. Lenin, por ejemplo, aunque había diagnosticado muy bien el carácter burgués e imperialista del gobierno de Kerensky, insistía en que no se podía lanzar así como así la consigna: “Abajo el gobierno provisorio”, porque en ese momento las masas creían que ese gobierno era un gobierno revolucionario que iba a darles la anhelada paz. Poco tiempo después sin embargo, el gobierno se desenmascaraba como un gobierno que iba a continuar la guerra, y las masas dejaron de creer en él. Sólo entonces había llegado el momento de lanzar esa consigna.

83. Por lo tanto, una misma consigna puede ser justa en un momento determinado y puede no serlo en otro momento.

84. Por otra parte, no hay que pensar que las consignas económicas son reformistas y que sólo las consignas políticas son revolucionarias.

85. “El problema depende de cuándo, con qué está relacionada y para qué objetivo se lanza una consigna determinada. Un partido político verdaderamente revolucionario, siempre fiel al objetivo final de la revolución, es capaz, bajo una u otra forma, de dejar el sello

revolucionario en cualquier consigna; así como en cualquier forma de organización o de lucha. Incluso las consignas y las formas que llevan la menor cantidad de color político pueden ser consideradas como medios necesarios para aglutinar a las masas cuando la situación no permite pasar a acciones revolucionarias decisivas”.<sup>16</sup>

86. Es necesario distinguir dos tipos de consignas: las consignas de propaganda y las consignas de acción.

87. Como ejemplo de las primeras, podríamos citar las siguientes: “aumentar la producción es hacer revolución”; “la distribución es tarea del pueblo”; “contra el legalismo burgués: justicia popular”, etc. Como ejemplo de las segundas podemos citar las siguientes: “a impedir el paro patronal haciendo producir las fábricas”; “formar una JAP por manzana”; “fortalecer los comandos comunales”, etc.

88. Una de las características de las desviaciones de ultraizquierda es la utilización de consignas que nada tienen que ver con el momento político que se está viviendo. Por ejemplo: “la consigna del momento es destruir el Parlamento”, cuando de hecho se sabe que no se cuenta con la fuerza como para hacer de ello una realidad; “insurrección o morir”, cuando nada hace pensar que la insurrección esté a la orden del día; “no al voto, sí al fusil”, cuando la mayor parte del pueblo cree en las elecciones y quiere la paz.

89. Lanzar a las masas a combates decisivos prematuros o demasiado tardíos es siempre peligroso para la revolución. Sólo un partido que tiene un verdadero contacto con las masas, que conoce sus intereses inmediatos, que evalúa correctamente su potencial revolucionario, es capaz de lograr una conducción política correcta haciendo que éstas lo reconozcan como su vanguardia.

90. Los partidos o grupos políticos que no tuvieron una verdadera línea de masas tienden a lanzar consignas abstractas que pueden ser correctas desde el punto de vista estratégico, pero que carecen de significación actual para las masas ya que no aparecen ligadas de manera alguna a sus intereses inmediatos.

91. El arte de la dirección política justa consiste en saber lanzar consignas que, partiendo de estos intereses, conduzcan a las masas hacia los objetivos estratégicos que se persiguen. Lenin nunca planteó el socialismo como una consigna en sí, abstracta lo ligó a los intereses más inmediatos de las masas rusas: tierra, pan y paz, pero planteó las cosas de manera tal, que al luchar por estos intereses inmediatos las masas luchaban, a la vez por el socialismo y desarrollaban su conciencia revolucionaria a través de la acción.

---

<sup>16</sup> Le Duan: La Revolución Vietnamita, Serie Camino de victoria. Editorial Austral, 1971, pág. 51.

## VIII. CONCLUSION.

92. La lucha de clases es una guerra prolongada. El éxito de las fuerzas revolucionarias depende de la correcta dirección estratégica y táctica de la lucha.

93. Es fundamental no perder de vista el objetivo final y saber ligar cada uno de los pasos concretos a este objetivo.

94. “Hay que mostrar audacia y resolución al elaborar las tareas y los métodos nuevos; hay que lograr prever, por lo menos en los rasgos más generales, el resultado de las próximas acciones y todas las posibilidades de desenvolvimiento de la situación objetiva. En la práctica, los hechos siempre revelan factores y posibilidades nuevas. Hay que saber basarse en ellos para modificar y corregir a tiempo las acciones y elaborar nuevos métodos para asegurar que la dirección estratégica y táctica concuerde siempre con la situación en proceso de cambio constante. Sólo así se podrá lograr que la lucha avance a pasos firmes a través de pequeños y grandes saltos adelante, tanto en el movimiento como en la correlación de fuerzas, hasta llegar al gran salto decisivo que conduce al triunfo final.

95. “Lenin combatió firmemente el subjetivismo y el voluntarismo; así como las manifestaciones de pasividad política. Lenin exigió que los partidos comunistas elaboraran sus políticas y tácticas sobre la base de una conjugación de la serenidad científica en el análisis de la situación objetiva de los hechos y de su proceso de desarrollo, con el reconocimiento más decidido de la significación de la energía revolucionaria, del espíritu creador y del dinamismo revolucionario de las masas”. (Contra el Boicot, Obras completas, t. 13, p. 31, edición francesa).

96. “La revolución no es un ‘golpe de Estado’, ni mucho menos resultado de intrigas, sino obra de las masas. Por consiguiente, la movilización y el aglutinamiento de las fuerzas populares, la creación y el desarrollo del ejército político de la revolución, es lo fundamental y de significación decisiva. Esta tarea debe ser llevada a cabo de manera constante y a largo plazo; a través de todos los períodos, lo mismo cuando no hay situación revolucionaria que cuando ésta surge o se halla madura. Para ello hay que mezclarse diariamente con las masas, trabajar dondequiera que estén, incluso en las organizaciones del enemigo; hay que estar muy al tanto de la situación del enemigo y de la nuestra, valorar con certeza las maniobras, actividades y posibilidades, apreciar correctamente los cambios efectuados en sus filas, y, al mismo tiempo, conocer el estado de ánimo, las aspiraciones y las posibilidades de las masas. Luego lanzar consignas de lucha adecuadas, eficaces y oportunas; capaces de movilizarlas y atraerlas poderosa y ampliamente a fin de librar combates que se desarrollen en forma ascendente, y mediante ello, elevar su conciencia política y desarrollar el contingente revolucionario cuantitativamente y cualitativamente.

97. “Antes de la toma del poder y para la toma poder, el arma única de la revolución y de las masas es la organización. Una característica del movimiento revolucionario bajo la

dirección de la clase obrera es su alto nivel organizativo. El conjunto de actividades que deben llevar adelante las masas paso a paso hacia el derrocamiento de las clases dominantes puede resumirse en organizar, organizar y organizar. La propaganda y agitación política están encaminadas también a organizar a las masas. Sólo organizándolas bajo una u otra forma habrá condiciones para educarlas y crear la gran fuerza de la revolución, porque una vez que éstas se organizan, su fuerza se centuplica. Hay que organizar a las masas para luchar. No obstante, también mediante la lucha se logra su organización y educación y el desarrollo de las fuerzas revolucionarias. Por lo tanto, la propaganda, la organización y la lucha deben estar estrechamente vinculadas, y todas se encaminan a crear y desarrollar el contingente político de masas en preparación del salto cualitativo definitivo”.<sup>17</sup>

98. “Organizar y luchar, luchar y organizar y de nuevo luchar. De una lucha surge otra; y una vez que las masas entran en ella van elevando rápidamente su conciencia, y a través de sus propias experiencias se darán cuenta de la verdad y de cómo deben luchar”.<sup>18</sup>

99. “Y, por último, el arte de la dirección estratégica y táctica revolucionaria, así como la dirección de la lucha se manifiesta ante todo en saber lanzar consignas eficaces, correctas y oportunas de acuerdo con la situación concreta”.<sup>19</sup>

## IX. RESUMEN

100. En este Cuaderno hemos analizado cómo la lucha de clases se plantea como una verdadera guerra por el control del poder político. Hemos visto que frente al control del poder económico, ideológico y político de la sociedad que tienen las clases dominantes, la clase obrera, junto al resto del pueblo, sólo puede ganar esta guerra si se organiza en la perspectiva de llevar la lucha hasta el final. De allí la necesidad de que la vanguardia política planifique científicamente el camino hacia la conquista del poder. Vimos cómo a partir de un estudio del terreno de la correlación de fuerzas se definen los objetivos estratégicos parciales que es necesario lograr para ir avanzando hacia el objetivo estratégico final: la implantación del socialismo. Esto lo estudiamos en relación a la estrategia de la UP, a la forma cómo se plantea crear las condiciones para el socialismo en Chile. En seguida destacamos la importancia que tiene establecer la diferencia entre la correlación de fuerzas ideal y real para lograr cambiar la correlación de fuerzas existente en un momento dado.

101. Todos estos elementos nos llevaron a destacar la diferencia entre el programa máximo o programa socialista y el programa mínimo, que define las tareas que deben cumplirse en forma más inmediata. Vimos que el programa mínimo es justamente el Programa de la UP,

---

<sup>17</sup> Le Duan: La Revolución Vietnamita, Serie Camino de Victoria, Editorial Austral, 1971, pp.47-49.

<sup>18</sup> Op. cit., p. 50.

<sup>19</sup> Op. cit., p. 51.

y que su cumplimiento permite abrir el camino para realizar el objetivo final del programa máximo: el socialismo.

102. Por último, planteamos la necesidad de que un partido sea capaz de adecuar su análisis de la situación a la movilización de las masas. Esto consiste en lanzar consignas que recojan el sentimiento de las masas, que sean oportunas, que pongan en acción el potencial revolucionario de las masas y desarrollen su conciencia para avanzar al socialismo.

## COMENTARIO

### En miras de un Partido transformador

El texto parte con un guiño por parte de la autora a lo planteado en “¿Qué hacer?” de Lenin, respecto a las razones de por qué el movimiento proletario, al estar inserto dentro de una lógica de explotación burguesa, por sí mismo, no tiene las herramientas para luchar contra el fundamento del sistema, representado por la propiedad privada capitalista de los medios de producción, y a las cuales sólo tendrá acceso a través de la experiencia práctica y el conocimiento de la teoría revolucionaria.

El objetivo que se trazará durante el proceso revolucionario consistirá –con ciertos matices en cada caso, pero manteniendo la misma lógica en lo fundamental- en la conquista del poder político, arrebatándole a la burguesía el control del Estado, no para crear una nueva clase dominante, sino que para transformar este Estado burgués en un Estado socialista, que ponga fin a la explotación del hombre por el hombre de forma definitiva.

De este modo, plantea la autora, que para ganar una guerra (como caracteriza a la lucha de clases) no basta con tener deseos de ganarla, con lo que se hace una crítica directa a los “voluntarismos”, sino que es necesario planificar las “luchas” que permitirán ir avanzando hacia dicho objetivo.

En este sentido, plantea 3 elementos fundamentales a la hora hacer esta planificación, que se pueden clasificar en 2 conceptos:

1- Las condiciones sociales/materiales: señalado como el “terreno” en el cual se va a dar la batalla.

2-La correlación de fuerzas: que incluye al enemigo y sus fuerzas; y nuestras fuerzas. Esta puede ser favorable o desfavorable, lo que determinara en cada caso la táctica y la estrategia a seguir.

Teniendo ya a la vista este marco conceptual según el cual definiremos la táctica y la estrategia a seguir cabe preguntarse cómo lo aplicamos. Pues bien, si hablamos de un proceso revolucionario en el que existe un terreno de batalla, este no es otro que el *contexto político y social al que se enfrentan las fuerzas revolucionarias*. Un ejemplo atinente a nuestra sociedad, sería las consideraciones que debemos tomar respecto al contexto político y las condiciones del Chile en las que nos encontramos en el año 2014, las cuales son radicalmente distintas al contexto del Chile de principios de los años 90 o comienzos de los 70, por lo que los pasos a seguir en uno u otro plan deben ser, por lo tanto, diferentes, según estas condiciones.

El texto continúa explicando los conceptos de estrategia y táctica, para hacer manifiesta su distinción; mientras que la *estrategia* es la forma de enfrentar, con una mirada a largo

plazo, la consecución de un objetivo final, la *táctica* estará enfocada a la actuación concreta con que se avanza hacia la consecución de dicho objetivo, es decir, cada uno de los pasos concretos que es necesario dar, siempre en el marco de la estrategia. En relación a lo señalado anteriormente, la estrategia, por lo tanto, debe adecuarse a las condiciones que entrega el panorama político, así como las fuerzas enemigas y las propias.

Siguiendo con el ejemplo, la estrategia y táctica, así como la correlación de fuerzas del contexto político-histórico de Chile a principios de los 90, estarán obsoletas si son utilizadas para enfrentar los desafíos del país en el año 2014, si consideramos que el “terreno” (condiciones materiales y sociales) es distinto en los periodos señalados.

De este modo, para desplegar una estrategia y de acuerdo a esta una serie de tácticas que sean “correctas” y efectivas según los objetivos planteados, es necesario primero que todo hacer un correcto análisis del “terreno” y de la correlación, pero teniendo claro que el objetivo de este despliegue es el *cambio en la correlación de fuerzas* que nos asegure cumplir los propósitos planteados.

Siguiendo con el análisis, no tendría sentido, entonces, plantearse correctamente las condiciones políticas y sociales tanto de la sociedad en general como de cada uno de los actores políticos, si esto no se traduce en una estrategia que permita cambiar la actual correlación de fuerzas que nos es desfavorable para los objetivos transformadores; temática que debe ser central en la acción política de todo partido que se dice transformador.

Aplicando lo señalado anteriormente, y analizando las acciones y políticas del Partido Socialista, al menos desde el retorno de la democracia, parece claro que si bien se analizan las distintas correlaciones de fuerzas (y en base a eso se realizan distintas alianzas, se plantean y concretan diversas consignas, etc.), es patente la falta de una construcción conjunta que nos lleve a *plantear una estrategia para cambiar la correlación de fuerzas existentes en la sociedad chilena*, y no solo movernos dentro de la existente actualmente. Solo a modo de ejemplo, es importante señalar como un “acontecimiento” que supuso un cambio en la correlación de fuerzas en nuestro país (expresado tanto social como institucionalmente) la gran movilización social por la educación del año 2011.

Siguiendo con la línea del texto, es también importante destacar que según como se muestren las fuerzas en juego, no es siempre posible encontrarse a la ofensiva, sino que hay periodos en que una verdadera táctica revolucionaria debe apostar por un “repliegue táctico”, para contener ciertos procesos o evitar desaparecer. Lo importante de esto es que no siempre las posturas que van a la “ofensiva” son las revolucionarias (como muchas veces intentan parecer), sino que lo es aquella que conociendo bien el contexto en que se dan los procesos, toma aquella posición que permite proyectar las transformaciones en el largo plazo, aunque corresponda estar a la defensiva (muy claro en este sentido es el párrafo 36).

### Programa máximo/ Programa mínimo

Otro de los elementos que vale la pena destacar del texto es el referido a los conceptos de programa máximo y programa mínimo, que si bien en el ensayo se circunscriben en el contexto de la Unidad Popular, creemos que es posible extraer de esta teorización conceptos de aplicación general para variados panoramas políticos.

Nos interesa señalar, en este sentido, las nociones que se tienen de estos conceptos y la relación que existe entre ellos, que muchas veces no es entendida o es mal aplicada. Por otra parte, como se señala expresamente en el texto, el programa máximo es el “programa socialista”, referido a las tareas generales que permiten lograr el objetivo estratégico. De esta manera, el programa máximo puede identificarse con el “programa del partido”. Por otro lado, el programa mínimo es aquel que se refiere a las tareas inmediatas que permiten lograr un objetivo estratégico parcial, en un determinado contexto. Es decir, este programa mínimo permite avanzar en generar las condiciones para avanzar hacia el objetivo socialista. Se puede identificar como el “programa de la coalición de partidos”.

De esta manera, lo importante de estos “programas” es que puedan convivir de buena manera, de modo tal que no sean contradictorios, además de que cada uno no anule al otro. Sería erróneo plantear en un determinado contexto que el programa máximo sea el que se intente aplicar cuando no existen las condiciones para ello, al igual que sostener que el Partido debe adoptar como únicos objetivos el cumplimiento del programa mínimo, perdiendo de vista el sentido táctico que éste tiene y, por ende, los objetivos del programa máximo.

De este modo, tampoco es contradictorio que un partido intente generar condiciones que le permitan avanzar en la concreción de su programa máximo en un próximo o próximos periodos, en cuanto esto no afecte el cumplimiento del programa de la coalición. Es decir, tener solamente como objetivo el cumplimiento del programa mínimo, perdiendo de vista el programa máximo, y no realizar una acción política que tienda a generar las condiciones para avanzar en ese programa máximo, no se corresponde con la actitud que debe tener un partido estratégico y transformador.

Llevándolo al contexto actual, es erróneo plantear que en su momento el programa de la Concertación (programa mínimo, de la coalición) era el único propósito del Partido Socialista, del cual no podían existir “desviaciones”, sin tener claro y definido un programa máximo. Si bien el PS debe tener como objetivo el cumplimiento del programa de la Nueva Mayoría (programa mínimo), esto no debe vetarlo de tener un accionar político que le permita proyectar la concreción en el futuro del programa máximo, realizando acciones que permitan generar una correlación de fuerzas favorable en el largo plazo.

Es, sin embargo, importante de igual modo, destacar que el cumplimiento del programa mínimo es fundamental, ya que como se señala en el párrafo 73: “(...) *El programa mínimo*

*es el mejor programa para esa situación histórica y, por lo tanto, el único programa verdaderamente revolucionario, ya que es el único que permite avanzar el proceso. Muchos programas más revolucionarios en el papel pueden llegar a ser un freno para la revolución si pretenden ser aplicados de inmediato.”*

Podemos concluir que la idea central del texto, como decíamos en párrafos anteriores, es entender la correcta relación que debe existir entre estos programas, en que el cumplimiento de uno (el mínimo) es fundamental como paso táctico y, por lo tanto, por sí mismo significa avance, pero en ningún caso puede ser un freno en la generación de una correlación de fuerzas favorable para el largo plazo y el cumplimiento del programa máximo para el cual está en servicio; el programa mínimo es un paso táctico más entre otros en el periodo, no el único.

### 3. ANÁLISIS DE LAS SITUACIONES. CORRELACIONES DE FUERZAS

Antonio Gramsci

El estudio de cómo hay que analizar las "situaciones" o sea, de cómo hay que establecer los diversos grados de correlaciones de fuerzas, puede prestarse a una exposición elemental de ciencia y arte políticos, entendida como un conjunto de cánones prácticos de investigación y de observaciones particulares útiles para despertar el interés por la realidad de hecho y para suscitar intuiciones políticas más rigurosas y vigorosas. Al mismo tiempo hay que exponer lo que se debe entender en política por estrategia y por táctica, por "plan" estratégico, por propaganda y por agitación, por orgánica, o ciencia de la organización y de la administración en política.

Los elementos de observación empírica que comúnmente se exponen en confusión en los tratados de ciencia política (se puede tomar como ejemplar la obra de G. Mosca, *Elementi di scienza politica*) tendrían que situarse, en la medida en que no sean cuestiones abstractas o en el aire, en los varios grados de correlaciones de fuerzas, empezando por las correlaciones de las fuerzas internacionales (en esta sección habría que colocar las notas escritas acerca de lo que es una gran potencia, las agrupaciones de Estados en sistemas hegemónicos y, por tanto, acerca del concepto de independencia y de soberanía por lo que hace a las potencias pequeñas y medias), para pasar a las correlaciones objetivas sociales, o sea, al grado de desarrollo de las fuerzas productivas, a las correlaciones de fuerza política y de partido (sistemas hegemónicos en el interior de los Estados) y a las correlaciones políticas inmediatas (o sea, potencialmente militares).

Las relaciones internacionales, ¿son (lógicamente) anteriores o posteriores a las correlaciones sociales fundamentales? Posteriores, sin duda. Toda innovación orgánica en la estructura modifica orgánicamente las correlaciones *absolutas* y *relativas* en el campo internacional, a través de sus expresiones técnico-militares. También la posición geográfica de un Estado nacional es posterior y no anterior (lógicamente) a las innovaciones estructurales, aunque reaccione sobre ellas en cierta medida (precisamente en la medida en la cual las superestructuras reaccionan sobre la estructura, la política sobre la economía, etc.). Por otra parte, las relaciones internacionales reaccionan pasiva y activamente sobre las correlaciones políticas (de hegemonía de los partidos). Cuanto más subordinada está la vida económica inmediata de una nación a las relaciones internacionales, tanto más representa un partido esa situación y la aprovecha para impedir la llegada de los partidos adversarios al poder (recuérdese el famoso discurso de Nitti sobre la Revolución italiana *técnicamente* imposible). Desde esa serie de hechos se puede llegar a la conclusión de que a menudo el llamado "partido del extranjero" no es precisamente el que se indica como tal, sino el partido más nacionalista, el cual, en realidad, más que representar las fuerzas vitales del país, representa la subordinación y sometimiento económico a las naciones o a un grupo de naciones hegemónicas.<sup>20</sup>

El problema de las relaciones entre la estructura y las superestructuras es el que hay que plantear y resolver exactamente para llegar a un análisis acertado de las fuerzas que operan en la historia de un cierto período, y para determinar su correlación. Hay que moverse en el ámbito de dos principios: 1) el de que ninguna sociedad se plantea tareas para cuya

---

<sup>20</sup> Una alusión a este elemento internacional "represivo" de las energías internas se encuentra en los artículos publicados por G Volpe en el *Corriere della Sera* del 22 y el 23 de marzo de 1932.

solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes, o no estén, al menos, en vías de aparición o desarrollo; 2) el de que ninguna sociedad se disuelve ni puede ser sustituida si primero no ha desarrollado todas las formas de vida implícitas en sus relaciones.<sup>21</sup> De la reflexión sobre esos dos cánones se puede llegar al desarrollo de toda una serie de otros principios de metodología histórica. Por de pronto, en el estudio de una estructura hay que distinguir entre los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) y los movimientos que pueden llamarse "de coyuntura" (y que se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura dependen también, por supuesto, de movimientos orgánicos, pero su significación no tiene gran alcance histórico; producen una crítica política minuta, al día, que afecta a pequeños grupos dirigentes y a las personalidades inmediatamente responsables del poder. Los fenómenos orgánicos producen una crítica histórico-social que afecta a las grandes agrupaciones, más allá de las personas inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente. Al estudiar un período histórico se presenta la gran importancia de esta distinción. Se tiene, por ejemplo, una crisis que a veces se prolonga durante decenios. Esa excepcional duración significa que se han revelado en la estructura contradicciones insanables (las cuales han llegado a madurez), y que las fuerzas políticas que actúan positivamente para la conservación y la defensa de la estructura misma se esfuerzan por sanarlas y superarlas dentro de ciertos límites. Esos esfuerzos incesantes y perseverantes (puesto que ninguna forma social confesará nunca que está superada) constituyen el terreno de lo "ocasional", en el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar (demostración que, en último análisis, sólo se consigue y es "verdadera" si se convierte en nueva realidad, si las fuerzas antagónicas triunfan, pero que en lo inmediato se desarrolla a través de una serie de polémicas ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., cuya concreción puede estimarse por la medida en la que consiguen ser convincentes y alteran la disposición preexistente de las fuerzas sociales) que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que puedan, y por tanto deban, resolver históricamente determinados problemas ("deban", porque todo incumplimiento del deber histórico aumenta el desorden existente y prepara catástrofes más graves).

El error en que a menudo se cae en los análisis histórico-políticos consiste en no saber hallar una relación justa entre lo que es orgánico y lo que es ocasional: así se llega a exponer como inmediatamente activas causas que lo son, en cambio, mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las causas eficientes únicas; en el primer caso se tiene el exceso de "economicismo" o de doctrinarismo pedante; en el otro, el exceso de "ideologismo"; en un caso se sobrestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento individualista e individual. La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y movimientos y hechos "coyunturales" u ocasionales tiene que aplicarse a todos los tipos de situación, no sólo a aquellos en los cuales ocurre un desarrollo regresivo o de crisis aguda, sino también a aquellos otros en los cuales se verifica un desarrollo progresivo y de

---

<sup>21</sup> "Una formación social no perece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas para las cuales es aún suficiente y nuevas y más altas relaciones de producción hayan ocupado su lugar, ni antes de que las condiciones materiales de existencia de estas últimas hayan germinado en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad se plantea siempre y sólo las tareas que puede resolver; si se observan las cosas atentamente, se hallará siempre que la tarea misma no surge sino donde las condiciones materiales de su solución existen ya, o se encuentran al menos en proceso de formación" (MARX, *Introducción a la Crítica de la economía política*).

prosperidad, así como a los de estancamiento de las fuerzas productivas. Difícilmente se establecerá de un modo exacto el nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y, por tanto, de investigación; y si el error es ya grave en la historiografía, lo será aún más en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia pasada, sino de construir la presente y la futura<sup>22</sup>; los propios deseos y las propias pasiones inferiores son la causa del error, porque sustituyen al análisis objetivo e imparcial, y eso ocurre no como "medio" consciente para estimular la acción, sino como autoengaño. También en este caso muerde la víbora al charlatán, o sea, el demagogo es la primera víctima de su demagogia.

Estos criterios metodológicos pueden cobrar visible y didácticamente toda su significación cuando se aplican al examen de hechos históricos concretos. Podría hacerse útilmente para los acontecimientos ocurridos en Francia entre 1789 y 1870. Me parece que, para mayor claridad de la exposición, es necesario abarcar todo ese período. Pues, efectivamente, sólo en 1870-71, con el intento de la Comuna, se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789, o sea, no sólo que la nueva clase que lucha por el poder derrota a los representantes de la vieja sociedad que no quiere confesarse decididamente superada, sino que además derrota a los grupos novísimos que consideran ya superada la nueva estructura nacida de la transformación iniciada en 1789, y así prueba que es vital frente a lo viejo y frente a lo novísimo. Además, en 1870-71 pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y táctica política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados ideológicamente en torno al 48 (los que se resumen en la fórmula de la "revolución permanente"; sería interesante estudiar qué parte de esa fórmula pasó a la estrategia de Mazzini --por ejemplo, por lo que hace a la insurrección de Milán de 1853--, y si ello ocurrió conscientemente o no). Un elemento que muestra el acierto de este punto de vista es el hecho de que los historiadores no están nada concordes (y es imposible que lo estén) al fijar los límites del grupo de acontecimientos que constituye la Revolución francesa. Para algunos (Salvemini, por ejemplo), la Revolución se consuma en Valmy: Francia ha creado el nuevo Estado y ha sabido organizar la fuerza político-militar que afirma y defiende la soberanía territorial del mismo. Para otros, la Revolución continúa hasta Termidor, y hasta hablan de varias revoluciones (el 10 de agosto sería una revolución independiente, etc.).<sup>23</sup> El modo de interpretar Termidor y la obra de Napoleón ofrece las contradicciones más ásperas: ¿se trata de revolución o de contrarrevolución? Para otros, la historia de la Revolución continúa hasta 1830, 1848, 1870 e incluso hasta la Guerra Mundial de 1914. Hay una parte de verdad en cada uno de esos modos de ver las cosas. Realmente las contradicciones internas de la estructura social francesa que se desarrollan a partir de 1789 no encuentran una composición relativa hasta la tercera República, y entonces Francia tiene sesenta años de

---

<sup>22</sup> El no haber considerado el momento inmediato de las "correlaciones" de fuerza está relacionado con los residuos de la concepción liberal vulgar, de la cual es una manifestación el sindicalismo que creía ser más adelantado mientras estaba dando un paso atrás. La concepción liberal vulgar, en efecto, al dar importancia a la correlación de las fuerzas políticas organizadas en las varias formas de partidos (lectores de periódicos, elecciones parlamentarias y locales, organizaciones de masa de los partidos y de los sindicatos en sentido estricto), estaba más adelantada que el sindicalismo, el cual concedía importancia primordial a la relación fundamental económico-social y sólo a ella. La concepción liberal vulgar tenía en cuenta implícitamente también esa relación (como se manifiesta en tantos indicios), pero insistía más en la correlación de las fuerzas políticas, que era expresión de la otra, y, en realidad, la contenía. Estos residuos de la concepción liberal vulgar se pueden identificar en toda una serie de estudios que se consideran dependientes de la filosofía de la práctica y han producido formas infantiles de optimismo y de estupidez.

<sup>23</sup> Cfr. *La Révolution française*, de A. Mathiez, en la colección A. Colin.

vida política equilibrada después de ochenta de agitaciones de onda cada vez más larga: 1789, 1794, 1799, 1804, 1815, 1830, 1848, 1870. Precisamente el estudio de esas "ondas" de diversa oscilación permite reconstruir las relaciones entre la estructura y las superestructuras, por una parte, y, por otra, entre el desarrollo del movimiento orgánico y el movimiento coyuntural de la estructura. Puede decirse, por de pronto, que la mediación dialéctica entre los dos principios metodológicos enunciados al comienzo de este apunte se puede descubrir en la fórmula político-histórica de la revolución permanente.

La cuestión que suele llamarse de las correlaciones de fuerza es un aspecto del mismo problema. A menudo se lee, en las narraciones históricas, la expresión genérica "correlaciones de fuerzas favorables, desfavorables a tal o cual tendencia". Así, abstractamente, esta formulación no explica nada, o casi nada, porque se limita a repetir el hecho que hay que explicar, presentándolo una vez como hecho y otra como ley abstracta y como explicación. El error teórico consiste, pues, en dar un canon de investigación y de interpretación como si él fuera la "causa histórica".

En la "correlación de fuerzas" hay que distinguir, por de pronto, varios momentos o grados, que son fundamentalmente éstos:

1) Una correlación de fuerzas sociales estrechamente ligada a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, y que puede medirse con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se tienen las agrupaciones sociales, cada una de las cuales representa una función y ocupa una posición dada en la producción misma. Esta correlación existe, simplemente: es una realidad rebelde; nadie puede modificar el número de las empresas o de sus empleados, el número de las ciudades con la correspondiente población urbana, etc. Esta división estratégica fundamental permite estudiar si en la sociedad existen las condiciones necesarias y suficientes para una transformación, o sea, permite controlar el grado de realismo y de actuabilidad de las diversas ideologías nacidas en su mismo terreno, en el terreno de las contradicciones que la división ha engendrado durante su desarrollo.

2) Un momento ulterior es la correlación de las fuerzas políticas, esto es: la estimación del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los varios grupos sociales. Este momento puede analizarse a su vez distinguiendo en él varios grados que corresponden a los diversos momentos de la conciencia política colectiva tal como se han manifestado hasta ahora en la historia. El primero y más elemental es el económico-corporativo: un comerciante siente que debe ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se siente aún solidario con el fabricante; o sea: se siente la unidad homogénea y el deber de organizarla, la unidad del grupo profesional, pero todavía no la del grupo social más amplio. Un segundo momento es aquel en el cual se conquista la conciencia de la solidaridad de intereses de todos los miembros del grupo social, pero todavía en el terreno meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el sentido de aspirar a conseguir una igualdad jurídico-política con los grupos dominantes, pues lo que se reivindica es el derecho a participar en la legislación y en la administración, y acaso el de modificarlas y reformarlas, pero en los marcos fundamentales existentes. Un tercer momento es aquel en el cual se llega a la conciencia de que los mismos intereses corporativos propios, en su desarrollo actual y futuro, superan el ambiente corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados.

Esta es la fase más estrictamente política, la cual indica el paso claro de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en la cual las ideologías antes germinadas se hacen "partido", chocan y entran en lucha, hasta que una sola de ellas, o, por lo menos, una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no ya en un plano corporativo, sino en un plano "universal", y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado se concibe, sin duda, como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables a la máxima expansión de ese grupo; pero ese desarrollo y esa expansión se conciben y se presentan como la fuerza motora de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales", o sea: el grupo dominante se coordina concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal se concibe como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (dentro del ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los cuales los intereses del grupo dominante prevalecen, pero hasta cierto punto, no hasta el nudo interés económico-corporativo.

En la historia real esos momentos se implican recíprocamente, horizontal y verticalmente, por así decirlo, o sea, según las actividades económicas sociales (horizontales) y según los territorios (verticales), combinándose y escindiéndose por modos varios; cada una de esas combinaciones puede representarse en una propia expresión organizada económica y política. Pero aún hay que tener en cuenta que con esas relaciones internas de un Estado-nación se entrelazan las relaciones internacionales, creando nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología nacida en un país desarrollado se difunde en países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de combinaciones.<sup>24</sup>

Esta correlación entre fuerzas internacionales y fuerzas nacionales se complica todavía más por la existencia, dentro de cada Estado, de numerosas secciones territoriales de varia estructura y diversas correlaciones de fuerzas de todos los grados (así, por ejemplo, la Vendée estaba aliada con las fuerzas internacionales reaccionarias y las representaba en el seno de la unidad territorial francesa, y Lyon representaba, en la Revolución, un particular nudo de correlaciones, etc.).

3) El tercer momento es el de la correlación de las fuerzas militares, que es el inmediatamente decisivo en cada caso. (El desarrollo histórico oscila constantemente entre el primer y el tercer momento, con la mediación del segundo.) Pero tampoco éste es indistinto ni identificable inmediatamente de una forma esquemática, sino que también en él se pueden distinguir dos grados: el militar en sentido estricto, o técnico-militar, y el grado que puede llamarse político-militar. En el desarrollo de la historia esos dos grados se han presentado con una gran variedad de combinaciones. Un ejemplo típico, que puede

---

<sup>24</sup> La religión, por ejemplo, ha sido siempre una fuente de esas combinaciones ideológico-políticas nacionales e internacionales, y, con la religión, también las demás formaciones internacionales, la masonería, el Rotary Club, los hebreos, la diplomacia de carrera, que sugieren expedientes políticos de orígenes históricos diversos y los llevan al triunfo en determinados países, funcionando como partido político internacional que actúa en cada nación con todas sus fuerzas internacionales concentradas; una religión, masonería, el Rotary, los hebreos, etc., pueden incluirse en la categoría "intelectuales", cuya función consiste, a escala internacional, en mediar entre los extremos, "socializar" los hallazgos técnicos que permiten funcionar a las actividades de dirección, arbitrar compromisos y vías de salida entre las soluciones extremas.

servir como paradigma-límite, es el de la relación de opresión militar de un Estado sobre una nación que esté intentando conseguir su independencia estatal. La relación no es puramente militar, sino político-militar, y, efectivamente, un tipo de opresión así sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y sin la pasividad de su mayoría; por tanto, no podrá conseguirse la independencia con fuerzas puramente militares, sino que harán falta fuerzas militares y político-militares. Pues si la nación oprimida tuviera que esperar, para empezar la lucha por la independencia, a que el Estado hegemónico le permitiera organizarse su propio ejército en el sentido estricto y técnico de la palabra, podría echarse a dormir (puede ocurrir que la reivindicación de contar con un propio ejército sea admitida por la nación hegemónica, pero eso significará que una gran parte de la lucha habrá sido ya combatida y ganada en el terreno político-militar). La nación oprimida opondrá, por tanto, inicialmente a la fuerza militar hegemónica una fuerza sólo "político militar", esto es, le opondrá una forma de acción política que tenga la virtud de determinar reflejos de carácter militar, en el sentido: 1) de que tenga eficacia suficiente para disgregar íntimamente la eficacia bélica de la nación hegemónica, y 2) que obligue a la fuerza militar hegemónica a diluirse y dispersarse por un gran territorio, anulando así su eficacia bélica. En el *Risorgimento* italiano puede observarse la desastrosa falta de dirección político-militar, especialmente en el Partito d'Azione (por incapacidad congénita), pero también en el partido piemontés-moderado, igual antes que después de 1848, y no por incapacidad, ciertamente, sino por "maltusianismo económico-político", o sea, porque no quería aludir siquiera a la posibilidad de una reforma agraria ni convocar una asamblea nacional constituyente, sino que tendía simplemente a conseguir que la monarquía piemontesa se extendiera por toda Italia sin condiciones ni limitaciones de origen popular, con la mera sanción de los plebiscitos regionales.

Otra cuestión relacionada con las anteriores consiste en ver si las crisis históricas fundamentales están determinadas inmediatamente por las crisis económicas. La respuesta a esta cuestión está implícitamente contenida en los párrafos anteriores, donde se tratan cuestiones que son otra manera de presentar la ahora suscitada; pero siempre es necesario, por razones didácticas y dado el público particular, examinar cada modo de presentarse una misma cuestión, como si fuera un problema independiente y nuevo. Puede excluirse que las crisis económicas inmediatas produzcan por sí mismas acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable para la difusión de ciertos modos de pensar, de plantear y de resolver las cuestiones que afectan a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal. Por lo demás, todas las afirmaciones relativas a los períodos de crisis o de prosperidad pueden provocar juicios unilaterales. En su compendio de historia de la Revolución francesa, Mathiez, oponiéndose a la historia vulgar tradicional que "descubre" apriorísticamente una crisis en coincidencia con las grandes rupturas del equilibrio social, afirma que hacia 1789 la situación económica era más bien buena en lo inmediato, por lo cual no se puede decir que la catástrofe del Estado absoluto se haya debido a una crisis de pauperización. Hay que observar que el Estado estaba sometido a una crisis financiera mortal, por lo que se planteaba la cuestión de cuál de los tres órdenes sociales privilegiados iba a tener que soportar los sacrificios y los pesos inevitables para poner de nuevo a flote las haciendas estatal y real. Además, aunque la posición económica de la burguesía era sin duda floreciente, no ocurría, por supuesto, lo mismo por lo que hace a la situación de las clases populares de la ciudad y del campo, las últimas de las cuales estaban atormentadas por una miseria endémica. En cualquier caso, la ruptura del equilibrio de fuerzas no ocurrió

por causas mecánicas inmediatas de pauperización del grupo social que estaba interesado en romper el equilibrio y que de hecho lo rompió, sino que ocurrió en el marco de conflictos superiores al mundo económico inmediato, relacionados con el "prestigio" de clase (intereses económicos futuros) y con una exasperación del sentimiento de independencia, de autonomía y de poder. La particular cuestión del malestar o bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial del problema de la correlación de fuerzas en sus varios grados. Pueden producirse novedades ya porque una situación de bienestar quede amenazada por el nudo egoísmo de un grupo adversario, ya porque el malestar se haya hecho intolerable y no se vea en la vieja sociedad ninguna fuerza capaz de mitigarlo y de restablecer una normalidad con medios legales. Por tanto, se puede decir que todos esos elementos son manifestación concreta de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las correlaciones sociales de fuerza, en cuyo terreno se produce el paso de esas correlaciones sociales a correlaciones políticas de fuerza, para culminar en las correlaciones militares decisivas.

Si ese proceso de desarrollo se detiene en un determinado momento (y se trata esencialmente de un proceso que tiene por actores a los hombres, a la voluntad y la capacidad de los hombres), la situación dada es inactiva y pueden producirse conclusiones contradictorias: la vieja sociedad resiste y se asegura un período de "respiro", exterminando físicamente a la *élite* adversaria y aterrorizando a las masas de reserva; o bien se produce la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto, con la instauración de la paz de los cementerios, que puede incluso estar bajo la vigilancia de un centinela extranjero.

Pero la observación más importante que hay que hacer a propósito de todo análisis concreto de las correlaciones de fuerzas es la siguiente: que esos análisis no pueden ni deben ser fines de sí mismos (a menos que se esté escribiendo un capítulo de historia pasada), sino que sólo cobran significación si sirven para justificar una actividad práctica, una iniciativa de la voluntad. Los análisis muestran cuáles son los puntos de menor resistencia a los que pueden aplicarse con más fruto las fuerzas de la voluntad, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede plantear mejor una campaña de agitación política, qué lenguaje será mejor comprendido por las muchedumbres, etcétera. El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde mucho tiempo antes, la cual puede ser lanzada hacia adelante cuando se juzga que una situación es favorable (y será favorable sólo en la medida en que exista una fuerza así y esté llena de ardor combativo); por eso la tarea esencial consiste en curarse sistemática y pacientemente de formar, desarrollar, homogeneizar cada vez más y hacer cada vez más compacta y consciente de sí misma a esa fuerza. Esto se comprueba en la historia militar y en la atención con la cual se ha preparado siempre a los ejércitos para empezar una guerra en cualquier momento. Los grandes Estados han sido grandes precisamente porque estaban en cualquier momento preparados para intervenir eficazmente en las coyunturas internacionales favorables, y éstas eran favorables para ellos porque los grandes Estados tenían la posibilidad concreta de insertarse eficazmente en ellas. (C. XXX; M. 40-50; son dos apuntes.)

A propósito de las comparaciones entre los conceptos de guerra de movimiento y guerra de posición en el arte militar y los conceptos correlativos en el arte político, hay que recordar el librito de Rosa [148 Rosa Luxemburg, *La huelga general.*], traducido al italiano en 1919 por C. Alessandri (tradujo del francés).

En el librito se teorizan un poco precipitada y hasta superficialmente las experiencias históricas de 1905: pues Rosa descuidó los elementos "voluntarios" y organizativos que en aquellos acontecimientos fueron mucho más numerosos y eficaces de lo que ella tendía a creer, por cierto prejuicio suyo "economicista" y espontaneista. De todos modos, ese librito (y otros ensayos de la misma autora) es uno de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de movimiento aplicada al arte político. El elemento económico inmediato (crisis, etcétera) se considera como la artillería de cerco que abre en la guerra una brecha en la defensa enemiga, rotura suficiente para que las tropas propias irrumpieran dentro y obtengan un éxito definitivo (estratégico) o, por lo menos, un éxito importante según la orientación de la línea estratégica. Como es natural, en la ciencia histórica la eficacia del elemento económico inmediato se considera mucho más compleja que la de la artillería pesada en la guerra de maniobra o movimiento, porque este elemento se concebía como origen de un efecto doble: 1) el de abrir brecha en la defensa enemiga tras haber desorganizado al enemigo mismo, haciéndole perder la confianza en sí, en sus fuerzas y en su porvenir; 2) el de organizar vertiginosamente las tropas propias, crear los cuadros o, por lo menos, poner inmediatamente en su puesto de encuadramiento de las tropas dispersas a los cuadros propios (elaborados hasta entonces por el proceso histórico general); 3) el de crear inmediatamente la concentración ideológica de identidad con la finalidad buscada. Era ésta una forma de férreo determinismo economicista, con el agravante de que sus efectos se creían rapidísimos en el tiempo y en el espacio; por eso se trataba de un misticismo histórico propiamente dicho, expectativa de una especie de fulguración milagrosa.

La observación del general Krasnov en su novela, según la cual la Entente (que no deseaba una victoria de la Rusia imperial para que no se resolviera definitivamente a favor del zarismo la cuestión oriental) impuso al Estado Mayor ruso la guerra de trincheras (absurda, dada la enorme extensión del frente desde el Báltico al Mar Negro, con grandes zonas pantanosas y de bosque), mientras que la única posibilidad era la guerra de maniobra, es una afirmación pura y simplemente estúpida. En realidad el ejército ruso intentó la guerra de movimiento y de rotura del frente, sobre todo en el sector austriaco (pero también en la Prusia oriental), y tuvo éxitos brillantísimos, aunque efímeros. La verdad es que no se puede elegir la forma de guerra que se quiere practicar, a menos que uno tenga desde el primer momento una superioridad aplastante sobre el enemigo, y son sabidas las enormes pérdidas que costaron la obstinación de los Estados Mayores en no reconocer que la guerra de posiciones quedaba "impuesta" por la correlación general de las fuerzas en pugna. Pues la guerra de posiciones no consta sólo, en efecto, de las trincheras propiamente dichas, sino de todo el sistema organizativo e industrial del territorio que se encuentra a espaldas del ejército de combate, y la imponen especialmente el tiro rápido de los cañones, de las ametralladoras, de los mosquetones, y la concentración de armas en un determinado punto, así como la abundancia de suministro, que permite sustituir rápidamente el material perdido a raíz de un hundimiento del frente y una retirada. Otro elemento es la gran masa de hombres que intervienen en las formaciones de primera línea, de valor muy desigual y que, precisamente por eso, tienen que actuar como masa. Así se ha visto cómo en el frente oriental una cosa era irrumpir en el sector alemán y otra irrumpir en el austriaco, y que incluso en el sector austriaco, una vez reforzado por tropas alemanas elegidas y mandado por alemanes, la táctica de asalto se saldó con un desastre. Lo mismo se vio en la guerra polaca de 1920, cuando el avance que parecía irresistible fue detenido ante Varsovia por el

general Weygand al llegarse a la línea mandada por oficiales franceses. Los mismos técnicos militares, ahora obsesionados por la guerra de posición igual que antes lo estaban por la de movimiento, niegan que este tipo tenga que considerarse eliminado de la ciencia de la guerra; sólo que en las guerras entre los Estados más adelantados industrialmente y en civilización, la guerra de movimiento tiene que considerarse como reducida ya a una función táctica más que estratégica, o sea, a la posición en que antes se encontraba la guerra de asedio respecto de la de maniobra.

La misma reducción hay que practicar en el arte y en la ciencia de la política, al menos por lo que hace a los Estados más adelantados, en los cuales la "sociedad civil" se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a los "asaltos" catastróficos del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras de la guerra moderna. Así como en ésta ocurría que un encarnizado ataque artillero parecía haber destruido todo el sistema defensivo del adversario, cuando en realidad no había destruido más que la superficie externa, de modo que en el momento del asalto los asaltantes se encontraban con una línea defensiva todavía eficaz, así también ocurre en la política durante las grandes crisis económicas; ni las tropas asaltantes pueden, por efecto mero de la crisis, organizarse fulminantemente en el tiempo y en el espacio ni --aun menos-- adquieren por la crisis espíritu agresivo, y en el otro lado, los asaltados no se desmoralizan ni abandonan las defensas, aunque se encuentren entre ruinas, ni pierden la confianza en su propia fuerza y en su propio porvenir. Es verdad que las cosas no quedan como estaban antes de la crisis económica, pero no se tiene ya el elemento de rapidez, de aceleración de tiempo, de marcha progresiva definitiva, como lo esperarían los estrategas del cadornismo político [149].

149 El general Cadorna fue el jefe del Estado Mayor del Ejército italiano durante la Primera Guerra Mundial. La crítica militar posterior ha tendido a salvar las concepciones estratégicas del general, probablemente por motivos políticos. Gramsci aplica el término "cadornismo político" a la visión mística, extremista y economicista de la huelga general porque se atiene, verosímilmente, a la estimación popular de la estrategia de Cadorna como una irresponsable expectativa, a la vez eufórica e inerme, de la autodestrucción (batalla de Caporetto).

El último hecho de este tipo en la historia de la política han sido los acontecimientos de 1917. Ellos han marcado un giro histórico decisivo en el arte y en la ciencia de la política. Se trata, pues, de estudiar con "profundidad" cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden a los sistemas de defensa de la guerra de posición. Se escribe aquí intencionadamente "con profundidad", porque esas cuestiones han sido ya estudiadas, pero desde puntos de vista superficiales y triviales, al modo cómo ciertos historiadores del vestido estudian las extravagancias de la moda femenina, o bien desde un punto de vista "racionalista", o sea, con la convicción de que ciertos fenómenos se destruyen en cuanto que se explican "con realismo", como si fueran supersticiones populares (las cuales, por lo demás, tampoco se destruyen con sólo explicarlas). (C. XXX; M. 65-67.)

## COMENTARIO

### Las condiciones de la acción revolucionaria

La política no es voluntarismo, sino fuerzas vivas que pugnan en un determinado escenario. En ese sentido, es fundamental desde la izquierda ser capaces de analizar los posibles contextos en base a las correlaciones de fuerza presentes en ellos.

Marta Harnecker señala que la política revolucionaria consiste en aquella que a partir de un análisis de la correlación de fuerzas del momento, es capaz de plantearse la construcción de un nuevo escenario, es decir, de modificar la correlación de fuerzas. Esto, en contraposición a la política reformista, la cual sólo considera el escenario actual de las fuerzas, fijando sus márgenes de acción dentro de esos límites.

Gramsci, por su parte, distingue entre distintos tipos de correlaciones de fuerzas, las cuales tienen cierta dependencia entre ellas. Intentaremos desarrollar la situación en Chile a modo de ejemplo.

*Correlaciones de fuerza internacionales:* Nuestro continente ha sido visto con particular cuidado por los EEUU, dados sus afanes imperialistas y de orden del neoliberalismo internacional. Es por eso que la emergencia de proyectos alternativos en Latinoamérica resulta fundamental a la hora de determinar las posibilidades de avance para nuestro país en esa dirección. También resulta fundamental la agrupación de nuestras naciones en organismos de coordinación sin la presencia de los Estados Unidos, lo que fortalece la soberanía.

*Correlación de fuerzas sociales objetivas:* Chile ha tenido transformaciones importantes en su matriz productiva tras la dictadura. El proceso industrializador fue detenido y nuestra economía está hoy mayoritariamente concentrada en el sector terciario, siendo ese sector de la clase trabajadora el mayoritario. Es fundamental la reflexión de cómo acercar a estos sectores a la política a la hora de profundizar procesos de transformación.

*Correlación de fuerzas políticas:* Los niveles de organización de la clase trabajadora están hoy muy por debajo de los del empresariado. Asimismo, la penetración de este sector social en la política institucional es muy importante, incluso los partidos tradicionalmente de izquierda cuentan en su interior con miembros con fluidos nexos con empresarios, lo que implica una capacidad de los sectores dominantes de determinar las decisiones que se adoptan. En el plano de la clase trabajadora, las organizaciones están debilitadas, aunque el resquebrajamiento del consenso neoliberal ha implicado un relativo fortalecimiento de ellas. Los movimientos sociales son hoy un actor fundamental, por su capacidad de aglutinar a sectores sociales diversos y representan un fortalecimiento de sectores oprimidos, aunque aún eso no termina de consolidarse en una alternativa política propia.

Gramsci señala la relación existente entre la estructura económica y la superestructura, la cual consiste en todos los elementos políticos, ideológicos y culturales de una determinada sociedad. El resquebrajamiento de la hegemonía neoliberal producto de nuevos sectores sociales que aparecen en el debate público y sus demandas que cuestionan este modelo, muestran la posibilidad de configurar una transformación importante en nuestro país. El autor señala que ninguna sociedad se plantea desafíos para los cuales no tenga ya la solución o ésta no se encuentre germinando. Este resquebrajamiento, ¿representa un movimiento orgánico o coyuntural a la luz de lo señalado en el texto? Pareciese ser que corresponde a lo primero, puesto que el cuestionamiento hoy instalado en Chile no afecta sólo a personas inmediatamente responsables del poder, sino que más bien, al particular sistema que ciertas agrupaciones sociales defienden. Cabe señalar, eso sí, que esto no implica que el neoliberalismo esté derrotado, sino que existe la posibilidad de que el cuestionamiento actual derive en la superación de éste en proyectos alternativos de desarrollo.

## **CAPITULO III HISTORIA DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE**

## **BREVE HISTORIA DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE: LA PRIMERA ÉPOCA (1933-1970)**

Francisco Melo Contreras

### **Introducción**

El siguiente trabajo es un humilde y pequeño acercamiento a la historia del Partido Socialista de Chile<sup>25</sup>. De este modo, es una investigación que se inmiscuye escuetamente en los vaivenes del “Partido de Allende”, en sus fundamentaciones teóricas y en los diversos postulados ideológicos que ha tenido en su historia política. Es así que principalmente nos enfocaremos en el contexto de fundación del PS, en las distintas alianzas políticas en que participó, desde el Block de Izquierda, formado hacia fines de 1934, hasta la Unidad Popular, constituida en 1969. Son estos procesos políticos y sociales los que configuraron la identidad y especificidades del socialismo chileno, permitiéndonos tener una mayor comprensión de su vínculo con el sistema político, la democracia, los procesos revolucionarios que acontecieron en el mundo y el pensamiento socialista en sus diversas variantes.

En primer lugar cabe destacar que el PS a lo largo de su historia ha sido un partido marcado por una singular impronta heterogénea, forjando sus lineamientos ideológico-estratégicos en virtud de los diversos contextos sociales y políticos en que se fue desarrollando. De este modo, podemos destacar en la historia del socialismo tres periodos: el primero va desde sus antecedentes inmediatos (principalmente la efímera República Socialista de junio de 1932), pasando por su fundación hasta el mayor quiebre interno que sufrió (1932-1948). Dicho periodo se destaca por su heterogeneidad y amplitud teórica, aunque situado siempre como partido a la izquierda del sistema político y arraigado en las definiciones más clásicas de su pensamiento afín. De esta primera etapa cabe destacar que el Partido Socialista comprendió y utilizó el pensamiento marxista como un método de interpretación de la realidad *“enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social”*, lo cual le permitió a su vez mantener cierta cercanía con los movimientos políticos de carácter “nacional-popular” que se desarrollaba

---

<sup>25</sup> Para esta investigación utilizamos principalmente la siguiente bibliografía: de Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile. Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971; Casanueva, Fernando y Fernández, Canque. El Partido Socialista y la Lucha de clases en Chile. Ed. Quimantú, Santiago, 1973; Drake, Paul. Socialismo y Populismo. Chile (1936-1973). Eds. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1992; Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX. Editorial Plaza y Valdés/ Universidad Autónoma Metropolitana, 1° ed. México, DF. 2007; Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada. CIEPLAN-HACHETE, 1° ed. Santiago, 1991; Ortiz, Claudio. Al encuentro de la ilusión. Aspectos de la influencia de la revolución cubana en el Partido Socialista chileno 1959-1965. Tesis para optar el grado de Licenciatura en Historia, PUC, Santiago, 1996; Ortiz, Edison. El Socialismo chileno de Allende a Bachelet (1973-2005). Ed. Alerce, Santiago, 2007; Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956-1970. Editorial LOM, 1°ed, Santiago, 2010; Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo. Memoria de la izquierda chilena. 2 tomos. Editorial B, Santiago, 2003.

en otras latitudes de Latinoamérica. Es en este periodo además donde el PS prontamente tuvo su primera aproximación al “poder”, participando de los gobiernos del Frente Popular, gobernantes desde 1938, participando como partido a través de algunos ministerios, lo que provocó fuertes pugnas internas a favor y en contra de esta etapa calificada de “colaboración de clases” por la militancia detractora, es decir que abandonaba su vocación “revolucionaria” puesto que dicho Frente político tenía un carácter multclasista, con hegemonía de las clases medias, conduciendo al Partido a tres rupturas en sólo 15 años. De éstas fue la última, ocurrida en 1948, la más relevante ya que el Partido comenzó a vivir una verdadera “expurgación” de aquellos “contenidos”, tanto en un plano teórico como de parte de su militancia, que lo tornaban confuso y errático. Las figuras de Raúl Ampuero, líder de la Federación Juvenil Socialista, y de Eugenio González, gran pensador y teórico socialista, tomaron especial relevancia en dicho proceso.

El segundo es un periodo que va desde la formación del Partido Socialista Popular, que agrupó al tronco histórico del PS luego de la escisión de 1948, pasando por su reunificación en 1957, hasta el Congreso de Chillán de 1967. Es en este periodo en que el Partido asumió una posición abiertamente autocrítica de sus primeros años de existencia política y se abrió a replantearse política e ideológicamente, buscando una “purificación” conceptual en el que el marxismo se constituía en su matriz teórica por excelencia. Empero, es al mismo tiempo un periodo de consolidación de su “autonomía” ideológica en cuanto al abierto rechazo de este Partido de abrazar algún “centro ideológico internacional”, ya sea la socialdemocracia de Europa Occidental o el comunismo soviético. Su postura es abiertamente nacional y latinoamericanista, aun cuando, como veremos, las influencias externas siempre serán importantes en la historia del socialismo criollo. Además, este periodo es importante porque se forja la tesis del “Frente de Trabajadores”, producto de la visión crítica que el PS le otorgaba a su colaboración en los Frentes Populares hegemonizados por el radicalismo, lo cual lo llevó a desconfiar de cualquier alianza con los partidos representativos de la “burguesía nacional”, por lo que todas sus energías se vieron centradas en una alianza clasista entre los “partidos obreros”. De este modo, fue un periodo de continua radicalización al menos teórica del Partido Socialista de Chile. Sin embargo, en la práctica, tuvo un derrotero acentuadamente electoral, siendo la figura de Salvador Allende, candidato presidencial desde 1952, su máxima expresión, puesto que además este eximio líder sintetizó en su figura un “contrapunto” a la política oficial del PS en estos años. Esta etapa culminó posteriormente a la derrota de Salvador Allende en la elección presidencial de 1964 a manos del demócratacristiano Eduardo Frei Montalva, lo cual agudizó aún más las contradicciones y las críticas internas dentro del Partido Socialista, las que terminaron transformándose en hegemónicas en el XXII Congreso General Ordinario efectuado en Chillán en el año 1967 en donde se definió, entre otros puntos, al Partido Socialista como un partido marxista-leninista, que asumía la violencia revolucionaria como “inevitable y legítima”, declarando por tanto que las formas pacíficas o legales de lucha “no conducen por sí mismas al poder”.

El último periodo recorre desde dicho Congreso General Ordinario, el gobierno de la Unidad Popular y el Golpe de Estado, hasta el quiebre en dos grandes sectores socialistas de 1979 que define, finalmente, la naturaleza del socialismo, de la izquierda y de la política chilena hasta hoy. Es un periodo marcado por las ambigüedades entre las posturas del PS y su puesta en práctica, que se sintetizaron finalmente en el Golpe de Estado y el destape de estas contradicciones internas del socialismo en el contexto. En este sentido, se abrió un proceso profundo y complejo de crítica y autocrítica dentro de un partido político que optó en 1967 por el marxismo-leninismo como su corriente ideológica oficial. Es así que el PS optaba por formar una estructura interior acorde a sus definiciones, es decir rígida, contraria a las facciones caudillistas o ideológicas. Sin embargo efectuado el Golpe de Estado de 1973 y siendo el PS, al igual que el resto de la izquierda, ilegalizado, perseguido y reprimido con ferocidad, refloreció desde su militancia todo aquello que se deseaba corregir. Ello llevó a que el Partido Socialista se viera enfrascado en amplias y complejas discusiones teóricas, políticas e incluso bizantinas, que fueron a su vez estableciendo notorias facciones que expresaban la heterogeneidad histórica del socialismo chileno. Expresión de ello fue que Carlos Altamirano Orrego, secretario general de este partido desde 1971, junto a dirigentes socialistas adictos a su liderazgo, los cuales en virtud del exilio sufrido se habían instalado en Alemania Oriental o en otras latitudes de la Europa occidental, desarrollaron un trascendental proceso reflexivo acerca de los cimientos teóricos, y por tanto políticos, del socialismo chileno hasta ese entonces. Es lo que hoy conocemos como “Renovación Socialista” la cual se enmarcó en un proceso de profundas divisiones en la orgánica del socialismo chileno y que por la naturaleza de este documento no alcanzaremos a revisar, al menos explícitamente.

## **1. Contexto de fundación: Decadencia de la oligarquía y despliegue de una nueva alternativa de izquierda en el Chile de la década de 1930.**

### **a) La República Socialista de los doce días.**

Los antecedentes a la formación del Partido Socialista de Chile en abril de 1933, estuvieron marcados en primer lugar por la recuperación de la democracia en Chile posterior a la crisis económica que azotó al mundo, y en particular a nuestro país, desde 1929 (conocida como la Gran Depresión). En este sentido, dicha crisis económica generó una seria crisis social que produjo una creciente movilización social y estudiantil de la época que puso en jaque a la dictadura del caudillo militar Carlos Ibáñez del Campo, el cual finalmente renunció a su cargo en 1931. A este hecho, lo sucedió un periodo de gran inestabilidad institucional y política, entre las que se contaron la conocida sublevación de la Escuadra de Chile entre fines de agosto y principios de septiembre de 1931 y que acaeció bajo el corto mandato del sucesor del dictador, el radical Juan Esteban Montero, y la instauración de una breve, pero muy relevante (aún más para nuestra historia), “República Socialista” hacia mediados de 1932. Sin embargo, posterior a estos álgidos acontecimientos, asumió su segundo mandato Arturo Alessandri Palma y el sistema político chileno logró una honda estabilidad por largas cuatro décadas.

En este mismo contexto se consolidaba el fin del Estado Oligárquico, dando paso a uno de carácter mesocrático, basado en una seria aspiración desarrollista en lo económico. Dicha aspiración se forjó debido al colapso de la economía monoexportadora chilena en el contexto de la crisis económica de 1929 que azotó a todo el mundo y en particular a este país, lo que generó que se buscara la posibilidad de fomentar una economía más estable y menos dependiente de los vaivenes de la economía internacional. De ese modo, desde los Gobiernos del Frente Popular se consolidó el sistema de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), o de desarrollo “hacia dentro”, a través de la fundación de la CORFO (Corporación de Fomento de la Producción) en 1939, con el apoyo de todos los sectores políticos, cuyo objetivo básico fue la estimulación con recursos financieros y mediante la participación privada, la creación tanto de empresas básicas y de carácter intermedio que pudieran dar inicio a este sistema ISI. Este sistema “desarrollista” se prolongó desde los gobiernos frentistas, sorteando con altos y bajos el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo y el del derechista Jorge Alessandri, recobrando mayor vigencia en el gobierno reformista de Eduardo Frei Montalva y el del socialista Salvador Allende. A esto se le sumó el importante ascenso y consolidación de las clases medias, ya sea como consecuencia del proceso industrializador, como la ampliación del Estado y el mayor acceso a la educación, como también por el predominio de los partidos políticos que la representaban, particularmente el Partido Radical y en mucho menor medida el PS,

teniendo acceso fluido a las estructuras del Estado y a sus puestos de trabajo<sup>26</sup>. De esta forma el Partido Socialista de Chile se inscribió en este amplio y complejo marco histórico. Y es a su vez, fue parte de los resultados de las crisis y tensiones propias de una época que decaía y una que comenzaba.

En este sentido, el PS tiene su antecedente fundamental en la “República Socialista” del 4 de junio de 1932. Dicha “República...” fue un experimento político que surgió mediante un putsch cívico-militar que dio fin al gobierno de Esteban Montero y que forma parte de las “soluciones posibles” ante el dificultoso estado de cosas en el país a comienzo de la década del 30 del siglo pasado. En estos años se articularon con creciente relevancia en todo el país ideas progresistas ajenas a la tradición comunista, cuya organización política, el Partido Comunista (PC), se hallaba subsumida en un conato interno entre el ala “estalinista” (dirigida por Elías Lafferte) versus una de corte “trotskista” (liderada por Manuel Hidalgo), disputa que por lo demás poco y nada era comprendida por la sociedad chilena. Esta tradición ajena a la que hacemos mención es la *socialista*. Y en este caso, como plantea gráficamente el investigador Paul Drake era un “socialismo con uniforme”, puesto que el líder de esta efímera República Socialista era el caudillo militar Marmaduke Grove, el cual ese lejano 4 de junio de 1932 “*se transformó de la noche a la mañana, en “el caudillo socialista”*”<sup>27</sup>. Este líder militar, que se desempeñaba como Comodoro del Aire de las Fuerza Aérea de Chile (FACH), le entregó al socialismo chileno desde un comienzo una importante ligazón con los sectores populares por su notable ascendencia en éstos<sup>28</sup>. Además de Grove, también lideraron este efímero gobierno de doce días Eugenio Matte-Hurtado, que había renunciado durante esos días a su cargo de Gran Maestro de la Masonería Chilena, Óscar Schnake y Eugenio González Rojas, los cuales ya tenían una vasta experiencia en política dado que ambos formaron parte de los grupos anarquistas de los años veinte como también por su participación en las organizaciones estudiantiles (por ejemplo, ambos fueron presidentes de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, FECH).<sup>29</sup>

---

<sup>26</sup> Edison, Ortiz. El socialismo chileno de Allende a Bachelet (1973-2005). Ed. Alerce, Santiago, 2007. Págs. 182-186. Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada. CIEPLAN-HACHETE, 1° ed. Santiago, 1991, pág. 129-130. Drake, Paul. Socialismo y Populismo. Chile (1936-1973). Eds. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1992 Pág. 30-53

<sup>27</sup> Drake, Paul. Socialismo y Populismo; Op. cit. pág. 57

<sup>28</sup> Belarmino Elgueta, dirigente socialista desde la década del 40 del siglo pasado planteó que “La personalidad de Grove destacó, desde su juventud, como la de un rebelde y revolucionario por sus osadas actuaciones tanto en la juventud militar en los años veinte, como en la lucha contra la dictadura y por el socialismo en los años treinta, adquirió un carisma especial. A la ideología revolucionaria, Grove agregó su magnetismo personal, atrayendo a las multitudes hacia el nuevo partido”. En: Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX. Editorial Plaza y Valdés/ Universidad Autónoma Metropolitana, 1° ed. México, DF. 2007, pág. 123.

<sup>29</sup> “Schnake se incorporó con entusiasmo y coraje a la lucha y se dio a conocer desde el año 1919 como un notable agitador desde los cuadros de la I.W.W. en cuyo seno realizó una vasta acción revolucionaria. Estudió medicina y actuó en las huestes de la Federación de Estudiantes de Chile, organismo que cumplía un rol de gran trascendencia en las batallas sociales de la época. Fue elegido presidente de la FECH, pero

Finalmente, los principales líderes de la República Socialista, como Grove y Matte-Hurtado, son expulsados del gobierno. Ello ocurrió principalmente porque este particular gobierno se compuso de una mixtura de dirigentes y militares proclives a otras personalidades políticas, como es el caso de Carlos Dávila, miembro de la Junta de Gobierno de la República Socialista y adicto al ibañismo, y otros grupos próximos al ex presidente Arturo Alessandri, habiéndose hecho parte de la nueva administración por fines meramente oportunistas<sup>30</sup>. De este modo los dos líderes socialistas fueron definitivamente relegados a la isla de Pascua. En estos parajes llegaron a la conclusión de que una de las mayores debilidades de la República Socialista fue el no contar con un gran partido obrero que hubiera entregado una importante base de respaldo a las transformaciones que se buscaban, por lo que la fundación de un partido con dichas características era una tarea inmediata<sup>31</sup>. A pesar de ello, Grove, aún desterrado en la Isla de Pascua, fue inscrito por otras organizaciones filo-socialistas como candidato a las elecciones presidenciales del 30 de octubre de 1932<sup>32</sup>, alcanzando el segundo lugar, detrás de Arturo Alessandri Palma, lo cual confirmaba que la República Socialista había calado hondamente en una amplia parte de la población y, en particular, que la figura del “caudillo socialista” contaba con un enorme respaldo popular.

Sin embargo, ¿cuáles eran las ideas que contenía esta efímera República Socialista, de doce días, y la primera de su tipo en América?, ¿era acaso un socialismo afín con los postulados soviéticos? Y si no era ése el caso ¿desde dónde se situaba el socialismo que propugnaban sus líderes derrocados? Para ello, veremos qué nos plantean distintos autores sobre estos tópicos.

Ignacio Walker nos dice que en bajo el marco general de la crisis oligárquica fue que “surgió en Chile un socialismo con un importante elemento populista, de signo antioligárquico y antiimperialista”<sup>33</sup>, siendo su componente nacional-popular lo que habría atraído a las masas populares a éste. Así, el Programa de Acción Inmediata propuesto por la Junta de Gobierno de la República Socialista recogería distintas aspiraciones de dicho contexto convulso en un “tono claramente antioligárquico y antiimperialista”, de ese modo las *“ideas socialistas emergentes en este período (...) deben entender como la expresión de*

---

*renunció a su cargo en virtud de sus convicciones anarquistas”*. En: Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile. Tomo I. Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971, pág. 106.

<sup>30</sup> Belarmino Elgueta plantea que dentro del movimiento que dio origen a la República Socialista encontramos tres tendencias: el davilismo, *“que atraía a fuerzas ibañistas y algunos oficiales del ejército, con definiciones levemente socializantes, que representaban a la economía privada, pero con una fuerte intervención estatal”*; el alessandrismo: *“buscaba el retorno de su líder al gobierno, para lo cual se sumaba al derrocamiento de Montero”*; y finalmente, *“el núcleo central y más fuerte, constituido por los socialistas, provenientes de la Nueva Acción Pública (NAP), encabezada por Eugenio Matte y formada por profesionales, estudiantes y trabajadores”*. Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX; Op.cit. pág. 110.

<sup>31</sup> Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 121.

<sup>32</sup> Drake, Paul. Socialismo y Populismo; Op. cit. pág. 66

<sup>33</sup> Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 118

*un sentimiento generalizado de protesta antioligárquica y de demandas mínimas de bienestar económico y social*”<sup>34</sup>. En una línea similar, Paul Drake plantea que “*La República socialista era una especie de socialismo moderado, más bien de clase media, más radical en apariencia que en la realidad. Daba más énfasis en la planificación estatal que al conflicto de clases*” y que para

*“la mayoría de los trabajadores, era imposible saber mucho acerca de la definición de “socialismo” de la Junta. Pero sin embargo, sí reconocía la identificación del Gobierno con sus problemas y el interés que les asignaba. El atractivo de la Junta se basaba en hechos concretos, en su lenguaje ardiente y en las utópicas promesas de una sociedad sin clases*”<sup>35</sup>.

Esto se expresó, a ojos de Drake, en las acciones inmediatistas y populistas, tal como la entrega por parte de la Junta, e impulsada por Grove, de las ropas y elementos de trabajo empeñadas por los trabajadores manuales en la Caja de Crédito Popular. De esta forma, ambos autores coincidieron que el antecedente principal de la formación del Partido Socialista estuvo caracterizado por altos elementos nacional-populistas.

En este sentido, Drake plantea que el populismo se caracteriza por tener líderes carismáticos y paternalistas, los cuales impresionan a las masas porque pertenecen a clases superiores a ellas, siendo además un movimiento de masas más que de “clases”. Así también en general se definen de acuerdo a su opuesto (por ejemplo, “antiimperialistas”), propenden a ser juicios moralistas, orientándose a la redención, con elementos sumamente eclécticos en lo ideológico. Además de ello, el populismo le daría prioridad a reformas espontáneas y parciales por sobre objetivos a largo plazo, construyendo “*slogans ostentosos que parecen prometer y recompensas materiales y psíquicas rápidas*”. Su proyecto de desarrollo tendería al integracionismo, abogando tanto por subvencionar al empresariado como colaborando en la integración de las masas a las tomas de decisiones y a los beneficios de la economía. Por último, plantea que el movimiento populista, generalmente, obtiene resultados decepcionantes, por lo que raras veces es revolucionario, sugiriendo más bien ajustes al sistema político establecido por sobre su destrucción.<sup>36</sup>

Si nos aproximamos a la primera proclama de la Junta de Gobierno de la República Socialista, lanzada en la mañana del 5 de junio de 1932<sup>37</sup>, podemos hallar muchos de estos elementos recién señalados. He aquí un extracto:

---

<sup>34</sup> Ibid., pág. 120.

<sup>35</sup> Drake, Paul. Socialismo y Populismo; Op. cit. págs. 59 y 62.

<sup>36</sup> Drake, Paul. Socialismo y Populismo; Op. cit. págs. 14-15.

<sup>37</sup> “Manifiesto de los Revolucionarios”. En: Cruz Salas, Luis. La República Socialista del 4 de junio de 1932. Ediciones Tierra Mía, Santiago, 2002. Las siguientes citas acerca de la proclama son todas extraídas desde este libro. El énfasis, por lo demás, es nuestro. Para una mayor revisión de los acontecimientos y de las políticas emanadas desde la República Socialista éste es un libro que ahonda mayormente en ello, al igual que gran parte de la bibliografía aquí trabajada.

“El caos en que se encuentra el país a consecuencia de su total bancarrota económica y moral, nos ha movido *a seguir los impulsos de nuestro patriotismo, derrocando un Gobierno nefasto de reacción oligárquica*, que sólo supo servir los intereses del insaciable *capitalismo extranjero*, sin importarle las urgentes necesidades colectivas, la miseria de las clases productoras, la cesantía y el hambre del proletariado (...) *alentada por un alto espíritu de nacionalismo constructivo* que asegure a todos los chilenos el derecho a la vida por medio del trabajo productor (...) *estamos lejos de las influencias de cualquier imperialismo o del soviétismo ruso* (...) El desorden de las fuerzas económicas, la *crisis de los valores morales* y el juego mezquino de los partidos, ponían la Nación ante un dilema: *O EL DESASTRE FINAL O UN CAMBIO DE RÉGIMEN. Un impulso de conservación nacional ha impuesto lo segundo*”.

En este pequeño resumen de la proclama se inscribieron conceptos tales como el patriotismo, el espíritu antioligárquico y antiimperialista (“capitalismo extranjero”), el nacionalismo (pero enfatizado como “constructivo”). Así también, se expresa la autonomía de la naciente República frente a influencias ideológicas extranjeras y la constatación de una crisis moral en la sociedad chilena. Todo ello justificaría el accionar de la nueva República Socialista. En este sentido, las definiciones que encontramos en esta proclama se encasillan en los postulados de Drake y Walker con respecto a un socialismo más próximo a un proyecto de carácter nacional-popular que a uno de índole clasista. No está de más recordar que su lema era “Pan, techo y abrigo para el pueblo”, el cual se dispuso para convocar a ese “pueblo” ampliamente excluido de la política y de la economía.

Por su parte, Belarmino Elgueta, plantea que la República Socialista era un movimiento político que

*“intentó cubrir el vacío de dirección de las luchas populares, en un período de aguda lucha de clases, y sin tener una concepción teórica madura y, por consiguiente, de la homogeneidad necesaria”* y que *“contó con el apoyo espontáneo de las masas, tanto por las acciones generosas mencionadas, como por la esperanza de avanzar en la satisfacción de sus aspiraciones largamente postergadas”*<sup>38</sup>.

Para Julio César Jobet, las políticas de la República de Grove y Matte *“incorporaron a las masas al rodaje administrativo del Estado; auscultaron sus necesidades vitales, burladas en los gobiernos anteriores y las tradujeron en medidas concretas de inmediata realización”*, así el 4 de junio *“sacudió a las masas, las incorporó de lleno a las luchas sociales y políticas, impulsadas por un nuevo horizonte de lucha: la construcción de un régimen socialista”*<sup>39</sup>. En ambos autores, si bien complementaron el análisis de la República Socialista con conceptos más de la tradición clásica del socialismo y a la relevancia que ésta tuvo para nuevas formas de hacer política de las clases trabajadoras, aproximándolas al ideario socialista más que en ninguna experiencia previa, adscriben también a los elementos planteados tanto por Walker y Drake en cuanto fue un

<sup>38</sup> Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX; Op.cit. pág. 115.

<sup>39</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. pág. 32.

movimiento de acciones “generosas”, concretas e inmediatas y que no tenía una madurez teórica ni homogénea.

Por último, Casanueva y Fernández plantearon que las condiciones objetivas nacionales de aquellos años, particularmente de la clase trabajadora, la que pese a su consolidación como clase, se encontraba dividida por distintas ideologías expresadas en organizaciones sindicales y políticas que competían por el apoyo popular (próximas al anarquismo, como la IWW, al comunismo, como la FOCH que en 1931 pasa a denominarse CTCH, e inclusive algunas inclinadas al ibañismo, como la CRAC), determinó que la República Socialista haya sido una tarea de Matte y Grove y “*no mediante una masa obrera organizada y consciente, sino que a través de una acción desde arriba*”.<sup>40</sup>

### **b) La fundación del Partido Socialista**

En el contexto de conformación de la República Socialista, hubo un cúmulo de pequeños partidos políticos fundados entre 1931 y 1932 y que se orientaban bajo tendencias socialistas. Estas agrupaciones eran la Nueva Acción Pública (NAP), en la cual participaba el masón Eugenio Matte Hurtado y Carlos Alberto Martínez, hombre de entrañables luchas populares y uno de los fundadores del Partido Obrero Socialista hacia 1912; la Acción Revolucionaria Socialista (ARS), en la que militaban Schnake y González; el Partido Socialista Marxista; el Partido Socialista Unificado; y la Orden Socialista, del reconocido e influyente arquitecto nacional Luciano Kulezewski. Principalmente la primera organización, NAP y los posteriores fundadores de la ARS (formada tiempo después de la República Socialista), influyeron decisivamente en el carácter que este putsch cívico-militar tendría.<sup>41</sup> Serán estas organizaciones las que darán vida hacia el 19 de abril de 1933 al Partido Socialista.

Tal como lo habrían pensado Matte y Grove en su relegación en Isla de Pascua, había una necesidad profunda de formar un partido que fuese capaz de capitalizar lo que fue el movimiento de junio de 1932, por lo demás, era también necesario para que fueran la base de apoyo para cualquier posterior empresa política. Así, los partidos antes nombrados se convocaron para la noche del 19 de abril de 1933 en un local del centro de Santiago, ubicado en la calle Serrano 150, para fundar el Partido Socialista de Chile. Ahí se hallaban Matte, Eugenio González, Schnake y Grove. Los asistentes “tenían visiones ideológicas diversas: había socialdemócratas, masones, anarquistas, trotskistas, y marxistas. La definición de *partido de trabajadores manuales e intelectuales*, graficará muy bien la

---

<sup>40</sup> Casanueva, Fernando y Fernández, Canque. El Partido Socialista; Op.cit., págs. 81-82

<sup>41</sup> Casanueva, Fernando y Fernández, Canque. El Partido Socialista y la Lucha de clases en Chile. Ed. Quimantú, Santiago, 1973, págs. 95-101. Para un análisis exhaustivo de lo que fue la NAP: Moraga, Fabio. ¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933). Revista Histórica XXXIII. 2 PUCP, Lima, 2009. Así también, para aproximarse al pensamiento político de Eugenio Matte-Hurtado: Meneghello, Raimundo. Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios. Editorial LOM, Santiago, 2010.

diversidad social e ideológica que caracterizará al PS a lo largo de su historia”<sup>42</sup>. Ésa fue la base del PS, una organización que agrupa a los “trabajadores manuales e intelectuales”, concepto que por lo demás provenía de la influencia del Partido Aprista Peruano y que había ingresado a través de la NAP y de la ARS, como también muchos de sus símbolos, tales como su bandera y su himno<sup>43</sup>.

¿Qué decía la primera declaración de principios del PS? Aquí la reproduciremos íntegramente:

“El partido declara y acepta como puntos fundamentales de su doctrina los siguientes:

**Método de interpretación.** El Partido acepta como método de interpretación de la realidad el Marxismo enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social

**Lucha de clases.** La actual organización económica capitalista divide a la sociedad humana en dos clases cada día más definidas. Una clase que se ha apropiado de los medios de producción y que los explota en su beneficio; y otra clase que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario.

La necesidad de la clase trabajadora de conquistar su bienestar económico y el afán de la clase poseedora de conservar sus privilegios, determinan la lucha entre estas dos clases. La clase capitalista está representada por el Estado actual, que es un organismo de opresión de una clase sobre otra.

Eliminadas las clases debe desaparecer el carácter opresor del Estado, limitándose a guiar, armonizar y proteger las actividades de la sociedad.

**Transformación del régimen.** El régimen de producción capitalista, basado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, crédito y transporte, debe necesariamente ser reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva.

La producción socializada se organiza por medio de planes ordenados y sistematizados científicamente, conforme a las necesidades colectivas.

**Dictadura de trabajadores.** Durante el proceso de transformación total del sistema, es necesaria una dictadura de trabajadores organizados. La transformación

---

<sup>42</sup> Edison, Ortiz. El socialismo chileno; Op.cit. pág. 189

<sup>43</sup> Ibid., pág. 190. Además, en la investigación de Fabio Moraga anteriormente citada se profundiza también en algunas de las influencias que el APRA peruano tuvo sobre la NAP, como por ejemplo su himno partidario que finalmente es utilizada también en el PS, aunque no hay hasta ahora documentación si la letra sería la misma. Ahora bien, también considera que las influencias de este partido peruano sobre la NAP serían más bien limitadas a este tipo de hechos más que constituirse en un partido con contenidos idénticos en lo ideológico.

evolutiva por medio del sistema democrático no es posible, porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación.

**Internacionalismo y antiimperialismo económico.** La doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo.

Para iniciar la realización de este postulado, el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica, para llegar a la Federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y la creación de una economía antiimperialista”<sup>44</sup>

Así, el nuevo partido “acepta como método de interpretación de la realidad el Marxismo”, pero “enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social”, es decir asume esta teoría no como un dogma, sino como un núcleo teórico-conceptual que debe adecuarse a las condiciones objetivas y subjetivas que requiere interpretar para la acción política. Por lo mismo desde un principio se mostró ajeno a las directrices de la izquierda internacional, ya sea su variable soviética como de la socialdemocracia europea. Además de ello, tuvo una definición clasista de la historia, postulando que la sociedad está dividida en dos clases, la que se apropia de los medios de producción y la otra que no tiene otro medio para subsistir sino es a través de la venta de su fuerza de trabajo. Las propias necesidades de bienestar de esta última y la resistencia de la primera a no perder sus privilegios determinarían la lucha entre clases antagónicas. Por ello, propugna la transformación del régimen de producción capitalista, por uno de carácter colectivo, y para que ello sea posible estima necesaria una dictadura de trabajadores puesto que el cambio evolutivo a través del sistema democrático (planteado por la socialdemocracia europea occidental) no sería viable, ya que la burguesía (clase apropiada de los medios de producción) se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para controlar a la clase trabajadora. Por último, porque la lucha por la emancipación de la clase trabajadora debe ser internacional, para el PS antes que todo debe tener un carácter continental, por lo que propugna la formación de la “Federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y la creación de una economía antiimperialista”.

De este modo, el PS adquirió desde sus inicios una definida posición de partido marxista y de carácter clasista, pero tal como muestra su acta fundacional en las ocasiones que intervinieron Schnake y Matte, se definía como el partido de los “trabajadores manuales e intelectuales”<sup>45</sup>, expresando así tanto su composición social interna como también la amplitud que el socialismo chileno le daba al concepto de “trabajador”<sup>46</sup>. Sin

---

<sup>44</sup> Casanueva, Fernando y Fernández, Canque. El Partido Socialista; Op.cit. pág. 102

<sup>45</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. tomo II, págs.193-199

<sup>46</sup> Con respecto a la composición social de la militancia del PS chileno, la obra de Paul Drake con la que hemos estado trabajando (“Socialismo y Populismo”) profundiza notablemente en este tópico. Básicamente, el Partido Socialista al formarse era sumamente heterogéneo, proviniendo sus militantes de las clases medias y bajas, siendo sus líderes más connotados principalmente de la primera. Dicha composición por lo demás,

embargo tal como nos plantea Paul Drake “El PS, que era un partido anti statu quo, irrumpió en el escenario nacional en la década de 1930 con atractivos marcadamente populistas en torno a un caudillo carismático de las Fuerzas Armadas. Este joven partido mostró también tendencias ideológicas y significativamente populistas”<sup>47</sup>, las cuales iban a presentarse en distintos momentos de su historia, produciendo engorrosos conflictos entre las distintas tendencias que convivían en su interior.

Además, es importante visualizar que el PS desde un principio da a entender que el sistema democrático no sería factible para llevar a cabo las transformaciones que el partido y su política de izquierda propugnaba para el país. Ya de por sí, la historia del PS está marcado por un “mito fundacional” ajeno a una tradición democrática, como es la instauración de la República Socialista el 4 de junio de 1932. Sin embargo, esto también chocará con la dinámica que el propio partido se impondrá para los años venideros. Aún así, la primera formación política a nivel de alianzas del Partido Socialista expresará el intento de constituir una línea consecuente con su Declaración de Principios.

### **c) Conformación del Block de Izquierda y del Frente Único de Trabajadores**

El Partido Socialista emergió tanto como una alternativa de izquierda como una alternativa dentro de la izquierda. Las tendencias que se aglutinaron para su formación lo hicieron básicamente porque el otro partido de la izquierda, el Partido Comunista, no los interpretaba. Dicho partido se encontraba en una etapa ultra-izquierdista que se planteaba oficialmente a favor de salidas insurreccionales, de huelgas, económicas y políticas, de guerrillas, entre otras, preconizada por la Internacional Comunista (Comintern), posiciones que mantenían al comunismo criollo en los márgenes de la incidencia política. Esto sólo iba a cambiar radicalmente hacia 1935<sup>48</sup>, cuando se estipuló en la Comintern la formulación de un Frente Popular, una alianza entre los partidos burgueses y proletarios, para ponerle freno al avance del fascismo en el mundo.

En la otra vereda, el Partido Socialista había elegido su secretario general, Óscar Schnake, el cual se iba a desempeñar en este cargo hasta 1939, siendo reelecto respectivamente en todos los congresos generales del partido siguientes. En cuanto a su política de alianzas y al modo de llevar a cabo sus principios doctrinarios, el PS planteó hacia 1934 la formación del Block de Izquierda en el parlamento, el cual tuvo como principal papel el denunciar las políticas del gobierno alessandrino. En esta misma línea, el partido se dedicó a formar a nivel nacional un Frente Único de Trabajadores, en donde el proletariado tendría el rol de vanguardia contra la lucha antiimperialista, antioligárquica, y antifascista. Además, en el Block se organizarían todos los partidos de tendencia izquierdista, a excepción del Partido Comunista, entre los que se encontraban el Partido Radical-Socialista, el Democrático y la Izquierda Comunista. A su vez, el rol conductor de Block de Izquierda y del Frente Único de Trabajadores recaería en el Partido Socialista.

---

explicaría en parte también la heterogeneidad ideológica del naciente partido y su capacidad de convocar a amplias capas de la sociedad tanto en lo electoral como a militar en sus filas. También en el libro encontramos una tabla con las profesiones de los fundadores de dicho partido. Drake, Paul. “Socialismo y Populismo. Chile 1936-1973: Op.cit. págs. 131-142.

<sup>47</sup> Ibid., pág. 11.

<sup>48</sup> Ibid., pág. 150.

Sería el comienzo de una historia atiborrada de desavenencias entre socialistas y comunistas. Finalmente, en enero de 1936, el PS en su III Congreso General Ordinario proclamó la candidatura de Marmaduke Grove a la Presidencia de la República.<sup>49</sup>El máximo líder socialista se desempeñaba como senador, cargo que llegó a ocupar tras triunfar en una elección complementaria efectuada producto del fallecimiento del otro líder socialista, Eugenio Matte-Hurtado, en 1934. Estos primeros años (1933-1936) han sido calificados por algunos historiadores del socialismo, en este caso Casanueva y Canque, como un “periodo consecuente” con su línea doctrinaria.

Sin embargo, al poco andar, el Partido Comunista propuso la alternativa del Frente Popular, el cual a ojos del socialismo criollo resultaba sumamente incómodo, tanto para sus tendencias clasistas, en que veían que una alianza pluriclasista con la burguesía representada en el Partido Radical (PR) y la izquierda, significaría recular en sus posturas revolucionarias, mientras que en aquellas más pragmáticas supuso el verse supeditado a la política del Partido Comunista con predominio en la dirección de los radicales. Además el Partido Socialista tenía también una figura a nivel nacional como era Marmaduke Grove el cual había posibilitado que el partido fuera reconocido por todo el país y llegara a representar a amplios espectros de las clases populares y medias, por lo que, la posibilidad de constituir un Frente Popular no era divisado positivamente por buena parte de la dirigencia socialista. Con todo, iba a ser el comienzo de las primeras escaramuzas internas dentro del partido entre aquellos que apelaban a una política “consecuente” con los postulados revolucionarios del partido y aquellos que con una retórica izquierdizante, en la práctica se abrían a expresiones reformistas como el Frente Popular<sup>50</sup>. Sería el inicio de una ambigüedad que acompañará por siempre al socialismo criollo.

#### **d) El Frente Popular y las primeras divergencias en el seno del socialismo.**

El Partido Socialista finalmente aceptó el ingreso al Frente Popular el 2 de abril de 1936. Para ello comenzó una lenta transformación de su lenguaje y posiciones políticas<sup>51</sup>, sin embargo ello no dejó conforme a toda su militancia. En este contexto, el partido sufrió su primera escisión, el año 1937, en la que un pequeño grupo dirigidos por Ricardo Latcham y Amaro Castro dieron forma a la Unión Socialista la cual, paradójicamente, junto al Movimiento Nacional Socialista, de tendencia nazista, y la Acción Popular Libertadora levantó la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo. Sin embargo, este tipo de acciones serán la tónica del PS hasta 1948. Ahora bien, un año antes, el partido también acogió en su seno a la Izquierda Comunista, de tendencia trotskista, la cual decidió ingresar al PS en el

---

<sup>49</sup> Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel. El Partido Socialista; Op.cit. págs. 111-121. Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit., pág. 193.

<sup>50</sup> Paul Drake; Op.cit. pág. 153. Ortiz, Edison. El Socialismo chileno; Op.cit. pág. 194-195. Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel., op.cit., págs. 122-125. Walker, Ignacio; Op.cit. pág. 124.

<sup>51</sup> “El Frente Popular no lo hemos rechazado jamás, ya que su base es la unión de los partidos obreros clasistas con los partidos de clase media para defender las conquistas democráticas amagadas por la reacción” palabras del secretario general del PS Óscar Schnake. En: Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. pág. 124. Además los autores plantean que el Partido hizo un notable cambio en su táctica propagandística, sacando de ésta todo extremismo ideológico o infantilismo revolucionario, como lo denominaba Schnake, postulando en sus programas sólo aquello que fuese posible realizarse.

III Congreso General Ordinario de esta colectividad, los días 23, 24 y 25 de enero de 1936, aportándole nuevos cuadros obreros.<sup>52</sup>

El Frente Popular llegó a gobernar Chile. Como se sabe su primer presidente fue el radical Pedro Aguirre Cerda, el cual venció al candidato de la derecha, Gustavo Ross por estrecho margen el 25 de octubre de 1938. Pero para que éste fuese proclamado como candidato presidencial el Partido Socialista tuvo que bajar sus pretensiones presidenciales encarnadas en su figura más popular: Marmaduke Grove. Este hecho dejó profundamente disconforme a buena parte de su militancia política que veía en Grove la posibilidad de que el partido tuviese una posición de privilegio en la conducción de la coalición. Sin embargo, el apoyo del Partido Comunista al candidato radical, mermó las pretensiones del “grovismo”. Así y todo, el ex Comodoro del Aire fue el presidente de la campaña presidencial, el Partido Socialista creció en apoyo popular y electoral, contribuyendo además con tres ministros en su administración: Arturo Bianchi en Fomento, Carlos Alberto Martínez en Tierras y Colonización, y Miguel Etchebarne en Salubridad. Los cuales posteriormente serían reemplazados por Óscar Schnake, Rolando Merino y Salvador Allende, en los respectivos ministerios, otorgándole un cariz más político a sus colaboradores en el gobierno frentista.<sup>53</sup> De esta forma, en sólo cinco años el Partido Socialista accedía al gobierno en una combinación de centro-izquierda.

Sin embargo, las divergencias dentro del partido no cesaron. Se formaron dos corrientes claramente definidas entre los “anticolaboracionistas” y los “colaboracionistas” con el Frente Popular, en estos últimos se posicionaban los principales dirigentes del PS. Básicamente esta lucha se expresaba entre aquellos que buscaban la institucionalización del partido y aquellos que propugnaban un retorno a su independencia política. El movimiento inconformista era encabezado por César Godoy. Este movimiento “representó un profundo movimiento de recuperación socialista, basado en el marxismo, que luchaba contra la dependencia de la burguesía en el seno del gobierno y del Frente Popular”<sup>54</sup>. Además de ello, el movimiento realizaba una visión crítica del partido en el gobierno frentista ya que a ojos de éstos no se pudieron impulsar las demandas populares y de las clases medias más sentidas.<sup>55</sup> Ahora bien, por su parte el grupo colaboracionista planteaba que el Partido Socialista con su aporte destacaba en la mantención del sistema democrático y había impedido que la derecha retornara al poder, asegurando la estabilidad del gobierno democrático frente a las intentonas reaccionarias. En definitiva, la corriente “anticolaboracionista” fue derrotada al interior del partido en el VI Congreso General Ordinario

---

<sup>52</sup> Sobre la escisión de la Unión Socialista en Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. pág. 127. Así también con respecto al III Congreso General Ordinario del PS, y una revisión exhaustiva de éstos hasta 1970, además de la formación de la Unión Socialista revisar el libro de Julio César Jobet antes citado, páginas 130-131.

<sup>53</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. págs. 131-132. Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. págs. 126-128. Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX; Op.cit. págs. 128-130 y 135-136.

<sup>54</sup> Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX; Op.cit. pág. 137.

<sup>55</sup> En este sentido Jobet planteó que el Frente Popular “no pudo quebrar el poder de la reacción y extender las instituciones democráticas; no reformó la Ley Electoral para ampliar y purificar el sufragio; no permitió la sindicalización campesina ni impulsó la colonización. La oposición reaccionaria, que dominaba el parlamento, lo extorsionaba y le impedía avanzar” En: Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. págs. 135.

de 1939, separándose de éste, yéndose cinco de los 15 diputados socialistas y formando el Partido Socialista de los Trabajadores, el cual después de magros resultados en las elecciones parlamentarias posteriores se disgregó, retornando un grupo menor al PS y otro al Partido Comunista<sup>56</sup>.

Clodomiro Almeyda, joven militante de la Federación Juvenil Socialista en aquellos años recordará ya en su adultez este primer gran episodio divisorio en el socialismo chileno:

*“La intuición de la realidad y el sentido común me decían que el grueso del partido real, su esencial componente obrero y campesino, no estaba para divisiones y quería permanecer en el Partido de Grove, a pesar de que a mí este caudillo no me simpatizaba, cosa que sí ocurría con el líder de los “inconformistas”, el fogoso orador y carismático personaje que era César Godoy Urrutia (...) No era pues, ése el momento para debilitar los partidos populares, dividir uno de sus principales, el Socialista, y crearle al Gobierno un nuevo frente de lucha por la “izquierda”. Ello sólo favorecía a la derecha, y me parecía un aventurismo irresponsable”<sup>57</sup>*

En este sentido, la apreciación del socialismo de su colaboración en el Frente Popular será muy crítica, a pesar de haber colaborado con sus mejores cuadros políticos a la formación de la Corporación de Fomento, más conocida como CORFO (entre ellos su ministro y líder del partido Óscar Schnake), plataforma del desarrollo del sistema de Industrialización Sustitutiva de Importaciones, consolidando así un nuevo tipo de Estado, el cual mediante la política de alianza frentista, estructurada entre el centro reformista representado por el radicalismo y la izquierda marxista, comunista y socialista, supuso el desplazamiento de la oligarquía de éste<sup>58</sup>, y una estabilidad institucional, política y económica hasta la década de 1970.

Ahora bien, el Partido Socialista no dejó de tener tensiones en su interior. Y en otras ocasiones éstas provenían de su relación con su aliado de izquierda, el Partido Comunista y el vínculo de éste con las directrices del comunismo internacional asentado en Moscú, lo cual afectaba profundamente a la unidad de la izquierda.<sup>59</sup> Para empeorar las cosas, en noviembre de 1941 falleció a causa de una grave enfermedad el presidente Pedro Aguirre Cerda, y al mes siguiente el Partido Socialista terminaría retirándose del Frente Popular. Comenzaría así una de las etapas más decadentes de la historia del socialismo chileno,

---

<sup>56</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. págs. 142. Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX; Op.cit. pág. 137.

<sup>57</sup> Almeyda, Clodomiro. Reencuentro con mi vida. Ediciones del Ornitórrinco, Santiago, 1997, págs. 64-65.

<sup>58</sup> Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 123.

<sup>59</sup> En este sentido, Jobet plantea que Schnake, en un discurso a fines de diciembre de 1940 “se detuvo en un vasto enfrentamiento con el PC por considerar su actitud anti-unitaria, perjudicial para Chile y únicamente al servicio de la posición de alianza con el nacismo sustentada por la URSS. Examinó la experiencia mundial del movimiento obrero, señalando los desaciertos de la II y III Internacionales; definió las causas del nacimiento del PS; su profundo contenido nacional y revolucionario, su perspectiva americanista”. Así, ratificaba, bajo sus criterios, las divergencias con el comunismo criollo y la relación de éste con la política moscovita, en detrimento de una política americanista y puramente nacional del PS. Por lo demás, este discurso sería en el que Schnake y el Partido Socialista quiebran con el Frente Popular. En: Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit., pág. 151.

atiborrada de enfrentamientos internos que tenían como telón principal prácticamente el mismo contenido de sus versiones anteriores (“colaboracionistas” o “anticolaboracionistas”, en otras ocasiones denominados “recuperacionistas”). De este modo, entre 1941 y 1952 se sucedieron gobiernos con alianzas que replicarían en parte lo que fue el Frente Popular original, con algunas fórmulas nuevas e incorporación de algunos elementos de la centro-derecha chilena. Pero además, supuso la casi desaparición del socialismo chileno, el cual ensimismado en sus conflictos internos, no pudo despejarse de prácticas políticas incoherentes con sus postulados y principios. Es así que, pese a que a principios de 1941 el PS en la elección parlamentaria de aquel año alcanzaba el 17,9% de la votación y Marmaduke Grove era el senador más votado del país<sup>60</sup>, el partido comenzó una baja en apoyo electoral y popular notable, alcanzando hacia 1946 su peor participación en un torneo presidencial.

Las críticas internas con respecto a la colaboración en este tipo de gobiernos se hicieron cada vez más fuerte, hasta que en 1943 la corriente “anticolaboracionista” logró imponerse. En este torneo interno resultó vencedor Salvador Allende en desmedro del Secretario General desde 1939, Marmaduke Grove. Este ex ministro bajo la administración del ya fallecido Pedro Aguirre Cerda, había sido apoyado por los sectores más jóvenes del socialismo criollo, en el que destacaba el ex Secretario General de la Federación Juvenil Socialista (FJS), Raúl Ampuero. La dirección a cargo de Allende como primera medida, y en virtud de una nueva postergación de las demandas populares y de la derechización del gobierno radical de la época, el que presidía Juan Antonio Ríos, decidió retirar al PS del gobierno. Esto supuso a la larga una nueva división del partido, esta vez dirigida por su líder histórica y figura más carismática, el senador Marmaduke Grove.<sup>61</sup>

Entre medio de esta vorágine interna el PS eligía hacia 1944 a Bernardo Ibáñez como Secretario General. Este dirigente era el líder de la sindical más importante de Chile, la CTCh, y diputado por Valparaíso, era además un antiguo comunista converso al anticomunismo.<sup>62</sup> En este periodo se daría forma a un nuevo tipo de alianza, que sería además la expresión concreta de la decadencia y desvirtuación de la línea del partido fundado por Grove y Matte.

#### **e) La tesis del Frente Social y Económico del Pueblo (“Tercer Frente”) y el ocaso del socialismo chileno.**

En el año 1945, el Partido Socialista estaba subsumido en una honda crisis que se replicaba en una baja considerable de apoyo en las elecciones parlamentarias de marzo de ese año. Un factor complementario de esta decadencia eran las ya al menos tres escisiones que un corto tiempo el partido había sufrido, siendo la última la que sin duda había afectado más. En esta ocasión su histórico fundador, Marmaduke Grove, había optado por formar un partido que se autodenominaba el “auténtico”. Sin embargo el tronco histórico, ahora

---

<sup>60</sup> Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX; Op.cit., pág. 139.

<sup>61</sup> Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 127. Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX; Op.cit. págs. 140-141. Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. págs. 184-185. Paul Drake; Op.cit. pág. 244-247. Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit., págs. 153-159.

<sup>62</sup> Elgueta, Belarmino. El socialismo en Chile durante el Siglo XX; Op.cit. pág. 141.

comandado por Bernardo Ibáñez, buscaba una alternativa para subsistir en el sistema político nacional. Es por ello que en su V Congreso General Extraordinario el PS acordó una política de independencia tanto con respecto al gobierno como frente al Partido Comunista. Comenzaba así a desarrollarse la tesis del “Frente del Pueblo”<sup>63</sup>. Según Julio César Jobet,

*“la simple contienda entre derechas e izquierda debía ser reemplazada por una abierta pugna combativa entre poseedores y desposeídos, entre explotadores y explotados, liquidando la anodina alianza democrática, y poniendo en jaque al Partido Comunista que en esa época agitaba, con su finalidad acostumbrada, su nueva y errónea consigna de unidad nacional (...) El PS, entonces, no se ubicaba en una posición centrista; por el contrario, se situaba en una línea de vanguardia revolucionaria”*<sup>64</sup>

Una visión más pragmática de esta línea partidaria la da Paul Drake, el cual plantea que el “Tercer Frente”, como también se le denominaba, era un concepto indefinido, que más allá de la retórica no representaba un giro hacia la izquierda, sino más bien “un intento de establecer una posición reformista independiente, por ejemplo, en conjunto con la falange, entre la Derecha y la alianza gubernamental de Ríos”<sup>65</sup>. Además de ello, se sumaban los conflictos que habían en la política nacional, en donde el presidente Ríos producto de una enfermedad debió alejarse de su cargo, asumiendo interinamente Alfredo Duhalde. En ese contexto, el gobernante reprimió con fuerza unas huelgas dirigidas por los comunistas en las salitreras del norte de Chile, generándose movilizaciones de apoyo en Santiago, las cuales finalmente también terminaron duramente reprimidas y con muertos a su haber. Este hecho recibió un abierto rechazo de gran parte del espectro político, entre ellos los comunistas, socialistas auténticos, parte de los radicales y falangistas, y a su vez produjo la renuncia de casi la totalidad del gabinete presidencial. En ese sentido, el PS asumió con cuatro ministros, que incluía además a miembros de las Fuerzas Armadas, a cambio de promesas con respecto a los derechos sindicales. Así, se abrió un conflicto en la izquierda, que dividiría ulteriormente a la CTCH entre una facción socialista y otra comunista. Bajo la lupa investigativa de Drake “Algunos líderes socialistas –al igual que los peronistas argentinos- tenían la esperanza de formar una poco clara “tercera fuerza” en conjunto con los militares, ya que una nueva coalición partidista era poco posible”<sup>66</sup>.

Para Belarmino Elgueta, esta política del Tercer Frente, lisa y llanamente, significó una política oportunista, que tenía una cierta base teórica en los acontecimientos internacionales, como por ejemplo el fin de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría:

*“Entre los “frentes” del imperialismo, hegemonizado por Estados Unidos, y del expansionismo de la Unión Soviética, se buscaba formar un tercer frente, no comprometido con los grandes competidores mundiales (...) Pero, por encima de este*

---

<sup>63</sup> Los tres autores que aquí utilizaremos y que analizan un poco más en profundidad la línea del Tercer Frente son Julio César Jobet, Paul Drake y Belarmino Elgueta, con las tres obras citadas con anterioridad.

<sup>64</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. pág. 188.

<sup>65</sup> Drake, Paul. Socialismo y Populismo; Op.cit. pág. 252.

<sup>66</sup> Ibid. Pág. 253

*fundamento internacional, la capa dirigente, encabezada por Bernardo Ibáñez, buscaba el retorno al gobierno por medio de la negociación”.*<sup>67</sup>

En conclusión, el Partido Socialista ahondaba más en una retórica ambigua, con ciertos atisbos izquierdizantes, pero que permitían moverse a través de otros cauces, en una búsqueda oportunista de obtener representación en el Estado. Así también se expresaron elementos propios de la política populista latinoamericana, por cuanto el Tercer Frente se ubicaba próximo de los planteamientos políticos del peronismo argentino, con un fuerte contenido nacional, superando la visión clasista de la sociedad, separándola en el análisis entre “explotados y explotadores”.

Esta ambigüedad llevó al partido de Allende a hundirse más y más. Expresión de ello es que en las elecciones presidenciales de octubre de 1964, y al no fructificar la candidatura de Duhalde ni ninguna otra, el PS llevó como candidato presidencial, sin alianza alguna, a su Secretario General Bernardo Ibáñez, alcanzando el escuálido 2,5% de los votos<sup>68</sup>. Sin embargo, se abrían nuevos aires al interior del partido, y ellos se materializaban en su generación más joven.

## **2. Una nueva generación Socialista: del Frente de Trabajadores hacia los primeros atisbos de “leninización”.**

El año 1946 marcó un antes y un después en la historia del socialismo criollo. En pocas palabras, si el partido no aceptaba su desplome probablemente hubiera llegado a su desaparición. En ese sentido, este año trajo consigo una nueva generación de dirigentes que, sumados a históricos comprometidos con la causa socialista, pudieron encausar la historia de este partido de izquierda. Este proceso fue de largo aliento y tuvo también divergencias en su interior como había sido la tónica del partido hasta ese entonces. Sin embargo, hubo cosas que no cambiaron, entre ellas un acentuado oportunismo político que, encubierto en un lenguaje y retórica de izquierda, permitió al PS tener nuevas experiencias en otro gobierno. Pero también, tuvo el notable trabajo teórico de Eugenio González, masón, intelectual y fundador del PS, que fue responsable del programa socialista emanado de una conferencia afín para ello y titulado “Por una democracia de trabajadores”, del año 1947. Éste además, sería el último programa del partido y tomaría un notable valor histórico en el marco del proceso de “renovación socialista”, por ser un sincero aporte teórico y reflexivo con respecto al socialismo y la democracia, vinculándolo a lo mejor de su tradición, como es su pensamiento situado y autónomo. Así también, sentaría las bases para la constitución de la tesis socialista del “Frente de Trabajadores”, que propugnaba la unión de los partidos obreros y su rol de vanguardia en la realización de la revolución socialista y de las reformas democrático-burguesas, refutando de plano que dichas transformaciones fuesen capaces de ser llevadas a cabo por la burguesía nacional debido a sus propias condiciones objetivas y los derroteros que ésta había tomado en la historia política nacional y latinoamericana.

---

<sup>67</sup> Elgueta, Belarmino. El Socialismo en Chile; Op.cit. pág. 142.

<sup>68</sup> Drake, Paul. Socialismo y Populismo; Op.cit. pág. 255.

En este sentido, este periodo comprendido desde 1946 hasta 1967, estuvo marcado por un creciente rechazo del PS a las políticas de alianzas con los partidos de centro, en particular por su experiencia en los gobiernos frentistas y ratificado ulteriormente con un breve paso del tronco histórico socialista, en esos años denominado Partido Socialista Popular, en el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), que sólo ratificaría su ascendiente radicalización, al menos en lo teórico, y que aún quedaban ciertos atisbos “populistas” de la primera época socialista. Por otra parte, una de sus escisiones, el Partido Socialista de Chile establecerá con el Partido Comunista una alianza política que llevaría a Salvador Allende, en 1952, a su primer periplo como candidato presidencial. En ese entonces además, el PC se encontraba en la clandestinidad producto de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia que los proscribió, persiguiendo a sus dirigentes y militantes. Sería el inicio de la alianza socialista-comunista que sólo se puso en cuestión en los vaivenes de la dictadura pinochetista.

Por último, las experiencias internacionales, tales como el proceso yugoslavo de mano del mariscal Tito y su proyecto socialista independiente de la URSS y la Revolución Cubana en 1959<sup>69</sup>, tuvieron una notable influencia en el socialismo chileno en cuanto a reafirmar su carácter autónomo, nacional y latinoamericanista, encontrando en ese entonces un ejemplo que ratificaba sus postulados radicales (como es el caso del proceso cubano) con experiencias en sus propias geografías. De ahí en más, el Partido Socialista, ya reunificado desde 1957, consolidaba un giro teórico que lo llevaría a rechazar la “democracia formal” y las “vías legales de lucha”, como el sistema electoral, proclamando finalmente hacia 1967 la vía insurreccional como el único medio para obtener el “poder político y económico” e instaurar un Estado Revolucionario para la consolidación de la revolución socialista.

#### **a) La tesis del Frente de Trabajadores y la conformación del Frente de Acción Popular**

Es así que en el XI Congreso General Ordinario comenzaría la “poda” dentro del partido. Lo primero ocurrido fue que los defensores de la tesis “tercer frentista” fueron derrotados, entre ellos, Bernardo Ibáñez que ejercía hasta ese entonces como Secretario General del PS. En su reemplazo, asumió el joven Raúl Ampuero. Este hombre de tan sólo 29 años, había tomado las banderas recuperacionistas dentro del partido desde comienzos de los 40, lo que le había incluso llevado a ser expulsado de la tienda socialista. Además, en

---

<sup>69</sup> Para una aproximación a la relación del PSP con la Liga de Comunistas yugoslavos revisar: Waiss, Óscar. Chile vivo. Memorias de un Socialista (1928-1970). Centro de Estudios Salvador Allende, Madrid, 1985.

este congreso se designó a una comisión de Programa con el fin de redactar un documento teórico y programático, el cual quedó a cargo del intelectual Eugenio González Rojas.<sup>70</sup>

Este programa del PS, titulado “Por una democracia de Trabajadores”, afirmaba desde un principio la vigencia plena del socialismo por ser “la única fuerza realmente creadora”, planteando que el Partido Socialista

*“representa en Chile el impulso histórico del verdadero socialismo y la auténtica doctrina socialista que recoge para superarlos –y no para destruirlos– todos los valores de la herencia cultural como un positivo aporte a la nueva sociedad que deberá erigirse sobre el mundo capitalista en bancarrota”<sup>71</sup>*

Son por dichas afirmaciones que dicho documento es sumamente relevante para la historia socialista, no tan sólo por su valor en sí mismo, sino porque constituyó las bases para la posterior radicalización del PS como también, paradójicamente, como base del proceso de renovación socialista llevado a cabo en dictadura. Por una parte esto es porque el programa plantea que analizando las condiciones objetivas y subjetivas de las burguesías latinoamericanas, éstas se habrían encontrado imposibilitadas de realizar las reformas democrático-burguesas del capitalismo avanzado:

*“nuestra burguesía no ha conseguido desarrollar, ni en lo económico ni en lo político, la totalidad de sus posibilidades como clase dominante. Nuestra estructura económico-social presenta las contradicciones de fondo propias de los países semi-coloniales y dependientes que dificultan la acción revolucionaria de los partidos populares (...) las clases dirigentes, tomadas en su conjunto, se encuentran psicológica y socialmente retrasadas en el campo de las rápidas transformaciones de la economía moderna. No están en condiciones de llevar a cabo la política constructiva de gran alcance que ha de colocar a nuestros países a la altura de las circunstancias históricas”<sup>72</sup>*

Por lo cual la unidad de la clase trabajadora, sería condición sine qua non para llevarlas a cabo, como así también en dicha unidad reside la revolución socialista en sí misma:

*“corresponde en el momento actual a los partidos socialistas y afines de la América Latina llevar a término en nuestros países semicoloniales las realizaciones económicas y los cambios jurídicos que en otras partes ha impulsado y dirigido la burguesía. (...) Por ineludible, imperativo de las circunstancias históricas, las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático-burguesa –*

---

<sup>70</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. pág.198-201. Ortiz, Edison. El Socialismo chileno; Op.cit. pág. 198-199. Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. págs. 130-131.

<sup>71</sup> Programa del Partido Socialista “Por una democracia de Trabajadores”. Imprenta Victoria, 1948, pág. 3.

<sup>72</sup> Programa del Partido Socialista. Op.cit. pág. 11.

*reforma agraria, industrialización, liberación nacional– se realizarán en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista”<sup>73</sup>*

Ahora bien, también contiene conceptos que serán tomados por los forjadores de la renovación socialista. Entre ellos se cuentan su concepción del socialismo que ejecutado en su máxima expresión resaltaría los valores propios del humanismo:

*“La técnica de producción creada por el hombre debe estar íntegramente al servicio de sus necesidades, el progreso de la economía no puede ser considerado como el objetivo final de sus esfuerzos, sino la base de su desarrollo cultural. Dentro de la sociedad burguesa sucede, precisamente, lo contrario; la técnica, manejada con propósitos de lucro por las minorías capitalistas, esclaviza al hombre al trabajo asalariado, y la producción de riquezas, desvirtuada en sus fines por el interés de clase, ha sido colocada por encima de todos los valores de la cultura. El socialismo es, en su esencia, humanismo.”<sup>74</sup>*

Así también, bajo una crítica ética y libertaria sobre el capitalismo plantea que

*“A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras”*

Bajo este prisma de un socialismo profundamente libertario, también recoge las virtudes de las conquistas políticas de la burguesía, las cuales desde esta perspectiva crítica del capitalismo no han podido desarrollar todas sus virtudes, las cuales el socialismo les otorgaría toda su plenitud:

*“El socialismo recoge, pues las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad debe hacerse en un ambiente de libertad”.*

Esta reflexión con respecto a las “conquistas políticas de la burguesía” será posteriormente desarrollada en mayor profundidad en el proceso de renovación socialista, en cuanto la democracia, y los procesos de democratización, como sistema político será

---

<sup>73</sup> Programa del Partido Socialista “Por una democracia de Trabajadores”. Imprenta Victoria, 1948, pág. 11.

<sup>74</sup>Ibid. Pág. 7. Las siguientes citas provendrán del mismo Programa y de la misma página.

rescatada como una “conquista” popular que debe valorarse en su integridad<sup>75</sup>. Es así que se buscará que el vínculo siempre confuso y ambiguo entre socialismo y democracia quede saldado.

Por último, este notable documento lleva a cabo una crítica certera tanto al capitalismo, a la socialdemocracia como al comunismo internacional expresado en la URSS, identificando nuevamente la posición autónoma y latinoamericanista del accionar del socialismo chileno. De este modo plantea que los partidos nacionales que auténticamente representen al pueblo con sentido revolucionario deben ser capaces de *“enfrentarse con igual energía a las dos fuerzas que amenazan nuestro desarrollo democrático y nuestro porvenir socialista: el capitalismo reaccionario y el totalitarismo soviético”*<sup>76</sup> Así también expresa que *“El socialismo es revolucionario. La condición revolucionaria del socialismo radica en la naturaleza misma del impulso histórico que él representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines”*<sup>77</sup>. Ambos temas expresarán décadas más tarde las mayores divergencias en el mundo socialista, siendo por ejemplo el debate entre las “vías” (“Vía pacífica”, o electoral para algunos o la “Vía insurreccional”, armada, para otros.) las que generarán las mayores tensiones tanto dentro del PS como en la izquierda chilena. En este sentido, el pensamiento de Eugenio González, al menos en este punto, es más próximo con la retórica y práctica política de Salvador Allende y la Vía Chilena al Socialismo.

Hacia 1948, el gobierno radical de Gabriel González Videla dio un giro en 180° en relación a su alianza con el PC. Debido a las presiones internacionales, en particular de Estados Unidos, y en concordancia con el inicio de lo que se conocería como Guerra Fría, y basado en el hecho de mantener buenas relaciones con el país del norte, sobre todo en materia económica, el gobernante radical envió un proyecto de ley denominado de “Defensa Permanente de la Democracia”, que básicamente buscaba la proscripción del Partido Comunista del sistema político. El polémico proyecto fue aprobado con los votos de la derecha y por un grupo de diputados del PS. Este episodio constituyó finalmente la mayor división del partido hasta ese entonces, ya que, en el XII Congreso General Ordinario efectuado ese año son expulsados los sectores anticomunistas, encabezados por Bernardo Ibáñez y Juan Bautista Rossetti.<sup>78</sup> El grupo divisionista se llevó finalmente detrás de sí, a tres diputados de seis y a ningún senador, sumándose además al gobierno con dos ministros (entre ellos Rossetti). Además de ello, el Partido Socialista debió cambiarse el nombre a Partido Socialista Popular (PSP) producto de que el gobierno radical le otorgó el

---

<sup>75</sup> Esta problemática será abordada en profundidad en los siguientes capítulos. Aquí tan sólo nos aproximaremos a ella para hacer una correlación histórica entre la historia del PS y los debates teóricos y políticos ocurridos en dictadura.

<sup>76</sup> Programa del Partido Socialista. Op.cit. pág. 11.

<sup>77</sup> Programa del Partido Socialista. Op.cit. pág. 9.

<sup>78</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. págs. 211-213.

nombre original (“por favor concedido”) a la facción disidente, la cual pasó a denominarse Partido Socialista de Chile (PSCH).<sup>79</sup>

En el año 1951, el PSP decidió apoyar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, lo cual generó la ida de su seno de Salvador Allende, el cual ingresó a las filas del PSCH. Este partido que agrupaba a los anticomunistas más fervorosos del socialismo finalmente se alía con estos, que se encontraban ilegalizados, y decidieron llevar a Allende como candidato presidencial. Sería la primera vez que este masón y fundador del PS en la ciudad de Valparaíso probara suerte en el torneo más importante de la política nacional y será además el primer antecedente de una alianza socialista-comunista<sup>80</sup>, la cual no se quebraría en largas tres décadas.

En realidad, los últimos resabios de los sectores más recalcitrantes del socialismo frente al comunismo, fueron expulsados de su propio partido justamente por su reacción frente al ingreso de estos militantes liderados por Salvador Allende. Dejemos que Julio César Jobet lo relate:

*"A raíz de la posición en favor de Ibáñez del PSP, abandonó sus filas un reducido sector y tomó el nombre de "Movimiento de Recuperación Socialista". Se fusionó con el Partido Socialista de Chile y pasó a denominarse Partido Socialista a secas. (Un pequeño grupo resistió la fusión, encabezado por Bernardo Ibáñez, Eliodoro Domínguez, Juan Díaz Martínez, Francisco Melfi, y Juan Garafulic y uniéndose a Marmaduke Grove y otros, se proclamaron Comité Central del PS de Chile. Fueron expulsados por el Partido Socialista y se dispersaron en distintas direcciones; algunos ingresaron al Partido Radical)."*<sup>81</sup>

El PSP por su parte participó del gobierno de Ibáñez por cortos once meses. Colaboró desde ahí en la conformación de la Central Única de Trabajadores (CUT) y en generar las condiciones para acabar con la ley de Defensa de la Democracia, sin embargo, prontamente dio cuenta de la imposibilidad de influir en la dirección del gobierno del otrora dictador. De ahí en más, el socialismo chileno agrupado en este partido buscaría darle forma a su estrategia de “Frente de Trabajadores” y a llevar a cabo el proceso de reunificación socialista.

#### **b) La reunificación socialista: hacia el Congreso de Linares y el viraje al Marxismo-leninismo.**

Como hemos podido constatar hasta ahora, el socialismo chileno, agrupado en este periodo principalmente en el PSP y en el PSCH, había entrado en un proceso drástico de

---

<sup>79</sup> Drake, Paul. Socialismo y Populismo; Op.cit. págs. 264-266. Elgueta, Belarmino. El Socialismo en Chile; Op.cit. pág. 145-147.

<sup>80</sup> Drake, Paul. Socialismo y Populismo; Op.cit. pág. 276.

<sup>81</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Op.cit. pág. 216.

reflexión y crítica con respecto a sus postulados ideológicos como también en relación a su práctica política. En este sentido, el socialismo desde su participación en el Frente Popular internamente había acogido tendencias radicalizadas y contrarias al accionar cotidiano del partido. Éstas paulatinamente fueron adquiriendo mayor relevancia en la dirección del partido constituyéndose finalmente en una política socialista alternativa a su par comunista. Dicha política se divisa principalmente en la composición de “clase” que debía tener las alianzas políticas que asumió el PSP desde Programa de 1947, el denominado “*Frente de Trabajadores*”, a diferencias de la línea formulada con mayor ahínco por el PC, expresada en la tesis del “*Frente de Liberación Nacional*” y que planteaba una alianza con la burguesía criolla con el fin de desarrollar las reformas democrático-burguesas que, según ellos, requería llevar a cabo Chile como condición objetiva para la realización del socialismo. Ambos postulados, que veremos con un poco más de profundidad a continuación, recubrieron el ambiente de unidad y tensión dentro de los partidos más importantes de la izquierda chilena desde la década del 50 hasta el quiebre de la democracia en 1973.<sup>82</sup>

En 1953 el movimiento sindical dividió hasta ese entonces principalmente por las ya tradicionales pugnas entre socialistas y comunistas lograba su unificación con la creación de la Central Única de Trabajadores, la cual tendría un papel preponderante y ascendente en las luchas del movimiento popular de los próximos veinte años. Así también en 1955 se efectuaba el XVI Congreso General Ordinario del Partido Socialista Popular, en el cual la tesis del Frente de Trabajadores comenzaba a tener mayor preponderancia en la política de dicho partido.<sup>83</sup> Tal como lo vimos con anterioridad, el Partido Comunista manejaba la tesis del Frente de Liberación Nacional, la cual se había esbozado a principios de dicha década bajo el contexto de la “Ley Maldita”. Ésta planteaba básicamente “llevar a cabo de manera colectiva, con todas las fuerzas interesadas, las tareas de la revolución democrático-burguesa”<sup>84</sup>. En la práctica, esta tesis política posibilitaba la alianza con una burguesía nacional que para los comunistas debía tener las siguientes características: progresista, de espíritu antioligárquico, antiimperialista y antifeudal. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido con el Frente Popular, habría una preponderancia hegemónica del proletariado. De ese modo se buscaba que las transformaciones a realizarse tuviesen un carácter más profundo que la experiencia anterior, como también que no se repitiesen las “desviaciones” sucedidas en la década de 1940.<sup>85</sup>

---

<sup>82</sup> Para un análisis exhaustivo de la construcción de las “planificaciones globales” de la izquierda y su vasta construcción y discusión ideológica en el periodo 1950-1970, revisar: Casals Araya, Marcelo. *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956-1970*. Editorial LOM, 1<sup>o</sup>ed, Santiago, 2010

<sup>83</sup> Jobet, Julio César. *El Partido Socialista de Chile; Tomo II*. Op.cit. págs. 19-21; Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. págs. 187-188. Ortiz, Edison. *El socialismo chileno*; Op.cit., pág. 201-202.

<sup>84</sup> Casals Araya, Marcelo. *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956-1970*. Editorial LOM, 1<sup>o</sup>ed, Santiago, 2010, pág. 45.

<sup>85</sup> Casals Araya, Marcelo. *El alba de una revolución*. Op.cit. pág. 46.

Hacia 1956 se constituyó el Frente de Acción Popular (Frap), agrupación de partidos que contaba con la presencia de los socialistas populares y de Chile, los comunistas, y otras organizaciones menores que surgieron producto de la experiencia del segundo gobierno ibañista. En esta nueva alianza de izquierda se articularon las tesis de socialistas populares y comunistas, imponiéndose en su composición “social” e ideológica la primera<sup>86</sup>, lo cual significó la no inclusión de partidos centristas y burgueses, como el Partido Radical, pero contradictoriamente con un programa y una política de sentido “amplio”, lo cual expresaba a su vez la línea del PC<sup>87</sup>. En ese sentido, al interior del FRAP se formulaba en su composición los proyectos y lineamientos contrapuestos de los principales referentes políticos de la izquierda. De esta forma, como plantea Edison Ortiz, “esa ambigüedad entre los dos socios principales de la izquierda, al igual que lo que ocurría con las contradicciones internas del socialismo, tendrían oportunidad de manifestarse, más adelante, en forma dramática”<sup>88</sup>.

Así también, se allanaba el camino hacia la reunificación de los partidos socialistas, la cual se efectuaría al año siguiente en un Congreso de Unidad. En este Congreso, el XVII de la historia socialista regular y que se desarrolló los días 5, 6 y 7 de julio de 1957, luego de una animada discusión política y teórica se ratificó en el socialismo unificado la tesis ya planteada por el PSP del “Frente de Trabajadores”<sup>89</sup>, así también confirmó su adhesión al Frap y el anhelo de llevar a un candidato presidencial de sus filas para las elecciones de 1958<sup>90</sup>.

De este modo, mediante una “Convención del Pueblo”<sup>91</sup>, efectuada en septiembre del mismo año, se acordó nombrar abanderado presidencial del Frap a Salvador Allende Gossens. En dicha elección el candidato de la coalición de izquierda lograba el segundo lugar, con el 28,8%, a tan sólo 33.000 votos del triunfante Jorge Alessandri. Era su segunda candidatura y en tan sólo seis años la izquierda en su conjunto estuvo ad portas del triunfo. El PS veía ratificada en la práctica que era posible mediante un alianza puramente entre los partidos obreros llegar al poder del Estado, pero además que esto era factible a través de la

---

<sup>86</sup> Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 137.

<sup>87</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. pág.30.

<sup>88</sup> Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit. pág. 203.

<sup>89</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. págs. 32-42; Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. págs. 190-193.

<sup>90</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. pág. 35.

<sup>91</sup> En este mismo contexto, se formó el Bloque de Saneamiento Democrático, el cual con la venia del Ejecutivo, y aglutinando a las fuerzas de izquierda, demócratacristianos y radicales, lograron derogar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia y una profunda reforma electoral que limitaron las posibilidades de cohecho en que descansaba la tradición electoral previa, minimizando el poder que ejercía la Derecha desde ahí. De esta forma el Partido Comunista recuperó su legalidad e institucionalidad. En: Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. pág. 35.

vía electoral<sup>92</sup>. En este caso, sólo por el elemento distractor que resultó ser el “Cura de Catapilco” fue facilitado el triunfo del abanderado de la derecha chilena<sup>93</sup>.

Sin embargo, una nueva experiencia internacional aflorará las divergencias que en el seno de la izquierda se preservaban. Ésta sería la Revolución Cubana consumada el 1 de enero de 1959, la cual paulatinamente caló con especial importancia en parte del Partido Socialista que veía en ésta una experiencia que fundamentaba en la praxis su tradición latinoamericanista y su tesis de Frente de Trabajadores, en donde se demostraba que era posible “saltarse etapas” en la consecución de la revolución socialista. Complementario a ello, en el PS afloró una posición ambivalente en cuanto a las vías posibles para la conquista del poder del Estado, posicionándose en el discurso entre la “vía pacífica” o electoral del comunismo chileno y la vía insurgente concretada por los guerrilleros cubanos<sup>94</sup>.

Hacia 1961 el Frap continuó potenciándose producto de los buenos resultados de las elecciones parlamentarias en donde la derecha llegó a perder los 2/3 del Congreso, demostrando una baja significativa que se mantendría los años venideros.<sup>95</sup> Lo mismo sucedería en el año 1963, en una elección municipal que ad portas de la próxima elección presidencial le adjudica a la alianza de partidos de izquierda un 30% de la votación, lo cual la transformó en la coalición más votada<sup>96</sup>. En lo concreto, al interior del socialismo chileno se preservaba una ambigua posición frente a las elecciones como medio eficaz de la conquista del poder político, pero que sin embargo era aplacada tanto por los buenos resultados como por un “pragmatismo oportuno”. En este sentido, el PS había tomado la decisión hacia 1961 que su candidato presidencial sería Salvador Allende<sup>97</sup>, es decir, tres

---

<sup>92</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. 40. Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit. pág. 203.

<sup>93</sup> Antonio Zamorano Herrera, más conocido como el “Cura de Catapilco”, era un candidato presidencial que, a pesar de sus condiciones desfavorables, fue mantenido para dividir la votación popular en aquellos sectores menos politizados y que obtuvo 41.305 votos, lo suficiente para que Allende no lograra superar a Alessandri. En: Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. pág. 200. Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 49. Casals Araya, Marcelo.

<sup>94</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. 72. Para una aproximación más en profundidad del vínculo entre el PS chileno y los revolucionarios cubanos, ver: Ortiz, Claudio. Al encuentro de la ilusión. Aspectos de la influencia de la revolución cubana en el Partido Socialista chileno 1959-1965. Tesis para optar el grado de Licenciatura en Historia, PUC, Santiago, 1996. En el caso de la siguiente investigación nos interesa señalar de modo general que este partido chileno reforzó sus lineamientos teóricos con la gesta de los guerrilleros cubanos, encontrando en la geografía latinoamericana un fundamento práctico de sus postulados políticos, aun cuando debiesen amoldarlos a la realidad concreta chilena, y a su vez desencadenó aún más los puntos divergentes con el sistema político nacional y con el comunismo chileno.

<sup>95</sup> Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. pág. 203.

<sup>96</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 85.

<sup>97</sup> “los socialistas llegan a su XIX congreso general ordinario (Los Andes, 1961) en que, anticipadamente, designan como candidato presidencial para la elección de '64 al conocido doctor y postulan, además, un programa de transformaciones para proponer al FRAP”. En: Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit. pág. 204.

años antes de dicha elección, pero sin embargo, en el XX Congreso General Ordinario de 1964 de esta organización, el partido definía por una parte que la política socialista:

*“se concreta en una clara y definida política de clases: la línea de Frente de Trabajadores. Concebida como la estrategia revolucionaria de la clase obrera y sus aliados fundamentales, los campesinos, parte del hecho real de la agudización creciente del conflicto entre los explotados, que son la mayoría de la nación, y los explotadores que constituyen una minoría”<sup>98</sup>*

Y a juicio de Julio César Jobet

*“en esta justa línea política eran ingredientes básicos la combinación de los métodos legales e ilegales, de los electorales y los propiamente revolucionarios. Aunque el proceso político se conducía por la vía electoral, constituía una tendencia peligrosa creer que las clases dominantes se resignasen a respetar el veredicto de las urnas”<sup>99</sup>*

Sin embargo, dicho autor y además dirigente socialista, daba cuenta de que a pesar de estos planteamientos la línea esencial del socialismo y de la izquierda general era abocarse en la elección presidencial de 1964. Resultado de esta ambigua actitud entre teoría y práctica del PS, sumado a que el partido había tomado la determinación de eliminar el trabajo fraccional de algunos de sus militantes, un sector disidente de la línea partidaria y perteneciente a la Federación Juvenil Socialista (FJS) y originaria de Concepción decidió retirarse del partido mientras que otro fue expulsado<sup>100</sup>. Entre ellos se encontraban Miguel Enríquez, Bautista Von Schouwen y Nelson Gutiérrez, los cuales al año siguiente y junto a antiguos elementos de extrema izquierda y militantes expulsados tanto del socialismo y el comunismo, formarían el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR<sup>101</sup>. Sus principales críticas al PS se sintetizaban en que deseaban “restaurar la pureza revolucionaria del marxismo frente a la traición abierta del revisionismo” y daban a su vez prioridad a la organización de una “vanguardia revolucionaria marxista”, pese a ello creían un “deber revolucionario” apoyar la candidatura de Allende<sup>102</sup>.

Así, en el Congreso socialista previo a la elección presidencial de septiembre de 1964, afloraban las divergencias y a su vez se aplacarían las mismas. Éstas se basaban lisa y llanamente en la ya tradicional discusión entre los modos de “acceso” al socialismo (“vía electoral” v/s “vía armada”), y por tanto al ascendente electoralismo del PS y a la política netamente parlamentarista de éste, como también de un creciente cuestionamiento a la

---

<sup>98</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 97

<sup>99</sup> Ibid.

<sup>100</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 100.

<sup>101</sup> Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit. pág. 206.

<sup>102</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 101

democracia “burguesa”<sup>103</sup>. Pero no quedaba margen de error ni de tiempo, la elección presidencial estaba a tan sólo unos meses de distancia, por lo que el PS se apostaba a ocupar todas sus energías en conseguir el triunfo de su abanderado Salvador Allende, al menos los hechos electorales previos vaticinaban la posibilidad de triunfo<sup>104</sup>.

De este modo, comenzaron a aflorar con suma intensidad posturas divergentes a la cotidianidad del socialismo chileno, entre aquellos que deseaban llevar de una vez por todas a la praxis política los postulados ideológicos del partido. Éstos envalentonados por las experiencias de otras geografías, como la revolución cubana y los procesos de descolonización ocurridas en África, se erigirían posterior a la elección presidencial con una fuerza incontrarrestable dentro de la estructura interna del Partido Socialista. Es así que, en síntesis:

*“En este período se incubaron los inicios del proceso de “leninización” que se expresó con mayor fuerza en las décadas de los sesenta y setenta. Esta tendencia consistió principalmente en el cambio desde un paradigma populista, asumido por el socialismo chileno desde su fundación, a un marco de referencia leninista”<sup>105</sup>*

Dicho proceso de leninización socialista se encausó definitivamente posterior a la derrota frente a Frei Montalva. El abanderado de la DC se impuso a Salvador Allende con un 55,7% de los votos frente a un 38,6% del socialista. Así, se llamó rápidamente a un Pleno Nacional para diciembre de 1964, en donde el partido dio cuerpo a una fuerte autocrítica, tornando al “partido a la realidad”<sup>106</sup>. De aquí en más, debido a la derrota electoral el Partido Socialista entraría en un proceso de abierta radicalización ideológica y de honda crítica al sistema político y a la democracia. Sin embargo, en su interior conviviría un sector minoritario proclive a un socialismo de corte democrático<sup>107</sup> que en definitiva marcaría la pauta en la praxis política del partido hasta 1973, lo que redundó en uno de los procesos más críticos en la historia de Chile y del Partido Socialista.

Así, los días 26, 27, 28 y 29 de junio de 1965 el Partido Socialista efectuó su XXI Congreso General Ordinario en la ciudad de Linares. Este torneo interno del socialismo chileno se caracterizó por una fuerte renovación de cuadros políticos en los cargos

---

<sup>103</sup> Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit. pág. 206.

<sup>104</sup> El libro de Memorias de Óscar Waiss anteriormente citado trata con mayor profundidad aquellas divergencias producidas en el seno del socialismo en relación a su constante ambigüedad desarrollada en su praxis política. Así también la obra anteriormente citada de Marcelo Casals Araya desarrolla con mayor extensión las posiciones de los intelectuales socialistas frente a estas disyuntivas. En: Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. págs. 67-92. Por otra parte, profusamente famosa es la elección complementaria de marzo de 1964 donde resultó vencedor el socialista Óscar Naranjo, conocida por ello como “Naranjazo”, frente a los candidatos de derecha y de la Democracia Cristiana. Dicho triunfo dio cuenta del peso político-electoral de la alianza de izquierda y reconfiguraría las expectativas de la derecha frente a la elección presidencial, apoyando finalmente la candidatura DC de Eduardo Frei Montalva.

<sup>105</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. 75.

<sup>106</sup> Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. pág. 213.

<sup>107</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. 75

dirigentes del partido, ingresando a éstos elementos de sus nuevas generaciones, los cuales serían además portadores de los liderazgos posteriores del PS<sup>108</sup>. Además de ello recibió toda la carga autocrítica de los socialistas en relación a la derrota en la elección presidencial y una valorización negativa del gobierno de Frei y de la Democracia Cristiana:

*“Su programa no va más allá de consolidar las formas capitalistas de vida. Su ropaje populista le sirve para afianzarse en las masas y con su apoyo darse una base de sustentación que le permita (...) deteriorar la influencia de los partidos obreros. Cumple así integralmente su función de salvadora del régimen vigente definiéndose a sí mismo en forma categórica: reaccionaria y antisocialista en cuanto pretende el afianzamiento de la burguesía como clase.”<sup>109</sup>*

En este sentido, el Congreso de Linares fue fundamental en el rumbo futuro del Partido de Allende. Además de fortalecer el rol de su frente de masas, desarrollar la conferencia nacional de pobladores, preocuparse por el campesinado, entre otros, el PS aprobó una tesis política, redactada por Adonis Sepúlveda que representaba al ala trotskista del socialismo,<sup>110</sup> que entre otras cosas planteaba que

*“Nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma de poder. ¿Significa esto abandonar las elecciones y propiciar el abstencionismo por principio?... Un partido revolucionario que realmente es tal, le dará un sentido y un carácter revolucionario a todos sus pasos”<sup>111</sup>*

Y en seguida la tesis política insiste en que *“es un dilema falso plantear si debemos ir por la ‘vía electoral o la ‘vía insurreccional’.* El partido tiene un objetivo, y para alcanzarlo deberá usar los métodos y los medios que la lucha revolucionaria haga necesarios”<sup>112</sup>. Por lo que el método insurreccional se avizoraba para sólo cuando las “condiciones sean maduras” para el movimiento popular y en cuanto *“se disponga a servir de partera de la revolución”*. Asimismo, el PS se alejaba ya de la valorización, al menos en lo teórico, de la democracia formal, situándola más bien en un plano puramente instrumental de ésta. En el mismo plano, las resoluciones políticas del XXI Congreso General Ordinario planteaban que *“la conducción de la lucha, lleva exclusivamente por la vía de la institucionalidad, significó crear falsas ilusiones con respecto a la forma de llegar al poder”<sup>113</sup>*. De este modo, el giro hacia la leninización ya se expresaba abiertamente en

---

<sup>108</sup> Por ejemplo, Ignacio Walker analiza la estructura partidaria y los cuadros dirigentes del PS en el Congreso de la Serena de 1971, muchos de éstos comenzaron a tener mayor injerencia en la línea partidaria desde 1965, consolidando su hegemonía interna y desequilibrante hacia el primer año de gobierno de Salvador Allende. En: Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. págs. 149-152.

<sup>109</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 108.

<sup>110</sup> Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 144.

<sup>111</sup> Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. pág. 219.

<sup>112</sup> Ibid.

<sup>113</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 112.

sus tesis políticas, las cuales se consolidarán en su estructura interna en la Conferencia de Organización de 1966 y en los votos políticos aprobados en el Congreso de Chillán de 1967. Se abría así un nuevo periodo en la historia del socialismo chileno, el más complejo y arduo en toda su trayectoria, que lo llevaría del gobierno a la clandestinidad, de la unidad a la división, de la tradición a la renovación.

## Capítulo 2. Del Congreso de Chillán al triunfo de la Unidad Popular (1967-1970)

El Congreso de Linares de 1965 dio paso al nuevo pulso del Partido Socialista. La radicalización de este partido había alcanzado su máximo apogeo luego de la derrota electoral en el torneo presidencial de 1964 sufrida a manos de la Democracia Cristiana y de su abanderado Eduardo Frei Montalva. Se consolidaba así un proceso que comenzó a cimentarse en el interior del PS desde fines de la década de 1940 y que encontraría su mayor clímax a mediados de la década de 1960<sup>114</sup> extendiéndose con gran influencia en el socialismo hasta finales de la dictadura militar.

Sin embargo, el PS a pesar de su acentuada radicalización articulada en una crítica implacable al sistema político y a los medios electorales, mantuvo en el primer plano de sus preocupaciones la competencia en elecciones, siendo el triunfo de la Unidad Popular (UP) en septiembre de 1970 la mayor expresión de ello. Es en este gobierno, presidido por Salvador Allende y gobernado por una coalición de izquierda más afín a la política de alianzas del Partido Comunista, en donde el PS obtuvo una influencia notable en los derroteros de la política nacional. El partido creció en militancia y en votación electoral, optando en muchas ocasiones por posiciones políticas distintas a la del propio presidente Allende y a la de su partido aliado, el PC, en que buscó básicamente apresurar el proceso de transición al socialismo mediante una política de “no transar” el programa de gobierno con el partido demócratacristiano que hubiese permitido, a ojos de sus aliados comunistas, “consolidar” lo avanzado. Aún así, dentro del Partido Socialista coexistió con la línea hegemónica radicalizada una tendencia política más afín al proyecto de la Unidad Popular y a la “vía allendista” al socialismo.

Sólo el abrupto, pero no inesperado, Golpe de Estado ejecutado por las Fuerzas Armadas e instigado por la derecha el 11 de septiembre de 1973 abrió en el PS un proceso árido y dificultoso de crítica y autocrítica con respecto a las razones del fracaso del proyecto de la Unidad Popular, del rol del PS en dicho sentido, y de la figura de Salvador Allende. Estos análisis se dieron en un marco de fuerte represión político-militar ejecutado en Chile y desde el exilio sufrido por miles de militantes de los partidos que componían la UP. Así también la reflexión crítica se realizó en un principio en una clave teórica propiamente marxista y/o leninista, base de gran parte de los partidos de izquierda hacia 1973, la cual sin embargo se fue abriendo paulatinamente hacia posturas cuestionadoras de estos mismos presupuestos. Se articuló incipientemente de esta forma un nuevo relato que emplazaba a la tradición teórica de la izquierda. Es lo que se conoció posteriormente como

---

<sup>114</sup> Para Luis Ortega Martínez la radicalización del socialismo chileno estuvo vinculada a la crisis vivida por el PS en la década de 1940 en donde participó del Frente Popular, construyendo finalmente una visión crítica de dicha participación y de la influencia del Partido Radical. Así también considera que los antecedentes ideológicos remotos del proceso de radicalización se hallan en el programa de 1947, en donde empezó a tomar forma la tesis del Frente de Trabajadores. En: Ortega Martínez, Luis. La radicalización de los socialistas de Chile en la Década de 1960. Extraído de Internet desde: [http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-23762008000200009&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-23762008000200009&script=sci_arttext).

“Renovación Socialista” y que en el Partido Socialista tomó forma política y autónoma en Chile y en el extranjero posterior al quiebre interno sucedido hacia 1979.

**a) El Congreso de Chillán: reorganización y una nueva declaración de principios.**

En 1966 el Partido Socialista convocó a una Conferencia Nacional de Organización con el fin de replantear sus principios orgánicos y modificar sus estatutos. La base de esta reorganización aspiraba a constituir al PS en un partido de cuadros para su trabajo de masas. En este sentido Julio César Jobet relata que el socialista era un partido homogéneo social e ideológicamente, una “organización disciplinada alejada del asambleísmo estéril y verbalista propio de los partidos burgueses”<sup>115</sup> y que su rol era ser la vanguardia de las clases trabajadoras nacionales que a través de sus cuadros conduciría a éstos a la instauración de una sociedad socialista. El PS estaba adecuándose a través de una supuesta percepción de su composición partidista para constituirse en un partido definidamente leninista, al menos en sus estatutos y en sus presupuestos ideológicos<sup>116</sup>.

Otra de las consecuencias del Congreso de Linares fue la búsqueda de la ruptura de su aislamiento internacional. En este sentido, suponiendo que la lucha por el socialismo debía tener un carácter continental, se buscó la coordinación con los demás movimientos revolucionarios que se daban en esos años en América Latina. Es así que el PS participó de la Conferencia Tricontinental celebrada en Cuba en enero de ese mismo año en donde se convocó a la I Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), a fin de poder estrechar los lazos entre los partidos y movimientos latinoamericanos y de signo revolucionario<sup>117</sup>.

En 1967 el Partido Socialista convocó a su XXII Congreso General Ordinario, efectuado en la ciudad de Chillán entre el 24 y 26 de noviembre. En los días que antecedieron al torneo interno del socialismo criollo, Clodomiro Almeyda dio una entrevista a la revista Punto Final, próxima al pensamiento de izquierda, en particular en un principio al del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. El dirigente e ideólogo socialista apuntó que

*“Lo importante es que la Izquierda comience a actuar en función del poder, subordine a este propósito, concebido dentro del marco de la estrategia de la lucha armada y continental, todas las otras formas de lucha, las electorales, las parlamentarias, las ideológicas, las sindicales, etc., de manera de ir agudizando la lucha política, aumentando y concentrando fuerzas y precipitando el desenlace natural del proceso. Por eso, lo que hay que hacer es comenzar a trabajar en ese*

---

<sup>115</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 116.

<sup>116</sup> Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit. pág. 206. Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. pág. 220.

<sup>117</sup> Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel; Op.cit. pág. 221. Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 145.

*sentido y en esa dirección, dejando de lado ilusiones electoralistas, prácticas parlamentaristas y luchas simplemente reivindicacionistas, que dispersan, desorientan y confunden con el sistema a las fuerza potencialmente revolucionarias”<sup>118</sup>.*

De esta forma, uno de sus máximos exponentes e ideólogos planteaba superar toda ilusión parlamentarista, electoral o reivindicacionista con el fin de someter a éstas, en un marco estratégico de lucha armada, a la unidad de las fuerzas revolucionarias en un contexto de agudización de las contradicciones de la lucha política, en donde se precipitaría el desenlace “natural del proceso”, es decir, la confrontación inevitable entre las clases sociales en virtud de la definición de la “cuestión del poder”, inclinándose a favor de la lucha socialista y revolucionaria. Así, un sector importante del PS continuando con su visión crítica de la realidad social chilena, de la complejidad política que significó el ascenso de un partido con gran arraigo popular y electoral como la DC, asumía al menos en lo retórico que el único modo posible y “realista” de obtener el poder del Estado era por “asalto”.

Otro hecho que marcó las controversias internas del PS en aquel año fue la expulsión del partido de altos dirigentes de éste, entre los que se contaba Raúl Ampuero, el más importante dirigente político del socialismo en veinte años, secretario general en múltiples ocasiones desde 1947, y que para ese entonces se desempeñaba como senador de la República, y de Tomás Chadwick, también senador. Para Julio César Jobet, esto se produjo debido a que este sector del socialismo había tenido una continua acción opositora<sup>119</sup> a la dirección partidaria. Pero en el fondo esta situación pasó por una pugna por el poder interno del socialismo criollo, en donde Raúl Ampuero y su grupo más cercano representaban a ojos de los sectores más radicalizados, entre los que se contaba Adonis Sepúlveda, los responsables del continuo electoralismo del PS. Por su parte, el “ampueroismo” enrostraba a la dirigencia que había asumido el control del partido en 1965 su falta de dirección política e inconsistencia con la tesis del Frente de Trabajadores. Es decir, *“los mismos elementos servían para que uno y otro bando se acusaran de pasividad, entreguismo y pérdida de ímpetu revolucionario, mostrando de este modo que la disputa era más bien de personalidades que de concepciones teóricas”<sup>120</sup>*. Finalmente solidarizaron con Ampuero y Chadwick, cinco diputados, entre los que se contaba Óscar Naranjo, más veinte ediles (6 alcaldes y 14 regidores). Este grupo terminó formando el Partido Socialista Popular (más conocido como USOPO)<sup>121</sup>, de escasa influencia política en el futuro. De este

---

<sup>118</sup> Clodomiro Almeyda: Dejar a un lado el ilusionismo electoral. En: Punto Final N° 42 del 22 de noviembre de 1967. Extraída de internet desde: <http://www.socialismo-chileno.org/apsjb/1967/Entrevista%20a%20Almeyda.pdf>

<sup>119</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 123.

<sup>120</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. 178.

<sup>121</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 123.

modo, la continuidad política de los sectores que controlaban el PS desde 1965 quedó asegurada.

En este marco se realizó el XXII Congreso efectuado en la ciudad de Chillán, en el cual se aprobó un importante voto político acerca de la política nacional, cuyo contenido ideológico, como se podría esperar, se encontraba en consonancia con los presupuestos esbozados por Almeyda y se enmarcaban dentro de un proceso explicitado ya en el anterior Congreso partidario. Es así que este voto político planteó en sus puntos más relevantes:

*1.- El Partido Socialista, como **organización marxista-leninista**, plantea la **toma del poder como objetivo estratégico** a cumplir por esta generación, para **instaurar un Estado Revolucionario** que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la **construcción del Socialismo**.*

*2.- **La violencia revolucionaria es inevitable y legítima**. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase. **Constituye la única vía que conduce a la toma del poder** político y económico, y a su ulterior defensa y fortalecimiento. **Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista**.*

*3.- **Las formas pacíficas o legales de lucha** (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) **no conducen por sí mismas al poder**. El Partido Socialista las considera como **instrumentos limitados de acción**, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada.*

*Consecuencialmente, las alianzas que el partido establezca sólo se justifican en la medida que contribuyen a la realización de los objetivos estratégicos ya precisados”<sup>122</sup>*

De esta forma, se consolidó en sus directrices teóricas y políticas el peso del marxismo-leninismo. Se afianzó una visión crítica del sistema político chileno, asumiendo que la única vía posible para la conquista del poder político y económico y su ulterior traspaso hacia la revolución socialista era mediante la violencia revolucionaria. En este sentido, el camino sistémico quedaría descartado a acciones limitadas que debían ser incorporadas a la lucha realmente definitiva, la lucha armada. Por otra parte, la tesis del Frente de Trabajadores afianzaba su carácter purista en cuanto a su marcado acento obrerista.

En los estatutos aprobados en este XXII Congreso efectuado en Chillán podemos resaltar lo siguiente:

---

<sup>122</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 130. El destacado en letra negrita es nuestro.

*“El Partido Socialista, de acuerdo con su doctrina, sus principios marxista-leninistas y su programa, expresa y representa los intereses de la clase obrera y de las masas explotadas de Chile en su lucha histórica por derribar el régimen capitalista vigente y construir una sociedad socialista.”<sup>123</sup>*

De este modo, el PS “es la **vanguardia revolucionaria de los trabajadores**, su instrumento fundamental de lucha y su destacamento más avanzado, **resuelto, dinámico y consciente en la conducción y desarrollo de las luchas diarias y permanentes contra el sistema actual.**”<sup>124</sup> Y para ello “La **organización del partido se basa en el Centralismo Democrático**, principio que asegura el ejercicio de la Democracia Interna y permite la centralización del pensamiento de sus miembros para materializarlo en **una acción común homogénea y eficaz**”. El giro hacia la leninización del PS estaba dado completamente. Como podemos leer su estructura y sus principios teóricos estaban regidos ya por principios básicos del leninismo, como son la “vanguardia revolucionaria de los trabajadores”, el constituirse en un partido de cuadros para la lucha revolucionaria y la organización del partido mediante la práctica del centralismo democrático con el fin de establecer un partido en la acción lo más homogéneo posible. Como hemos visto a lo largo de este trabajo, esto último sería sin duda alguna en la práctica lo más complejo de cambiar de un partido históricamente heterogéneo, lo cual se agudizaría en el gobierno de la Unidad Popular y en particular posterior al Golpe de Estado de 1973.

Un punto tal vez menor, pero que expone cómo era la cultura política de los socialistas en aquellos años o lo que al menos se esperaba del militante del PS, se puede observar en la “promesa de lealtad” que contenía el nuevo estatuto del partido y que los nuevos militantes debían hacer al ingresar a la organización:

*¿Prometéis por vuestro honor de combatientes del socialismo y por la memoria de sus mártires, consagrar vuestra vida al servicio incondicional del partido, de la clase trabajadora y de la revolución socialista; entregar vuestro espíritu y vuestra sangre a la gran causa de liberar a Chile del yugo imperialista y de la explotación capitalista; aceptar la disciplina del partido por encima de toda otra consideración y ser un esforzado y leal militante socialista?*<sup>125</sup>

De esta “promesa” se desprende que el militante debía poner su vida al servicio incondicional del partido y de la clase trabajadora, entregando su espíritu y su sangre en la búsqueda de la liberación social, aceptando la disciplina del partido por encima de

---

<sup>123</sup> Estatutos del Partido sancionados en el Congreso General efectuado en Chillán en noviembre de 1967. Extraídos de internet desde: <http://www.socialismo-chileno.org/apsjb/1967/Estatutos%201967.pdf>

<sup>124</sup> Ibid.

<sup>125</sup> “Art. 7º- Los nuevos militantes antes de su incorporación como tales prestarán la siguiente promesa de lealtad al partido y a los trabajadores” En: Estatutos del Partido sancionados en el Congreso General efectuado en Chillán en noviembre de 1967. Extraídos de internet desde: <http://www.socialismo-chileno.org/apsjb/1967/Estatutos%201967.pdf>

cualquier cosa y siendo ante todo un militante socialista esforzado y leal. Es decir, el militante debe sacrificarse y colocar la causa partidaria por delante de su vida cotidiana, transformarse en cuadros políticos para la revolución socialista.

A pesar de las nuevas directrices socialistas, el PS eligió nuevamente como secretario general de la organización a Aniceto Rodríguez perteneciente al ala más moderada del partido<sup>126</sup>. Aún así, los verdaderos vencedores de este torneo socialista fueron aquellos sectores que, con diferencias entre sí, expresaban posturas más radicalizadas, ordenados en torno a Adonis Sepúlveda, Clodomiro Almeyda y Carlos Altamirano<sup>127</sup>, los cuales formaron parte del nuevo Comité Central elegido en dicho Congreso.

En virtud de estos cambios, dentro del PS se articularon tendencias afines con la nueva línea del partido, entre ellos se contaba con los Elenos, grupo que fue apodado de esta forma por la influencia que ejercía en ellos el Ejército de Liberación Nacional (ELN) boliviano, y que, entre otras razones, fue creado para ir en apoyo de dicha guerrilla<sup>128</sup>. Asimismo, hubo también experiencias menores pero que dieron cuenta del ánimo que embargaba a la militancia juvenil del socialismo, como fue el caso de la toma del fundo de San Miguel<sup>129</sup> ubicado en la comuna de San Esteban, provincia de Aconcagua, en el año 1968. Dicha experiencia que empezó siendo una huelga campesina por reivindicaciones salariales y laborales, se transformó posteriormente en una movilización con tintes de alzamiento armado, influenciada por militantes jóvenes socialistas provenientes del “Frente Interno”, el naciente aparato militar del partido con entrenamiento en guerrilla rural. Sin embargo, las condiciones en que se dio esta “lucha” eran, por no decir otra cosa, a lo menos adversas y a los minutos de comenzar el enfrentamiento con las fuerzas policiales, terminó siendo absolutamente reducida. De dicha experiencia se organizó la fracción militar conocida como “Organa” y que agrupó a importantes militantes socialistas como Rolando

---

<sup>126</sup> Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 146. Edison Ortiz plantea que Aniceto Rodríguez era un “hombre vinculado siempre al ala moderada y conservadora del socialismo, quien se impuso sin dificultades nada menos que a Alejandro Chelén, uno de los más claros representantes del radicalismo revolucionario socialista en boga. Es sumamente curioso – por no decir contradictorio -, que un congreso que tomó medidas tan radicales como su adscripción a los postulados marxista-leninistas, eligió para conducir ese proceso a uno de los militantes con más historia, parte de esa cúpula a lo que tanto se había criticado”. En: Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit. pág. 213.

<sup>127</sup> Según Belarmino Elgueta en la leninización del PS “tuvieron una responsabilidad decisiva en esta definición Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda y Adonis Sepúlveda” los cuales participaron activamente de la discusión del vigésimo segundo congreso general del socialismo. Igual responsabilidad le caería a Aniceto Rodríguez, quien “si bien no participó en las elaboraciones teóricas, aceptó la elección como secretario general en dicho congreso, presidiendo un Comité Central en el que aquellos tres dirigentes fueron las figuras principales. Ninguno de ellos dio nunca una explicación sobre su seducción por ese tema puesto de moda por el estalinismo”. En: Elgueta, Belarmino. El Socialismo en Chile; Op.cit. pág. 312.

<sup>128</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. 179.

<sup>129</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. págs. 198-201. Un trabajo íntegro acerca del fenómeno tratado en: Pérez, Cristian. Guerrilla rural en Chile: La batalla del fundo San Miguel (1968), en: Estudios Públicos, N° 78, 2000. Extraído también de internet desde: [http://www.archivochile.com/Mov\\_socialies/mov\\_campe/MSmovcampe0007.pdf](http://www.archivochile.com/Mov_socialies/mov_campe/MSmovcampe0007.pdf).

Calderón, Exequiel Ponce y Carlos Lorca, estos dos últimos de importante relevancia en la primera dirección interior socialista ya en dictadura.

Aún con estas experiencias, el PS participó activamente de las elecciones parlamentarias posteriores al Congreso de Chillán. A ojos de Jobet

*“Si bien el PS mantuvo formalmente las resoluciones de su último congreso general, en la práctica a consecuencia de sus intereses parlamentarios, de la acción divisionista del Partido Unión Socialista Popular (...) y de la necesidad de afrontar los comicios de marzo de 1969, entró en compensaciones electorales”*<sup>130</sup>

De esta forma, como planteara Ignacio Walker, esto no hacía sino “*agudizar las contradicciones propias de un partido socialista declaradamente marxista-leninista que actuaba al interior de una institucionalidad democrática que se proponía remover y superar*”<sup>131</sup>. Por lo que si bien los grandes derrotados de los últimos años al interior del socialismo eran los sectores proclives a las transformaciones sistémicas y a la lucha electoral, en la práctica el PS en su conjunto se movía en esa misma línea. Es así que estos sectores minoritarios, entre ellos el propio Salvador Allende, tuvieron a fines de la década de 1960 mucho más que decir en la acción concreta partidaria que lo que las posiciones teóricas pudieron haber realizado.

#### **b) La elección del nuevo candidato presidencial y el gobierno de la Unidad Popular**

Antes de proseguir con esta breve historia del socialismo chileno, es importante realizar una mirada general del contexto político en que se encausó el proyecto socialista y de la izquierda nacional hacia 1970, poniendo énfasis en la emergencia de la Democracia Cristiana (DC) como partido y como Gobierno, como así también de la crisis de los partidos tradicionales de la derecha chilena, la conformación de uno nuevo que aglutine a éstos y la emergencia de nuevas expresiones políticas afines al universo conservador chileno.

Todo ello en virtud de analizar de mejor modo este complejo periodo de la historia del partido de Salvador Allende, donde finalmente el por entonces senador socialista fue elegido como el abanderado presidencial de la nueva coalición izquierda denominada Unidad Popular logrando alcanzar en su cuarta incursión en estas lides la presidencia de la República de Chile. Es en este gobierno dirigido principalmente por los partidos socialista y comunista en que se desplegaron con mayor intensidad las contradicciones del socialismo criollo, las que supusieron a su vez en buena medida las limitaciones que fue experimentando el proyecto de la izquierda chilena que finalizaría con el colapso del

---

<sup>130</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 142.

<sup>131</sup> Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 146.

sistema democrático mismo, abriéndose con el Golpe de Estado efectuado por las Fuerzas Armadas y respaldado por la derecha política una nueva etapa en la historia de Chile.

### **b.1) Actores relevantes en el contexto histórico: Democracia Cristiana y gobierno de Eduardo Frei Montalva.**

En esta ocasión nos es muy útil aproximarnos al análisis del sistema político chileno de aquellos años a través de las conceptualizaciones de Tomás Moulian. Según este autor, desde el Estado Chileno se manejaron distintas variables de dominación a partir de la conformación de los gobiernos del Frente Popular hasta 1970 cuando Salvador Allende finalmente obtuvo el triunfo en las urnas, transformándose en presidente de Chile. Dichas variables, o estrategias como las denomina Moulian, se constituyeron en un contexto en que *“el bloque dominante y sus partidos políticos no logran dar dirección y deben aceptar las condiciones de un Estado de compromiso”*<sup>132</sup>. Producto de ello se erigieron tres tipos de “estrategias de contención” esgrimidas desde las clases dominantes en un contexto en que por primera vez en la historia de Chile se dieron gobiernos en que la izquierda participó en el poder mediante coaliciones de centro-izquierda y/o se transformó, a través de sus dos partidos tradicionales (el socialista y el comunista), en un agente más que relevante de la política nacional.

Dichas estrategias fueron, en primer lugar, la *“estrategia de contención defensiva”*, la cual se realizó en el periodo 1938-1947 y que se caracterizó por tener un bloque capitalista oligárquico por primera vez afuera del gobierno y por lo tanto en posiciones subordinadas de poder en el Estado. Sin embargo dicho “bloque” fue capaz de obligar a la coalición gobernante a compromisos políticos producto tanto de mantener una hegemonía parlamentaria importante como también por haber incorporado ministros liberales a dichos gobiernos, con el fin de influir desde dentro en los momentos en que pierden dicho peso parlamentario<sup>133</sup>. La segunda denominada *“estrategia de contención coactiva”* fue aplicada durante el periodo 1948-1958 debido a que la anterior estrategia no fue capaz de reproducirse en el tiempo. Ésta se caracterizó por ser una dominación represiva, la cual fue plasmada en la aprobación de la “Ley de defensa permanente de la Democracia” que ilegalizó al Partido Comunista hacia 1948<sup>134</sup>, lo cual perduró hasta fines del segundo

---

<sup>132</sup> Moulian, Tomás. “Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)”. LOM, Santiago de Chile, 2006, pág. 20.

<sup>133</sup> A través de esta investigación hemos ido inmiscuyéndonos en estas “estrategias” desde la propia historia del socialismo chileno. En relación a la integración de ministros liberales a los gabinetes de las administraciones “frentistas” esto ocurrió en los gobiernos que sucedieron al de Pedro Aguirre Cerda, en los dirigidos por los presidentes Ríos y de Duhalde, entre los años 1942-1946. Posterior a estos gobiernos la derecha no pudo mantener su estrategia de incidir desde dentro lo cual influyó en la readecuación de sus modalidades de dominación. Paradigmático en el sentido del peso de la derecha desde el parlamento fue la aprobación de la CORFO, en donde el bloque de centro-izquierda en el poder tuvo que negociar su aprobación en desmedro de las políticas de sindicalización campesina, entre otras.

<sup>134</sup> Tal como plantea Moulian, la coacción es un recurso común del Estado, sin embargo ésta se utiliza con distintas intensidades según necesidades y posibilidades. En este caso, dicha dominación represiva se efectuó

gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. Por último tenemos la “*estrategia de contención integrativa*”, desplegada desde 1958 hasta 1970 y que tuvo su expresión máxima en el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Esta estrategia se definió por expresarse en un reformismo integrador, que tenía como horizonte el llevar a cabo la modernización capitalista y posibilitar la participación a través de la organización campesina y de pobladores<sup>135</sup>.

Esta última estrategia resultó decisiva para la historia de Chile ya que el gobierno de Frei buscó desarticular a la derecha y a su vez desplazar a la izquierda, apropiándose de algunas de sus históricas demandas. Así, la Democracia Cristiana<sup>136</sup> se transformó en un “centro rígido e inflexible”, debido en parte a que era un partido de corte ideológico, con un proyecto político democratizador definido<sup>137</sup>. Por lo que la DC “En vez de operar, como los radicales, por la vía cooperativa de las alianzas, actuaba como un centro competitivo o dominante, que buscaba copar el espacio político, fagocitando a los extremos”<sup>138</sup>. Complementario a ello, este partido de centro se transformó en las elecciones presidenciales de 1964 en la última “reserva” de la derecha, en una suerte de mal menor, ante la eventualidad de un triunfo de la izquierda. Esto se dio a pesar de que la DC era un partido cuya identidad política se había constituido como

---

en un contexto de democracia representativa, reduciendo el pluralismo político. De ello se desprende, como también lo expresa Moulian, lo elástico del concepto burgués de democracia puesto que a pesar de restringirse el pluralismo partidista, la democracia representativa no debe de ser eliminada.

<sup>135</sup> Moulian, Tomás. “Fracturas...”. Op.cit. pág. 21.

<sup>136</sup> El Partido Demócrata Cristiano, también conocido como Democracia Cristiana, es un partido político que se formó en el año 1957 a partir de grupos conservadores socialcristianos, dirigentes ibañistas y principalmente de la Falange Nacional (de donde provenían sus líderes más connotados, como Frei Montalva), organización política que a su vez remonta sus orígenes a la juventud del Partido Conservador. Esta “juventud conservadora provenía de los círculos de estudios organizados por sacerdotes jesuitas entre los universitarios católicos en los años veinte. Luego de asociarse en la Acción Católica, un grupo significativo de aquellos jóvenes se incorporó, después de la caída de Ibáñez, al Partido Conservador”. Ideológicamente hablando rechazaban tanto el socialismo como el liberalismo, oponiéndose al capitalismo, aproximándose a postulados corporativistas de espíritu católico. La “Falange Nacional”, como habían denominado a su organización, en el año 1938 no apoyó al candidato de su partido, lo cual llevó a los conservadores a reestructurar la orgánica juvenil, forzando a estos militantes a salirse del partido. De ahí en más se formaría como un nuevo partido, utilizando el mismo nombre. Es importante recalcar que el Partido Demócrata Cristiano al fundarse en 1957, surgió con la aspiración de convertirse en un partido mayoritario, socialmente heterogéneo, despreciando la lógica de las alianzas políticas y/o electorales y, por lo tanto, buscando competir con todo el espectro político (de izquierda, centro o de derecha) para así conquistar su electorado histórico, lo cual influyó paulatinamente, como veremos, en la polarización de la política chilena. En: Correa, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo et.al. Historia del Siglo XX chileno. Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2001. pág. 127 y 207.

<sup>137</sup> Moulian, Tomás. “Contradicciones del desarrollo político chileno”. Lom, Santiago de Chile, 2009, págs. 50.

<sup>138</sup> Ibid. Así también, para un mayor análisis de la Democracia Cristiana, su historia, su desempeño electoral y su rol decisivo en la política chilena revisar el otro libro citado de Tomás Moulian: Moulian, Tomás. “Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)”. LOM, Santiago de Chile, 2006, págs. 194-235.

*“fuerza de cambios, con un proyecto de modernización desarrollista y que, para serlo, debía tener propuestas anti-oligárquicas. Por lo tanto se trataba de una fuerza con un proyecto propio, autónomo y distinto, que en el discurso no aceptaba ser definida como instrumento de reproducción del capitalismo ni aceptaba la dicotomía socialismo colectivista o capitalismo”*<sup>139</sup>.

En este sentido, la derecha optó hacia 1964 votar por Frei lisa y llanamente porque representaba una alternativa moderada y porque con anterioridad había pactado con el centro radical, cuyo partido se encontraba en una ostensible baja electoral y en una crisis de identidad política. De esta forma, la derecha decidió apoyar a la DC cuando no tenía capacidad de negociación ni en el candidato ni en el programa, pero al menos era la única alternativa a la izquierda marxista<sup>140</sup>.

Por su parte, el gobierno de Eduardo Frei Montalva analizado globalmente y en comparación con programas políticos anteriores a éste, se puede caracterizar como un gobierno “reformista avanzado”. Por ello es que en el programa se abogaba por reformas estructurales que superaran los impasses del desarrollo, requiriendo así que “constituyeran un conjunto orgánico”, teniendo un impacto integrador. En virtud de lo expresado, y continuando con lo planteado por Moulian, dicho gobierno tuvo tres tipos de medidas, cada una de ellas dada en la práctica de modo imbricado: las incrementales, las populistas y las de ruptura. Las primeras buscaban la profundización de la industrialización en pos de optimizar el funcionamiento de la economía capitalista. En las medidas populistas se hallaban las políticas de redistribución de ingresos y las de promoción de las organizaciones populares desde el Estado. Y por último, las medidas de carácter rupturistas hallamos aquellas vinculadas al agro, en específico con la reforma agraria, la sindicalización campesina y la organización de los pequeños propietarios<sup>141</sup>. Éstas tenían un sentido rupturista puesto que, como en el caso de la reforma agraria, tenían un significado económico como también cultural y político<sup>142</sup>.

En definitiva, los dos principales resultados económicos sociales de este gobierno demócratacristiano estuvieron ligados a sus apremiantes aspiraciones programáticas. Por una parte, se avanzó en la industrialización y, por otra, se profundizó en la democratización político-social. En esta última, se estimuló la organización campesina creando sindicatos y confederaciones, además de organizaciones de pobladores, algo sumamente novedoso ya

---

<sup>139</sup> Moulian, Tomás. “Fracturas...”. Op.cit. pág. 221.

<sup>140</sup> Ibid.

<sup>141</sup> Moulian, Tomás. “Fracturas...”. Op.cit. págs. 222-223.

<sup>142</sup> Un trabajo más extenso acerca del peso político, como también cultural/simbólico, de la reforma agraria y las transformaciones en la estructura de la propiedad privada, todo ello como una de las fundamentaciones para la instauración de la dictadura cívico-militar, revisar: Gómez, Juan Carlos. “*Democracia versus Propiedad Privada. Los orígenes político-jurídicos de la Dictadura Militar Chilena*”. En: Caetano, Gerardo (comp.). Sujetos Sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina. Clacso, Buenos Aires, 2006, págs. 171-212.

que eran sectores sociales marginados hasta ese entonces. Empero, se inició un giro en lo económico desde 1967 producto de un alza inflacionaria resultado de las políticas redistributivas y la emergencia de las alianzas políticas en miras de las elecciones presidenciales. Esto afectó a las reformas más sustanciales, las cuales lisa y llanamente no se llevaron a cabo (como la reforma bancaria) o en su defecto fueron perdiendo su intensidad inicial, como es el caso de la reforma agraria<sup>143</sup>.

Este giro en la política del gobierno de Frei Montalva tuvo un efecto importantísimo en la política interna del Partido Demócrata Cristiano, intensificándose los debates y las críticas entre las facciones que convivían desde antes de llegar al poder en dicha organización. Las diversas visiones dentro de la DC se acrecentaron luego de que este partido comenzara a ser efectivamente una organización de masas y se transformara en un partido de gobierno, desatándose abiertamente, como lo vimos antes, luego de 1967. Es así que convivieron dos visiones en pugna:

*“Una era ser un partido reformista-desarrollista, que no pretendía sustituir al sistema capitalista, sino modernizar y “humanizar” el capitalismo atrasado que existía en la sociedad chilena. La otra era ser un partido revolucionario alternativista, cuyo proyecto ideal y final era sustituir el sistema capitalista por una forma nueva de sociedad, diferente de los socialismos históricos”<sup>144</sup>.*

Fue de esta modo que se formó una facción claramente definida y de carácter “rebelde” dentro de la tienda demócratacristiana. Ésta criticaba que el gobierno DC había llevado a cabo reformas políticas y económicas que no trastocaban el núcleo del sistema capitalista. En ese sentido, abogaban por la recuperación de la tradición “popular” y “comunitaria” de su partido, la cual a ojos de éstos significaba instalarse ya no en el centro político, sino en la izquierda, para que de ese modo pudiera concretarse lo que ellos denominaban como la “vía no capitalista de desarrollo”<sup>145</sup>.

Es así que hacia 1969 finalmente la Democracia Cristiana sufrió una ruptura, formándose el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). Con esta escisión la DC perdía su hegemonía como partido del “cristianismo avanzado” y a su vez se aproximaba como nunca antes un importante sector del cristianismo al mundo del socialismo marxista. Así también el partido de Frei Montalva veía partir a importantes cuadros de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC) como también de sus dirigentes campesinos.<sup>146</sup>

---

<sup>143</sup> Moulian, Tomás. “Fracturas...”. Op.cit. pág. 227. Como plantea Moulian “En el caso de la reforma agraria, en el año 1967 ocurrió una drástica reducción del total de hectáreas expropiadas de buena calidad agrícola”. Así, se aumentó en el total de hectáreas expropiadas de secano, bajando en las de riego, las cuales son de mejor calidad agrícola.

<sup>144</sup> Moulian, Tomás. “Fracturas...”. Op.cit. pág. 229.

<sup>145</sup> Moulian, Tomás. “Fracturas...”. Op.cit. pág. 230.

<sup>146</sup> Ibid.

Si bien la ruptura no trajo consigo pérdidas cuantitativas, sí se expresó en lo electoral que la DC comenzaba a ceder terreno. En las elecciones parlamentarias de ese mismo año (1969) el partido gobernante cayó en un 12,51% su votación en relación a las mismas elecciones de 1965, obteniendo el 29,78 por ciento de los votos<sup>147</sup>. Por su parte, la izquierda había crecido levemente y la derecha tuvo un repunte notable expresado en una nueva fuerza política que agrupaba a sus partidos tradicionales, el Partido Nacional, que alcanzaba en estas elecciones un 19,97 por ciento de la votación. Es así que

*“El centro demócratacristiano quedó atrapado entre dos polos que demostraron su capacidad de crecimiento electoral y su dinamismo político. El centro excéntrico, reformista y alternativista, produjo esa doble centrifugación. Por una parte impulsó a la derecha hacia su derecha y a la izquierda hacia su izquierda. En esa operación quedó inmovilizado en una posición intermedia”<sup>148</sup>.*

Esta situación pondría en jaque a la estrategia del bloque dominante basada en la “contención integrativa” que nos planteara Moulian, abriendo un nuevo ciclo político en la historia de Chile. Empero debemos profundizar también un poco más en esa nueva derecha que se formó alrededor del Partido Nacional para así tener el cuadro completo de la política nacional hacia 1970.

## **b.2) Crisis de la Derecha, formación de un nuevo partido y nuevas expresiones políticas.**

Como hemos visto, la elección presidencial de 1964 supuso para la derecha chilena un dilema que sólo se resolvió al decidir los partidos Liberal y Conservador el apoyar a Eduardo Frei Montalva por sobre el candidato radical para así no permitir el probable triunfo del socialista Salvador Allende. Como nunca antes los partidos representativos de la derecha nacional se encontraban a merced de las propuestas políticas de transformaciones estructurales tanto del centro como de la izquierda, lo cual se acrecentó en las elecciones parlamentarias de 1965 que alejaron a la derecha de ser un actor relativo en la política del país, eligiendo tan sólo ocho diputados y dos senadores. Al mismo tiempo, la reforma agraria impulsada por el gobierno demócratacristiano sepultó las expectativas que tenían puestas en el gobierno demócratacristiano en cuanto a que éstos no tocarían la estructura de la propiedad agraria<sup>149</sup>.

---

<sup>147</sup> En 1965 la DC obtuvo por sí sola el 42,29% de la votación en las elecciones parlamentarias, convirtiéndose en el partido más fuerte electoralmente del país. Por su parte, el Partido Radical, la segunda fuerza electoral, obtuvo tan sólo el 13,30% de los votos. Así también la derecha en su conjunto logró quedarse con un escuálido 12,05 % de votación, similar a la votación del Partido Comunista. Moulian, Tomás. “Fracturas...”. Op.cit. pág. 231.

<sup>148</sup> Íbid.

<sup>149</sup> Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. La disolución del Partido Nacional, 1973-1980, pág. 18-19. En: Valdivia de Ortiz de Zárate, Valdivia; Álvarez, Rolando y Pinto, Julio. *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*. LOM Ediciones, Santiago,

Es bajo este contexto que se dio el colapso de los partidos tradicionales de la derecha, el Partido Liberal y el Conservador. Éstos, junto a los nacionalistas agrupados por ese entonces en el Partido Acción Nacional, se fusionaron en abril de 1966 dando vida al Partido Nacional (PN). Este partido se formó con la intención no sólo de frenar la caída electoral de la derecha sino que también para disputar sectores políticos que se sentían representados por el centro católico como también sectores sociales, como la clase media. De esta forma, esta nueva expresión política de la derecha convocaba a *“todos los ‘independientes’, es decir, a todos aquellos que no se sintieran identificados con el marxismo o el comunitarismo, en un intento renovador de crear un gran movimiento de ‘fuerzas democráticas’.”*<sup>150</sup> Dicha insistencia se basaba en que para tener significación en las decisiones y en el poder no bastaba con tener control sobre el sistema económico sino que también debían retomarse las banderas de la política. En otras palabras, las clases dominantes querían superar la *“estrategia de contención integrativa”* planteada por Moulian y que analizáramos en páginas anteriores para así competir con todo por la dirección política del país.

Así también, al interior del Partido Nacional convivían las tres visiones de los partidos políticos que lo conformaron. Por una parte tomaron de la derecha económica la defensa de la propiedad privada, el antiestatismo con una crítica al rol del Estado y sus atribuciones sobre la economía (por ejemplo en materia tributaria y en sindicalismo), asumiendo una posición desde la economía de mercado. Así también plantearon un mayor presidencialismo restándole peso a las facultades parlamentarias, buscando con ello el debilitar el rol de los partidos políticos de centro e izquierda<sup>151</sup> con la autoridad del presidente.

En el caso del nacionalismo, según la perspectiva de Verónica Valdivia, fue el mayor aporte en cuanto a renovación ideológica tuvo la derecha vinculada al Partido Nacional. Esto dado que el nacionalismo tuvo una apreciación sustancial de las fuerzas armadas:

*“El cambio más importante, con todo, fue la relación del nacionalismo con las fuerzas armadas, pues relativizó la importancia de las masas y reivindicó el papel de las instituciones en la vida política y social del país, propugnando un sentido militar de la vida y definiéndolas como la columna vertebral de la nación y, por tanto, pilar de sustentación del régimen democrático, encargadas de su seguridad interna y externa”*<sup>152</sup>

---

2006. Ahora bien, según Verónica Valdivia, la derecha estaba de acuerdo con una reforma agraria que apuntara básicamente al problema de la eficiencia del “campo”, es decir que tuviese un carácter meramente técnico. En Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. Op.cit. págs. 54-55.

<sup>150</sup> Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. Op.cit. pág. 19.

<sup>151</sup> Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. Op.cit. pág. 21.

<sup>152</sup> Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. Op.cit. pág. 22.

De esta forma, el nacionalismo (de derecha) a pesar de haber sido hasta ese entonces un movimiento político más marginal que decisivo en la historia de la política chilena, penetró en el Partido Nacional “llevando allí su visceral antipartidismo, anticomunismo y su militarismo”<sup>153</sup>. Es así que también se expresó en este partido un profundo sentido “conservador” de la identidad nacional, del “pueblo”, de la herencia histórica y cultural y de los “gloriosos” días del Estado chileno en el “régimen portaliano”.

Si bien en un comienzo el peso del nacionalismo en el Partido Nacional se vio mermado puesto que el partido no actuaba con uniformidad en el parlamento ni en otras acciones políticas, permaneciendo en su interior las diferencias entre las antiguas organizaciones que le dieron vida, no fue sino hasta 1968 año en que asumió Sergio Onofre Jarpa la presidencia de la colectividad que el partido pudo aparecer con una sola línea claramente definida, con hegemonía de este sector. Con Jarpa, proveniente de nacionalismo, el PN “reafirmó la línea dura y se enfatizó la urgencia en la reforma constitucional que repusiera el sentido de autoridad”<sup>154</sup>. Es así que en vísperas de las elecciones parlamentarias de 1969, el PN abogó por una “renovación de la política” en la que se estableciera la modernización del Estado en cuanto a una disminución de su burocracia y a la vez una reforma presidencial para así restarle peso a la injerencia de los partidos políticos<sup>155</sup>.

En el mismo contexto político, social y de reformas profundas en que se dio la formación del Partido Nacional, surgió en la Universidad Católica un movimiento político liderado por el entonces estudiante de derecho Jaime Guzmán que se desplegó al alero de otro proceso de reformas como fue la universitaria de 1967, y que enfrentó a las juventudes católicas de dicha casa de estudios: una liderada por Guzmán, denominada Movimiento Gremial y la segunda ligada a la Democracia Cristiana, el partido de gobierno de ese entonces. La reforma buscada cuestionaba la estructura jerárquica y autoritaria de la universidad poniendo énfasis por lo tanto en la participación estudiantil. El Movimiento Gremial se oponía a ello y, a pesar, que la reforma tuvo éxito, logró constituirse en una organización alternativa a la de la juventud democatacristiana. Este movimiento se inspiraba en la ideología corporativa de raíz cristiana que abogaba por “la despolitización-entendida como ausencia de la intervención partidaria- de los cuerpos intermedios, en este caso de los organismos gremiales estudiantiles y su autonomía respecto del Estado”<sup>156</sup>. De este modo, los “gremialistas” apuntaban a que el estudiantado debía sólo interesarse por

---

<sup>153</sup> Ibid.

<sup>154</sup> La línea dura del PN se basaba en su abierta confrontación al gobierno democatacristiano. Además de ello, el partido a través de su presidente planteaba un expreso nacionalismo antiliberal, criticando al sistema político, los partidos, acentuando el sentido de autoridad y aproximándose a algunos sectores militares. Buena parte del PN se fue haciendo parte de este relato en virtud de los acontecimientos políticos de la época, entre ellos la Reforma Agraria y la ampliación de los movimientos sociales. En: Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. Op.cit. pág. 24.

<sup>155</sup> Ibid.

<sup>156</sup> Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. Op.cit. pág. 55.

problemáticas que estuviesen directamente ligadas a ellos y no a aquellas ajenas, como el contexto político nacional. Y a pesar que no compartían los cambios propuestos por los reformistas, no se negaban a otro tipo de transformaciones “siempre y cuando éste se atuviera a los límites de la “cordura”, como por ejemplo una reforma universitaria centrada en la revolución científica y tecnológica”<sup>157</sup>.

Ahora bien, desde la perspectiva de Verónica Valdivia, el mayor aporte de la derecha gremialista a la política de este espectro político fue su “disposición a la acción política”. Esto se vio reflejado en que el gremialismo buscó competirle los espacios de representación estudiantil al movimiento reformista, disputándole la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), logrando triunfar en 1968, cuando los demócratacristianos se presentaron divididos entre aquellos sectores más politizados y aquellos que no estaban de acuerdo con la dirección tomada por los reformistas. De ahí hasta el fin del gobierno de la Unidad Popular el gremialismo no perdería la dirección de la FEUC. Es así que

*“Guzmán y los gremialistas revelaban una derecha de nuevo tipo, juvenil, doctrinariamente compacta y dispuesta al combate. En esos años de dominio demócratacristiano, la nueva derecha descubrió la acción como un elemento clave en la disputa por el poder, no bastando el control del poder económico. El verdadero poder lo daba la política y la competitividad en ese terreno. Nació un nuevo “estilo”.”<sup>158</sup>*

Aparte de los valores y visiones compartidas que el gremialismo tuvo con la derecha tradicional, este movimiento recalcó con insistencia sus posturas anticomunistas llegando al punto de catalogar Jaime Guzmán a sus adversarios políticos, ya sean de centro o de izquierda, como “extremistas”. Aún más, las reformas llevadas a cabo por el gobierno de Frei Montalva, como la agraria, eran catalogadas de totalitarias y el mismo gobierno, por su presunto sectarismo, de fascista, por lo que, no habría mayor diferencia con el comunismo o la izquierda. De este modo, “el centro y la izquierda eran antidemocráticos, el único sector que defendía los principios democráticos era la derecha, la cual debía combatir activamente a sus adversarios”<sup>159</sup>. Así, el gremialismo se expresaba como un movimiento decidido a defender la “democracia” y capaz de enfrentar mediante la acción política a sus “enemigos”, la democracia cristiana y la izquierda.

Es de esta forma que se conformó el plano de la política nacional hacia 1969: una izquierda cada vez con más contradicciones entre sus partidos históricos, pero que había tenido una leve alza electoral en las parlamentarias. Una Democracia Cristiana que a pesar de su baja electoral y la división que sufrió aquel año, se mantenía como un centro político

---

<sup>157</sup>Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. Op.cit. pág. 56.

<sup>158</sup>Valdivia, Verónica. “Crónica de una muerte anunciada”. Op.cit. pág. 57.

<sup>159</sup>Íbid.

con gran arraigo social y de masas. Y una derecha que se rearmaba desde 1966 con un nuevo partido político, el Nacional, y que en esta elección parlamentaria se consolidaba como un actor relevante, dispuesta a enfrentar las elecciones presidenciales de 1970 con nuevos bríos. Además de ello, emergían dos nuevos movimientos políticos, el MAPU, escindido de la juventud de la DC y partícipe también de la reforma universitaria de aquellos años, y el Movimiento Gremial, de derecha, los contrincantes de los reformistas de la UC, y liderados por Jaime Guzmán, los cuales con todo su ímpetu estaban dispuestos a competirle a sus adversarios por el poder político. Todos ellos se transformarían en actores más que relevantes de la política nacional en las décadas venideras.

### **b.3) La formación de la Unidad Popular y el triunfo de Salvador Allende.**

Como hemos visto a pesar de la radicalización discursiva del socialismo chileno, el partido se concentró en las elecciones parlamentarias de 1969. En ésta el partido de gobierno, la Democracia Cristiana, expresó en lo electoral su crisis interna que había llevado a constituir un fuerte fraccionamiento interno que supuso la formación por los grupos más inconformistas de dicha organización del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). A su vez, la derecha, ahora agrupada en el Partido Nacional (PN), comenzaba a crecer electoralmente posicionándose cerca del 20% del electorado. En el caso particular del Partido Socialista debía medirse también ante la USOPO, el nuevo partido de corte socialista surgido producto de la escisión sufrida hacia 1967. El resultado fue que el PS bajó su votación en relación a las elecciones anteriores, sin embargo eligió la misma cantidad de diputados con los que se contaban hasta antes de la expulsión de Ampuero. Así, el socialismo contaba con 15 diputados, la misma cantidad que en 1965, y el USOPO no eligió a ninguno, salvo a un senador<sup>160</sup>. Así, se componía el cuadro de la política chilena en vísperas de las elecciones presidenciales de 1970<sup>161</sup>.

En este sentido, Julio César Jobet planteó que bajo la lógica puramente electoral “no parecía tener posibilidad de una salida democrática y popular el proceso socio-político de Chile, porque siempre las fuerzas centristas y la derecha podían llegar a un acuerdo”<sup>162</sup>, es decir que habrían en estos resultados una justificación objetiva para aquellos que condenaban, desde el “campo popular”, la vía electoral como medio para la consecución del poder, sin considerar en ningún caso algún entendimiento con la Democracia Cristiana en pos de un gobierno de “avanzada”. En este sentido, el pleno del Comité Central del PS posterior a las elecciones parlamentarias enfrentó a las dos visiones internas que se expresaban en el partido. Por una parte se hallaba Carlos Altamirano, que abogaba por una “justa” aplicación de la línea política establecida en el Congreso de

---

<sup>160</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 147.

<sup>161</sup> Elecciones parlamentarias del 2 de marzo de 1969: Partido Demócrata Cristiano: 29,7% de la votación; Partido Nacional: 20%; Partido Comunista: 15,9%; Partido Radical: 12,9%; Partido Socialista de Chile: 12,3%; Partido Unión Socialista Popular: 2,2%; Partido Democrático Nacional: 1,9%; Partido Social-Demócrata: 0,9%. Fuente: Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 146.

<sup>162</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 147

Chillán (o como la denomina Jobet “una posición socialista genuinamente revolucionaria”), y por la otra parte Salvador Allende, que apelaba por una política popular que estableciera una alianza amplia que esté a la par de las condiciones sociales y políticas del país en dicho contexto.

Finalmente pesó más la postura de Altamirano y el Partido Socialista llamó a conformar un amplio “Frente Revolucionario” con todos aquellos que “*deseaban la liberación nacional y social de nuestro pueblo, definiéndose por una clara actitud anti-capitalista y anti-imperialista*”, siendo más relevante a la hora de la unidad una real “*conducta rupturista frente a la institucionalidad burguesa y del compromiso con las luchas revolucionarias del pueblo chileno*”<sup>163</sup>, como planteara el texto de las resoluciones de dicho Pleno Nacional.

Sumado a los resultados electorales, el final de la década de 1960 también dejaba en claro que el país se hallaba frente a un nuevo cuadro complejo y arduo en lo social y político. Es así que, además de la radicalización ideológica (y en algunos casos en la práctica) de algunos movimientos y/o partidos políticos como el PS y el MIR, también se sumó el accionar político de nuevos actores sociales que no sólo se desplegaban dentro de los partidos e instituciones, sino que en muchas ocasiones los superaban, desbordando el orden social existente y adquiriendo así importantes niveles de autonomía. Este proceso se vio enmarcado en las reformas efectuadas por el gobierno demócratacristiano, es decir tanto con la reforma agraria como con el programa de “Promoción Popular” impulsado desde el oficialismo (en que se crearon organizaciones tales como juntas de vecinos, centros de madres, asociaciones de padres y apoderados), lo cual a su vez generó una ampliación de las expectativas y demandas de estos nuevos actores sociales que fueron haciéndose parte de la institucionalidad vigente, tanto de los partidos políticos como las creadas por el gobierno<sup>164</sup>.

Ahora bien, tal como lo planteáramos páginas más atrás, el freno del crecimiento económico marcado por una fuerte inflación a partir del año 1967 produjo un hondo malestar y descontento de estos mismos actores sociales<sup>165</sup>. Esto generó una ampliación de la actividad huelguística en el país, tanto del mundo urbano como el del rural<sup>166</sup>. Asimismo,

---

<sup>163</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 151.

<sup>164</sup> Correa, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo et.al. Historia del Siglo XX chileno. Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2001. págs. 253-254.

<sup>165</sup> En el mismo libro de Sofía Correa y Jocelyn-Holt, entre otros, encontramos las siguientes cifras inflacionarias que se dieron en el gobierno de Frei Montalva, por año: 1967, 19% de inflación; 1968, 28%; 1969, 32%; 1970, 34%. Por su parte el crecimiento industrial disminuyó de un 7,3% de mediados de década a un 3,6% en toda la segunda mitad.

<sup>166</sup> La política de sindicalización también fue una de las grandes transformaciones efectuadas bajo el gobierno de Frei: “Según datos entregados por Alan Angell (...) el sindicalismo urbano pasó de 268.900 afiliados en 1964, a 429.100 miembros en 1969; en cualquier caso, el crecimiento del sindicalismo rural durante el gobierno de Frei resultó bastante impresionante: de 1.700 afiliados agrupados en 24 sindicatos existentes en

creció la represión por parte del Estado para frenar estos episodios, como en el caso de las tomas de terrenos urbanos o de fundos que también se vieron acrecentadas bajo este gobierno.<sup>167</sup> Por lo que, en definitiva:

*“La incorporación de vastos sectores de la población a la actividad política superó las modalidades del accionar partidista, otrora sustentado en la negociación y el acuerdo entre elites parlamentarias, lo que se tradujo en un cada vez más frecuente enfrentamiento directo –sea de palabra, sea de acción– entre los diversos involucrados”*<sup>168</sup>

De este modo, podemos dar cuenta de que cambiaron las formas de hacer política de los actores involucrados en ésta, en donde además se sumaron nuevos sujetos sociales que antes no figuraban en la política formal. Todo esto se enmarcó en los convulsionados años 60 que en definitiva significaron la transformación de los modos de hacer política y de la radicalización, por no decir sobreideologización, de vastos sectores que no veían resueltas sus necesidades más básicas ni las expectativas abiertas por el gobierno demócratacristiano, tensionándose aún más el escenario de la política nacional no tan sólo por la izquierda, sino como hemos visto, también por la derecha.

El ambiente en el Partido Socialista de Chile no difería tanto de la situación nacional hacia fines de la década. Además de las siempre convulsionadas relaciones con el PC en cuanto a la política de alianzas y a cuestiones de índole internacional, desde las propias filas del socialismo se cuestionaba al sistema político mismo y el rol de los partidos de izquierda en éste. En esta ocasión, le tocó la oportunidad a Carlos Altamirano, miembro del Comité Central y Senador desde el año 1965, el cual calificó en mayo de 1968 al parlamento, parafraseando a Mao Tse Tung, como un “tigre de papel”. En este sentido, el senador planteaba que

*“la cuestión básica del “poder” jamás se resolverá en la tribuna parlamentaria. Siempre ha sido y es fruto de la lucha insurreccional de los pueblos contra sus opresores. En consecuencia, una justa estrategia revolucionaria nunca debe olvidar de que lo que se trata en esencia no es de ganar más “parlamentarios” sino de ganar más “fuerza”.*”<sup>169</sup>

---

1964, subió a 104.700 miembros pertenecientes a 421 sindicatos en 1969”. Correa, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo et.al. Historia del Siglo XX chileno. Op. cit. pág 55.

<sup>167</sup> Ibid. El movimiento de pobladores es uno de los actores sociales más relevantes de esta época, tomando relevancia desde al menos fines de la década de 1950. Para un análisis con mayor densidad historiográfica de lo que fue la formación y consolidación de este movimiento revisar los libros: Garcés, Mario. Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970. Editorial LOM, Santiago de Chile, 2002; Espinoza, Vicente. Para una historia de los pobres de la ciudad. Ediciones SUR Santiago de Chile, 1986.

<sup>168</sup> Correa, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo et.al. Historia del Siglo XX chileno. Op. cit. pág. 256.

<sup>169</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 149. Originalmente en: Altamirano, Carlos. El Parlamento, “Tigre de Papel”, en: Punto Final, suplemento a la edición n° 55, 21 de

Al mismo tiempo planteó que la fuerza de un partido revolucionario, en línea con el pensamiento marxista-leninista, reside no en sumar más diputados o senadores sino que tengan *“la confianza de los trabajadores en su dirección y en la capacidad para conducir a las masas a la conquista del poder”*<sup>170</sup>. De este modo, el parlamento debe ser ocupado por los partidos izquierdistas para “cuestionar todo el sistema de vida capitalista”, siendo utilizado así como una “tribuna de agitación” y de “denuncia” de las injusticias y “lacras” imperantes en la sociedad capitalista. Denunciar cosas como

*“la violencia encubierta tras un biombo de hipócrita legalidad, el Ejército convertido en policía y la policía en torturadores, el carácter fraudulento de las elecciones, la prensa, la radio y los medios de difusión en poder de grandes empresarios monopolistas y, en consecuencia, una información intencionada, falsa y mentirosa de la realidad contingente.”*<sup>171</sup>

Aún así, en párrafos anteriores Altamirano aclaró que *“políticamente estimaría un error táctico abandonar la tribuna congresista, sobre todo, dadas las particulares circunstancias históricas por que atraviesa nuestro partido”*<sup>172</sup>. Es decir, sus planteamientos, a pesar de no escatimar en hondos descréditos al sistema parlamentario chileno y su presunta ilegalidad, tanto en un sentido moral como en su rol práctico, continúan moldeándose a las contingencias en que el partido se halle inmiscuido. Y, por otro lado, resulta relevante analizar que estas declaraciones se hacen en un contexto en que el presidente del senado no era ni más ni menos que Salvador Allende, otro socialista<sup>173</sup>.

En línea con esta constante ambigüedad teórico-práctica en el seno del socialismo, llegaba la hora de las definiciones para el PS. En el horizonte se hallaba las elecciones presidenciales y el partido debía asumir una línea con respecto a ello, tanto en relación con

---

mayo de 1968. Dicho documento fue redactado cuando Carlos Altamirano cumplía una reclusión en el anexo-cárcel Los Capuchinos, donde fue enviado tras denunciar la penetración norteamericana en Chile. Dichas denuncias las había realizado en una conferencia en la Universidad de Concepción.

<sup>170</sup> Ibid.

<sup>171</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 150.

<sup>172</sup> Altamirano, Carlos. El Parlamento, “Tigre de Papel”, en: Punto Final, suplemento a la edición n° 55, 21 de mayo de 1968.

<sup>173</sup> Las reflexiones de Altamirano también son tratadas en: Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. págs. 195-197. Meses después Altamirano también redactaría un documento titulado “América Latina necesita su propia teoría revolucionaria”, también distribuido por la revista Punto Final. En éste el senador se aproximó a las teorías en boga en ese entonces en el pensamiento latinoamericano como era la Teoría de la Dependencia, con la cual analizó las condiciones de vida de los países del Tercer Mundo y en virtud de ello planteaba, citando a Marcelo Casals, que “Latinoamérica requeriría de un proceso de creación teórica que desembocase en la construcción de una línea revolucionaria autónoma y hegemónica, acorde con las condiciones específicas del subcontinente”. En ese sentido, postularía básicamente que la “vía pacífica” debiese desecharse como un ejemplo de “idea foránea”, postulando por ejemplo como una posibilidad la estrategia foquista del Che Guevara. Además de ello, dicha lucha armada debiera llevarse a cabo a escala planetaria puesto que, a ojos de Altamirano, el “imperio norteamericano” actuaría como un “Estado Mayor” con estructuras en todos los continentes como fuerzas “contrarrevolucionarias”. En: Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. págs. 206-207.

el eterno debate acerca de la “vía electoral v/s vía armada”, como también con las alianzas político-electorales y si aquello era resuelto a favor de participar en los comicios presidenciales, la elección del candidato.

Como siempre se tensionaron las posiciones internas, sin embargo, en la práctica el PS asumió que lo electoral estaba a la orden día pasando a hegemonizar el escenario político. Por una parte, resultó importante para el nuevo contexto político el cambio visto en el Partido Radical aproximándose éste a posiciones ideológicas de izquierda. Ello desde los anteriores Plenos Nacionales y Congresos del PS había sido criticado como un mero oportunismo por parte de un partido que representaría a parte de la burguesía nacional<sup>174</sup>. Lo cierto es que al interior del radicalismo había triunfado su corriente izquierdista y populista, como la denominaba Jobet, en su XXIV Convención Nacional y en ella fueron expulsados los sectores de derecha, entre los que se cuenta, el senador Julio Durán que en 1964 era el candidato radical a la presidencia de Chile, entre otros tres diputados. Estos sectores iban a formar posteriormente el Partido Democracia Radical que resultó finalmente ser una suerte de “apéndice” del Partido Nacional. De esta forma los objetivos del PR se orientaron hacia “*la construcción de un sistema democrático inclusivo y equitativo*”, sobre la base de la constitución de una sociedad socialista, asumiendo sí que ello debía efectuarse por medio del sistema democrático<sup>175</sup>. Es decir, los objetivos del radicalismo chileno se inscribieron bajo una lógica reformista, pero “dentro de una estrategia socialista”, como planteaba el senador de esta tienda política, Alberto Baltra.<sup>176</sup>

De esta forma, con los cambios experimentados en el PR y sumado a la formación del MAPU como nuevo partido de tendencia izquierdista, el camino estaba allanado para que la postura del Partido Comunista de formar una alianza lo más amplia posible entre fuerzas “anti-imperialistas” y “anti-oligárquicas”, entre partidos marxistas y no marxistas, fuera aceptada<sup>177</sup>. Es así que “*los partidos Comunista, Socialista, Radical y Social Demócrata y los movimientos MAPU (Movimiento de Acción Popular y Unitaria), y API (Acción Popular Independiente)*”<sup>178</sup>, formaron la “Unidad Popular”. Así también quedaba desahuciada la tesis del “Frente Revolucionario” expuesta por el Partido Socialista.

---

<sup>174</sup> En el Congreso de Linares de 1965 las resoluciones sobre política nacional del Partido expresaba lo siguiente en el punto 8: “*El Partido Socialista redoblará sus esfuerzos por afianzarse en las masas, con una política que descarte nítidamente cualquiera alianza con fuerzas políticas burguesas, rechazamos posibles entendimientos con el Partido Radical, denunciando desde ya su desplazamiento pseudoizquierdista.*”. Dichas posiciones en el Congreso habían sido previamente defendidas por Adonis Sepúlveda en una extensa tesis política que resultó ser decisiva para el torneo socialista. En: Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 114.

<sup>175</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op. cit. pág. 226. Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 153-154.

<sup>176</sup> Entrevista a Alberto Baltra: “Reformas con estrategia socialista”. En: Punto Final, n ° 83, 15 de julio de 1969.

<sup>177</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 153. Ortiz, Edison. El socialismo chileno; Op.cit. págs 217-218.

<sup>178</sup> Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile; Tomo II. Op.cit. pág. 154.

En este contexto, los partidos debían elegir sus candidatos presidenciales. En el caso del PS, éste era un tema que tampoco dejaba que las aguas se aquilataran. El sempiterno candidato de dicha colectividad, Salvador Allende, ya no suscitaba la adhesión fervorosa de años anteriores, ni menos le favorecía la radicalización teórica y discursiva que su partido había sufrido durante el gobierno de Frei. Un ejemplo categórico de ello es que en el Congreso de Chillán, Allende solicitó ser parte del Comité Central del PS, lo cual le fue negado, sin dejarlo si quiera poder defender su postura<sup>179</sup>. En ese sentido se vislumbraba un difícil proceso de elección, lo cual efectivamente ocurrió.

Los candidatos que se presentaron por parte del Partido Socialista, y que seguramente de ser elegido como tal significaría ser el candidato del conjunto de la Unidad Popular, fueron Aniceto Rodríguez, Secretario General del PS, y Salvador Allende, ex presidente del Senado y candidato presidencial en tres ocasiones previas. Luego de varias votaciones por parte del Comité Central, y de una consulta a los Regionales del Partido (sus direcciones intermedias), el Partido Socialista resolvió que el candidato de su tienda sería Salvador Allende. Las bases se habían expresado favorables mayoritariamente al sempiterno candidato del socialismo y la izquierda chilena, su arraigo en el mundo popular y sus décadas de lucha y liderazgo social lo legitimaban ante el mundo afín a la naciente Unidad Popular. De esta forma, y a pesar de las contradicciones aparentes entre el flamante candidato socialista y las directrices emanadas de los últimos Congresos partidarios, Salvador Allende fue capaz de sortear tanto el obvio desgaste de haber sido ya tres veces derrotado como candidato presidencial como el rechazo que generaba en algunos importantes sectores del Comité Central del PS que en virtud de sus posiciones más radicales lo tildaban de “reformista” o “socialdemócrata”<sup>180</sup>.

Así, en definitiva, y luego de la “bajada” de los demás candidatos de los partidos políticos que conformaban la Unidad Popular, entre ellos Pablo Neruda por el Partido Comunista, Salvador Allende era proclamado candidato presidencial del conjunto de la izquierda chilena. De esta forma, el 4 de septiembre de 1970, y con un poco más del 36% de los votos válidamente emitidos, Allende lograba el primer lugar ante el ex presidente Jorge Alessandri, abanderado del Partido Nacional, y Radomiro Tomic, candidato por el Partido Demócrata Cristiano, segundo y tercer lugar respectivamente. Se iniciaba así uno de los momentos más apasionantes y complejos de la historia de Chile y del Partido Socialista,

---

<sup>179</sup> Casals Araya, Marcelo. El alba de una revolución. Op.cit. pág. 181. Walker, Ignacio. Socialismo y Democracia; Op. cit. pág. 147.

<sup>180</sup> Entre muchísimos libros que tratan este tema, es el trabajo de Eduardo Gutiérrez uno de los que sintetiza de buena forma el proceso de elección de la candidatura presidencial del Partido Socialista y entrega ciertos datos e impresiones interesantes de dirigentes de aquellos años, dando cuenta de las luchas internas generadas en las diferentes facciones que comandaban al PS como también de los “mitos” generados alrededor de ésta, entre ellas el hecho de que Salvador Allende hubo de ser elegido candidato del Partido con 12 votos a favor y 13 abstenciones, lo cual es corroborado por algunos y rechazado por otros. Gutiérrez González, Eduardo. Ciudades en las Sombras (Una historia no oficial del Partido Socialista de Chile). Editorial LOM, 2003, págs. 30-32.

en particular. Desde la óptica de Salvador Allende se comenzaba a construir la “Vía Chilena al Socialismo”, la cual, sin embargo, encontraría posiciones a favor o en contra dentro de su propio partido como también en el resto de la izquierda chilena. Por fin un socialista en la historia, declarado abiertamente marxista, lograba llegar a una presidencia de la nación democráticamente. Era todo un pueblo haciendo (la) historia. Pero esta historia, compleja y diversa, repleta de contrastes, pasiones y sueños, sobrepasa las intenciones de esta breve investigación sobre las primeras cuatro décadas del Partido Socialista de Chile. Habrá otra oportunidad para aproximarnos a ella.

## COMENTARIO

### El Partido Socialista en la sociedad chilena

En este capítulo se busca hacer una aproximación a la vasta historia del Partido Socialista, de la cual se pueden encontrar innumerables aristas referidas a cada uno de los procesos vividos por esta organización, y que se encuentra recogida en diversos textos y libros de historia y política nacional.

El texto, tal como lo indica su título consiste en una breve historia, lo cual nos permite comprender cómo los procesos que ha atravesado el Partido, se plasman en las características esenciales que tuviera y que aún tiene el PS.

Así, respecto a la fundación y origen, es clara la diversidad ideológica y la heterogeneidad de quienes convergen en este nuevo partido desde sus inicios. De este modo, siendo una agrupación con una clara línea marxista, concurren en su origen desde grupos anarquistas hasta socialdemócratas.

Esta característica se mantendrá con distintos matices<sup>181</sup> a lo largo de la historia del PS, donde suelen existir visiones distintas, tanto ideológicas como programáticas, de cuál debe ser la realización del socialismo.

Un elemento a destacar del Partido al momento de su fundación es su aspiración a representar a los "trabajadores manuales e intelectuales" con un carácter de clase. Esto, desde un principio, le significa poder apostar a integrar y conducir los intereses de sectores más amplios que los que integraba la izquierda y, en particular, el Partido Comunista hasta ese momento.

Otro elemento importante, es que dentro de su carácter marxista se declara al marxismo como *método de interpretación de la realidad, "enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social"*; lo cual resulta determinante en la riqueza de la teoría socialista, que no se queda en el marxismo ortodoxo o dogmático, sino que extrae de éste elementos para interpretar la realidad chilena, según el contexto social en que dicha realidad se inserta. Otro componente característico del socialismo chileno, también lo encontramos al momento de su fundación, como lo es el *latinoamericanismo* característico de éste, el cual se consagra al señalar que *"el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica"*. Ambos conceptos resultarán fundamentales para entender el pensamiento socialista chileno.

---

<sup>181</sup> Se debe hacer un matiz justamente con la situación actual del partido, donde muchas veces se considera que varios de los "grupos internos" que conviven se aglutinan en torno a una tradición o líder común, más que por ideologías o proyectos distintos.

Se incorporan de igual manera elementos básicos de la teoría marxista, como la lucha de clases, la necesidad de la desaparición del carácter opresor del Estado, la colectivización de la propiedad privada, e incluso la dictadura del proletariado.

Es también interesante destacar que desde un comienzo el Partido Socialista se caracterizó por ser un partido con "arraigo popular", al ser uno de sus fundadores Marmaduke Grove, el caudillo por excelencia al momento de fundarse el partido. Esto sin duda sería determinante para la inclusión de más actores a la convergencia socialista, y definiría su carácter y política en los años venideros.

Siguiendo en la línea de la pluralidad ideológica interna, podemos ver como esto llevo a posturas internas divergentes, e incluso a fraccionamientos de sectores que se retiran del partido con el paso de los años, siempre por posiciones coyunturales o ideológicas que no se correspondían con la mayoría del Partido.

Cabe destacar, además, que de estas divergencias y fraccionamientos, ninguno de los elementos que se separó del "tronco principal" del socialismo chileno tuvo éxito en sus proyectos, ni pudieron proyectarse en el tiempo, tanto en el plano electoral como tampoco en el social.

Sobre esto llama la atención la capacidad de la mayoría de los sectores del socialismo, que pese a convivir con diferencias importantes muchas veces, permanecieron unidos y estuvieron dispuestos a dar una disputa interna en la organización, manteniendo el Partido su relativa importancia política y social con el paso de los años.

Retomando el sentido y arraigo popular del PS, es destacable el rol del Partido en la conformación de alianzas desde los albores de su fundación (sin éstas estar exentas de polémica), algunas de ellas exitosas y otras no, pero que van dando un carácter a la izquierda chilena, distinto al de otras izquierdas del continente; una tendencia a la convergencia, a buscar ser una alternativa de gobierno y transformación de cara a la sociedad, y a potenciar el ingreso de nuevos actores a la arena social, ofreciendo una alternativa real de conducción para ellos.

En ese sentido, es importante, por ejemplo, la participación de socialistas, desde los inicios del Partido en la organización sindical y, posteriormente, en la fundación de la CUT, logrando el anhelo de integrar a todos los trabajadores del país en una sola central. Además, debemos recordar la participación de los jóvenes socialistas en una organización propia y su participación en las distintas federaciones estudiantiles, de los cuales varios de ellos, con el paso de los años, se convirtieron en importantes líderes para el Partido y la sociedad.

Todos los elementos señalados anteriormente le van dando un carácter, forma e identidad propia al Partido Socialista, que a medida que avanza el tiempo se va ganando experiencia, madurando su pensamiento y estilo propio.

Resulta fundamental en esta identidad los avances y aportes realizados por Eugenio González, muy bien consagrados en el programa del 47 (recogido en este cuaderno en el capítulo IV), que posteriormente dieron paso a la construcción de una estrategia propia y clarificadora, experiencia que se plasma en la institución del "Frente de Trabajadores".

En este sentido, no solo es destacable el aporte y avance teórico con el Frente de Trabajadores, sino que además constituyó una estrategia que guió la acción del Partido durante un periodo muy importante de su historia, fundando alianzas con una inmensa relevancia en el sentido teórico e histórico; logrando que el Partido se caracterizase como uno perteneciente a una izquierda que era capaz de llevar a la realidad aquellos elementos que son propios de su discusión intelectual, producto además de su pertenencia al contexto social chileno y latinoamericano antes que a otros.

Esta puesta en práctica del proyecto socialista, adquiere insospechada relevancia con la importancia electoral y de masas que va adquiriendo la izquierda producto de la alianza socialista/comunista, de la cual se desprenden muchas aristas en los ámbitos sindicales, estudiantiles, culturales, entre otras, en un alza que tiene como punto cúlmine la Unidad Popular.

Lo anteriormente dicho resulta clave para poder comprender al PS como un partido relevante en la realidad chilena, ya que su posición es determinante para la política nacional, en cuanto su práctica resulta trascendente.

### "Radicalización" del PS

Uno de los procesos que se recogen en este texto, en el que nos gustaría hacer hincapié es la llamada "radicalización" vivida por ciertos sectores del Partido durante la década del 60.

Este proceso se inserta dentro de una radicalización general de la izquierda a nivel continental producto del triunfo de la Revolución Cubana en 1959, que generó en muchos sectores un acercamiento ideológico con la propugnación de doctrinas que plantearan la ruptura de los esquemas institucionales y electorales para apostar por una revolución armada como forma de disputa para la toma del poder, siguiendo el ejemplo de la gesta del Che Guevara y Fidel Castro, entre tantos otros.

Especial interés tuvo este proceso entre los socialistas chilenos, al estar hablando de una revolución "exitosa" en un contexto latinoamericano, lo cual además reafirmaba la tesis del Frente de Trabajadores, que logró proyectar una política de alianzas de clase y que pretendió alejarse de los entendimientos con el centro. Esto produjo, sin duda, una tensión interna dentro del Partido, en el cuál varios sectores no se sentían cómodos proponiendo una vía violenta de disputa del poder para la sociedad chilena (Salvador Allende entre ellos), e incluso produjo fraccionamientos como lo fue la formación del MIR.

Como nos muestra el texto comentado, esta radicalización resulto ser mayoritaria dentro del PS, recogida en importantes declaraciones de principios a partir de las conclusiones obtenidas en los congresos de los años 65 y 67.

Un efecto quizás inesperado y que se recoge en dichos congresos es la "leninización" del partido, de modo que se plantea (al menos en el papel) una lógica interna muy distinta a la vivida hasta ese momento por el socialismo chileno, integrando conceptos como: el centralismo democrático, el vanguardismo, la unidad en la acción, etc. Además, se propugna una reivindicación a la violencia como un método inevitable y legítimo para la consecución de los objetivos socialistas.

Lo que vale la pena analizar de este proceso, es cuánto de estas declaraciones y posiciones tomadas por el Partido tuvieron una correlación con la realidad material tanto para en la sociedad chilena como en la acción del Partido y si efectivamente tuvieron un sentido político que guiara la acción del PS.

Ya se expresa en el texto que esta radicalización en el papel chocó en los hechos con la continuidad de la "vía electoral" que llevaba en la práctica el PS, que continuó disputando elecciones parlamentarias y presidenciales en alianzas de izquierda. Por lo demás, este cambio de condiciones subjetivas, no pareció ser suficiente como para plantear que existieran las condiciones materiales de llevar a cabo una revolución armada en la sociedad chilena (más allá del cuestionamiento propio a las tesis que sustentan la vía violenta hacia el socialismo).

En cuanto al sentido político significativo que tuvo como guía para la acción del PS, más allá de ciertas declaraciones bastante pretenciosas, no existió un plan efectivo real de "arme del pueblo" o algo similar por parte de los socialistas o de la izquierda chilena en general que demostrará algo más que un ánimo más radicalizado y con un sentido de inmediatez, tal como se planteaba en las conclusiones de los diferentes congresos.

Incluso, cabe destacar, el mismo Carlos Altamirano (secretario general del PS y uno de los líderes de los sectores "radicalizados") reconocería años después que esto tenía "mucho más de declaración que de hechos"<sup>182</sup>.

Acotándonos a lo presentado por el texto, resulta importante comprender que este proceso se enmarca dentro de una lógica de radicalización continental, pero que poco asidero tuvo en la realidad de la sociedad chilena, y que es en medio de este proceso "ascendente" que se llega al gobierno popular de nuestro compañero Salvador Allende.

---

<sup>182</sup> SALAZAR, Gabriel. Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas.

**CAPITULO IV PENSAMIENTO SOCIALISTA CHILENO Y  
LATINOAMERICANO**

## **1. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA DEL PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA DE 1947**

Eugenio González Rojas

### **1.-UBICACIÓN DEL SOCIALISMO**

El socialismo responde en todo el mundo a necesidades históricas derivadas de las condiciones de vida y trabajo que ha impuesto el desarrollo de la economía capitalista. Pero el hecho de concordar eficazmente con el sentido de la evolución general de la sociedad, él contiene las soluciones de todos los grandes problemas materiales y morales de nuestro tiempo. Es, por eso, en la actualidad, la única fuerza realmente creadora.

Impulso espontáneo de las masas obreras en un comienzo, fue determinado en consonancia con los progresos del industrialismo sus objetivos específicos y plasmándolos en una doctrina que tiene alcance universal, tanto por el valor humano de sus postulados esenciales como por el hecho de que el sistema capitalista, dotado de extraordinario dinamismo expansivo, llevó sus formas de vida a todas las regiones de la tierra, suscitando en todos los pueblos parecidas necesidades.

Nuestro Partido representa en Chile el impulso histórico del verdadero socialismo y la auténtica doctrina socialista que recoge para superarlos – y no para destruirlos - todos los valores de la herencia cultural como un positivo aporte a la nueva sociedad que deberá erigirse sobre el mundo capitalista en bancarrota. Tiene, por lo tanto, la misión de educar políticamente a la clase trabajadora para hacerla capaz de cumplir la tarea que le corresponde en este periodo de crisis orgánica de la sociedad burguesa y aquella otra que le exigirá en un porvenir próximo la construcción de una sociedad sin clases.

Es necesario que los militantes del PS y el pueblo comprendan plenamente la significación histórica y humana del socialismo, la justeza de su posición revolucionaria frente a los problemas nacionales y mundiales de su acción política. Dialécticamente generado por el capitalismo, el socialismo constituye su necesaria superación, tanto en la evolución interna de las distintas sociedades nacionales como en la transformación mundial de las relaciones económicas.

Desde sus orígenes el socialismo ha sido la avanzada del movimiento histórico de las clases trabajadoras.

Al quebrantarse de manera definitiva el antiguo régimen - económicamente con la Revolución Industrial y políticamente con la Revolución Francesa, en la segunda mitad del siglo XVII - pasó a ocupar la dirección del Estado la burguesía ilustrada y mercantil, dándose comienzo a la expansión del industrialismo capitalista, en lo económico, y del individualismo liberal en lo político.

La ruptura de las formas orgánicas de la sociedad nobiliaria y, con ellas, de los últimos vestigios de las garantías corporativas que protegieron el trabajo artesanal, fue necesario para el acrecentamiento del poderío burgués; pero las instituciones democrático - liberales que entraron a reemplazarlas - incluso los derechos primarios consagrados en la ley positiva - no tuvieron vigencia real para las mayorías asalariadas.

La nueva clase dominante que manejaba la producción y el comercio fue imprimiendo su estilo de vida a la sociedad.

Despojados de su dignidad ética y convertidos en precaria mercancía, el trabajo humano quedó sujeto a la mecánica ley de la oferta y la demanda, dentro de la libre concurrencia de las fuerzas económicas.

Así, mientras se reconocían enfáticamente en la letra de las Constituciones los «derechos del hombre y del ciudadano», quedó la masa asalariada sometida a una servidumbre económica que, en muchos aspectos, era aún más intolerable que la del esclavo antiguo y la del siervo medieval.

La voluntad burguesa de enriquecimiento material, ejercida con prescindencia de toda consideración superior, condujo a una explotación sistemática del trabajo humano. Pudo verse, desde entonces, en los grandes centros de la industria capitalista y en los países coloniales donde ella iba en busca de materias primas y mercados propios, una pauperización creciente de las masas obreras, tomadas en su conjunto, que seguía como proceso correlativo al aumento del lucro de las empresas privadas.

El estado democrático-liberal- instrumento político del poder económico de la burguesía en ascenso –se resistió a intervenir en los procesos de la producción y del intercambio, en virtud del principio de la economía libre concebido como el fundamento natural de la prosperidad pública y del equilibrio dinámico de las energías sociales. Colocadas, en cierto modo, al margen del Estado, las clases trabajadoras no pudieron contar sino con sus propios recursos frente a los dueños de la técnica y del dinero, que disponían también para la defensa de sus intereses de eficaces mecanismos jurídicos y represivos.

Por primera vez en la revolución de 1848 en Francia actuó el proletariado, no como simple fuerza de choque de la burguesía progresista, sino como una clase ya consciente de sus peculiares reivindicaciones. También entonces aparecieron expuestas por primera vez de una manera sistemática en el MANIFIESTO COMUNISTA de Marx y Engels las ideas que han servido de base doctrinal a su impulso revolucionario. Desde esa fecha hasta nuestros días el movimiento reivindicativo de la clase trabajadora ha ido desenvolviéndose progresivamente en el plano político y defendiendo su contenido ideológico en el proceso mismo de la evolución económico-social.

Por su parte, el capitalismo ha ido desarrollándose en forma tal que ha generado los más repudiables fenómenos antisociales, como el imperialismo y la guerra. El primero se ha concentrado en el sojuzgamiento colonial de los pueblos de economía retrasada por potencias gobernadas bajo el control de grandes concentraciones capitalistas, y el segundo se ha manifestado en una pugna permanente de esas potencias para lograr el dominio del mundo. Demostración irrefutable de esa fatídica lucha fue la Primera Guerra Mundial, promovida por intereses enteramente ajenos a los trabajadores.

Estamos ahora en un periodo de grandes mutaciones históricas. La lucha por el dominio del mundo ha entrado en su etapa decisiva. Los poderes imperialistas triunfantes en la Segunda Guerra se aprestan para nuevas empresas bélicas en las que habrá de resolverse, a favor de algunas de ellos, el inestable equilibrio político existente, o se dislocará por completo la civilización bajo el incalculable efecto destructivo de las armas científicas.

Por encima de las formas políticas en que se desenvuelve la acción de los estados, tres son las fuerzas principales que se manifiestan en la realidad internacional, determinando cada una de ellas, en un mayor o menor grado, según las circunstancias y los lugares, las relaciones internas y externas de los pueblos; el alto capitalismo financiero, que, en conformidad al principio de libre empresa, procura mantener en pie la quebrantada estructura del régimen burgués; el comunismo soviético, que sirve de vehículo al afán hegemónico y nacionalista del Estado ruso; y el socialismo revolucionario, que aspira a la efectiva liberación económica y política de las masas trabajadoras del mundo entero.

La implantación del socialismo está, pues, a la orden del día.

## 2.-EL MOVIMIENTO HISTÓRICO Y LA LUCHA DE CLASES

La doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica, que expresa en el orden de las ideas políticas las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto de una situación histórica definida, ella se ha ceñido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, enriqueciéndose de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora.

El socialismo no formula principios absolutos, de abstracta validez universal, ni se afirma tampoco en un concepto metafísico, y por lo mismo intemporal, de la naturaleza humana; parte de una consideración realista del hombre concreto, sujeto de necesidades siempre cambiantes y portador de valores siempre relativos, del hombre histórico y social que crea las condiciones objetivas de su propia vida y viviendo, a la vez, condicionado por ellas en el proceso de la existencia.

Como en la naturaleza, todo en la Historia está sujeto a la ley de una incesante transformación. No hay instituciones definitivas, ni valores eternos. La Historia es un

complejo devenir en el que nuevas formas de vida surgen sin cesar, un proceso dialéctico en el que por virtud de internas tensiones la realidad social constantemente se modifica.

El marxismo proporciona un método fecundo de interpretación sociológica. Impulsados por sus necesidades, los hombres hacen la historia, desarrollando fuerzas físicas y anímicas capaces de producir bienes culturales. La índole y el manejo de esas fuerzas productoras de cosas y valores, imponen determinadas relaciones en la convivencia y el trabajo, relaciones que son, por lo menos, en gran medida, independientes de la voluntad de los individuos. Es decir, el régimen de cultura configurado por los crecientes rendimientos de la actividad social de los hombres circunscribe y orienta sus iniciativas creadoras.

Por razones obvias, la clase dominante en un momento dado - la clase que ejerce el derecho de propiedad sobre las fuerzas materiales de producción - asigna al orden institucional que la favorece un carácter de permanencia que por su naturaleza misma él no puede tener, ya que en su propio seno se van generando nuevas fuerzas sociales - representadas por una nueva clase -, las que han de provocar, andando el tiempo, modificaciones revolucionarias en la estructura y funcionamiento de la sociedad.

El fenómeno de la lucha de clases - más virtual que explícito en las sociedades antiguas y medievales- es en la época moderna, fundamentalmente económica, el factor dinámico por excelencia de la vida histórica. De él resulta la progresiva inestabilidad de las sociedades modernas agitadas en su base misma por las fuerzas de antagónico sentido, irreductibles a cualquier integración dentro de las actuales relaciones de propiedad.

La lucha de la burguesía contra la nobleza dentro de la sociedad feudal y del Estado monárquico, primero, y la lucha del proletariado contra la burguesía dentro de la sociedad capitalista, enseguida, han respondido, cada una en su época, a la necesidad de ajustar las normas jurídicas que regulan las relaciones de los grupos económico-sociales al estado de desarrollo de las fuerzas productoras.

Preferentemente en su aspecto económico, estas últimas han alcanzado bajo el régimen capitalista- merced al aprovechamiento intensivo de los adelantos científicos en la industria y los transportes- un desarrollo gigantesco, transformando por completo las relaciones humanas en el interior de los Estados y las relaciones de los Estados en la política mundial.

### 3.-LA QUIEBRA DEL CAPITALISMO

El régimen capitalista ha dejado de ser útil al progreso de las sociedades y se ha convertido en obstáculo para que las formas de convivencia y de trabajo, de más alto valor humano que dentro de su propia evolución se han ido generando, puedan alcanzar su normal desenvolvimiento. Así lo indican los incesantes trastornos que experimentan las sociedades y los Estados: las estructuras jurídicas y políticas no son capaces de contener las fuerzas productoras cada día más incrementadas por nuevos aportes de la técnica científica.

El mundo entero ha entrado en un período de revolución social.

Los ajustes parciales que se introducen en las instituciones de cada país y los intentos para llegar a una coordinación internacional de los procesos económicos- como medio para asegurar la paz sin alterar la esencia del sistema imperante- resultan inadecuados en relación con la magnitud de los factores en juego. Mientras el aparato industrial y financiero sea propiedad de círculos privados, que lo manejan teniendo en vista sus particulares intereses de lucro y predominio, subsistirá el estado de guerra latente que existe entre las clases y naciones.

Dentro del capitalismo no podrán tener solución conveniente los múltiples problemas que se derivan de la general inseguridad, las luchas por los mercados y las fuentes de materias primas, las crisis periódicas que denotan las internas contradicciones del sistema de producción y de cambio, el sub consumo de la mayoría de la población trabajadora y el paro forzoso de grandes masas de hombres con su trágica secuela de miserias físicas y morales.

Pero, sobre todo, se irá acentuando en las nuevas generaciones la deformación psicológica producida por la creciente mecanización de la vida propia del industrialismo súper tecnificado, la que implica como inevitable proceso correlativo una progresiva deshumanización del hombre. El carácter sórdidamente utilitario de la civilización burguesa ha deformado ya las mentalidades, dentro de todas las clases sociales, encuadrándolas en una estrecha concepción de los fines de la existencia.

Lejos de liberar a los hombres de las necesidades materiales, las fuerzas económicas desarrolladas por el capitalismo los mantienen en una servidumbre de hecho que no sólo limita su vida física, sino que menoscaba sensiblemente las posibilidades de su vida moral. Los bienes de la cultura son, en mayor parte inaccesibles para la mayoría de los hombres. Más aún: los mismos poseedores de los medios de producción –los señores feudales de la moderna economía –están sujetos tanto como los asalariados, aunque de ello sean menos conscientes, a las mutilaciones morales que impone el régimen del cual usufructúan.

La subsistencia del capitalismo amenaza la continuidad de la cultura, porque el capitalismo se afirma en la negación de la persona humana. Sólo la acción revolucionaria de los trabajadores y de sus organizaciones de clase asegura el destino de la humanidad.

#### 4.-LA REVOLUCIÓN RUSA Y SU REGRESIÓN

El socialismo encuentra actualmente, en todas partes, como uno de sus principales obstáculos, la acción de los partidos comunistas que diciéndose propulsores del movimiento emancipador de la clase obrera no hacen sino servir la política de expansión del Estado soviético. La doble faz que presenta la política comunista introduce la desorientación en los trabajadores: a primera vista, no siempre es fácil discernir, en efecto,

lo que en ella hay de socialismo revolucionario, de lo que en ella hay de nacionalismo expansionista.

La Revolución de Octubre tiene, en la historia del movimiento proletario, una significación trascendental. Por primera vez, a través de ella, la clase obrera se apoderó del Estado y emprendió una política tendiente a crear las bases objetivas y subjetivas para la construcción ulterior del socialismo. Esto implicaba la acelerada transformación, a través del proceso revolucionario, de una sociedad todavía semi feudal en una sociedad democrática orientada hacia el desarrollo de una economía de tipo socialista:

Sin embargo, la política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder de forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora. De este modo, los auténticos fines del socialismo, para servir a los cuales se realizó la Revolución de Octubre, se han ido desvirtuando cada vez más en función de una política de Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores.

Dentro del régimen soviético se encuentra suprimida, en general, la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio; pero la forma de capitalismo de Estado, bajo el control de una burocracia política de carácter totalitario, ha invalidado los objetivos esenciales de la revolución socialista.

Hay, por eso, una diferencia radical entre la posición teórica y práctica del socialismo revolucionario y la que ha asumido, en la realidad de los hechos, el comunismo soviético. El socialismo revolucionario lucha fundamentalmente por el establecimiento de un nuevo régimen de vida y de trabajo en el que se den las mayores posibilidades de expansión de la personalidad humana.

Medio indispensable para alcanzarlo es la socialización de los instrumentos de producción, de cambio. Pero en ningún caso acepta la estatización burocrática del poder económico, porque ello conduce necesariamente a la esclavitud política de la clase trabajadora.

El socialismo revolucionario combate en todas partes la política comunista, porque ella vulnera los fines históricos del movimiento proletario y supedita las reivindicaciones de la clase trabajadora de los distintos países a las conveniencias específicas del Estado soviético en el plano de las relaciones con las grandes potencias. El socialismo defiende el sentido internacional del movimiento revolucionario de los trabajadores y no puede aceptar, por lo tanto, que se pretenda ponerlo al servicio de los intereses económicos, diplomáticos o estratégicos de ningún Estado nacional.

En resumen, la trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores, en cuanto instrumento genuino de

toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo. El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo.

## 5.-EL HUMANISMO SOCIALISTA

Producto genuino de la evolución económica y social de los pueblos modernos, el socialismo representa, en cambio, la continuidad orgánica de la cultura. El sentido profundo de su acción revolucionaria lo constituye una valoración integral de la persona humana, hoy día desvirtuada por las condiciones de vida, negativas y mecánicas de la sociedad burguesa.

La jerarquía de los valores se encuentra alterada y los fines han sido suplantados por los medios. El hombre, que es el valor por excelencia, aparece convertido en un mero resorte de la prodigiosa maquinaria industrial, y la producción de riquezas materiales, en vez de servir a las necesidades colectivas, se ha constituido por sí misma en un fin. El socialismo quiere rescatar al hombre de esta servidumbre en que se encuentra; quiere, para ello, establecer una legítima jerarquía tanto en los valores como en las cosas.

El orden positivo que reclama la evolución económica debe corresponder al orden ético que exige la justicia social. Uno y otro son inseparables para el socialismo como expresiones de una situación histórica. La tarea fundamental de nuestra época –que es, también, la misión de honor de la clase obrera, cuyo destino se identifica con el de toda la sociedad – consiste en organizar racionalmente las fuerzas productoras para hacerlas servir los intereses del hombre y de su vida. Estos intereses no pueden ser otros que aquellos que miran al pleno desenvolvimiento de la personalidad humana, dentro de las condiciones justas de vida y de trabajo.

La técnica de producción creada por el hombre debe estar íntegramente al servicio de sus necesidades; el progreso de la economía no puede ser considerado como el objetivo final de sus esfuerzos, sino la base de su desarrollo cultural. Dentro de la sociedad burguesa sucede, precisamente lo contrario; la técnica, manejada con propósitos de lucro por las minorías capitalistas, esclaviza al hombre al trabajo asalariado, y la producción de riquezas, desvirtuada en sus fines por el interés de clase, ha sido colocada por encima de todos los valores de la cultura.

El socialismo es, en su esencia, humanismo.

A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras.

El humanismo de la revolución burguesa ha tenido que limitarse a las formas políticas y jurídicas, y, aún dentro de ellas, se ha manifestado más en las leyes que en los hechos. El

humanismo de la revolución socialista, que ha de eliminar la división de la sociedad en clases de intereses contrapuestos, tiene, en cambio, un carácter total.

Los fines del individuo y los fines de la sociedad, ciertamente, incompatibles sobre la base del dominio privado de los instrumentos de producción, pero ellos han de identificarse en un régimen que asegure a cada cual los medios para resolver los problemas de su propia existencia con su aporte de trabajo al bienestar común. Así, mediante la abolición de los privilegios económicos, será posible la verdadera libertad en una democracia auténtica.

El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad.

La organización socialista del poder económico está lejos de suponer, como los enemigos del socialismo pretenden, el control gubernativo de la vida espiritual y política de los individuos; por el contrario, únicamente sobre la base de la propiedad social de los medios de producción, podrán los individuos obtener la seguridad material que les permita ejercer en forma completa sus derechos políticos y desarrollar, sin las restricciones que la situación actual les impone, sus iniciativas creadoras en relación con los valores del espíritu.

Como heredero del patrimonio cultural, el socialismo no pretende otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas:

Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas, así como a su expresión legítima, son tan inalienables para el socialismo como el derecho de los trabajadores a designar libremente a sus representantes en la dirección de las actividades comunes.

No excluye, pues, el socialismo ninguna de las formas superiores de vida. A la inversa, él es la única garantía de que en un futuro próximo puedan ellas darse con mayor contenido humano, una vez superada la crisis por que atraviesa el mundo contemporáneo. El proceso de la decadencia de la cultura – acelerado por los conflictos de todo orden que resultan de las contradicciones internas, cada día más agudas, del capitalismo imperialista – sólo puede ser detenido por la implantación del socialismo.

## 6.-LA PLANIFICACIÓN Y LA LIBERTAD

Como socialistas, consideramos el concepto de libertad en relación con las condiciones de vida de la época. No se trata de la abstracta libertad de los filósofos, ni de la libertad para la explotación de las masas preconizada por el liberalismo burgués.

Cada etapa del desenvolvimiento histórico ofrece al hombre determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan fundamentalmente del régimen de propiedad y de producción. Las libertades que proclamó la burguesía han sido, por eso, letra muerta para los que no disponen sino de su fuerza de trabajo.

## COMENTARIO

### Pensamiento socialista chileno

Al analizar el presente texto de Eugenio González Rojas, debemos tener en consideración que estamos frente a una de las creaciones más propias y genuinas del socialismo chileno, que incorpora una serie de elementos de manera muy creativa, y que incluso puede considerarse la base y resumen de todo el pensamiento socialista en Chile.

Esto es evidente a la luz del propio texto, que abarca tal cantidad de temas importantes e interesantes, que para no excedernos del objetivo de un comentario, nos limitaremos a analizar aquellos que creemos son trascendentales concluir de la lectura de esta fundamentación. Dada la enorme claridad del texto, para los efectos del comentario, en ciertas ocasiones nos limitaremos a citar sus elementos fundamentales que parecen esclarecedores para nuestros objetivos.

En el texto, Eugenio González sitúa en un lugar central al pensamiento socialista en la historia de la humanidad, planteando que el socialismo constituye la solución a los grandes problemas materiales y morales de la sociedad, con características universales; siendo la única fuerza verdaderamente transformadora para la superación del capitalismo, el cual se ha instaurado a nivel mundial, imponiendo un régimen de explotación y despojando de la dignidad al trabajo.

Es elemental la caracterización del socialismo que se realiza en el capítulo 7, dadas las consecuencias políticas que esta definición implica; *"el socialismo es revolucionario. La condición revolucionaria del socialismo radica en la naturaleza misma del impulso histórico que representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines. Sean estos cuales fueren, el socialismo siempre es revolucionario, porque se propone cambiar fundamentalmente las relaciones de propiedad y trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social"*.

Será relevante tener en consideración lo anteriormente citado al momento de discutirse las vías hacia el socialismo, y para la comprensión del "sujeto revolucionario" o de la revolución misma, términos que no se definen en base a los métodos empleados para la consecución de un fin político, sino por el objetivo de fondo propuesto y la capacidad que tenemos de conseguir efectivamente afianzar un nuevo "orden social" que se sostenga en el tiempo; el verdadero socialismo revolucionario es el que se propone la transformación de la sociedad, pero que además concreta esa transformación, sin consideración especial a los medios empleados.

Los medios, sin embargo, no pueden ser cualesquiera para alcanzar los objetivos planteados. Respecto a la relación entre el socialismo y libertad el autor señala que *"ningún*

*fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad".*

Avanzando en el contenido de la teoría socialista, el autor destaca la esencia viva de esta doctrina, que *"expresa en el orden de las ideas políticas las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto de una situación histórica definida, ella se ha ceñido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, enriqueciéndose de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora"*.

Queda claro, por lo tanto, como se ha tratado anteriormente en este cuaderno, que el pensamiento socialista en Chile se caracteriza por ser una doctrina no dogmática, sino una fuerza creadora, impulsada y enriquecida por las luchas sociales; y el envión del movimiento social, elemento central y fundamental para el crecimiento y avance del pensamiento socialista, que no puede dejar de lado su presencia en estos espacios vivos de creación de la sociedad para mantenerse siempre vigente.

Se reafirma que el socialismo está orientado al hombre y la sociedad concreta de su época, para lo cual el marxismo es un elemento "fecundo de interpretación sociológica", según lo cual el fenómeno de la lucha de clases es el factor dinámico de la vida histórica, elemento central para el desenvolvimiento de la sociedad.

Se agrega, además, en el título 7 del texto, que la aplicación del socialismo a las situaciones concretas, y la subordinación en su práctica de los medios a los fines, le impedirá caer en el burocratismo pasivo de la socialdemocracia y la desviación nacionalista del comunismo soviético.

### Objetivos del socialismo y a quiénes convoca

Si bien está claro que el socialismo es revolucionario pues se propone transformar radicalmente el orden social vigente, esto no es suficiente para comprender los objetivos concretos y directos que se plantea.

Podemos encontrar en este texto muchas frases y elementos que otorgan un gran aporte teórico que sirven de guía para el desarrollo de estos objetivos. Queremos destacar especialmente una frase que es necesario comprender: *"El sentido profundo de la revolución socialista se define precisamente por su aspiración a que todos los hombres (liberados de la inseguridad económica mediante el cumplimiento de su deber social de trabajo productor) puedan vivir su vida intelectual y moral integrándose a la cultura de la época y dándole el impulso vital que ella necesita."*

Por lo tanto, lo que se propone el socialismo es la realización efectiva de la libertad de la persona y de la sociedad en su conjunto, de modo tal que cada uno de los integrantes de ella

pueda realizar un aporte creador según sus intereses, contribuyendo al desarrollo conjunto y a la obtención de una retribución justa por su trabajo.

Respecto a, a quiénes convoca el socialismo, es claro el llamado al proletariado, entendiendo que éste *"no está circunscrito a los sectores urbanos del proletariado industrial, sino se extiende a todos aquellos que no siendo poseedores de instrumentos de producción de riqueza material, obtienen sus medios de subsistencia en forma de sueldos, salarios o remuneraciones directas, con el empleo de su capacidad personal del trabajo"*. Esto reafirma conceptualmente aquello que hemos venido señalando, en cuanto a que el ámbito de acción social del Partido Socialista es más amplio que el de otros partidos y agrupaciones de izquierda existentes al momento de su fundación.

### El socialismo y la libertad

De lo señalado en el texto, la crítica intrínseca del socialismo se origina en la condición actual en la que se encuentran la mayoría de los trabajadores a quienes el régimen capitalista mantiene en una situación de subordinación y explotación: *"Lejos de liberar a los hombres de las necesidades materiales, las fuerzas económicas desarrolladas por el capitalismo los mantienen en una servidumbre de hecho que no solo limita su vida física, sino que menoscaba sensiblemente las posibilidades de la vida moral"*.

Entre las alteraciones más relevantes que presenta el sistema capitalista, nos encontramos con que ya no se entiende a la ciencia económica al servicio del hombre; situación que supone una *"alteración de los valores"*, en que el hombre pasa a ser un medio para la consecución de fines económicos. Por el contrario, el socialismo valora de manera integral a la persona humana y propone re establecer la jerarquía natural de los valores, de modo de *"organizar racionalmente las fuerzas productoras para hacerlas servir a los intereses del hombre y de su vida"*.

La libertad que defiende el socialismo es asimilable al humanismo en cuanto *"el socialismo revolucionario lucha fundamentalmente por el establecimiento de un nuevo régimen de vida y de trabajo en el que se den las mayores posibilidades de expansión de la personalidad humana"*. No es esto una simple declaración de buenas intenciones, sino que se señala expresamente la contradicción que no permite el desarrollo más alto de la personalidad humana y, por ende, se genera una propuesta/solución de dicha contradicción desde esta corriente crítica.

La contradicción principal consiste en que *"los fines del individuo y los fines de la sociedad son, ciertamente, incompatibles sobre la base del dominio privado de los instrumentos de producción, pero ellos han de identificarse en un régimen que asegure a cada cual los medios para resolver los problemas de su propia existencia con su aporte de trabajo al bienestar común"*. Se retoma con fuerza, por lo tanto, la necesidad de la *socialización de los medios de producción* como idea central de una sociedad socialista, pues esto permitirá

el término de la explotación junto con la mejora de las condiciones materiales de vida de los trabajadores, y, por ende, la posibilidad de un desarrollo íntegro para cada uno de los individuos y de la sociedad en su conjunto.

Importante también, en torno a la relación entre la socialización de los medios de producción y la libertad de los individuos, es la crítica que se realiza al comunismo soviético. Expresa claramente, en este sentido, sus diferencias con el comunismo de la época, es decir, con aquellos que seguían ciegamente las doctrinas dictadas por Moscú sin considerar las condiciones de la realidad chilena. Es enfático en señalar la diferencia entre la *"socialización de los medios de producción"* y una *"mera estatización"*, que en el caso del comunismo ruso, condujo a un régimen caracterizado como de capitalismo de Estado. Esto a su vez, supuso la burocratización del poder económico, ocasionando la esclavitud política de la clase trabajadora. Se defiende, por lo tanto, siempre la libertad como elemento central del socialismo: *"la trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores, en cuanto instrumento genuino de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo"*.

Cabe destacar, entonces, cómo esta concepción del ideal político es la máxima expresión de la libertad, y debe, por lo tanto, ser la verdadera aspiración del pensamiento socialista, el cual suele desvirtuarse a la luz de debates menores en los que se enfoca la política partidista.

Se debe tener claro que esta libertad no dice relación con las falsas libertades que promete el liberalismo<sup>183</sup>, que ante las condiciones económicas del capitalismo son inexistentes para las clases trabajadoras, sino que, por el contrario, estamos hablando de una libertad que tiene como base el cambio de las relaciones de producción y la superación de las limitaciones que la explotación impone a los trabajadores, única forma concebible que nos asegure una auténtica libertad.

Debe tenerse en consideración que el rechazo a las ideas de absolutismo estatal planteadas por González no significan una negación a la necesidad de la conquista del Estado por parte del proyecto socialista, en cuanto ésta es condición necesaria para superar en la disputa política a los sectores capitalistas. *"La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora"*.

---

<sup>183</sup> *"Las libertades que proclamó la burguesía han sido, por eso, letra muerta, para los que no disponen sino de su fuerza de trabajo"*.

## Latinoamericanismo

No podía quedar fuera de esta obra el elemento latinoamericano que ha caracterizado al pensamiento socialista chileno a lo largo de toda su historia. En breves y sintéticas palabras, se argumenta de manera contundente la necesidad inherente de una posición latinoamericanista del socialismo revolucionario en nuestro país. Clave en este entendimiento es la existencia de condiciones económicas y sociales similares entre los países de América Latina. Estas condiciones se encuentran dadas en la actualidad, a rasgos generales, por economías monoproductoras, grandes inequidades sociales y culturales, desigual distribución de la riqueza, falta de acceso en su gran mayoría a los derechos sociales, dependencia de la inversión extranjera y el mercado internacional, entre otras.

Se plantea, por lo tanto, que el poder superar estos elementos que afectan gravemente el desarrollo de los países, y especialmente a los sectores más vulnerables de cada uno de ellos, pasará por una efectiva integración y acción común de los países latinoamericanos.

El latinoamericanismo, en este sentido, asume que el único método efectivo para el desarrollo y la soberanía real de estos pueblos es la unidad de sus procesos, mediante una integración que les permita actuar unidos en la defensa de sus intereses en el mundo globalizado, ya que la división de fuerzas no permite superar la explotación generalizada en la región.

Eugenio González plantea expresamente que *"para que la América Latina pueda influir en la conservación de la paz y en el destino de la civilización es necesario que deje de ser una expresión geográfica y se convierta en una realidad política. Consciente de ello, el socialismo lucha por la unidad continental, sobre la base de la formación de una economía orgánica antiimperialista"*.

## Conclusiones breves

Más allá de las grandes conclusiones que es posible extraer de este singular texto, es necesario decir que lo más significativo es que éste representa un pensamiento socialista fresco, dinámico, de un gran aporte intelectual y político, y que sin duda resultó y resulta determinante para la construcción del socialismo en nuestro país.

Es necesario recordar que muchos de los elementos planteados en el texto fueron tremendamente innovadores en su época, a tal punto que un sinnúmero de ellos fueron tomados por el proceso de Renovación Socialista para ser mostrados como algo nuevo (como, por ejemplo, la relación entre el socialismo y la libertad), siendo que, como hemos visto, en realidad constituían la base del pensamiento socialista chileno.

Constituye por lo demás un muy buen resumen de los argumentos fundamentales; como la característica revolucionaria del socialismo, su carácter latinoamericano, profundamente humanista, etc.

Revisando estas breves, pero contundentes páginas y realizando este pequeño comentario, no queda más que concluir que sin duda las cosas planteadas por Eugenio González constituyen un pensamiento absolutamente vigente para las doctrinas socialistas en Chile y en el mundo.

## **2. REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN Y EL SOCIALISMO**

Raúl Ampuero Díaz

Revista Arauco N° 18, julio 1961

Compañeros: quiero iniciar mis palabras anunciando que se encuentra entre nosotros el camarada David Tieffenberg, Secretario General del Partido Socialista argentino. Estoy seguro de interpretar un sentimiento común de los camaradas presentes al brindar el saludo fraternal de los socialistas chilenos a un viejo amigo y a un militante de conducta política ejemplar.

Deseo, enseguida, ofrecer una excusa: cuando conversé por primera vez con el compañero Ahumada, Secretario General de la Juventud, me solicitó una disertación de limitada responsabilidad intelectual y política. Se trataba de hablar llanamente a un grupo de compañeros jóvenes sobre ciertos temas de interés actual, pero tanto la difusión que se dio al anuncio de esta charla como la atracción despertada en otros sectores del Partido me colocan frente a una tarea en cierto modo inesperada. No será, pues, una conferencia de alto nivel teórico, aunque sus materiales tal vez puedan servir de base de discusión, de análisis y de estudio para otras intervenciones que seguramente preparará y organizará el Instituto.

Para señalar la modesta finalidad enunciada, el título de la charla, deliberadamente escogido, es el de Reflexiones sobre la Revolución y el Socialismo. Con ello quiero indicar que no se trata de la exposición dogmática de un punto de vista oficial del Partido, sino más bien de una serie de conclusiones provisionales de un dirigente que pretende inspirarse en nuestra tradición política. El espíritu de mis palabras procura identificarse con el objetivo propio de todo centro de estudios, vale decir, acumular aportes para un análisis más profundo, evitando la exégesis, la simple exposición de conceptos inamovibles. Estas explicaciones iniciales justifican, también, la notoria falta de método que se advertirá en el desarrollo del tema.

### **REFORMISTAS Y REVOLUCIONARIOS**

Reforma o Revolución es un viejo dilema en la historia del socialismo, pero el litigio alcanzó proyecciones verdaderamente significativas en el campo político sólo cuando la Revolución Rusa planteó la división de la Segunda Internacional.

No desconozco la importancia que tuvo en el cisma la actitud de cada grupo o partido frente a la cuestión de los créditos militares, de la guerra y de la paz; sólo subrayo que, desde entonces, "reformismo" y "revolución" pasaron a ser elementos polarizados de dos tendencias antagónicas en el seno del movimiento obrero internacional.

Sin embargo, en aquellos años, el problema tuvo un carácter diferente del que se presenta en la realidad latinoamericana de hoy. El debate era fundamentalmente una discusión

acerca de los métodos. Entre los teóricos de la época, que describieron de una u otra manera los rasgos característicos de la sociedad nueva, no había fundamentales

diferencias de objetivos. La divergencia, repito, se situó en una cuestión de tácticas y de medios.

En las condiciones europeas de la postguerra el asunto, por cierto, no era fácil de dirimir, al menos como camino exclusivo para arribar al socialismo. En los países donde se habían establecido plenamente las instituciones democráticas al impulso de la revolución burguesa, éstas habían sido ensanchadas por la clase obrera y se habían transformado en "factores importantes para la conquista del poder político y la transformación del carácter de clase del Estado".

Allí el capitalismo había alcanzado su más alto desarrollo y la concentración de los medios productivos en manos de una burguesía perfectamente caracterizada era un hecho evidente. Una constelación, en fin, de factores que pudieron alentar -y en el hecho alentaron- la ilusión de un tránsito pacífico hacia la sociedad colectivista.

En la América Latina de 1961, el problema es distinto. Vivimos y actuamos en el seno de lo que se ha llamado el mundo sumergido, el mundo subdesarrollado, el Tercer Mundo. De cualquier manera que lo pretendamos definir, se trata de un campo donde el capitalismo no alcanzó la plenitud lograda en los países metropolitanos, donde el movimiento obrero carece de la potencialidad relativa de los países europeos o de Estados Unidos, de países, en fin, donde la realidad capitalista se complica por la presencia de instituciones arcaicas y limitaciones políticas que corresponden más bien al esquema de la sociedad feudal. Por esto yo diría que en tanto el dilema "reforma o revolución" pudo tener en Europa un cierto significado, que se reflejaba, sobre todo, en el valor que cada tendencia asignaba a los elementos subjetivos en el desarrollo social, porque el medio material sobre el cual actuaban era vigoroso y progresista, en el área americana la elección está determinada por la debilidad de la base material, por el retraso crónico de las economías dependientes. Son, en verdad, más bien los factores externos, la crisis de las estructuras, los elementos que plantean con apremio la necesidad de producir transformaciones profundas que, casi inevitablemente, como lo veremos después, parecen desafiar la legalidad y el orden jurídico. Dicho de otro modo, en otro lugar y en otro tiempo pudo ser un problema meramente estratégico y aún académico el sostener si la reforma o la revolución era la vía más apropiada para el socialismo. En América Latina, en cambio, presenciamos el espontáneo desarrollo de una situación intrínsecamente revolucionaria, extendida a todo el continente y consecuencia ineludible de violentas contradicciones que no hallan solución dentro del sistema. El problema que debemos plantearnos es el de si el socialismo es capaz de intervenir como dirección consciente del proceso, o si se resigna a permanecer al margen del acontecer histórico.

La elección tiene, en consecuencia, para nosotros, una importancia mucho más sustantiva, más profunda y más trascendental que la que pudo tener la misma alternativa en ámbito diverso al latinoamericano.

## **SOBRE LA VIOLENCIA Y LA VÍA PACÍFICA EN AMÉRICA LATINA**

Yo desearía, compañeros, corroborar lo dicho refiriéndome no tanto a antecedentes teóricos como a la experiencia viva. En el último medio siglo el continente se ha visto violentamente conmovido por los sucesos revolucionarios en diferentes latitudes. Desde la Revolución Mexicana, cuya trayectoria comienza antes de la Primera Guerra Mundial, y continuando con las experiencias de Guatemala, de Bolivia y de Cuba, advertimos que en todos esos casos donde se produjo un profundo cambio de estructura, una revolución social en su más auténtico sentido, en cuanto significaron el desplazamiento de determinadas clases dominantes para ser suplantadas en el poder por otras clases nuevas, en todos esos procesos, la violencia fue un factor inevitable del cambio.

Recuerdo estos casos, además, porque en todos ellos el objetivo principal ni siquiera era una meta socialista. Todos tuvieron, como impulso dinámico predominante, la necesidad de realizar la reforma agraria. Y, dentro de nuestros esquemas teóricos tradicionales, la reforma agraria constituye una conquista típica del orden democrático-burgués. Es casi siempre una demanda del joven capitalismo que busca destruir las formas feudales de la producción agrícola, ganar nuevos mercados para la producción manufacturera y desarrollar la participación de las masas rurales en la vida democrática de la sociedad burguesa. Pero subrayo que aún estas transformaciones debieron lograrse en esos países por la vía de la insurrección armada, de la revolución y de la violencia.

Por ahora únicamente recuerdo lo acontecido en los últimos cincuenta años de nuestra historia; ya llegaremos a un punto de esta disertación donde procuraremos establecer algunas conclusiones.

Agreguemos, todavía, que la insurgencia, la situación de fuerza se produjo tanto en países que sufrían dictaduras abiertas, de carácter policial y terrorista, como en otros donde habían logrado consolidarse, al menos, las formas primarias de la democracia.

Reiteradamente, aún en aquellas naciones donde la victoria revolucionaria se dio por la vía electoral, se produjo simultáneamente con ella, e inmediatamente después de establecido el nuevo gobierno, una existencia de hecho de los sectores desplazados que hizo indispensable el empleo de la fuerza. Me refiero singularmente a dos casos: al proceso boliviano, donde el Movimiento Nacionalista Revolucionario triunfó en una elección presidencial, que le fue es-camoteada por los sectores castrenses y oligárquicos, y la burguesía venezolana luego de haberse establecido una incipiente democracia con la primera victoria del Partido Acción Democrática. Por ahora me interesa dejar formuladas estas observaciones, porque uno de los grandes vacíos de nuestro análisis político lo constituye el insuficiente desarrollo de la

tesis del "Frente de Trabajadores" en relación con los métodos de lucha. El Partido Socialista ha sintetizado en esta concepción una política de claro contenido social, una estrategia de valor inapreciable en la práctica de la lucha de clases, pero que enunciada en un plano puramente principista no resuelve por sí sola la elección de los métodos de lucha.

Si el Partido desea cumplir cabalmente con su rol histórico, deberá agotar el examen del significado de la violencia en el curso de los acontecimientos chilenos. Cualquiera que él sea, y ello dependerá de condiciones históricas y sociológicas concretas, su presencia en

nuestras luchas políticas parece ineludible, y sería un pecado de leso optimismo el suponerla ajena a las tradiciones de nuestras clases dominantes y una ingenuidad imperdonable incurrir en la idealización de los instrumentos electorales.

Cuando usamos, sin embargo, los medios que ofrece la democracia tradicional, debemos emplearlos a fondo, con la mayor eficacia, sin admitir que las reservas mentales debiliten nuestra acción. Una contienda electoral -como un conflicto sindical cualquiera- es una batalla de gran valor táctico, y aún cuando en ella no se resuelve la lucha de fondo, en su desarrollo y desenlace recluimos nuevas fuerzas, enseñamos y aprendemos, elevamos la moral y la conciencia política de los participantes. Es tan deplorable el abandono de las tareas inmediatas cuando se utilizan los medios legales, en nombre de la "revolución o nada", como evadir la participación en las acciones directas de las masas, en nombre de una legalidad en plena crisis.

Siempre será necesario distinguir con claridad entre la revolución como proceso social, como una forma de la lucha de clases, y cierto sentido subjetivista de la revolución que a veces aprisiona a ciertos compañeros cuando la estiman no tanto como una larga, penosa y persistente movilización de voluntades populares, que alcanza su culminación dialéctica en la captura del poder, sino como una mera exaltación de la violencia individual como mero estallido de la ansiedad revolucionaria.

## LA REVOLUCIÓN COMO PROCESO SOCIAL

Para quienes pretendemos analizar los caminos hacia la victoria y el desarrollo del socialismo, es fundamental comprender que sólo se produce una situación revolucionaria auténtica cuando existe un conflicto básico entre la estructura social de un país y el desarrollo de sus fuerzas productivas. Esta situación, a mi modo de ver, está presentándose en los países latinoamericanos, y se está presentando en nuestro país. Tenemos la sensación evidente de que las viejas estructuras políticas y jurídicas paralizan la vida de Chile. Para citar solamente algunos renglones ilustrativos retirémoslos, por ejemplo, a nuestra incapacidad para capitalizar, para acumular los recursos productivos que nos pudieran habilitar para un gran salto hacia adelante. No hay duda de que la limitación fundamental para lograr una capitalización acelerada radica en el dominio extranjero de nuestras más poderosas fuentes de riqueza. Indiscutiblemente que sólo reteniendo dentro de Chile y

aplicando a objetivos sociales los recursos potenciales de capitalización de la gran industria del cobre, sólo por ese camino podríamos colocar al país en un nivel superior de desarrollo, acortar distancias con los países del capitalismo avanzado.

Es obvio, también, que la estructura actual de la propiedad y de la economía agraria inutiliza permanentemente poderosos recursos productivos del suelo, sin que por las vías tradicionales se ofrezca corrección alguna de tal derroche paradójico. Y si quisiéramos agregar un tercer elemento, demostrativo de que en Chile se acumulan presiones insatisfechas a favor de un desarrollo acelerado, bastaría mencionar la tremenda expansión demográfica, característica de todos los países latinoamericanos; vale decir, densas promociones de mano de obra sin empleo práctico dentro del cansado ritmo de nuestra evolución material. Sesenta mil chilenos anualmente resultan frustrados en la demanda elemental de fuentes de subsistencia para ellos y para sus núcleos familiares.

Es, pues, ésta la primera condición que nos permite afirmar -sin ninguna impaciencia verbalista- que en América Latina se están dando condiciones objetivas de carácter revolucionario, en la medida que exigen romper brusca y definitivamente los marcos tradicionales, políticos y jurídicos que contienen el crecimiento y amenazan la supervivencia de cada uno de nuestros países.

Tradicionalmente se advierte -y para fines didácticos nunca debemos olvidarlo- que no basta la presencia fuera de nosotros de este fenómeno económico y social, de esta coyuntura crítica en la sociedad sobre la cual actuamos. El proceso revolucionario requiere simultáneamente de una conciencia y de una voluntad políticas, la existencia de factores subjetivos, dinámicos y eficaces. Los marxistas sabemos que el paso de una sociedad a otra no es un trayecto mecánico; que para salvar los escollos se requiere la participación activa del hombre, la acción deliberada y consciente del partido conductor. De ahí la importancia decisiva de la existencia de un partido con plena conciencia de sus metas políticas, de su carácter de agente de la transformación y cuya organización y régimen interno le permitan operar como factor de comando sobre la masa trabajadora en su conjunto. Quiero subrayar la necesidad de un examen serio de las condiciones chilenas, para mejorar y enriquecer el patrimonio de ese factor consciente, de ese factor de mando, de ese elemento de vanguardia que es el Partido Socialista. Hay una profunda diferencia entre la apreciación científica de la clase de tareas que debemos enfrentar y de la manera de ejecutarlas y el concepto de la revolución como "mito", entre la revolución como proceso social y el concepto de la revolución como "santo advenimiento".

Entre muchos jóvenes militantes es frecuente la súper estimación del factor subjetivo en el accionar político; existe, a veces, la convicción de que un partido resuelto puede forzar las condiciones objetivas, y, aún en un país donde ellas no alcanzan un nivel crítico, lograr los cambios ansiados.

Se cita como ejemplo el de Cuba. Para mantener dentro de los límites de tiempo destinado a esta charla, sólo diré que el juicio ignora datos y antecedentes indispensables para una evaluación justa de lo acontecido allí. Lo más espectacular, lo que sentimentalmente cautivó la atención y el fervor de las masas latinoamericanas en el caso cubano fue, ciertamente, la heroica aventura de Sierra Maestra. Y un análisis superficial del episodio parecería probar que bastó este gesto secular, este gesto de magnífica locura, para que las fuerzas renovadoras y contenidas de la sociedad cubana se desencadenaran en el espectáculo impresionante que mira asombrado el continente. Pero, compañeros, si rastreamos en los largos años del régimen batistiano, comprobaremos el enorme caudal de energías gastadas en la resistencia, el derroche de coraje de gran parte del pueblo y de su juventud para crear una conciencia contra la tiranía, para conectar a los distintos sectores en la lucha común, para enfrentar al sacrificio y al martirio, factores todos que revelan hondas tensiones preexistentes y un clima propicio para el despliegue de la iniciativa revolucionaria. El desembarco de Fidel Castro y de un puñado de combatientes valerosos coronó brillantemente la hazaña común, pero no desmiente que la revolución es una larga cadena de acciones -casi siempre anónimas- que es, por sobre todas las cosas, una heroica empresa social.

Por supuesto, había algo más: en la política de explotación de la dictadura oligárquica y del imperialismo, en la insatisfacción y en la íntima rebeldía del guajiro radicaban explosivos impulsos, allí se hallaban las raíces de la gesta comenzada en Sierra Maestra, continuada en la Reforma Agraria y proyectada finalmente en la construcción socialista que ahora está realizando Cuba.

En resumen, camaradas, si hay alguna reflexión que quisiera transmitir particularmente al joven auditorio de esta asamblea, es aquélla tan diáfana formulada por Edward Kardelj en su libro "El Socialismo y la Guerra":

"Solamente aquella política que combina una clara orientación revolucionaria con un análisis realista de las condiciones objetivas y de todos los factores del desarrollo social es realmente revolucionaria. Esta es la esencia real del socialismo científico."

## COMENTARIO

### La Revolución como proceso social

Para comentar y extraer conclusiones de este texto se debe tener en consideración el contexto histórico en el que se desarrolla la discusión: año 1961, a escasos dos años del triunfo de la Revolución Cubana, la cual abriría paso a un proceso de ardua discusión entre las filas de la izquierda respecto de las vías para concretar el socialismo; a saber, la “vía pacífica” (democrática, de los caminos legales y electorales, también llamada “reformista”) o la “vía armada” (de lucha violenta, llamada “revolucionaria”).

En este sentido, el discurso de Raúl Ampuero aporta importantes elementos al debate (el cual se tornaría central para la izquierda durante los siguientes 30 años), así como también nos permite extraer elementos para entender cómo llevar a cabo la lucha política actual.

El autor, siguiendo la línea del pensamiento socialista chileno, profundamente latinoamericano, inserta su opinión dentro del contexto social y político de nuestro continente, señalando que las consideraciones que este debate tuvo entre los partidos de izquierda en Europa no son aplicables a nuestra realidad continental, por el atraso en que nos encontramos tanto respecto de la institucionalidad democrática como de las formas de producción económica y el desarrollo material. Es por esto, y por la importancia que el socialismo puede tener en el desarrollo de América Latina, que plantear esta discusión tiene especial relevancia.

Este contexto latinoamericano está marcado por violentas contradicciones en el día a día, cada vez más patentes, y por una democracia cooptada por las clases terratenientes, así como por una economía al servicio de los capitales extranjeros. Frente a la conformación de una realidad de tal complejidad, se sostiene la tesis de que muchas veces entender como antagónicas la opción por una “vía pacífica” o una “vía armada” es un tanto falsa, en cuanto ninguna es capaz de abarcar el fenómeno en su completitud ni de otorgar una solución satisfactoria para éste.

Así, la vía electoral permite reclutar nuevas fuerzas y elevar la moral, por lo que corresponde emplearse a fondo a ella; sin embargo, abandonar la participación directa de masas por jugársela por completo por una institucionalidad en crisis y que no es apta para los tiempos, no permite obtener un avance definitivo. Por otro lado, plantear “la revolución o nada”, no reconoce el complejo contexto social y político en que se enmarca la acción socialista, y es más, no entiende los procesos violentos que se dieron anteriormente (como la revolución cubana). Parte de este no entendimiento dice relación con las “condiciones objetivas” y las “condiciones subjetivas” de los procesos revolucionarios. Si bien las condiciones subjetivas consisten en el actuar y la voluntad de un partido u organización política, sobreestimar este factor en el proceso, y no conocer y reconocer bien las condiciones sobre las que se actúa, puede llevar a creer que con la sola voluntad se puede

llevar adelante un proceso revolucionario de transformación. Dicho sea de paso, esto se puede aplicar tanto para la vía electoral como para la vía violenta.

En este sentido, es fundamental la comprensión de la *revolución como proceso social*, es decir, como una serie de actos que van conformando un proceso que desemboca en la transformación del régimen de vida y del trabajo de la sociedad, muchas veces anónimo. Estos actos dicen relación con toda clase de acciones relevantes, tales como la organización social, la conquista de derechos sociales, los cambios a la institucionalidad, cambios en la producción, la toma de conciencia de más actores, triunfos electorales, profundización de la democracia, entre otros; los cuales van configurando tanto los elementos objetivos como subjetivos que son necesarios para la transformación de la estructura social, pero de un modo *que garantice la permanencia de la nueva estructura en el tiempo*, siendo, por lo tanto, verdaderamente revolucionaria, ya que no se limita a ser una transformación parcial o que no se sostendrá con el paso de los años.

La comprensión de la revolución como un asunto complejo (como proceso) es fundamental para poder cumplir nuestros objetivos políticos. Es en este sentido, plantear la revolución socialista como un mero acto militar, la toma de un cuartel, o incluso una serie de batallas militares es algo equivocado, ya que no se sostiene necesariamente en una estructura y conciencia social apropiada a sus propósitos; lo cual ha sido demostrado incesantemente en la historia del siglo XX. Así como también constituye un error plantear que se puede conseguir una transformación profunda de la sociedad, solo desde el plano institucional, desconociendo y descuidando la lucha social, es un error de iguales magnitudes. Solo desde lo institucional, y sin pretender cambiar la correlación de fuerzas, ni generar la fuerza social para superar las actuales estructuras, no es posible concretar ni cristalizar las transformaciones.

Lo esencial es comprender la complejidad del proceso y las circunstancias, que no se agotan ni son caricaturizables en una estructura rígida y que, por lo tanto, requieren de una acción compleja, tanto en lo social activo como en lo institucional.

### **3. DEMOCRACIAS POSIBLES: UNA VISIÓN SUSTANTIVA**

Álvaro García Linera Vicepresidente de Bolivia

*Extracto del libro Democracia Estado Nación*

Es necesario, no sólo para el debate teórico sino también para la reforma de las instituciones democráticas y la ampliación de la acción democrática de la sociedad, construir una definición de democracia que supere las inconsistencias lógicas y las limitaciones históricas de la lectura procedimental y minimalista de la democracia<sup>184</sup>. Señalaremos algunas líneas argumentales de un esquema interpretativo alternativo.

En términos generales, se puede entender la democracia como una manera de organizar la gestión del bien común de una sociedad, el modo de esa gestión, la amplitud de ese bien común y las propias características de la comunidad que quiere definirse en torno a ese bien.

En este sentido, es una forma política de proceder sobre los recursos e intereses colectivos; es un proceso de renovación de los modos de decidir sobre ese bien común, es una voluntad para redistribuir los recursos comunes; es una deliberación sobre cuáles son esos recursos y necesidades que deben ser objeto de atención y, ante todo, una continua producción del “común” que desea, acepta y pugna por existir como comunidad.

En términos más precisos, es una forma de producción de la política que se caracteriza por:

**a. Una subjetivación ampliada de la política.** Si la política tiene por objeto la dirección y gestión de lo común, la democracia es la producción y reproducción ampliada tanto del sujeto que forma parte del común, del sentido de lo común, como del sujeto que ha de dirigir esta comunidad así constituida. Hay democracia en tanto hay debate público en torno a qué es lo que une a las personas, a cómo se las puede unir más y a cómo tiene que ser gestionada esta creación de unidad.

La democracia es una forma de politización de la sociedad mediante la cual personas, grupos, y colectividades deliberantes asumen su unidad ampliada, interna y externa, con los otros componentes de la sociedad, no como un dato ni como una institución sino como una responsabilidad ética, como una acción que los involucra en sus medios y fines.

Hay democracia en tanto hay más personas que desean intervenir en la dirección general de la sociedad porque están dispuestas a producir directamente el contenido de los vínculos que los unen a los demás. No hay democracia por seguir unos procedimientos establecidos sino, precisamente, porque cualquiera que sean esos procedimientos, incluso frutos de una intervención democrática anterior, hay personas y colectividades que ahora buscan participar en la dirección de esos procedimientos, buscan responsabilizarse de la producción de dirección de la sociedad, modificando las normas y procedimientos de la práctica política legítima. Esto vale tanto para los pequeños grupos que pueden competir con los grupos de dirección consolidados, como, y con más razón, para las colectividades, los movimientos y las clases sociales que irrumpen en el escenario político.

Democracia es, entonces, ampliación de lo político, creciente ruptura de los monopolios de la política, continua renovación de las instituciones políticas para dar paso a

---

<sup>184</sup> Para el aporte de nuevas lecturas de la democracia ver, Rancière, El desacuerdo. Política y filosofía, Nueva Visión, Argentina, 1996; T. Negri, M Hard, Multitud, Editorial Debate, Argentina, 2004

responsabilidades ampliadas de un número mayor de miembros de la sociedad. Democracia es movimiento, flujo, revocatoria, ampliación de la capacidad de decidir. Una sociedad es tanto más democrática cuantas más personas no sólo participan en la política sino también en la decisión de las maneras de participar, en las prerrogativas de la participación y en la ejecución de las decisiones que involucran a todos.

Por ello, la democracia es una creciente responsabilidad de los ciudadanos por el destino de las demás, es una comunitarización de la política que rompe la serialización y el disciplinamiento de cualquier norma rígida de la acción política.

Igualmente, los procesos de democratización social, por lo general no provienen de las estructuras institucionales de participación sino de las estructuras de movilización social que se mueven fuera del campo político dominante, en el

“subsuelo político”<sup>185</sup>, como los movimientos sociales que, con sus demandas económicas, políticas o nacionales, amplían las redes de intervención social en la vida pública y, con ello, generan democracia.

En cierta medida, la democracia resulta de una “invasión” en la producción del espacio público y de sus funciones por parte de colectividades sociales anteriormente mantenidas al margen de esos espacios de decisión y que, al momento de hacerlo, no sólo amplían los canales de decisión y gestión (lo que equivaldría al reforzamiento de la vieja institucionalidad) sino también reforman los propios canales de acción política o inventan otros en los que puedan caber todos según las nuevas normas acordadas también por todos. De aquí la segunda característica del hecho democrático.

**b. *Proceso de producción de igualdad política.*** Para que esta ampliación de la acción política pueda consumarse, la incursión de los nuevos sujetos, sus modos particulares de hacerlo y las demandas enarboladas deben presentarse ante la sociedad entera con la misma fuerza y poder de interpelación que la de cualquier otro miembro de la comunidad, incluidos los miembros de la anterior estructura política de administración de lo público.

Hay democracia en tanto hay producción sustancial de igualdad entre quienes constituyen la sociedad, y esa igualdad se verifica el momento en que cualquier ciudadano que se siente compelido a actuar en la esfera pública porta un mínimo de poder social que convierte a su opinión y a su modo de hacerlo en una intervención eficiente y con capacidad de influir en el campo político en condiciones similares a las del resto de los participantes.

La democracia puede ser entendida como la conformación de un campo político capaz de garantizar un mínimo eficiente de capital político a cualquier miembro de la sociedad que desee intervenir, lo que a su vez implica la imposibilidad de cerrarse o elitizarse; pero además, un campo político capaz de reconocer múltiples formas organizativas de aglutinamiento y administración concentrada del capital político. Los derechos políticos modernos basados en la posibilidad de elegir a los gobernantes son apenas una manera abstracta y limitada de esta asignación de capital político, ya que así, la persona no adquiere capital político ni capacidad de influencia en las decisiones, sino sólo capacidad para decidir quiénes han de administrar o monopolizar el capital político del campo y, además, bajo una forma de sumatoria contingente y despersonalizada de la cuantificación electoral del voto.

La democracia como formación de igualdad requiere que el ciudadano, cualquiera sea su condición, oficio o trayectoria, sea reconocido y tomado en cuenta como ser competente y

---

<sup>185</sup> L. Tapia., La velocidad del pluralismo. Ensayo sobre tiempo y democracia, Comuna, La Paz, 2002.

actuante en el campo político, que sus reflexiones tengan la posibilidad de un nivel similar de impacto en la estructura del campo y que las formas organizativas bajo las que incursiona en el campo tengan posibilidad de articular nodos de influencia, independientemente de las cualidades culturales que posea esta forma organizativa. Por tanto, hay democracia, por una parte, cuando hay permanente redistribución y desmonopolización del capital político eficiente en el campo político, igualando a los sujetos en sus capacidades reales, materiales y simbólicas de intervención política; y, por otra, cuando hay reconocimiento de modos plurales de organización para condensar y competir por la regulación del capital político, lo que implica el reconocimiento de derechos individuales y colectivos como principios constitutivos de la acción política y de la formación de poder político.

**c. *La presencia de una comunidad litigante (Rancière).*** Más que consenso, la democracia es la presencia de un diferendo, de un litigio manifiesto por la enunciación, la visibilización o denuncia de una carencia, de una desigualdad, de una injusticia económica o política. No se trata simplemente del reconocimiento del disenso, sino de la eficacia y poder público del disenso en cuanto capacidad de transformar las estructuras de orden de la gestión de lo público.

Hay democracia porque las personas se constituyen como comunidad política en torno a la controversia, lo que supone no sólo la tolerancia a la diferencia sino la constitución del hecho político, de las fuerzas y poderes efectivos de la acción política legítima en torno a la admisión y canalización de ese desacuerdo.

El liberalismo ha reducido este hecho fundamental del acto democrático, el desacuerdo, a un reconocimiento testimonial de las diferencias, dejando intacto el sistema de poderes reales ante los cuales, precisamente, se rebela la disidencia. La democracia surge, en cambio, cuando la sociedad se presenta como comunidad polémica y las estructuras de corporalización de esa comunidad (instituciones políticas, regímenes de verdad, cuerpo de poderes) son atravesadas por ese diferendo y son capaces de soportar las transformaciones materiales necesarias para integrar el desacuerdo en un nuevo acuerdo portador de nuevas reglas de gestión de los poderes, renovadas instituciones y nuevos regímenes de verdad.

La democracia no surge como resolución de conflictos; a su modo, las dictaduras lo hacen, excluyendo, deslegitimando o exterminando a los disidentes. La democracia surge en la acción misma de enunciar un desacuerdo en torno al acceso de ciertos bienes (políticos, económicos) y en la capacidad de los sujetos políticos de recomponerse ampliamente en torno a la superación de estas exclusiones visibilizadas.

De esto se desprenden varias consecuencias. La democracia se inicia cuando se plantean desacuerdos; se objetiviza cuando esos litigios reconstituyen a la comunidad política; se realiza cuando, fruto de esa recomposición, se amplía la presencia de sujetos con capacidad de dirección sobre lo público y cuando la carencia enunciada encuentra una resolución comúnmente aceptada.

**d. *Autoconciencia y ejercicio práctico de facultades y prerrogativas como miembro competente de una comunidad política.*** La democracia, en la medida en que se verifica al momento de la ampliación de la intervención de la sociedad en la definición de lo público, no sólo extiende la amplitud de quienes han de habilitarse para gestionar los asuntos comunes, sino que además re-inventa el sentido de lo público, esto es, las prerrogativas que unen a los miembros de la comunidad política. En los estados modernos, estas facultades

toman la forma de derechos ciudadanos (civiles, políticos y sociales) garantizados por la normatividad estatal, y es por eso que la democracia es consustancial y el escenario por excelencia de realización de la ciudadanía moderna.

Sin embargo, esta democracia de ciudadanía no es un problema de legalización de los derechos otorgados a la población por el Estado, aunque esta sea la manera de su objetivación institucional; sólo hay democracia en cuanto hay sujetos que producen inter subjetivamente prerrogativas y facultades como ampliación de su responsabilidad en la definición de lo público.

**e. Prácticas de objetivación contingente.** La democracia no son unos procedimientos e instituciones, aunque requiere de ellos para objetivarse. Estos procedimientos e instituciones son medios transitorios, simples efectos revocables del hecho democrático que, precisamente, se manifiesta en su capacidad de reconfiguración constante de los sujetos ampliados de dirección política de la sociedad y de las instituciones y prácticas que cristalizan este desborde de intervención.

Dado que hay democracia en tanto hay desmonopolización del poder político, y hay desmonopolización del poder político porque hay constitución de comunidades litigantes que reivindican la “parte de los que no tienen parte”, las normas, reglas, instituciones, saberes y legitimidades que regulan la vida política de una sociedad democrática son circunstanciales, cristalizaciones provisionales de la estructura de resolución del desacuerdo anterior, que habrán de dar paso a una nueva estructura de poderes resultante de los nuevos desacuerdos que dan inicio a la acción democrática de una sociedad.

La democracia no es la ausencia de reglas, sino la contingencia necesaria de esas reglas y el consenso acordado de esa contingencia.

La democracia es, por ello, una constante desfeticización de la acción política, en la medida en que requiere una razón política y una voluntad política comúnmente inventada y reinventada como fuente de consagración y legitimación de las normas, las instituciones y las funciones creadas para la gestión del bien común.

La democracia es el desborde de la sociedad, o de una parte de ella, para mejorar o producir nuevos escenarios de igualdad, pero sobre la base de antecedentes previos de igualdad que permiten a los sujetos el reconocimiento de sus facultades de litigar o enunciar, con capacidad de modificarla, una injusticia social, económica o política. Las instituciones son el escenario temporal, fruto de antiguos litigios que consagran los procesos de igualdad alcanzados entonces, pero a la vez, con el tiempo, deberán ser objetos de continuos cambios y sustituciones para dar paso a nuevas querellas y acuerdos que deberán consagrarse en nuevas instituciones, y así sucesivamente.

**f. Producción colectiva de opinión política.** La democracia como valor moral no resulta, por tanto, de la agregación de opiniones privadas sino de la producción colectiva del diferendo, de la argumentación pública de razones sobre la calidad de las decisiones y las consecuencias de esas acciones, del intercambio de razones que modifican puntos de vista previos, de un lado y de otro, y que al final dan cuerpo moral a un tipo de acuerdo intersubjetivamente producido mediante la acción comunicativa de iguales. El resultado es una “voluntad general” deliberativamente producida en torno al diferendo, no individualmente agregada que queda temporalmente instituida como “mayoría” y norma o institución política. La producción colectiva de opinión política, la producción política de instituciones y normas, la revocatoria colectiva de instituciones y normas, la invención

colectiva de la propia colectividad política, esto es, la comunitarización de la política, son precisamente los mecanismos por medio de los cuales la gestión de los poderes públicos se vuelve democrática.

## COMENTARIO

### Profundizando la democracia

La preocupación por la profundización de la democracia es un desafío muy presente en los países latinoamericanos en la actualidad; problemática que surge a partir de la implementación de políticas neoliberales que han repercutido fuertemente en la comprensión que se tiene de la dicotomía público-privado, ya que han generado una paulatina disminución de “los espacios comunes”, o en otras palabras, ha habido una invasión de la esfera privada en la esfera pública, alterando la comprensión de lo social y lo político.

Margaret Thatcher, gobernante inglesa en la década del 80, proclamaba al respecto que *"están situando el problema en la sociedad. Y la sociedad no existe. Hay hombres y mujeres individuales"*, sintetizando en esta frase célebre, tanto el fundamento ideológico del neoliberalismo como las intenciones silenciosas de esta doctrina: la supresión de la idea de “sociedad” entendida como un conjunto, un ente, un sujeto por sí mismo, reduciéndola a la mera suma de individualidades que buscan realizar sus intereses particulares.

Si bien esta comprensión del tejido social puede parecernos anacrónica, bastará entender los supuestos bajo los que se configura la práctica democrática en Chile, para darnos cuenta que esta realidad no es tan ajena a nuestra situación. En nuestro país, la democracia fue recuperada formalmente con el triunfo del NO en el plebiscito. En el período de la transición a la democracia, la forma de hacer política estuvo marcada por los consensos sobre lo que se debía hacer para dirigir al país. Sin embargo, si somos capaces de cuestionarnos las formas esenciales de la democracia, nos daremos cuenta de que éstas nacen principalmente del desacuerdo y la capacidad de resolver ese disenso en la gestión de lo común. El 2011 viene a marcar un hito, a través de las movilizaciones estudiantiles, quebrando la hegemonía del neoliberalismo y dando paso a que emerja la posibilidad de un proyecto alternativo de desarrollo económico, social y cultural.

La democracia chilena hasta entonces se había encargado de marginar a grandes sectores sociales del debate político, transformándose éste en un patrimonio de grupos dominantes reducidos que no eran capaces de representar a la sociedad en su conjunto. Con el empoderamiento del movimiento social, se pone en cuestión las instituciones vigentes y la representatividad del sistema.

En la teoría, la democracia chilena corresponde a lo que se ha conocido como *"democracia protegida"*; vetos de temas y vetos de actores. Las redes de intervención social en lo público se amplían, recién, con las movilizaciones sociales y sus demandas; haciendo parte de la discusión a nuevos grupos, politizándose la sociedad y avanzando así en la protección del principio de *"igualdad política"* de los distintos sujetos.

¿Cuáles son los desafíos para un Chile pos 2011? Que las formas institucionales reconozcan nuevas estructuras de participación, buscando así que los conflictos sean procesados en el marco de una democracia fortalecida, con integración de nuevos actores y demandas que corren el límite de lo que es posible hacer; construir una democracia de protagonismo ciudadano.

## **CAPITULO V DEBATES ACTUALMENTE VIGENTES EN EL SOCIALISMO**

## **1. SIN DEMOCRACIA NO HAY SOCIALISMO**

Camilo Escalona Medina

*Extracto del libro De Allende a Bachelet*

Como el nadador que sube con angustia a la superficie en busca de aire para respirar y vivir, así fue como las fuerzas de izquierda y de centro lucharon desesperadamente por la recuperación de la democracia. La dictadura las asfixiaba, la ausencia de libertad destruía su ser más profundo. Se puso de manifiesto en medio de la tragedia, con una claridad irrepetible, que sin democracia no hay socialismo, que la pérdida de la libertad conlleva la pérdida de la igualdad. Había antecedentes teóricos que así lo señalaban. Por ejemplo, el Partido Socialista de Chile recuerda con respeto y admiración el nombre de Eugenio González, uno de sus forjadores, senador y rector de la universidad de Chile, un lúcido intelectual que dejó su huella en la redacción del programa del partido del año 1947, documento doctrinario y programático que el paso del tiempo se ha encargado de rescatar y revalorizar. Ello debe ser reconocido con hidalguía, ya que el dogmatismo de las resoluciones del Congreso de Chillán en 1967 conllevaron menosprecio hacia el ejercicio y profundización de las libertades democráticas y de la institucionalidad que con ellos se corresponde y materializa, lo que se redundó en la profunda debilidad del apoyo político que se brindó al Presidente Salvador Allende en el curso del gobierno de la Unidad Popular, hasta el desenlace fascista del 11 de septiembre de 1973.

En el documento de Eugenio González se afirma: “Todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan”.

Este párrafo, tan macizo y elocuente, es reafirmado de la siguiente manera: “Como heredero del patrimonio cultural, el socialismo no pretender otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad de las ventajas de la seguridad económica, y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas”.

Sobre estas bases doctrinarias se logró la unidad socialista en diciembre de 1989; era el momento del ocaso de la dictadura y se reinstalaba la democracia, cerrando una etapa de divisiones, acentuadas e incluso estimuladas por el largo períodos de persecuciones y clandestinidad, así como por la manipulación y agudización de las controversias internas bajo el cerco informativo del régimen dictatorial y la labor de zapa, divisionista y atomizadora, de sus aparatos represivos.

Sin democracia no hay socialismo. Se trata de una base conceptual que va más allá de la contingencia. Cuando las fuerzas políticas surgen y desaparecen movidas por la vorágine de las modas que se transan en el mercado informativo y de las comunicaciones, surge el oportunismo de retórica fácil y conducta dudosa, de mero acomodamiento a los vaivenes de las presiones comunicacionales, dando a los medios los que estos quieren editar y vender,

olvidando todo compromiso con el proyecto político de país, de sociedad y de Estado que se debe buscar colectivamente; esta actitud es un tipo de corruptela elegante y *soft*. Ante ello no se saca nada recurriendo como respuesta al dogmatismo y la ideologización que puede ser fatal. Entonces, el sentido democrático, la voluntad libertaria, la no sumisión a dictaduras ocasionales, sean totalitarias o mercantilistas, es lo que permite superar la ausencia de ideas y valores, la sacudida de toda base de principios que son los que aúnan voluntades colectivas y objetivos compartidos.

La dictadura no nos destruyó gracias al valor de nuestras ideas. Derrotamos la domesticación totalitaria y tuvimos la voluntad de resistir por la fuerza de nuestras convicciones. Levantando la demanda democrática a cualquier costo. El socialismo para vivir y desarrollar es incompatible con la dictadura, aunque sea “breve”. Lo demás es un error histórico.

Hoy, en que pareciera que todo ideal, sueño o compromiso ético pueden desaparecer como desaparecen miles de millones en transacciones fraudulentas, o como se roban otros miles de millones en colusiones ilegales, asistimos a la primacía del mercado. Ante esta realidad, la base que nos otorgan los principios del socialismo y la base metodológica del programa de 1947 son un patrimonio inestimable e insustituible. El gran desafío es que la democracia puede prevalecer ante el mercado.

Habrá desaparecido el sistema comunista en la ex Unión Soviética y en otros territorios o naciones, pero no ha desaparecido la necesidad de libertad y justicia. Al caer el muro cayó el Estado que lo sostenía. Al fin de cuentas, no ocurrió sino que lo inevitable: un Estado sin libertad no podía ser eterno.

Le negación de la democracia petrificó esas estructuras estatales, se confirmó que el socialismo solo puede existir en democracia; es como un pez en el agua: sin el medio líquido del cual extrae el oxígeno y se desenvuelve, está condenado a perecer. Se decía que el sistema denominado del “socialismo real” era la consumación de la democracia, pero del dicho al hecho hay mucho trecho y la retórica se había dissociado completamente de la realidad; el sistema oficial cayó en una profunda bipolaridad, decía una cosa y hacía otra; en medio de tal deterioro estructural, el sistema podía disimular su conflicto existencial, pero a la postre era imposible que pudiese perdurar. Como no había democracia, el régimen impuesto de los países de Europa del Este solo postergaba su existencia y sobrevivía, pero más inevitable era su derrumbe, ya que sin debates de ideas y sin propuestas alternativas no sabía ni podía aquilatar sus debilidades profundas, que cada día que pasaba eran más irresolubles, por su propio ocultamiento “oficial”. Sin crítica política organizada y libre, la autocomplacencia ganó la partida y así, paradójicamente, se destruyó. El sistema del “autoelogio” había pasado a dominar la escena y se cayó en una visión que falseaba completamente la realidad de esos países. Los que pensaron que sin oposición el socialismo iba a ser más fuerte y que el espesor de su “blindaje” iba a imposibilitar el retorno al

capitalismo, se equivocaron rotundamente. Sin el ejercicio de la diversidad y el pluralismo, al colapsare el sistema de partido único, la sociedad quedó en manos de las mafias legales e ilegales, de puñados de aventureros que se hicieron el control y posesión de la noche a la mañana de sectores y áreas completas de la economía, desarticulando el antiguo orden del centralismo burocrático. El sistema pudo derrotar militarmente a la maquinaria nazi, pero no se pudo defender de la ausencia de democracia.

El error fundamental fue la teoría del “partido único” como depositario de la verdad y la sabiduría, que llevó al ejercicio despótico, dictatorial y ultracentralizado del ejercicio de la autoridad estatal; al final, el vértice dirigente no eran un grupo de hombres sabios y competentes, sino que arrogantes burócratas paralogizados ante el descontento social, encerrados en sus dogmas, autoaislados y refractarios a la crítica por su autoendiosamiento. El partido único quedó separado de la realidad e irremediabilmente imposibilitado de asumir y enfrentar el cambio planetario de las circunstancias políticas y estratégicas, hasta que llegó el momento inevitable en que en el sentido más literal de los hechos, el elefante petrificado se derrumbó sin remedio ni alternativa que lo contuviese. El jerarca que en Moscú había criticado el proceso encabezado por Salvador Allende, “al no ser capaz de defenderse”, debió –si aún vivía- tragarse sus palabras, ya que a pesar de los cabezales atómicos, los submarinos nucleares y las divisiones de tanques e infantería, el sistema estatal comunista se desplomó como castillo de arena. Así se cerró una época histórica. Prevalció el afán de libertad antes que el sometimiento y la sumisión.

Después de tantas idas y venidas, vueltas y revueltas, mi convicción es que la alternancia es esencial para impedir que se imponga el autoritarismo, la autocomplacencia, el burocratismo y la corrupción. No se puede vivir para estar en el poder, eso hay que tenerlo muy claro.

Es lamentable, sí, que la historia haya comenzado a escribirse solo con la mirada de corto plazo de los supuestos vencedores de Occidente, en blanco y negro, yo soy el bueno y tú el malo, borrándose por completo del escenario la presencia de aquellas criaturas siniestras que incubaron el surgimiento del comunismo totalitario mediante el horror y la opresión que impusieron durante siglos. Sin el Zar Nicolás y las inauditas y centenarias atrocidades de la monarquía absolutista que intentó eternizar, así como de su ineptitud proverbial que lo hizo actor (entre otros hechos terribles que no fue capaz de resolver) de la Primera Guerra Mundial y sus calamidades sobre millones de seres sacrificados en una confrontación espantosa, no hubiese estallado la Revolución bolchevique, y sin el exterminio masivo de pueblos y naciones que acometió el Estado hitleriano, sin aquellas barbaridades inenarrables sobre millones de seres humanos sacrificados por el delirio de la supremacía racial y el dominio mundial, Stalin jamás habría llegado a controlar y someter la mayor parte de Europa. O sea, cada dominación y sus arbitrariedades generaron sus contrarios, por eso que asusta la soberbia de ciertos vencedores cuyo afán es proyectarse como dueños no declarados de un planeta del cual no son propietarios.

El dilema del ejercicio de la libertad inalienable de cada ser humano sigue vigente, no puede ser engullida por el mercado ni eliminada por el Estado. Hay que rechazar a los dictadores sin apelación, y a aquellos que esclavizan con deudas, consumismo y mercantilismo descontrolado, desde corporaciones globales incontrarrestables, y a aquellos que parapetados en sus aparatos represivos se perpetúan persiguiendo y borrando la huella de sus opositores. Muchos tiranos pueden presentarse como socialistas, pero todo aquel que se perpetúa para instalar su dominación personal hasta morir no puede ser considerado conceptualmente como un gobernante socialista. El socialismo, para ser coherente, debe ejercer su gobierno en democracia, con alternancia; ello lo sostendrá en el tiempo y permitirá que su contribución civilizacional sea perdurable; si no, será superado irremediablemente.

Con democracia; es decir, con derechos políticos, civiles y sociales, sin la cortapisa del partido único y el dogma que un grupo de iluminados, un puñado de mesías que con la verdad absoluta iban a cambiar la historia a su saber y entender, no habría ocurrido lo que faltalmente ocurrió con el llamado “socialismo real”, el derrumbe que abrió las puertas del planeta a un período de incontrolable capitalismo salvaje. Se fue el burócrata y llegó el usurero. Aquello que se impuso no fue la democracia que las multitudes reclamaban, formadas mayoritariamente por jóvenes, actores esenciales de ese cambio histórico, al pedir libertades civiles y políticas, dignidad y justicia social, en las enormes manifestaciones al acercarse el fin del muro. Pienso que aquello que más irritaba a los jóvenes era que se cercenaran sus espacios de libertad fundamentales. Hacia Occidente no se podía viajar y las organizaciones juveniles se sometían “a la conducción” del partido, que por ser además el partido único promovía fatalmente un mensaje uniformador y contestatario, ante el bullente clima de polémica y debate propios de la juventud. Así no se podía vivir eternamente. Los líderes, antiguos comunistas que habían luchado heroicamente por la libertad contra el nazismo, para obedecer el dogma ideológico del comunismo “científico” se empeñaban ciegamente en prolongar estructuras estatales liberticidas. Ese camino llevaba inevitablemente a la represión. Así generaron odiosos aparatos policíacos que mancharon irremparablemente el mismo fundamento de los objetivos socialistas que se proclamaban.

Sin embargo, se olvida, no quiero ser malpensado, pero parece que intencionalmente, se olvida que el colapso del comunismo totalitario se precipitó desde su propio seno: la evolución del propio Partido Comunista de la Unión Soviética, la formulación de la llamada Perestroika y el liderazgo de Mijail Gorbachov, cuando no había ni señal ni esperanza de cambio, fueron tales factores insoslayables, pero asumidos internamente en la Unión Soviética por lo que en Occidente se denominaba *nomenklatura*, los que generaron el deshielo, los que removieron los dogmas ideológicos más recalcitrantes, los que generaron la interlocución con las grandes potencias rivales condiciones de diálogo y confianza para que la atmósfera internacional facilitara y no entorpeciera o bloqueara un proceso complejo y frágil en sus primeras etapas, como lo reconociera la propia Margaret Thatcher, a la sazón

Primera Ministra del Reino Unido; en fin, los más ultras de la prensa gringa simplemente se quedan en la caricatura que todo se debió a la presión que generó la política armamentista de Reagan en Estados Unidos, expresada en el programa conocido como “guerra de las galaxias”, al mostrar un poderío incontrarrestable estratégicamente, por la utilización del espacio para un escudo nuclear que no iba a ser solo escudo, sino también un poder ofensivo letal para los soviéticos de entonces. Sin embargo, sin evolución “desde dentro” no hubiera existido cambio posible, es cosa de observar lo que pasa en Corea del Norte, tan hermética como aislada, pero impertérrita ante lo que es hoy el cambio epocal de la humanidad.

También en el caso de China los espectaculares avances de la llamada “economía socialista de mercado”, inspirada por Deng Xiaoping, con su muy aclamada “apertura” económica, se originan y comienzan en una decisión interna, del liderazgo chino, que luego de las espantosas consecuencias del dogmatismo y las catastróficas condiciones de vida impuestas por ese experimento de ingeniería social conocido como “la Revolución cultural”, fue capaz de concebir, diseñar y sacar adelante un macizo programa de desarrollo y una estrategia de largo plazo que ha sido ejecuta con resultados insospechados, que desmienten la autosuficiencia y el engreimiento de las academias occidentales que al momento de desplomarse la ex Unión Soviética se sintieron depositarias de la verdad absoluta de manera soberbia y excluyente y que ahora ven en el caso de China el de un país que escapa a sus modelos y recetas. Entonces, insistir en esa idea obsesiva de que el occidental es bueno y el oriental es malo no es veraz en absoluto. Los gobernantes genocidas no se definen por su raza o por su origen geográfico. Los dictadores que tiranizan a sus pueblos, tampoco; ya tuvimos nuestra dolorosa experiencia en Chile.

Asimismo, la crisis sistémica que se prolonga en el centro rector del sistema financiero global reitera que no hay receta y que cada nación debe resolver, de acuerdo a su realidad e intereses, sus propios asuntos internos.

Además, también sabemos que el desarrollo humano es contradictorio y la línea recta no existe; eso se manifiesta, lamentablemente, en la misma Alemania donde persiste un foso cultural que separa a los del *ost* de los del *west*, a los del Este de los del Oeste, y muchos de aquellos “exorientales”, que esperaban vivir en una sociedad libre del rígido autoritarismo estatal, se sienten nuevamente sometidos, esta vez a espesas formas de discriminación, por haber sido parte – contra su voluntad, obviamente- del Estado que les mantenía cautivos; eso viene a constituir para ellos una mordaz paradoja de la nueva situación. Es decir, se trata de una reunificación inconclusa, con un desgarró todavía sin resolver. ¿Cómo se arreglara todo aquello?, con más democracia. Las mafias de Rusia, los abusos del modelo ultraliberal, la pobreza y el abandono del sistema de protección social, indican en esos mismos países que el reclamo de dignidad para los hombres y mujeres de esta tierra está vigente. Que la demanda de justicia social para quienes son avasallados por las fuerzas económicas y el irrenunciable ejercicio de la libertad, encarnada en una institucionalidad

democrática que así lo garantice, sin ningún tipo de cortapisas ni tutelajes, son el factor orientador de la acción del socialismo y la base conceptual que le permite competir legítimamente por ser hilo conductor del Estado y fuerza de liderazgo en nuestra sociedad.

En una epata de crudo afán de enriquecimiento personal, de ausencia de un ideal social y de apetitos desenfrenados como fuente de energía política, hay muchos que no tienen ni límites ni escrúpulos; estén donde estén, esos son los adversarios del socialismo, pues son la antítesis de la sociedad de hombres y mujeres libres a la cual aspiramos, en que el hombre deje de ser lobo del hombre y se transforme en su hermano.

En la sociedad global de los mercados, muchos piensan que el Estado nacional es una noción obsoleta; muy por el contrario, este pasa a constituirse en un actor esencial para preservar y profundizar las conquistas civilizatorias tan esforzadamente alcanzadas por la humanidad a lo largo de los siglos. Pero para que el Estado juegue ese rol humanista y civilizatorio debe ser un Estado democrático, si no es así colaborará con las distintas corporaciones detentoras del poder a debilitar y anular la capacidad de resistencia de las centrales sindicales, de los movimientos sociales, organizaciones estudiantiles, de los centros intelectuales y de cada ciudadano o ciudadana a bregar por una existencia con dignidad y libertad.

Bajo el capitalismo, el Estado autoritario es el reino de los mercados. De modo que el Estado democrático es la organización social que debe humanizar y liberar al ser humano. De manera que en este viejo dilema de la teoría y la práctica, el socialismo tiene una meta: la democracia, desde la cual humanizar las relaciones económicas, sociales y culturales.

Esa fue la lucha de los socialistas en casi dos décadas de dictadura.

El recuento de los tiempos difíciles, desde 1970 a 1990, no es sino el relato de los múltiples y sacrificados esfuerzos del socialismo chileno por la democracia, por los derechos de los trabajadores y el interés nacional,. Que se deben expresar en un Estado de Derecho democrático que sea capaz de garantizar el respeto irrestricto a los derechos humanos; asegurar que el país logre progresar distribuyendo con equidad los frutos de la riqueza socialmente producida; regular eficazmente los mercados, cuya potencialidad especulativa, concentradora y depredadora se ha hecho más evidente; y proyectar un horizonte de crecimiento que incorpore a las nuevas generaciones, de modo que la estabilidad democrática ser un objetivo y un patrimonio mayoritariamente compartido y no una inercia que esconda inmovilismo, frustración, corruptela y retroceso social. Los cimientos institucionales del ejercicio democrático son perdurables si hay relaciones sociales igualitarias, que establecen bases de convivencia compartidas en la vida cotidiana.

Es decir, la democracia se realiza cada día, Así el socialismo chileno lo ha aprendido y asumido con altos y bajos, avances y retrocesos, acercándose ya a los ochenta años de intensa vida política. El compromiso socialista con la democracia se ha forjado en duras

luchas sociales, consagradas con la sangre de miles de sus militantes. No es solo una convicción teórica o una firme convicción doctrinaria. Como visionariamente anticipaba el compañero Eugenio González Rojas en 1947: «El primer deber del socialismo en América Latina: esforzarse por la vigencia del régimen democrático, pro implantarlo donde nunca ha existido, por restablecerlo donde haya visto abrogado, por perfeccionarlo si tiende a anquilosarse obstruyendo el proceso social. Aunque de manera defectuosa, la actual democracia contiene en sí misma los factores de su perfeccionamiento ulterior. Entre la dictadura y la anarquía, tradicionales polos de la política latinoamericana, el socialismo está decididamente por el régimen de derecho dentro del Estado democrático».

En consecuencia, el socialismo chileno tiene un compromiso vital, profundo, inarrancable, con la democracia y sus instituciones. No solo se trata de un aprecio ritual o discursivo; es en democracia donde se extiende el humanismo y florecen múltiples demandas ciudadanas, desde las que se nutren las ideas y la propuesta socialista; por el contrario, la asfixia de un régimen dictatorial, la ausencia de debate en el campo de las ideas, la censura y la prohibición de la política pagan las demandas ciudadanas y el socialismo en cuanto corriente de ideas se debilita y empequeñece.

En una etapa de la historia de Chile, la dictadura de Pinochet fue el escenario del más frenético ejercicio de negación de los derechos del movimiento popular, de superexplotación implacable y de vertiginoso enriquecimiento de un puñado de elegidos. Sin democracia, el régimen fue el reino de los poderosos. Sin libertades públicas, los explotadores se desataron sin control ni límites.

No se conocía en Chile una orquestación tan inexorable e implacable del uso del poder para fortalecer una oligarquía dominante. Todo lo que hiciera aún más preponderante sobre el país el control y dominación de un puñado de dueños de la fortuna, todo se hizo, sin reparar en el costo social o nacional que ello pudiera significarle a Chile.

Aquellas fueron las modernizaciones del pinochetismo:

- La atomización del sistema educacional, a través de la municipalización de la enseñanza, para eliminar o al menos debilitar el sentido nacional ante el libremercado.
- El traspaso de recursos públicos a gestores privados con la educación particular subvencionada, para quebrar el sentido de lo público en el sistema educacional.
- La entrega de la administración de los fondos previsionales al control privado, generando el enriquecimiento de los gerentes y controladores en proporciones inéditas.
- Hacer del control de la gigantesca cantidad de recursos de los pensionados un poder político-económico desconocido en Chile.

- Potenciar una privatización de la educación superior para debilitar decisivamente las universidades tradicionales, traspasando, en consecuencia, otra gigantesca masa monetaria a lo privados.
- Liquidar la negociación colectiva de los trabajadores con el Plan Laboral de José Piñera y generar la atomización del movimiento sindical.
- Empequeñecer el Estado, de forma que la sociedad de mercado se instalara sin contrapesos ni resguardos.
- En definitiva, hacer de «lo público» una noción despreciada, menoscabada, sometida al imperio de los gerentes y especuladores.

La dictadura fue para ejecutar este plan de dominación. Los veinte años de recuperación democrática han constituido un período, con avances y retrocesos, que se orienta a revalidar el valor de «lo público» y de la acción del Estado; hacia la protección social y el crecimiento con equidad, al resguardo de la soberanía nacional con una política exterior de reinserción en la comunidad internacional, a desplazar el ultramercadismo por el reconocimiento de los derechos de la comunidad organizada; asimismo, la acción de veinte años de democracia ha apuntado a entregar a las personas y colectivos atemorizados la seguridad de que no serán nuevamente atropellados, aplastados y humillados. El pleno imperio de los derechos humanos es un proceso largo y extenso en el tiempo, de manera que los efectos del terrorismo de Estado puedan ser efectivamente superados.

Los que hoy reniegan de lo realizado olvidan que construir democracia se demora mucho más que la dictadura en destruirla. El miedo y el terror pueden quebrar instituciones, valores y principios en cosa de segundos.

Más aún, cuando la naturaleza de la transición chilena, al desplazar el poder dictatorial sin que se desplomaran ni sus enclaves autoritarios ni sus centros de poder, ha significado un proceso complejísimo, para desplazar los enclaves y avanzar en una nueva institucionalidad, de coexistencia con vectores de fuerzas del autoritarismo que han sobrevivido y evolucionan adaptándose y metamorfoseándose en las nuevas circunstancias. Unos evolucionan dejando de ser lo que eran y otros se retuercen y contraen en su naturaleza antidemocrática.

Por eso, no todas las reformas constitucionales se han logrado realizar y algunas de ellas, determinantes para que hubiera institucionalidad democrática sin tutelas, se demoraron quince años de transición, para ser finalmente aprobadas en el Congreso Nacional. De hecho, el sistema binominal se mantiene, ya que gracias a él la UDI impone un «sobrepeso» parlamentario bochornoso.

Uno de los centros de poder del autoritarismo que ha persistido es el comunicacional, presionando sobre la política sistemáticamente, inflando actores, desautorizando otros, legitimando prácticas, atacando otras; en suma, la política es descalificada por sus propios

errores, pero también desde un espacio opaco, sin transparencia, en que prevalecen los mismos intereses, incluso los mismos rostros que acompañaron a Pinochet hasta su muerte. Pontifican sobre quién es o no demócrata, sacudiéndose olímpicamente del tenebroso papel que jugaron en el régimen dictatorial, entre otros hechos deplorables, para ocultar o intentar manipular el drama de los detenidos desaparecidos.

Los llamados poderes fácticos se equivocaron en el plebiscito del 5 de octubre de 1988 y luego volvieron al error, cuando se convencieron de que la Concertación de Partidos por la Democracia era un fenómeno transitorio, temporal, de corto alcance, que luego su disgregación volvería nuevamente a permitirles el control del país. Al respecto, Jaime Guzmán, en noviembre de 1989, vaticinaba en entrevista pública:

- En caso de que Aylwin gane, ¿ve a Renovación [se refiere la pregunta al Partido Renovación Nacional] con ustedes haciendo oposición, o ve a Renovación entendiéndose con la Democracia Cristiana en un Parlamento que le puede ser difícil a Aylwin?
- Lo que sería el gobierno de Aylwin constituye un enigma. Estoy seguro de que la Concertación no prosperará como alternativa coherente y duradera. Es muy difícil saber si lo que subsista de ella tendría o no la fuerza política para respaldar por sí sola a una acción gubernativa.
- ¿Por dónde se ve el quiebre?
- Por los sectores más identificados con el marxismo. Ahora, si los sectores socialistas y marxistas se desembarcaran de un eventual gobierno de Aylwin, quizás este se vería obligado a dar un viraje político. En tal caso, la UDI estaría abierta a considerar esa hipotética nueva situación con todo el patriotismo y altura de miras que ello requeriría. Ya hubo una experiencia muy elocuente en Chile a ese respecto: el gobierno de don Gabriel González Videla.
- En el supuesto de que el gobierno de Aylwin no tuviera éxito, ¿cree que Pinochet volvería a La Moneda...?
- El dilema es complejo y apasionante; veo dos escenarios probable en un hipotético gobierno de Aylwin. Si él intentara gobernar con toda la Concertación, fracasaría rotundamente por lo heterogéneo de sus integrantes. El otro escenario es que los sectores marxistas intenten deliberadamente hacerlo fracasar, lo que sería una torpeza de su parte, porque en ese caso, en cuatro años más, ganaremos nosotros la Presidencia y no don Ricardo Lagos ni ningún otro socialista<sup>186</sup>.

La historia desmintió al ideólogo de la dictadura. No hubo división de los demócratas chilenos.

---

<sup>186</sup> Entrevista realizada por la periodista Raquel Correa en El Mercurio, en el marco de la candidatura de Guzmán a senador por Santiago Oriente. 19 de noviembre de 1989.

La concertación se transformó en el instrumento político fundamental de la reimplantación de la democracia en Chile.

Fue el entendimiento estratégico de la civilidad democrática, expresada por la Concertación, lo que impidió el plan alternativo del dictador, aquel de compararse con Cincinato, pero los poderes fácticos siguieron todo este período presionando y buscando hasta ubicar el hallazgo que les posibilite la escisión de una franja de la Concertación no mayoritaria pero sí justa y necesaria para que la mayoría perdiera tal atributo.

Hubo varios intentos, con Frei Bolívar el año 1999; con Hirsch, el año 2005; en fin, diversas sogas para el trompo de la desunión, hasta que encontraron el que dio resultado, la candidatura de MEO en 2009. Lo más probable es que luego de un tiempo de inacción intenten nuevamente poner en marcha esa pieza, pensando en que una vez más, como reconociera Andrés Allamand respecto de la última elección presidencial, pueden perpetuarse por la división de sus adversarios, no desechan por tanto rebuscar la cooperación de ese peón en el tablero.

Regresemos entonces a la reflexión de alcance estratégico, el acuerdo político del centro y de la izquierda en Chile es lo que posibilita la vigencia y viabilidad de la alternativa de las fuerzas ciudadanas democráticas por sobre la alternativa de las fuerzas autoritarias del mercado. Tal es el nudo de la lucha política en el Chile de las últimas décadas. Y es también el desafío de los próximos años. Una fuerza capaz de ganar cambia la naturaleza de las opciones en juego; si se trata solo de un «saludo a la bandera», todos legítimamente pueden competir, es decir, la dispersión será lo más probable; si ocurre que no es así y que se compite por el gobierno de la nación, entonces los actos testimoniales o de exclusiva parcela sectaria caen deslegitimados sin pena ni gloria; así sucedió en 1999 en el fuerte y difícilísimo choque electoral entre Ricardo Lagos Escobar y Joaquín Lavín. A pesar de las múltiples candidaturas alternativas, Lagos concentró más del 95% de los votos no derechistas, ello le permitió superar por estrecho margen a su contendor en la primera vuelta y derrotarlo claramente en la segunda.

En una mala imitación de los debates del período de Frei Montalva-Allende, aquel de los años sesenta y setenta; o en una mutación perversa de tal entrevero ideológico, como un efecto retardado de querellas del pasado, algunos han querido reponer el conflicto entre la izquierda y el centro como el dilema principal a resolver; así aconteció en la última elección presidencial, aquella en que ganó la derecha con Sebastián Piñera. Así nació la candidatura de MEO: con la pretensión mesiánica de un «big bang» en el sistema político, otros antes sin éxito habían hablado de lo mismo; luego, desdiciéndose de su «izquierdismo» inicial, la candidatura del propio MEO instaló la lucha en el centro del tablero, por el voto de la centro-izquierda; o sea, dejando de lado aquella presuntuosa idea de «afrancesar» el escenario político chileno haciendo desaparecer el centro, rápidamente alteraron su estrategia y fueron sus propios formuladores quienes la abandonaron y se

trataron de pasar «por centristas», para lo cual se autocalificaron de «progresistas» y convocaron a los despolitizados que se motivan con mucha diversión y farándula.

¿Quién ganó?, la derecha.

Sin embargo, todo este planteamiento sigue su marcha sin acusar recibo de su rol nocivo, explícito en algunas ocasiones, implícito en otras, con un denominador común: terminar con la Concertación. Dicho de otra manera: quebrar el punto de encuentro y de alianza entre el centro y la izquierda, aquel que ha permitido, ni más ni menos, la redemocratización del país. En la situación que se ha producido en Chile, la idea de generar un «big bang» en el sistema político conduce a la disgregación y no a la creación de una nueva alternativa política de alcance nacional y contenido progresista. Esa desnaturalización es fruta de la realidad y no resultado de la mala voluntad de nadie, sus destino es la generación de un archipiélago de grupos sin opción que provoca obviamente el mejor escenario que puede pretender la derecha, por eso hay que evitarlo.

Hay que decirlo con claridad: no se puede considerar progresista aquel que colabora al triunfo de la derecha.

De manera que hay «progresistas» que se someten a una lógica sumamente perversa, pues pretenden suprimir, al eliminar la Concertación, la mayoría política que derrotó a la derecha en Chile, que la doblegó electoralmente, pero que también la afectó políticamente, como el compacto bloque de dominación que se edificó bajo la dictadura. Ahora ya exhibe trizaduras importantes en su propio núcleo rector. Al gobernar veinte años, la Concertación generó nuevas condiciones nacionales; entre otras, un millón de estudiantes de educación superior que expresan una nueva ciudadanía, con opinión propia, diversa pero cohesionada, que aspiran a profundizar y subir un nuevo peldaño en la democratización del país. Por ello reclaman y demandan, en mi opinión para generar una nueva etapa de cambios, y no para propagar una división o la dispersión que entregue el país a la derecha.

Chile no es Francia. Aun cuando en ese país pasó, mutatis mutandis, un fenómeno similar al chileno: las escisiones y desgarramientos del amplio espacio democrático y de la izquierda llevó al poder al señor Sarkozy. La disgregación de la izquierda fue un factor determinante, mucho más que las entonaciones insinuantes de la canción de Carla Bruni.

O sea, las divisiones siembran el triunfo de la derecha en donde se produzcan, e independiente de las intenciones que se proclamen.

¿Sirve entonces ir a una división en Chile? Muy sinceramente creo que es el mayor favor que se puede hacer a aquellos que gobiernan hoy con la derecha, y que no entienden de sutilezas, sino que su proyecto político es hacer dinero como sea.

¿Puede ser eterna la Concertación? En ningún caso. Se renovará y reformulará al calor de una gran propuesta programática que encare los nuevos desafíos del país, pero deberá

depositar su legado en un punto de encuentro o convergencia que represente la mayoría social política capaz de derrotar a la derecha en Chile.

El objetivo político de retornar al gobierno se justifica y legitima en la gran tarea de enfrentar la desigualdad que la conciencia social de chilenos y chilenas rechaza. Ello no es fácil. No es solo hablar, ante todo es hacer; por ello se requiere en la nueva etapa un gobierno nacional, en el sentido más propio y exacto de esa palabra, nacional, que reúne y agrupa fuerzas tras las cuales se advierta el país en su conjunto sin excepción ni exclusiones. Desde el laborioso obrero industrial al uniformado republicano, desde el campesino que no ceja ni se cansa al empresario que no roba ni especula, desde la parvularia al ingeniero; es decir, una convergencia de fuerzas que haga posible la tarea.

Los mercados no requieren democracia, pero sí la necesitan todos aquellos que tienen un sentido de país, sean pobres o ricos, jóvenes o viejos, que se propongan alcanzar un objetivo nacional que identifique la patria sin distinciones; no se puede llegar a esa meta caminando solo, esta no es una carrera de atletas individualmente considerados; en este propósito, el sentido de equipo es fundamental y para ello debe existir unidad, aquella que permitió vencer la dictadura y que hoy es decisivamente necesaria. Si rehacemos la unidad de la mayoría de la victoria será posible.

En manos de la derecha la democracia se desvanecerá, perderá su razón de ser; será progresivamente debilitada y ser marchitará. Los demócratas chilenos debemos recuperarla y robustecerla. Aún estamos a tiempo.

## COMENTARIO

El texto leído es particularmente interesante, ya que incluye el análisis de situaciones políticas importantes para la historia de nuestro país y del socialismo chileno, a la vez que se presenta como una guía de fundamentación para las acciones que debe llevar a cabo el Partido Socialista.

Sin duda que el punto de vista principal de la argumentación es que el socialismo solo se puede conseguir por medios democráticos y participativos, y es inseparable de la democracia. Esta conclusión, consideramos relevante decirlo y, tal como se señala en el mismo documento; no es nueva, sino que ya se encontraba presentada por Eugenio González en la Fundamentación Teórica de 1947 (incluida en este cuaderno) por lo que ya formaba parte del pensamiento socialista en Chile al tiempo en que se escribe *Sin Democracia no hay Socialismo*. Sin embargo, distintos hechos y circunstancias fueron desviando esa visión, por lo que se vuelve a presentar ahora no solo como una fundamentación teórica sino como producto de un aprendizaje práctico e histórico de los militantes socialistas. Aceptada esta conclusión por los distintos elementos que la fundamentan en la exposición, se puede extraer que la lucha política socialista se enmarca entonces dentro de la institucionalidad democrática, renunciando a los medios insurreccionales.

Llevada esta reflexión a términos concretos en el análisis del periodo de la dictadura militar en Chile, significó para el socialismo la lucha por la recuperación de la democracia y más específicamente, por la recuperación de una institucionalidad democrática que fuera capaz de defender las libertades individuales al menos en su mínima expresión, lo que fue sistemáticamente vulnerado durante este periodo de la historia chilena.

Para la adecuada interpretación de esta idea, es necesario considerar que en la argumentación se entrecruzan de manera peligrosa los conceptos de *democracia ideal* con *la realidad democrática* que fue posible obtener, justificando así la conducción política de que se llevó a cabo en el periodo de transición, sustentando en estos argumentos conclusiones de alcance universal; idea que se recoge en el texto al afirmarse que “*de manera que en este viejo dilema de la teoría y la práctica, el socialismo tiene una meta: la democracia, desde la cual humanizar las relaciones económicas, sociales y culturales (...)* Esa fue la lucha de los socialistas en casi dos décadas de dictadura”.

Nadie podría estar en desacuerdo con que los objetivos del socialismo son: la efectiva participación (democrática) de las personas de manera igualitaria en la economía, los derechos sociales, políticos y en la creación cultural. Sin embargo, se da un salto patente desde ese ideal a una situación concreta, como lo fue la recuperación de la democracia posterior a la dictadura militar en Chile. Con este comentario no pretendemos caricaturizar una visión del socialismo chileno, pues afirmamos que varios de los elementos presentados

en el texto, son efectivamente necesarios para profundizar nuestra democracia actual, sin embargo, debemos ser cautelosos en no confundir los elementos de la democracia ideal con los de la lucha concreta, para no caer en una idealización del proceso, fenómeno que podríamos entender que llevó a gran parte de la sociedad chilena a ilusionarse con algo que no fue posible concretar en la realidad.

La conquista democrática de fines de los 80 se preocupó de la protección de los derechos más elementales que se habían perdido durante la dictadura militar, desde los de resguardo de la integridad física hasta los de participación política, los cuales se corresponden con un solo ámbito de la democracia, como lo es la democracia política, y de manera muy restringida, no solucionando los grandes problemas y contradicciones sociales, cuestión que es importante tener presente en la conducción política de un país.

Hay que considerar de igual modo que esta lucha por la democracia y su profundización, es la que ha guiado al socialismo en los últimos y más actuales años de su historia, por lo que tener presente y analizar estos conceptos resulta esencial. En este sentido, a ratos es inconveniente la relación directa que se puede establecer entre los conceptos de democracia, institucionalidad democrática, y la institucionalidad democrática actual.

Si bien efectivamente la configuración institucional es la que da un sentido práctico a la democracia, la cual debe expandirse y perfeccionarse, a la vez que el objetivo del PS es la profundización democrática, entender que ambos elementos son indisolubles puede llevar a una excesiva institucionalización del Partido Socialista. Por lo demás, existe el peligro de que esta “excesiva institucionalización” produzca una identificación con la institucionalidad actual, la cual adolece de varios defectos. El énfasis de la disputa política del PS pasa a estar en los espacios de gobierno y el parlamento, y no se preocupa de volcar su política al fortalecimiento de organizaciones que se encuentran fuera de esa institucionalidad.

En esto queremos ser claros: la defensa y perfeccionamiento de la institucionalidad democrática se condice que con los objetivos de profundización de la democracia y por ende del socialismo, por lo que la disputa institucional es fundamental y necesaria. Sin embargo, si esto llevado a la práctica significa poner el énfasis solo en esa disputa institucional, lleva al desapego del partido con su medio social y con el impulso transformador que este contiene, y aún más peligroso, con la identificación absoluta de la labor del partido con la del Estado, y mediante éste, con la de un gobierno de turno.

Para esto hay que entender que el perfeccionamiento y avance de la integración de la sociedad y, por ende, de la democracia y su institucionalidad, no se puede llevar a cabo sin el impulso social necesario para producir un cambio en la correlación de fuerzas que en la actualidad nos es desfavorable para impulsar los cambios, lo cual no es posible solo desde la institucionalidad misma.

## Nuevo Ciclo político

El decir que no es posible profundizar una verdadera democracia solo desde la disputa de la institucionalidad política, requiere al menos señalar algunos elementos, que se relacionan con lo que se ha llamado “El Nuevo Ciclo Político en Chile”.

Si analizamos brevemente los 20 años de gobierno la Concertación en esta materia, podremos identificar avances en la ampliación de la democracia política (por ejemplo, con la eliminación de los senadores designados) que significaron una disputa muy ardua de las fuerzas democráticas.

Sin embargo, observamos que en el mismo periodo no existió un cuestionamiento de parte de esta alianza política a las estructuras económicas y culturales del neoliberalismo, profundamente anti democráticas, que se arraigaron en la sociedad chilena y que, por lo tanto, hacen cada vez más difícil su transformación a través de estructuras democráticas en la medida que avanza el tiempo. Es decir, el costo de una transformación democrática en un sentido amplio y verdadero que se intenta realizar solamente desde la institucionalidad, significó en la práctica el renunciar a realizar efectivamente aquella transformación.

Debemos además tener presente que los avances en la disputa cultural se hacen mayormente fuera de la institucionalidad política (no en contra de ella), mediante la acción de diversos actores sociales que apelan a un sentido común de la sociedad. Son los avances de esta disputa, los que se reflejan en los cambios que la correlación de fuerza de la sociedad va experimentando, la que permite ampliar la democracia y perfeccionar la institucionalidad política con el mejoramiento de sus estructuras, siempre que exista una representación en ella que permita concretar esos cambios.

Analizando concretamente lo que significó en este sentido el ya famoso año 2011, debemos entender que, primero que todo, que sin el 2011 (es decir, la acción de los movimientos sociales, orientados principalmente a las reivindicaciones en materia educacional) que significaron un cambio cultural en nuestra sociedad, no es posible concebir un nuevo ciclo y, por lo tanto la posibilidad de tener una nueva Constitución, hacer una importante reforma tributaria, tener educación gratuita y sin segregación en todos sus niveles, cambiar el sistema binominal, entre otras cuestiones ante las cuales la política institucional se vio impotente durante tanto tiempo.

En base a lo dicho anteriormente, creemos que es necesario realizarnos ciertas preguntas fundamentales: ante el nuevo ciclo político en el que nos encontramos y la apertura de la posibilidad de generar en este gobierno una nueva Constitución política y el cambio del sistema electoral, ¿cuáles serán las directrices que guiarán la acción del Partido Socialista? ¿Sigue siendo la búsqueda de perfeccionar la institucionalidad democrática? ¿Se puede profundizar verdaderamente la democracia sin realizar transformaciones en la producción económica? ¿Seguirá siendo la lucha del socialismo la democracia política?

Sin duda son cuestiones muy complejas y que requieren un arduo debate que no debe ser ignorado. Perfeccionar la institucionalidad democrática es algo que siempre debe buscarse, sin embargo, y como señalamos anteriormente, los espacios a donde hay que ampliar la democracia (entendida como participación ciudadana) en un nuevo ciclo son principalmente en la economía y los derechos sociales. Ante esto, es legítimo proponerse que las alianzas políticas y de coalición se integren en base a esos nuevos objetivos. Es legítimo, por lo tanto, cuestionar el carácter de la alianza de la izquierda con el centro, o la alianza misma, esto en el entendido que “la Concertación se transformó en el instrumento político fundamental de la reimplantación de la democracia en Chile”, es decir, fue concebida para cumplir objetivos de un proceso que hoy ya ha sido superado.

¿Es posible dar un carácter universal, de trascendencia política, a la alianza de la izquierda con el centro, producto de una situación histórica particular, como lo fue la recuperación de la democracia institucional en Chile? Parece más sensato suponer que cada periodo requiere de una alianza particular, en la cual el eje articulador siempre sea el aglutinar a las fuerzas de izquierda y transformadoras antes que a otras. ¿Cómo puede el Partido Socialista retomar un camino de mayor presencia en la dirigencia social? Creemos firmemente que esto se logra a través de la apertura del partido a nuevos actores, de un modo que no intente cooptarlos según los actuales cánones internos, sino que abra espacios de participación en los que efectivamente nuevas visiones puedan ser incorporadas, de modo que éstas entren a refrescar el pensamiento socialista, directamente desde la experiencia de la lucha social.

Sobre este último punto, vale la pena hacer una última reflexión respecto a la derrota electoral de la Concertación del año 2010. El análisis que hace el autor es claro: esto se debió principalmente a la división al interior de las fuerzas democráticas que anteriormente se encontraban unidas al interior de esa coalición; es decir, se debió a la falta de unidad.

Podríamos preguntarnos sin embargo si es posible entender la unidad de los actores como el sometimiento de aquellos que legítimamente dentro de una coalición política o un partido tienen una visión minoritaria respecto de aquellos que sostienen una mayoritaria, en el entendido que una verdadera unidad significa el poder confluír los distintos proyectos y visiones, y no la imposición de una alternativa. Esto ya que el juego político interno de actores afines debe ser distinto al de la sociedad democrática en general, en cuanto se busca justamente la “unidad” de estos. En este sentido, es paradójal decir que esta falta de unidad parece tener sus orígenes en la falta de democracia interna de los partidos y coaliciones existentes en ese momento, antes que otros factores.

## **2. LA LIBERTAD DE ELEGIR**

Fernando Atria Lemaitre

*Extractos del libro La mala educación*

*“El actual sistema permite a las familias elegir la educación de sus hijos. Protege, así, la libertad de cada uno de elegir”.*

FALSO. Este lugar común pretende mostrar que el sistema educacional chileno implica libertad para todos, por lo que su mantención va en el interés de todos. Pero no es cierto que bajo el sistema actualmente existente los padres sean libres de elegir. Que los padres sean libres para elegir la educación de los hijos significa que la educación que sus hijos recibirán depende de ellos, del modo en que *ellos crean que es mejor educarse*. Pero en realidad para que los hijos de uno reciban una determinada educación no basta que uno elija el establecimiento respectivo, es necesario que uno pueda *satisfacer las condiciones unilateralmente fijadas por ese establecimiento*. Por consiguiente la libertad no es para los padres, sino para los establecimientos educacionales, que siempre pueden aceptar o rechazar una postulación a través de distintos mecanismos de selección, donde el precio es el más obvio, y la entrevista personal para determinar si la familia “es compatible” con el proyecto educativo del establecimiento y obtener la aceptación de este no es un proceso marcado por el ejercicio de una libertad de elegir, sino por la angustia de no saber si uno va a ser elegido o no.

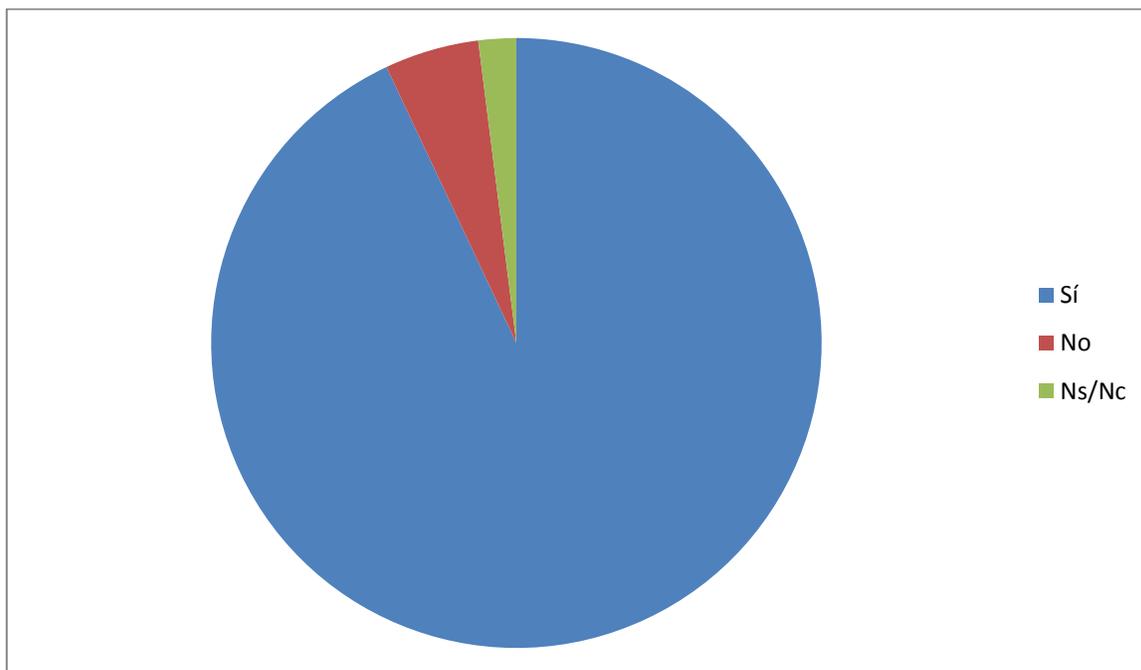
*Lo cierto es que hoy en Chile la única decisión que toman los padres es con quien no se educan sus hijos*. Cuando una familia paga 5 mil pesos como financiamiento compartido en un establecimiento particular subvencionado, la función principal de esos 5 mil pesos es asegurar que todos los compañeros de sus hijos provendrán de familias que puedan al menos pagar 5 mil pesos mensuales como financiamiento compartido. Por eso las familias pagan aun cuando su dinero no se traduzca en resultados medibles: esos resultados no importan, lo que importa es el ambiente social de establecimiento.

Esta es la razón por la cual la posibilidad de que los establecimientos educacionales cobren por el servicio que ofrecen (el financiamiento compartido en la educación subvencionada, la colegiatura completa en la particular pagada) es defendida por la derecha a nombre de la “libertad de los padres a aportar” a la educación de sus hijos. Excluir el financiamiento compartido, entonces, sería una restricción inaceptable de la libertad. Pero si la subvención escolar aumentara y a la vez fuera correlativamente excluyendo el financiamiento compartido, ¿qué perjuicio sufren los padres que hoy pagan y dejarían de pagar? La respuesta es clara: sufrirían un perjuicio si entendemos que la función de su pago no es mejorar en esa cantidad la educación de sus hijos, sino asegurar a quien puede pagar que su hijo no se educará con (el hijo de) quien no puede hacerlo.

*Así, las familias no eligen un proyecto educativo, sino un criterio de exclusión. La ley no me da libertad de elegir, lo que me da libertad de elegir es mi dinero. Si tengo poco dinero tengo poca libertad y si tengo mucho dinero tengo mucha libertad.*

Mirado así, es bastante claro quién acude a la educación municipalizada gratuita de hoy: los que no son elegidos por nadie, ni pueden elegir con quien *no* estar. Tras la estricta segregación por clase, en la educación pública de establecimientos no “emblemáticos” queda el gueto de los que no tienen libertad para elegir, porque no satisfacen criterio alguno de selección. Los “liceos de excelencia” hacen la última selección, y sacan lo último “utilizable”, que son los jóvenes pobres de buenos rendimientos. Tras eso, en la educación pública, donde va el 37% de los alumnos chilenos, *no queda nada que al mercado le interese*. Ellos no están ahí porque, en ejercicio de su libertad, hayan decidido que esa es la educación que quieren. Para ellos no hay libertad.

Es parte central de la defensa del sistema educacional actual que este hecho permanezca oculto. Una manera particularmente eficaz de hacerlo, dados los términos de nuestra discusión política, es apelar a la “evidencia empírica” que muestra que los padres pueden enviar a sus hijos a los establecimientos que eligen. Dada la segregación del sistema educacional chileno, si este fuera el caso uno debería decir que los padres están eligiendo mal, en la medida en que eligen establecimientos evidentemente deficitarios. Un “dato” que puede invocarse en apoyo del lugar común que estamos discutiendo ahora es el resultado que, ante la siguiente pregunta, se obtuvo en la encuesta del Centro de Estudios Públicos en 2006<sup>187</sup>:



<sup>187</sup> Centro de Estudios Públicos, 52 *Estudio Nacional de Opinión Pública* (junio/julio 2006)

“Cuando usted eligió por primera vez el colegio o escuela básica que más le gustaba para su hijo o hija, ¿fue aceptado y pudo matricularlo en esa escuela o su postulación fue rechazada por el colegio/escuela y debió matricularlo en otro?”

Con estos datos, uno podría decir: La evidencia “empírica” sugiere que para el 93% de las personas la libertad que ofrece el sistema educacional chileno es una libertad de verdad. El que dice que esa libertad no es real, cree que sabe mejor que los padres y madres que eligen el establecimiento para sus hijos qué es lo que estos deben hacer. A continuación, según el carácter del que diga esto, vienen epítetos descalificatorios que varían en rango desde “iluminado” hasta “totalitario” o “estalinista”.

Afortunadamente, ese dato puede compararse con otro que es provisto por una encuesta posterior del mismo Centro de Estudios Públicos, en la que ante la pregunta “¿Tiene usted la posibilidad real de escoger entre un colegio particular subvencionado y uno municipal?”, el 42,4% respondió negativamente<sup>188</sup>.

¿Cómo puede explicarse que el 42% dice no tener opción real pero el 93% dice haber sido aceptado en el establecimiento “que más le gustaba para su hijo o hija”? La respuesta es clara: porque la primera pregunta se refiere a los establecimientos a los cuales la persona ha postulado, por lo que, por decirlo así, “internaliza” la segregación: uno no postula a un establecimiento que cobra una cantidad que uno no puede pagar o que no acepta a personas como uno. Como esto es en realidad obvio, la pregunta interesante es cuál es el sentido de formular una pregunta como esta. La respuesta es precisamente que de ese modo puede construirse el lugar común que ahora consideramos.

### **¿Es la gratuidad injusta?**

*“Es injusto y regresivo que el Estado financie la educación de todos, pues eso implicaría subsidiar a los ricos. Es necesario concentrar el gasto solo en los más pobres, que son los que realmente lo necesitan”.*

FALSO. Este es uno de los lugares comunes más usados y seguramente los lectores lo han oído en alguna sobremesa cuando se conversa sobre la posibilidad de establecer en Chile un sistema de educación financiada por el Estado para todos los estudiantes. El argumento se suele expresar así: “Es inaceptable que el Estado (o sea, todos los chilenos) financie la educación de los más ricos. Lo que se debe hacer es que los que pueden pagar lo hagan y que el Estado se encargue de los más pobres”.

Se dice de una política que es “regresiva” cuando redistribuye el ingreso hacia los más ricos, es decir, cuando en virtud de esa política los ricos son más ricos. “Regresivo” se opone a “progresivo”: una política es “progresiva” en la medida en que disminuye la brecha entre ricos y pobres.

---

<sup>188</sup> Ibíd.

Para saber si una política es progresiva o regresiva, en consecuencia, es bastante obvio que es necesario mirar no solo el modo en que los recursos fiscales se gastan, sino también al modo en que se recaudan. El modo normal de financiamiento del gasto público es por impuestos. La lógica nos indica que si los impuestos los pagan desproporcionadamente los ricos, es progresiva una política que da lo mismo a todos. Así, cuando el rico paga 100 y el pobre paga 10, dar a todos educación de 55 reduce la brecha entre ricos y pobres, por lo que es una política progresiva.

El lugar común ahora bajo análisis descansa, absurdamente, en que solo mirando el gasto es posible saber si una política es o no regresiva. Pero esto es como decir que pagar 100 mil pesos por algo es caro. “Caro”, como “regresivo”, es un concepto que relaciona dos cuestiones: la cosa y su precio en el primer caso, la desigualdad antes y después de la intervención del Estado.

Pero este lugar común es menos inocente de lo que parece. Al decir que pagar por la educación de los ricos es regresivo, lo que se está diciendo es que la educación debe ser distribuida de dos maneras: a los ricos el Estado debe negarles cualquier financiamiento, y a los pobres los debe subvencionar (en establecimientos públicos o privados subvencionados). A los que están entremedio el Estado debe financiarlos parcialmente. Porque, por supuesto, no se trata de que el rico no se eduque, sino solo que no reciba fondos públicos para financiar a su educación. ¿Cómo la financiará, entonces? La respuesta es evidente: de su propio bolsillo. Pero esto quiere decir que, sobre el piso constituido por la subvención, el que pueda pagar un adicional de 10 se educará en un establecimiento que cobre un adicional de 10 y el que pueda pagar 1000 adicionales se educará con otros que puedan pagar 1000. En otras palabras, el sistema educacional tenderá a segregarse de modo riguroso por ingreso. Y cuando llegue el momento de competir en el mercado, el que recibió educación de 1000 ganará y el que recibió educación de 10 perderá. Y cuando el que quedó abajo en la repartición de puestos en el mercado se pregunte por qué la educación del otro fue tanto mejor que la suya, la respuesta será que eso era necesario para no tener un sistema educacional “regresivo”.

Este es el caso más obvio de inversión grosera: lo que es el beneficio principal del rico (un sistema que le permite sin límites usar toda su riqueza para dar ventajas a su hijo), ¡se presenta como si fuera una *carga del rico* y un *beneficio para el pobre*!

### **Todos lucran en la educación**

*“No hay problema alguno con proveer educación con fines de lucro, porque después de todo todos lucran: eso hacen, por ejemplo, los profesores cuando cobran sus remuneraciones. El ‘lucro’ no es sino ‘la justa retribución’ por un esfuerzo, y por consiguiente es enteramente legítimo”.*

FALSO. La discusión pública se ha centrado sobre “el lucro”, y los defensores del sistema actual han puesto el grito en el cielo por la sola impugnación de (como le dicen) “el lucro”. Armados de un diccionario, apuntan que este no es sino la “ganancia o provecho que se saca de algo”, y que todos, siempre, obtenemos una ganancia o provecho de nuestras interacciones con los demás. El profesor que enseña lucra, porque le pagan una remuneración; el estudiante que asiste a clases lucra, porque aprende; el diputado lucra, porque recibe una dieta.

Todo esto es un error trivial, aunque no inocente. Para despejar el punto conviene explicar qué implica que una persona (como las universidad, según la ley) no tengan fines de lucro. Una persona jurídica sin fines de lucro puede desde luego pagar las remuneraciones de los medios de producción que utilice; si pide un crédito hipotecario para comprar un inmueble, puede pagar los intereses de ese crédito; si contrata a un directivo, puede pagar a ese directivo una remuneración de mercado; si arrienda algo, puede pagar el arriendo respectivo. Dicho de otro modo, que una corporación no tenga fines de lucro no quiere decir que solo pueda recibir donaciones de terceros, que no pueda pagar su cuenta de electricidad, en suma: que nadie pueda obtener una “utilidad o ganancia” por la vía de prestarle servicios. La prohibición de los fines de lucro solo significa que la persona jurídica respectiva, ya sea corporación o fundación, debe entender que su vinculación con la educación no es instrumental. Es decir, no puede ver la educación como una manera de enriquecerse, de modo que si las condiciones de mercado variaran el dinero pase a estar invertido en servicios higiénicos portátiles. La exigencia de que personas jurídicas con fines de lucro no puedan ser sostenedoras de establecimientos educacionales implica que el que es sostenedor tiene un compromiso fundamental, y no derivado, con la educación que ofrece.

No se trata, entonces, de negar a alguien la “justa retribución” por su esfuerzo y trabajo. De lo que se trata es que asuman la función de educar jóvenes, personas jurídicas que declaran tener un compromiso con la educación por ser educación y no por ser económicamente ventajosa. Dicho de otro modo la pregunta no es si la prohibición de los fines de lucro para las universidades debe mantener, sino el escándalo de que la educación de niños y jóvenes de enseñanza básica y secundaria, así como de jóvenes de institutos profesionales y centros de formación técnica, esté a cargo de empresas que se mueven de un sector o actividad a otro buscando los más altos retornos.

Por eso, es importante notar que la discusión, pese a la manera en que suele expresarse, no es sobre el lucro, sino sobre la educación provista con *finés* de lucro. La distinción es obvia: el presidente de la República recibe una remuneración, pero eso no quiere decir que la Presidencia sea una institución que existe para enriquecer al presidente. ¿Dirían los senadores y diputados que defienden la educación provista con fines de lucro que la finalidad por la cual ocupan sus escaños es poder hacerse con la dieta parlamentaria? ¿Entenderíamos los ciudadanos que es aceptable que un senador o diputado lo fuera solo porque de ese modo tiene un ingreso que le permite llevar un buen pasar?

Quien participa de una actividad con fines de lucro lo hace para enriquecerse. La razón por la que una empresa que tiene un establecimiento educacional enseña a sus estudiantes no es que ella esté interesada en la formación de esos jóvenes: es que educándolos puede enriquecerse.

“Pero”, podría decirse, “no hay razón para pensar que por el solo hecho de tener fines de lucro una institución carece de compromiso con la educación”. Ese argumento, sin embargo, yerra el blanco. El problema no es qué decisiones tomarán las personas, sino qué tipo de institución son. Un establecimiento sin fines de lucro es una institución en la que los estudiantes, profesores y autoridades pueden asumir que a todos les interesa el desarrollo de la institución en tanto establecimiento educacional, porque aunque tengan visiones distintas de cómo educar, la institución existe para realizarlo del modo más pleno posible. Pero en un establecimiento con fines de lucro no hay esta comunidad de propósitos, o si la hay es solo contingente: lo que mueve a los dueños es obtener la tasa más alta posible de retorno para su capital, no desarrollar el mejor proyecto educativo posible. Si para obtener la tasa más alta de retorno es útil desarrollar el mejor proyecto educativo posible, entonces lo harán. En caso contrario no.

El argumento de que la competencia forzaría a los establecimientos educacionales con fines de lucro a mejorar consistentemente la calidad ignora el hecho de que el mercado se estratifica, de modo que habrá proveedores que identificarán diferentes “nichos” de mercado. Así como hay automóviles baratos de mala calidad y automóviles caros de buena calidad, habrá establecimientos de diversa calidad. Por supuesto no hay un problema público en el hecho de que el mercado ofrezca automóviles de diverso precio y calidad. Pero es inaceptable sostener que no es un problema público que un sistema provea educación de buena calidad para los ricos y de mala calidad para los pobres.

Uno de los aspectos más notable de la discusión actual es el consenso de que una universidad con fines de lucro tenderá a ser una peor universidad que una universidad sin fines de lucro. Como esto es concedido incluso por quienes son sistemáticos partidarios del mercado, es importante hacerse la pregunta de por qué. Y la respuesta es la que está en el párrafo anterior. Por eso, la pregunta debe radicalizarse: ¿por qué es aceptable que haya colegio con fines de lucro?

## COMENTARIO

### Educación pública, gratuita y de calidad

El profesor Atria en los textos seleccionados hace una rápida pasada por los lugares comunes más polémicos de nuestro sistema educacional, los cuales el movimiento estudiantil plasmó en la consigna “Educación pública, gratuita y de calidad”, la cual consagra las exigencias de un nuevo modelo educacional que no responda a incentivos de mercado, sino que se configure en torno a los principios de publicidad que cumplen las instituciones que lo conforman.

Muchos fueron los cuestionamientos que surgieron el 2011 respecto a si era pertinente esta bandera de lucha, ganándose el apoyo de gran parte de la ciudadanía e inclusive de las candidaturas presidenciales, zanjándose la discusión con el lanzamiento del programa en materia de educación de la Presidenta Michelle Bachelet, el cual recogía no solo las propuestas del movimiento social, sino que respondía a las inquietudes de la sociedad en su conjunto.

Es entonces cuando comienza la discusión de cómo aplicar estas reformas, desembocando en cuestionamientos de fondo sobre las reivindicaciones estudiantiles: ¿Qué es lo público? ¿Podrían instituciones que no son públicas cumplir un rol público? ¿Toda la educación debe ser gratuita? ¿Seguirán existiendo los establecimientos privados? ¿El lucro debe terminarse en todos los niveles o solo con fondos del Estado?

Si bien las preguntas y respuestas a estos cuestionamientos son interminables, es importante encontrar una línea desde la cual puedan ser abarcadas, para así dar paso a un cambio estructural, tanto material como conceptual, al modelo mercantil sobre el que se edifica nuestro sistema educacional a través de los conceptos de lo público, la gratuidad y la calidad.

Respecto a la discusión sobre “lo público”, ésta puede ser abarcada de dos maneras. En primer lugar, respecto a qué entendemos por el régimen de lo público y, en segundo lugar, a la diferencia entre instituciones estatales y privadas y su vinculación con lo público.

El primer punto se plantea la problemática de la publicidad del sistema educativo desde una óptica no mercantil, entendiendo que la reivindicación por una “educación pública” no se restringe a la existencia de instituciones públicas que ofrezcan un servicio educativo, el cual sea accesible a cualquier ciudadano que no tenga la capacidad de pagar por este servicio, sino que contempla una idea radicalmente diferente; abandonamos nuestro estatus de consumidor para adquirir uno de ciudadano dentro del sistema educativo, en el que recibir educación ya no es un hito contingente ni una preocupación privada, sino que se adquiere una comprensión nueva en la que tenemos derecho a recibir el servicio que el Estado provee. Entender la educación como un derecho social y no como un bien de mercado,

supone que éste es un derecho de todo ciudadano, por lo que el Estado no debe solo ofrecer este servicio en los lugares que el mercado no quiere hacerse cargo, sino que debe hegemonizar el “mercado” educativo, desligándose del principio de subsidiariedad sobre el que se cimienta el sistema educativo chileno actual.

El segundo punto se liga directamente con los desafíos que plantea la elaboración de un sistema de gratuidad de la educación, discusión que no solo debe centrarse en qué instituciones recibirán financiamiento del Estado, sino más bien en las implicancias teóricas que tiene financiar a una u otra institución, y la forma en que esto se realice, puesto que justamente en los matices de la forma de gratuidad que se ofrezca, reside el carácter final que busca plasmar la reforma educacional; una modificación al sistema o una reestructuración de éste.

Como bien se señala en el texto *Todos lucran en la educación*, con la prohibición del lucro en la educación, se resuelve uno de los grandes conflictos estructurales de nuestro sistema educativo, originado en la concepción mercantil que tenemos de las instituciones que lo conforman, a partir de lo cual se genera una estratificación de los establecimientos educativos según su calidad, en respuesta a las necesidades que se originan en el mercado, proveyendo así educación de buena calidad para los ricos y educación de mala calidad para los pobres.

Hoy, sin embargo, la discusión se centra en cuáles son las instituciones que deberían recibir financiamiento por parte del Estado, y qué requisitos deben cumplir éstas para poder adscribir al sistema de gratuidad. En torno a esta temática, se ha abierto una polémica respecto a qué instituciones pueden ser consideradas públicas; ¿sólo las estatales o también aquellas que cumplen un “rol público” dentro de la sociedad? Si bien es evidente que solo las instituciones estatales son públicas, porque son solo ellas las que tienen la obligación de avocarse a las necesidades del país, las cuales son determinadas por la deliberación democrática que ejerce la ciudadanía de forma vinculante, lo cual no podría decirse que ocurre en las instituciones privadas, las cuales responden a intereses particulares de sus dueños, que pueden acercarse a los de la esfera pública, pero que, sin embargo, no tienen por qué hacerlo; así y todo, no es descartable, por esta razón, que el Estado tenga otros incentivos para financiar instituciones que son privadas y le significan un bien al país.

Si bien el Estado puede tener razones para financiar tanto instituciones educacionales estatales como privadas, es preciso evaluar las consecuencias de que estas últimas puedan adscribir al sistema de gratuidad del Estado, puesto que esto significaría que se financien proyectos privados con recursos del estado, es decir, con el dinero de todos los chilenos. Cabe cuestionarse entonces, bajo qué condiciones estamos dispuestos a entregar financiamiento a este tipo de instituciones.

En último lugar, tal vez el tema más importante, pero a la vez el más dejado de lado por la reforma educacional, es qué entendemos por “calidad” en educación. Esta problemática también puede ser abarcada desde dos aristas: por una parte, el énfasis que ponemos en una mejora sustancial a la educación, entendiendo que la enseñanza particular pagada solo debe buscar agregar, valga la redundancia, una particularidad a los estándares de calidad que fija la educación pública. Por otra parte, es relevante entender la discusión sobre “la orientación del conocimiento” como una discusión política y no meramente técnica, mediante la cual debemos ser capaces de deliberar sobre cuál es el enfoque que responde a las necesidades y exigencias de un proyecto educativo a nivel país de todos los chilenos. Sobre esta última idea, cabe recalcar que es importante desnaturalizar las formas en las que educamos y somos educados, con el fin de cuestionarnos si son éstas fieles a los fines que esperamos cumpla un sistema educativo adecuado a nuestro contexto social y nuestro proyecto de comunidad.

### **3. CUARTA TENSION: EL SOCIALISMO COMUNITARIO DEL VIVIR BIEN**

Álvaro García Linera – Vicepresidente de Bolivia

*Extracto de “Las tensiones creativas de la Revolución. La quinta fase del proceso de cambio.”*

Una *última* tensión que impulsa la dialéctica y el proceso de nuestra revolución, es la contradicción creativa entre la necesidad de y voluntad de industrialización de las materias primas, y la necesidad imprescindible del *Vivir bien* entendido como la práctica dialogante y mutuamente vivificante con la naturaleza que nos rodea.

Veamos primeramente el tema de la industrialización.

La nacionalización de los recursos naturales no puede completarse y expandirse si no se pasa a una segunda fase que es la industrialización de esos recursos. Se trata ciertamente de un tema de mejora en los ingresos del Estado pues los productos industrializados y semi-industrializados son portadores de un mayor valor agregado con el potencial de beneficiar económicamente al país en mayor medida a la actual simple exportación de materias primas. Pero además, la industrialización crea una capacidad productiva nacional, un manejo tecnológico y un conjunto de saberes científicos que dan al país una base para impulsar crecientes variedades de actividades industriales, intensivas en tecnología y mano de obra, que podrán transformar la rezagada infraestructura laboral primario-exportadora.

La industrialización de las materias primas es una antigua demanda popular emergente de la dolorosa constatación que a lo largo de 500 años Bolivia aportó al mercado mundial ingentes cantidades de materias primas, dando lugar a emporios industriales y al crecimiento acelerado de las *economías* receptoras, pero dejando al país inerme y en la pobreza económica. Por eso es que durante los años 2006-2009, el *Gobierno de los Movimientos Sociales* se lanzó rápidamente a nacionalizar las empresas estatales anteriormente privatizadas del sector hidrocarbonífero (YPFB), Huanuni, Vinto, ENTEL, ENDE. Hoy, la mayoría, empresas públicas consolidadas pese a las dificultades de contar con personal técnico capacitado, la mayor parte inclinado a la actividad privada por el nivel de los salarios. A partir del año 2010, se inició la segunda etapa del proceso nacionalizador, consistente en la industrialización misma.

No es fácil avanzar, en primer lugar, porque no tenemos experiencia en ello, se trata de un proceso novedoso en el que hay que ir aprendiendo al mismo tiempo en que se lo realiza. En segundo lugar, porque es un proceso costoso y por tanto se requieren inversiones muy grandes, posiblemente las mayores de toda la historia económica del *país*. Una petroquímica, por ejemplo, cuesta cerca de 1.000 millones de dólares, una termoeléctrica grande, entre 1.000 a 3.000 millones de dólares, cantidades nunca antes imaginadas por el *país*. Y en tercer lugar, porque se trata de un proceso largo, pues mínimamente se requieren de al menos 3 años para ver funcionar industrias más pequeñas, 5 las medianas y 10 años o más, las más grandes.

El Gobierno ya tomó la decisión de industrializar el gas, minerales como el litio, el hierro, y algunas reservas de agua. Cada una de esas actividades productivas requiere mucho esfuerzo, tiempo y dinero, pero al final una vez puestas en marcha son ellas las que permitirán multiplicar los ingresos monetarios del *país* por tres, por cinco o más logrando una base duradera para mejorar salarios, construir más infraestructura, mejorar los bonos a los niños, a los ancianos, a las mujeres, etc. Esta es una de las mayores demandas históricas del pueblo boliviano como también lo fueron plurinacionalidad y la autonomía, y nuestro Gobierno la asume como un reto a cumplir lo más pronto posible.

Algunos intelectuales políticamente erráticos han intentado interpretar este proceso de construcción de empresas públicas como un tipo de capitalismo de Estado, que no contribuiría a consolidar una mirada comunitarista. Cometan un terrible error conceptual que encubre un conservadurismo político sin excusa. Se trata de un falso debate porque el capitalismo es, por definición, usufructo del trabajo ajeno para la acumulación de riqueza privada. Durante el capitalismo de Estado de los años 50, las empresas estatales se utilizaron para el beneficio de ciertos grupos particulares, de una clase burocrática que usufructuó personalmente de esos ingresos y los transfirió a otros sectores empresariales, intermediarios, hacendales, etc.

Por el contrario, los procesos de industrialización que está impulsando el Estado Plurinacional lo que hacen es, en primer lugar, generar un tipo de valor, en algunos casos bajo la forma de renta, que no se acumula privadamente ni se usufructúa dispendiosamente de manera privada. Esto marca una diferencia estructural con las experiencias previas de capitalismo de Estado. Pero además, el Estado Plurinacional que redistribuye la riqueza acumulada entre todos los sectores sociales, simultáneamente prioriza el *valor de uso*<sup>189</sup> y la *necesidad* por encima del *valor de cambio*, es decir, la satisfacción de necesidades por encima del lucro y la ganancia. Es el caso de los servicios básicos declarados como un derecho humano y por tanto objeto de acceso en función a su necesidad y no a su rentabilidad, lo que lleva a políticas de subvención. El acceso al agua está subvencionado, lo mismo el crédito a los pequeños productores, y el Estado también compra productos agrícolas para garantizar soberanía alimentaria y su venta a precio justo. En ese caso, los precios para que los consumidores accedan a esos productos no se regulan por su *valor mercantil* capitalista sino por su *valor de uso*. Entonces el Estado, a través del excedente generado en la industrialización comienza a desprenderse gradualmente de la lógica capitalista de la apropiación privada como norma económica e introduce expansivamente la lógica del valor de uso, de la satisfacción de necesidades, de fundamento comunitario y comunista, como principio rector de actividades económicas.

---

<sup>189</sup> Al referirse al valor de uso de las mercancías, Marx señala: “La mecánica es, en primer lugar, un objeto exterior, una cosa que merced de sus propiedades satisface necesidades humanas del tipo que fueran (...) La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso... Los valores de uso constituyen el contenido material de la riqueza, sea cual fuere la forma social de esta.” (El Capital, Tomo I, Vol. I, Siglo XXI Editores, 16ª edición, pp. 43-44).

Hablamos por tanto de otro régimen social en construcción con avances y retrocesos, eso es lo que estamos haciendo, potenciando al Estado como mecanismo de generación de riqueza, no para la acumulación de una clase sino para su redistribución en la sociedad, especialmente entre los más humildes, los más pobres y los más necesitados, que son el alma, el sentido profundo y el norte final de todas nuestras acciones como Gobierno.

Pero a la vez, esta fuerza económica de generación de excedentes a ser redistribuidos entre la sociedad entera y utilizados para potenciar el *valor de uso* no capitalista genera un conjunto de efectos, de agresiones a la madre naturaleza, al medioambiente, a la tierra, a los bosques, a los cerros, daños que a la larga afectan irremediablemente al propio ser humano.

Toda actividad industriosa tiene un costo natural, siempre ha sido así pero lo que hace el capitalismo es subordinar las fuerzas de la naturaleza, retorcerlas y degradarlas al servicio del valor de cambio, de la ganancia privada, no importándole si con ello se destruye el núcleo reproductivo de la propia naturaleza. En el fondo el capitalismo es suicida pues en su acción devoradora y devastadora destruye la naturaleza y a la larga también al ser humano. Nosotros tenemos que eludir ese destino fatal, y ahí la fuerza de las comunidades agraria se presenta como un horizonte, como un principio ordenador de la relación entre las necesidades del ser humano y las de la naturaleza como totalidad viva.

Las fuerzas productivas comunitarias y la ética laboral agraria incorporan una mirada distinta lógica capitalista respecto a cómo vinculados con la naturaleza. Nos proponen ver a las fuerzas naturales como componentes de un organismo vivo, total, del que el ser humano y la sociedad no tan sólo una parte dependiente y que por tanto el usufructo de sus potencias productivas naturales, entendidas como tecnologías y saberes sobre la naturaleza, deben darse en el marco de una actitud “dialogante” y re-productora de esa totalidad natural.

Las formas comunitarias han desplegado una tendencia de una u otra forma social del desarrollo de las fuerzas productivas en las que la naturaleza es concebida como la prolongación orgánica de la subjetividad humana, que se debe velar para su continuidad creadora pues de esa manera se garantiza también la continuidad de la vida humana para las siguientes generaciones. “Humanizar la naturaleza y naturalizar el ser humano” proponía Marx<sup>190</sup> como alternativa al suicidio social y a la destrucción de la naturaleza impulsada ciegamente para la lógica capitalista de la valorización del valor. A eso le llamaba Marx el comunismo, la realización de la lógica total del “valor de uso” de la naturaleza en el ser humano y del ser humano realizado en la naturaleza. En eso consiste el *Vivir Bien*: en utilizar la ciencia, la tecnología y la industria para generar riqueza, de otra manera con que se podrían construir carreteras, levantar pastas sanitarias, escuelas, producir alimentos, satisfacer las necesidades básicas y crecientes de la sociedad. Pero a la vez necesitamos

---

<sup>190</sup> Marx. En el tercero de los Manuscritos Económicos y Filosóficos del 1844.

preservar la estructura fundamental de nuestro entorno natural para nosotros y las generaciones que vendrán, que tendrán en la naturaleza la realización de sus infinitas capacidades para satisfacer sus necesidades sociales.

Industrializar sin destruir el fondo estructural del entorno natural-social de la vida, preservar las capacidades naturales para las futuras generaciones de todos los seres vivos pero a la vez producir riqueza para satisfacer las actuales necesidades materiales insatisfechas de la población, esa es la tensión, la contradicción viva que nos plantea el presente que no puede ser respondida por el capitalismo como tal, que sólo se preocupa para la riqueza material a costa de la destrucción de la riqueza natural, y además para el aumento de la ganancia de unos pocos, la ganancia privada de una clase social.

Necesitamos industrializarnos pero también cuidar la naturaleza y preservarla para los siguientes siglos. El capitalismo la depreda, la destruye, la utiliza con fines de lucro y no para la satisfacción de las necesidades.

Esta tensión creativa es la que el Presidente Evo ha llamado el *socialismo comunitario del vivir bien*, la satisfacción de las necesidades materiales humanas mediante el diálogo vivificante con la naturaleza, preservándola para preservar también el destino y el bienestar común de las futuras generaciones de todos los seres vivos.

La inclinación hacia el industrialismo desbocado lleva a la reproducción de la dinámica depredadora y a la conversión de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas de la sociedad y de toda la naturaleza, y a su vez, la actitud contemplativa de la naturaleza lleva a la preservación de las carencias materiales de la sociedad, y en ambos casos, a la continuidad del proceso de producción y reproducción capitalista de los seres humanos. En cambio, vivir la tensión permanentemente, desplegando las capacidades técnicas del conocimiento que afectan el entorno natural pero que también son capaces de reproducir el fondo estructural de ese entorno natural es el gran desafío para eludir y superar las formas “grises” o “verdes” de la vorágine capitalista.

## COMENTARIO

### Los desafíos del socialismo comunitario del vivir bien

El texto trata sobre la situación que vive Bolivia en medio del proceso de transformaciones políticas liderado por el llamado *Gobierno de los Movimientos Sociales* del Presidente Evo Morales. En ese marco, existen una serie de tensiones que dan vida al proceso y determinan las características de su avance. En particular, analizamos la tensión entre la industrialización y la sustentabilidad ambiental. Esta tensión no sólo es parte del proceso boliviano, ni tampoco es sólo atingente a los países que avanzan hacia el socialismo, sino que es propia de los países subdesarrollados dadas las estrategias que utilizan para alcanzar el desarrollo y, por ende, para ser capaces de cubrir las necesidades de la sociedad.

La construcción de una sociedad más justa para todos sus miembros requerirá, no cabe dudas, de invertir en la industrialización del país, es decir, no hay discusión en que se necesita aumentar la capacidad de producción de energía, al igual que la construcción de más industrias y el desarrollo de una economía que sea capaz de aportarle valor agregado a las materias primas.

Ahora bien, este ímpetu por el desarrollo debe ser siempre teniendo en cuenta cuál es su fuente principal: la naturaleza. Por lo mismo, las políticas industrializadoras deben poner en el centro del diseño de sus planes de desarrollo la problemática de que las intervenciones que se realicen a la naturaleza no pueden poner en riesgo la renovación de estas fuentes, ni tampoco afectar las condiciones de vida de las comunidades que dependen de ellas.

Lo que el socialismo busca a través del desarrollo de la economía, a grandes rasgos, es mejorar las condiciones de vida de todas las personas, para que estas puedan alcanzar un desarrollo pleno. El capitalismo, por el contrario, tiene como fin último la acumulación de riquezas en pequeños grupos, y, por tanto, la tierra no es más que un medio para este fin. En ese sentido, los socialistas debemos ser firmes promotores de una nueva relación entre el ser humano y la naturaleza, pero teniendo en consideración las formas que adopta el capitalismo para intentar detener el avance de los pueblos, mediante la introducción de un nuevo concepto: "*capitalismo verde*", que encubre relaciones destructivas del capital con la naturaleza, atacando los efectos y no las causas del problema medio ambiental en el que nos vemos subsumidos en la actualidad.

Por último, nos parece importante recalcar la manera en que esta tensión se resuelve en Bolivia, y que puede ser iluminadora para el diseño de políticas que apunten en esta línea, y resulten radical y estructuralmente diferentes a las que se han mantenido hasta ahora, para atacar el problema de raíz, lo cual se conoce como "*el socialismo comunitario del vivir bien*".

*Agradecemos sinceramente a la Fundación Friedrich Ebert Stiftung(FES) Chile por su apoyo que hizo posible la publicación, circulación y difusión de este cuaderno de formación política entre la militancia socialista de Chile y el público en general.*

Compiladores y comentaristas:

Raquel Águila

Rodrigo Fecci

Martin Fuentes

Javier Gallardo

Pedro Pablo Pincheira

Edison Salinas

Cristóbal Valenzuela

Edición

Raquel Águila

Equipo Desafío Socialista

María José Elizalde

Rodrigo Fecci

Javier Gallardo

Matías Libuy

Francisca Mancilla

Rodrigo Nuñez

Edison Salinas

Vicente Ségure